



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECA





BIBLIOTECA  
DE AUTORES  
MEXICANOS  
40



Cañideron  
TEATRO

PQ7297  
.C3  
A17

P. Q.



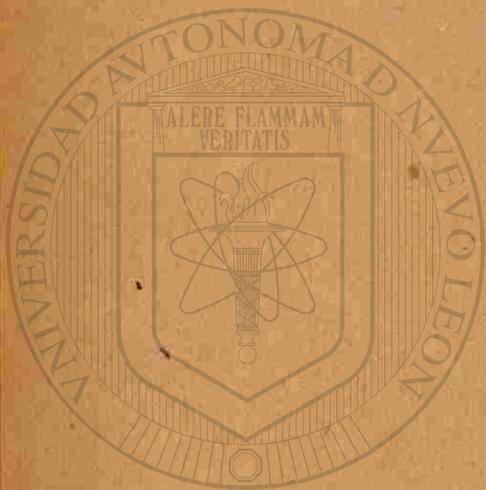
1080013793



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



BIBLIOTECA

DE

AUTORES MEXICANOS.

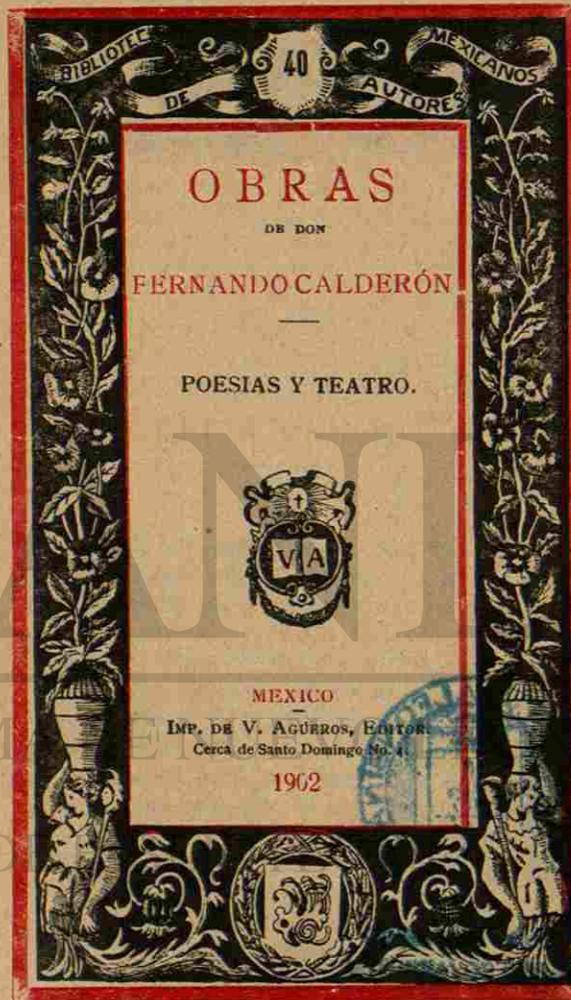


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



*F. Calderón*  
DIRECCIÓN GENERAL D



PA 7197

03

04

1917



FONDO HISTÓRICO  
RIGARDO COVARRUBIAS

156641



BIOGRAFIA DEL AUTOR.

Acababa de consumarse nuestra independencia política, y la sangre de Iturbide aún humeaba en Padilla. En pos del efímero imperio de Agustín I, la República Mexicana, llena de vigor y gloria, se presentaba ante los ojos atónitos de la vieja Europa con el irresistible encanto que rodea á la juventud, y con esa atrevida de deslumbrante prestigio que tanto embellece á los pueblos que, á fuerza de sacrificios y heroísmo, llegan á conquistar un distinguido asiento entre las naciones libres y civilizadas de la tierra.

Era el año 1825.

Existía entonces en la bella Guadalajara una asociación político-literaria, que por

Calderón.—A

sus aspiraciones de progreso, sus tendencias altamente liberales y por la ilustración y talentos que abrigaba en su seno, no podía menos que atraerse las simpatías de lo más granado en la poética é importante capital de Jalisco. Entre los miembros de "La Estrella Polar" (tal era la denominación de aquella sociedad) figuraban, en primera línea, Valentín Gómez Farías, Luis de la Rosa y otros personajes, que, si entonces no eran más que una dulce y halagadora promesa para la República, fueron más tarde timbres de gloria para ella y motivo de justo y levantado orgullo para la patria.

A las sesiones que con frecuencia celebraba "La Estrella Polar," concurría, siempre entre los primeros, un joven de aspecto simpático, de dulce é interesante mirada, de brillante inteligencia y de corazón sensible y generoso. Era "Fernando Calderón." El fuego patrio que abrasaba el corazón de Farías, las frases conmovedoras y elocuentes de Rosa, y el ardiente entusiasmo que en todas épocas ha desplegado la juventud jalisciense en favor de la libertad y del progreso, contribuyeron de la manera más eficaz á formar el carácter distintivo de nuestro poeta. Alma noble y corazón lleno de ternura, Calderón recogió con religioso respeto, con la abnegación de un mártir, esas ideas liberales y patrióticas que tanto se conformaban con

sus propios sentimientos é inclinaciones, jurando desde entonces que todo su valor, todo su talento y su sangre toda, serían consagrados á la causa del pueblo, y sacrificados, si era preciso, en defensa de los principios liberales. Ya veremos un poco más adelante cuán bien supo cumplir su generosa promesa.

Por los años 1826 y 1827, Calderón, ya de regreso en Zacatecas, su país natal, escribió "Reinaldo y Elisa," "Zadig," "Zeila," "Armandina," "Los políticos del día," "Ramiro," "Efigenia" y "Hersilia y Virginia," dramas que su autor no creyó conveniente dar á la estampa, pero que con mayor ó menor entusiasmo, aunque siempre con aplauso, fueron representados en los teatros de Guadalajara, Zacatecas y otras ciudades del interior de la República.

Llegamos al año 1835, que forma una época notable en la vida de nuestro poeta. La dictadura militar acababa de rasgar con la punta de las bayonetas la constitución democrática de 1824, y se dirigía amenazadora y sedienta de sangre contra el Estado de Zacatecas, que no había temido desafiar las iras del tirano. Calderón recuerda entonces sus promesas, su patriótico juramento, y arrojando lejos de sí la deliciosa lira, empuña denodado la espada del guerrero, y se bate como un héroe en la sangrienta batalla de Guadalupe, librada á inmediaciones de Zacatecas. Desastroso

fué para los constitucionalistas el resultado del encuentro: las tropas del General Santa-Anna obtuvieron una completa victoria, y entre los prisioneros zacatecanos se contó al inolvidable autor de "El soldado de la libertad," herido peligrosamente en el campo de batalla. El brutal acero de un soldado abrió el cráneo del artista, y en poco estuvo que con la vida del ilustre Calderón, hubiera perdido la patria una gran parte de las composiciones líricas y todas las dramáticas que figuran en precioso volumen.

Apenas conyaleciente, el poeta fué trasladado á la capital de la nación, que se le designó como lugar donde debiera residir, por cuanto su presencia en Zacatecas era una amenaza temible para la tiranía que se había enseñoreado de la República.

¿Quién ignora entre nosotros la utilidad y el lustre que proporcionó á las letras patrias la asociación creada en San Juan de Letrán? Academia fundada por algunos jóvenes entusiastas, impulsados únicamente por el estímulo de la gloria y sin contar con más recursos que los muy escasos que ellos mismos pudieron proporcionar. En esa inmortal Academia fué donde se formaron los Ramírez y los Prietos, los Lacunzas y los Rodríguez Galván, los Navarros y los Paynos, y tantos y tan ilustres poetas y prosistas, cuyas obras literarias forman sin duda, una de

las más preciadas joyas con que México se engalana.

En esa reunión de jóvenes ilustrados, Calderón obtuvo desde su arribo á la capital, la acogida más benévola y amistosa. Se le recibió en ella como á un distinguido socio de la Academia lateranense, se le encomendaron algunos trabajos honrosos, y alcanzó, en fin, ardientes y entusiastas aplausos cuando con voz conmovida y simpática dió lectura de dos de sus bellísimas composiciones líricas, intituladas "El sueño del tirano" y "El soldado de la libertad," que, como un testimonio de gratitud y cariño fraternal, dedicó á sus amados consocios. Ya tendrán ocasión nuestros ilustrados lectores de saborear las bellezas literarias en que abundan esas dos notables poesías, las mejores acaso de las contenidas en este libro.

Durante su permanencia ó destierro en México, Calderón se hizo notable, ya no sólo por sus principios políticos y sus sacrificios en favor de la causa del pueblo, por su renombre como adalid esforzado de la libertad y por la fama que le daban sus talentos poéticos, sino muy especialmente por la generosidad de su levantado corazón, que no podía menos que colocarle muy por encima de la envidia: defecto lamentable en que, por lo común, incurre la mayor parte de los artistas, de quienes nuestro poeta se mostró siempre admira-

dor, favorecedor y amigo. Varios rasgos nobilísimos de Calderón pudiéramos referir á nuestros lectores, y ellos serían, á no dudarlo, la mejor prueba en favor de nuestro aserto; pero si nos creemos autorizados para revelarlos al público, ni tampoco nos lo permitirán hacerlo las pocas líneas que consagramos á la parte biográfica de nuestro inolvidable poeta. Baste para dar á conocer el magnánimo corazón y los sentimientos generosos del vate zacatecano, la tierna, la conmovedora relación que nos ha referido el inevitable y popular Fidel, de quien hemos recibido la autorización bastante para darla á la estampa.

Prieto, nuestro querido hermano Prieto, con voz profundamente conmovida, y casi pudiéramos decir, empapada en lágrimas, nos refería lo siguiente:

"Amargos, muy amargos fueron los primeros años de mi juventud. El único, pero dulcísimo consuelo que yo tenía en medio de los padecimientos que me rodeaban y de las miserias con que luchaba de continuo, era mi madre, mi santa madre, esa mitad preciosa de mi alma, cuya memoria bendigo enternecido. Mas ¡ay! mi madre estaba enferma, y llegó un día en que ya no le fué posible dejar la cama. Esta situación lastimosa de mi madre querida, vino á complicar horriblemente la mía: mi escásimo sueldo, que apenas podía medio

cubrir nuestras más precisas necesidades, era imposible que alcanzase á llenar otras nuevas y más costosas: se agotaron, en consecuencia, mis recursos; y días hubo en que, careciendo yo de alimento, desesperado y casi loco, hube de regresar á mi pobre casa, sin haber conseguido el valor corazón con que púgo á la naturaleza indispensable al restablecimiento de una salud tan delicada, que mi madre respirase un aire más puro que el que la ahogaba de las medicinas para mi adorada enferma.

"Además, el doctor que la curaba creía en México. Me aconsejaba que la llevase a Tacubaya; que la alimentase de una manera más conveniente y nutritiva, y que le proporcionara ciertos goces y algunas distracciones reclamadas imperiosamente por sus enfermedades físicas, y por la atonía moral en que se encontraba su espíritu. Mi situación era horrible, y los martirios de mi corazón se multiplicaban de día en día.

"Vino al fin uno, en que mi alma se sintió hecha pedazos, y con lágrimas en los ojos y el dolor más intenso en el pecho, sollozando, me salí de la casa. Mil siniestros pensamientos cruzaban por mi mente; como un loco vagaba yo por las calles y las blasfemias se escapaban de mis labios: estaba desesperado. No sé cuánto tiempo duró aquella espantosa borrasca

de mi corazón, de la que vino á sacarme una voz que me llamaba por mi nombre.

—“¡Señor Prieto! ¡señor Prieto! me dijo un desconocido. Va usted muy preocupado sin duda, pues tiempo há que le llamo, sin haber logrado hasta ahora el que usted me oyera. ¿Tendría usted la bondad de escucharme un momento?”

—“Mandé usted lo que guste,—le contesté deteniéndome.

—“Mi escritorio está ahí enfrente, y allá diré á usted el motivo que me obliga á interrumpir su marcha.

“El desconocido me indicó la casa número\*\* de la calle de Capuchinas, en que nos hallábamos; se dirigió hacia el escritorio, yo le seguí sin decir ni una palabra.

—“Entramos en el despacho, y, después de invitarme á tomar asiento, mi interlocutor me habló así:

—“Señor Prieto, una persona desconocida tal vez para usted, y cuyo nombre no me es dado revelar, ha depositado en mi poder una cantidad de dinero, suplicándome la entregue á usted, previo el recibo correspondiente. ¿Está usted dispuesto á recibirla?”

—“Pero, señor,—murmuré yo con voz casi ininteligible;—usted sin duda sufre una equivocación. Nadie me debe ni un solo peso, y no sé cómo pudiera...”

—“Tal vez sea una devolución que se hace á la familia de usted.

—“Pero...”

—“Señor Prieto, usted es muy dueño de hacer lo que mejor le plazca: mas no me parece un acto de cordura el que usted se niegue á recibir la cantidad de que le he hablado, tanto menos, cuanto que no se le exige sino un simple recibo, que usted extenderá de la manera que guste.

“Estas juiciosas reflexiones, el estado en que mi pobre madre se encontraba, el recuerdo de mi triste miseria y el horror que me inspiraba mi corazón, cuya última tempestad me había espantado, todo contribuyó á poner un término á mi indecisión. Me resolví á tomar el dinero y dije á mi desconocido:

—“Sea enhorabuena... ¿Por qué cantidad he de extender el recibo?”

—“Por doscientos pesos.

“Con mano febril y el corazón henchido de gozo escribí y firmé el documento: recibí el dinero, y en alas de la más intensa alegría, volé al lecho de mi santa madre.

“El bienestar y la salud convirtieron en un paraíso de ventura el infierno de mi pobre hogar, merced á la mano generosa que tan á tiempo me había facilitado aquellos recursos. Nuevos auxilios se me proporcionaron por el mismo conducto, sin que yo lograrse descubrir el nombre de mi benefactor, hasta que una casualidad vino á revelármelo. Al recibir por tercera vez una

cantidad que hacía ascender mi deuda á más de quinientos pesos, observé que al asentarse la partida era con cargo á D. Fernando Calderón. El gran poeta zacatecano había sido, pues, el ángel de carisalud, y yo tal vez la vida. Quise desde luego manifestarle mi profundo agradecimiento, y me dirigí á su casa.

—¿A quien debíamos, mi buena madre la  
 “Cuando llegué á ella, Calderón se desayunaba. Me recibió con el afecto que mostraba siempre á sus consocios lateranenses, me invitó á que tomase alguna cosa en su compañía, y me suplicó que le manifestara cuál era el objeto de mi visita.

—“Yo le hablé entonces con todo el fuego, con el entusiasmo ardiente de que es susceptible una alma agradecida: procuré mostrarle la intensidad de mi gratitud, el reconocimiento de mi corazón por los beneficios que me había hecho, y concluí rogándole me indicara de qué manera me sería posible devolverle las cantidades que por su cuenta se me habían suministrado.

—“Calderón me escuchó en silencio y como preocupado.

—“Cuando acabé de hablar, me miró con fijeza, hizo un ligero movimiento de hombros, y me dijo en un tono frío que me heló la sangre:

—“Y bien, señor Prieto, no puedo ne-

garlo, el dinero que usted ha recibido salió de mi bolsillo, que, por desgracia, no se halla muy abundante; y supuesto que usted quiere devolverme la cantidad que le he proporcionado, acepto la oferta, y usted me hará con el pago un verdadero servicio. Sírvese usted indicarme los términos en que podrá hacerme la devolución, y yo agregaré algunas condiciones que aseguren mi crédito.

—“Estas palabras venían á destruir una de mis más bellas ilusiones: el artista, el poeta, se transformaba en el hombre de negocios, en el insensible calculista, que acaso pretendería abusar de mi difícil situación.

—“Señor D. Fernando,—le contesté con el corazón oprimido de amargura,— grande, muy grande es el servicio que usted me ha hecho, y mi gratitud será eterna. La deuda que con usted he contraído, asciende á algunos centenares de pesos, y mi sueldo, mi mezquino sueldo, no llega á veinte pesos cada mes. Ya usted ve cuán cortos son mis recursos, y el pago no podré hacerlo sino en proporción á ellos. Separaré para usted la tercera parte, la mitad de lo que gano, y la otra mitad la consagraré á mi pobre y santa madre; pero puedo en las horas que me deje libre mi destino, servirle á usted como escribiente, ó de la manera que guste. Lo que deseo

es cubrir el crédito de usted y, á fin de lograrlo, trabajaré sin descanso, de día, de noche, á todas horas. Esto es, Sr. Calderón, lo que puedo hacer: ¿quiere usted más?

—“Todo me parece muy bien, Sr. Prieto; pero necesito algunas seguridades.”

—“¿Y cuáles podré ofrecer en mi triste situación?”

“Calderón, sin contestarme, tomó una hoja de papel; escribió en ella algunas palabras; y entregándome lo que había escrito:

—“Vea usted, señor Prieto,—me dijo con un tono de voz que no olvidaré nunca;—vea usted si le convienen esas condiciones.”

“Tomé el papel; devoré las palabras en él contenidas, y:

—“¡Hermano mío! ¡hermano mío!—exclamé desde lo más íntimo de mi corazón. —¡Hermano! ¡Hermano querido!

“Un torrente de lágrimas inundó al mismo tiempo mis mejillas. Ante mi alma reconocida, Calderón aparecía grande, sublime, como mi juvenil y exaltada imaginación se lo había representado en sus delirios de poeta y de patriota. Le veía rodeado de un brillo deslumbrador, de algo que me parecía divino.

“¿Qué era, pues, lo que contenía aquella hoja de papel? Las siguientes frases,

cuyo inmenso valor sólo comprenderán los corazones generosos:

—“Si me das el dulce nombre de hermano, habrás satisfecho con usura el corto servicio que me debes. ¿Aceptarás esta condición de tu hermano Fernando?”

La relación que antecede, es el más cumplido elogio que puede hacerse del noble tar al dulce poeta zacatecano. ¡Feliz quien debe al cielo un dón de tanto precio, y feliz también el que puede estimar en todo su valor un rasgo tan bello y generoso!

A fines de 1837, nuestro poeta regresaba á Zacatecas, cuyas puertas le abría la magnanimidad del señor General Tornel, Ministro entonces de Guerra y Marina. Este ilustrado protector de la juventud estudiosa, y Mecenas entusiasta de los poetas y sabios mexicanos, decía en una carta referente á Calderón: “El genio no tiene enemigos y los talentos deben respetarse por las revoluciones.” Rasgo que honra al señor Tornel, y que es uno de los mejores timbres de gloria para su nombre esclarecido.

En los años siguientes, y bajo la influencia de las doctrinas y los principios literarios de la escuela romántica, dominante entonces, el vate zacatecano dió á luz los dramas “El Torneo,” “Ana Bole-

ma" y "Hermán ó la vuelta del cruzado," que fueron acogidos con extraordinario calor y representados con aplauso en todos los teatros de la República. También escribió por el mismo tiempo la comedia "A ninguna de las tres," modelada en las del célebre poeta español D. Manuel Bretón de los Herreros, cuyas bellisimas producciones dramáticas formaban en aquella época las delicias de los mexicanos.

Tales fueron las últimas y muy notables composiciones literarias de Calderón. Su lira no volvió á sonar más, y el poeta se consagró á las ocupaciones y á los cuidados domésticos. Su dolorosa y precoz vejez se vió minada por crueles enfermedades y amargada por los reveses é infortunios de la patria.

Y no podía ser de otro modo: el patriotismo de Calderón, herido profundamente por los desastres de México en su lucha con la ambiciosa y formidable República de los Estados Unidos de América, ese patriotismo de que el poeta había dado tan relevantes pruebas, y que le había colocado entre los más distinguidos hijos del Anáhuac; ese patriotismo sólo comparable con el de un héroe romano en los mejores tiempos del pueblo-rey, y que era para Calderón la llama vital que conservaba su quebrantada existencia; ese patriotismo se sintió humillado con nuestras derrotas, y

se extinguió al fin con el último suspiro del bardo. El autor de "El soldado de la libertad" no podía sobrevivir á nuestra vergüenza, sellada por la mano del vencedor en los tratados de paz de Guadalupe Hidalgo.

¡Gloria al patriota! ¡Renombre inmortal al poeta!

Ligero es el examen que nos proponemos hacer de las poesías líricas y dramáticas del poeta zacatecano. Y preciso es que así sea, ya se atiende al poco espacio de que disponemos en este libro para llevar á cabo nuestro trabajo, y ya principalmente porque ni nuestros conocimientos ni nuestra capacidad nos dan derecho para escribir un verdadero juicio crítico de las obras de Calderón.

Hecha esta advertencia, comencemos desde luego.

En toda composición literaria debemos atender á la esencia, ó sea el pensamiento, y á la forma, ó sea la manera con que se expresa aquello que se piensa, se quiere ó se siente.

Si aplicamos esta doctrina á las poesías de Calderón, preciso nos será confesar que, en su esencia, los pensamientos raros veces se levantan sobre la esfera de lo ordinario ó común; algunos otros son falsos, y pocos, muy pocos nuevos y brillantes. La forma, aunque fácil, armoniosa y abundan-

te, con frecuencia es incorrecta, particularmente en la parte prosódica; defecto en que por desgracia han incurrido muchos de nuestros más esclarecidos poetas. Y, sin embargo de todo, las composiciones del vate zacatecano tienen tanto sentimiento, hay en ellas tal ternura, llevan consigo un "no sé qué" de divino, que no pueden menos de arrebatarnos, seducirnos y cautivar-nos.

Por eso no nos fijamos en los defectos, por eso despreciamos los lunares, por eso nos sentimos embelesados con la lectura de estas poesías: ellas son el eco de un sentimiento, la expresión de una alma con la que gozamos ó sufrimos, con la que desfallecemos ó nos levantamos en alas de la esperanza que nos hace distinguir horizontes más bellos, días más tranquilos y felices; ellas son, en resumen, el himno, la súplica ó el gemido de un corazón que simpatiza con el nuestro, y al que acompañamos con ternura en la transfiguración brillante de su Tabor, en la crucifixión dolorosa de su Calvario.

Si la poesía no es más que "la representación sensible del bello ideal por medio de la palabra," preciso es aplicar á Calderón el epíteto de poeta, y de notable y sentido poeta, no bostante sus faltas é incorrecciones, así en la esencia como en la forma.

Y, en verdad, ¿quién no se entusiasma con la lectura de la siguiente estrofa?:

Vuela, vuela, corcel mío  
Denodado;  
No abatan tu noble brío  
Enemigos escuadrones,  
Que el fuego de los cañones  
Siempre altivo has despreciado:  
Y mil veces  
Has oído  
Su estallido  
Aterrador,  
Como un canto  
De victoria,  
De tu gloria  
Precursor.  
Entre hiervos con oprobio  
Gocen otros de la paz;  
Yo no, que busco en la guerra  
La muerte ó la libertad.

Esta sola estrofa, á falta de mejores títulos, valdría á su autor el envidiable dictado de poeta.

Fijemos ahora nuestra atención, siquiera sea por un momento, en la poesía intitulada "El sueño del tirano." ¡Qué valentía en los pensamientos! ¡Qué belleza en el colorido! ¡Cuánta verdad en la descripción!

.....Gritos horrendos  
Cual espada de fuego le penetran:  
Con pasos agitados

Recorre su magnífico aposento,  
Sin hallar el consuelo: en su alma impura  
La amistad, el amor son nombres vanos  
Que jamás comprendió....

Erizanse los cabellos, se experimenta  
una angustia horrible y se ve algo parecido  
á las erecciones terrificas del Dante, cuando  
Calderón nos dice en seguida:

Tapizado de huesos el suelo,  
Va sobre ellos poniendo la planta,  
Y al fijarla los huesos quebranta  
Con un sordo siniestro crugir:  
A su diestra y siniestra divisa  
Esqueletos sin fin hacinados,  
Y los cráneos del viento agitados  
Le parece que escucha gemir....

En nuestro humilde juicio esta composición y la que intituló "El soldado de la libertad,"—de la que hemos citado ya una estrofa,—inmortalizarán á Calderón, y le darán un lugar muy distinguido entre los mejores poetas mexicanos.

Escuchémosle ahora cuando pulsa la lira del Petrarca, y canta con ternura esa dulcísima y terrible pasión que llamamos amor.

¡Con qué sentimiento, con qué profundo sentimiento dice el enamorado yate:

Las almas que el cielo junta  
¿Quién pudiera desunirlas?

No, nuestro amor será eterno.  
A otra más brillante vida  
Renacerán á adorarse  
Tus cenizas y las mías!

Tierna también, intensamente tierna es la composición que lleva por título "¡Una memoria!" cuya lectura recomendamos á las almas sensibles.

Sería, en verdad, necesario para apreciar todas y cada una de las bellezas que encierra este volumen, trasladar aquí la mayor parte de las composiciones en él contenidas. Baste lo que dejamos copiado para que se vea que su autor fué un poeta, y un gran poeta, no obstante las faltas en que incurrió y de las que, con sentimiento, pasamos á ocuparnos.

Hemos dicho que la entonación de sus versos, raras veces se levanta sobre la esfera de lo común, y ahora nos será preciso añadir que en ocasiones se arrastra hasta tocar en lo vulgar y prosaico. Ejemplo de ello:

Amigo, dime si me ama  
Aquella por quien respiro;  
Si ha exhalado algún suspiro  
Después que me separé.

Flojos son los primeros versos del soneto dedicado á la señorita María de los Angeles Z. y G., siendo de notar que el último pie del cuarteto.

De Maria de los Angeles te dieron,

no es ni puede ser nunca verso.

Cansado y prosaico nos parece, casi en su totalidad, el soneto á Hidalgo; y prosaicos y cansados los primeros versos de la composición: "Brindando á las mexicanas el 16 de septiembre de 1837."

Hemos dicho ya que las poesías de Calderón presentan incorrecciones, particularmente en su parte prosódica, y así lo comprueban multitud de versos que sería fastidioso señalar en su totalidad; pero de los que, en confirmación de nuestro aserto, nos vemos obligados á citar siquiera algunos. Tales son los siguientes:

Creer que acaba en el sepulcro,

verso de nueve sílabas en un romance octosílabo:

Te veo si estoy despierto,

verso de ocho sílabas en una composición formada de versos heptasílabos.

Serpenteando se oculta allá á lo lejos,

verso considerado como endecasílabo, cuando tiene doce sílabas:

Todavía tienen para mí las flores,

verso con los mismos defectos que el anterior.

En los romances de Calderón se encuentran con frecuencia legítimos y verdaderos consonantes donde sólo debieran hallarse voces ó palabras asonantadas, como sucede en la escena II, acto tercero de "El Torneo," en que consueñan "descolorido" y "marido;" en la escena VI del mismo acto y drama, donde hallamos "serena" y "enajena;" mientras que en otro lugar supone Calderón que son consonantes "ello" y "plebeyo" (Ana Bolena, escena III, acto tercero).

Un poeta notabilísimo, cuyos juicios y amistad tenemos en mucho (1), nos ha dicho alguna vez que, en su concepto, una facilidad extraordinaria para versificar, perjudica y daña por lo común al que la tiene, pues ella es con frecuencia causa de incorrecciones y defectos, en que no incurren los que de tal facilidad carecen. Acaso no sea esto del todo exacto; pero en lo que sí no cabe duda, es en que la mayor parte de las faltas cometidas por el vate zacatecano se debieron á esa facilidad para versificar, que fué en Calderón verdaderamente prodigiosa.

A ella y al fastidio que le causaba corregir sus composiciones hay que atribuir

(1) El Sr. D. Manuel M. Flores.

esos lunares de sus obras, principalmente en las dramáticas.

Hijas exclusivamente del descuido son las siguientes incorrecciones:

Vosotros retiraos.

Que tendrá cuando menos.

No tal, amigo mio.

¡Ah! sois vos, Kinston!

que encontrará el lector en las poesías dramáticas, donde por descuido y sólo por descuido del poeta, aparecen como versos octosílabos.

Tampoco son versos de ocho sílabas, como lo debieran ser, los que á continuación copiamos:

D. Carlos.—

“Bouquet.”

D. Tim.—

Bu. ¿qué?

D. Carlos.—

—Ramillete, Viejo, etc.

Incorrecciones son estas últimas, así como las que antes hemos mencionado, que pudieron fácilmente desaparecer, diciendo v. g.

Creen que acaba en la tumba

(Contigo estoy despierto,

Serpeando se oculta allá á lo lejos!

Aun tienen para mí las lindas flores

Vosotros, pues, retiraos.

Que tendrá cuando muy menos

¡Ah! ¡Kinston! Kinston ¿sois vos?

D. Tim.—

Bu. ¿qué? No lo entiendo.

D. Carlos.—

Quiero decir ramillete.

(Qué impertinente es el viejo!)

“Andiamo, andiamo.”

Cort. tercero.—

(Sea entre nosotros dicho.)

Pero si con facilidad pueden desaparecer estas incorrecciones de forma, no sucede lo mismo con algunos defectos esenciales, que se notan, por desgracia, en las obras de Calderón, especialmente en las dramáticas.

La acción, por lo regular, camina en ellas con lentitud; las escenas no son siempre motivadas; los monólogos ó soliloquios se repiten con frecuencia, son largos y se hacen, por lo mismo, inverosímiles y fatigosos para el actor y para el público; el estilo, por último, carece de sobriedad en el ornato, siendo propio del género lírico por los arranques, las digresiones y las galas que lo distinguen y de que Calderón no pudo ó no quiso prescindir en sus composiciones dramáticas.

Sentimos en el alma que la imparciali-

dad de la crítica nos haya obligado á mencionar no sólo las muchas bellezas, sino también las imperfecciones ó los defectos que, por desgracia, aparecen en las poesías del gran vate zacatecano. Al obrar así, hemos cumplido con el deber que pesaba sobre nuestros débiles hombros desde el momento en que aceptamos el desempeño de una obra erizada de inconvenientes y dificultades.

Queda, pues, terminada nuestra tarea, y sólo nos resta solicitar para ella la indulgencia de los lectores, y colocar sobre la frente del poeta una corona de inmarcesible laurel. ¡Gloria á Calderón, que tanto nombre y lustre dió á la República, y eterna fama á su preclaro ingenio, cuyas obras inmortales serán siempre motivo de justo y levantado orgullo para la patria!

Puebla, Febrero de 1881.

RAFAEL B. DE LA COLINA.



## DATOS BIOGRAFICOS.

D. Fernando Calderón, hijo de la ciudad de Guadalajara, nació el 20 de julio de 1809, de una distinguida familia zacatecana, la cual se esmeró en darle una buena educación, pues felizmente abundaba en los necesarios recursos para hacerlo. Desde muy niño tuvo afición decidida á la lectura, y fué estudioso y aplicado á grado tal, que á los quince años hacia ya muy buenos versos y se distinguía por su saber entre sus compañeros; siendo digno de notar que debido á esa misma aplicación alcanzó á recibirse de abogado el año de 1829, es decir, cuando sólo contaba veinte de edad. Escribió un ensayo dramático con el título de "Reinaldo y Elina," bastante bueno para su corta

Calderón.—D

dad de la crítica nos haya obligado á mencionar no sólo las muchas bellezas, sino también las imperfecciones ó los defectos que, por desgracia, aparecen en las poesías del gran vate zacatecano. Al obrar así, hemos cumplido con el deber que pesaba sobre nuestros débiles hombros desde el momento en que aceptamos el desempeño de una obra erizada de inconvenientes y dificultades.

Queda, pues, terminada nuestra tarea, y sólo nos resta solicitar para ella la indulgencia de los lectores, y colocar sobre la frente del poeta una corona de inmarcesible laurel. ¡Gloria á Calderón, que tanto nombre y lustre dió á la República, y eterna fama á su preclaro ingenio, cuyas obras inmortales serán siempre motivo de justo y levantado orgullo para la patria!

Puebla, Febrero de 1881.

RAFAEL B. DE LA COLINA.



## DATOS BIOGRAFICOS.

D. Fernando Calderón, hijo de la ciudad de Guadalajara, nació el 20 de julio de 1809, de una distinguida familia zacatecana, la cual se esmeró en darle una buena educación, pues felizmente abundaba en los necesarios recursos para hacerlo. Desde muy niño tuvo afición decidida á la lectura, y fué estudioso y aplicado á grado tal, que á los quince años hacia ya muy buenos versos y se distinguía por su saber entre sus compañeros; siendo digno de notar que debido á esa misma aplicación alcanzó á recibirse de abogado el año de 1829, es decir, cuando sólo contaba veinte de edad. Escribió un ensayo dramático con el título de "Reinaldo y Elina," bastante bueno para su corta

Calderón.—D

edad, que fué representado con regular éxito en el teatro de Guadalajara; y otros no menos felices.

Concluídos sus estudios, pasó á Zacatecas, en donde comenzó á ejercer su honrosa profesión, sin abandonar por eso el cultivo de la poesía; pues al contrario, dió á la escena en el teatro de esa ciudad nuevas piezas dramáticas que hicieron su nombre popular y apreciable. Contribuyendo, acaso principalmente, este triunfo á despertar en él deseos de figurar en otra esfera, pronto se mezcló en la política del Estado, llegando su entusiasmo por ella hasta obligarlo á tomar las armas en 1835 para defender y proteger las tendencias de su partido; en ese mismo año quedó herido gravemente en un combate. A poco fué desterrado del Estado por el gobierno del mismo; y con tal motivo vino á refugiarse á México abandonando así el manejo y administración de sus intereses. En esta ciudad, debido sin duda á sus pocas relaciones, sufrió al principio algunas escaseces; pero pronto su fama literaria le proporcionó la amistad de algunas personas ilustradas é influyentes, quienes se apresuraron á presentarlo á la Academia de Letrán, fundada hacía poco, la cual lo recibió gustosa en su seno.

Allí, en medio de las luminosas discusiones de D. Joaquín Pesado, de Lacunza

y otros literatos inolvidables, se despertaron en nuestro Calderón nuevas y brillantes facultades; se afinó su gusto literario, estudió los buenos modelos, y se aprovechó, finalmente, de la experiencia, saber y erudición de sus nuevos amigos: las composiciones de entonces revelan estudios y detenimiento, tienen un lenguaje más cuidado y la locución es más clara y natural.

Calderón, en las consultas que hacía á aquellos distinguidos maestros, se mostraba siempre dócil y atento á sus indicaciones, aceptaba sus correcciones y seguía el camino que ellos le marcaban; en una palabra, su residencia en México le fué sumamente útil y provechosa. Por aquel tiempo corrigió y dió á la escena algunas de las obras que ya tenía escritas y otras que nuevamente compuso, como "A ninguna de las tres," "El Torneo," "Ana Bolena" y "Hermán ó la Vuelta del Cruzado." Los triunfos que Calderón obtuvo con la representación de estas composiciones, influyeron seguramente en que D. José María Tornel, Ministro de la Guerra, y en todo tiempo amigo y protector de los amantes de las letras, se empeñase con el Gobierno de Zacatecas para que levantara á autor tan distinguido el destierro que pesaba sobre él, pues que "el genio" decía—"no tiene enemigos, y los talentos

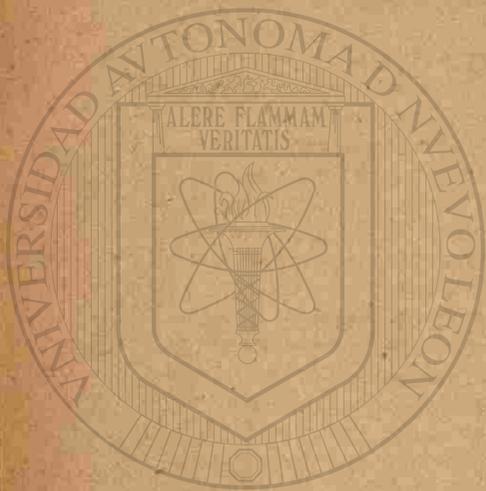
deben respetarse por las revoluciones." Oída y atendida como lo merecía esta petición, Calderón pudo ya volver á Zacatecas, en donde algún tiempo después de su llegada fué nombrado secretario del Tribunal de Justicia; en seguida electo diputado, y por último, llamado á desempeñar la Secretaría de Gobierno. Retirado á la vida privada, en donde no escasearon para él los cuidados de familia ni las tribulaciones de ingratitudes y olvido, una terrible enfermedad, que durante un año lo tuvo postrado en el lecho del dolor, lo llevó al sepulcro el 18 de enero de 1845, en la villa de Ojocaliente, lugar de su residencia, á la temprana edad de 36 años. Dejó sin concluir un drama con el título de "El Caballero Negro," y un poema con el de "La Creación." Sus obras dramáticas se publicaron dos veces: una edición apareció con prólogo de D. José Joaquín Pesado, y otra con uno de D. Manuel Payno. "Se notará en las obras de Calderón—dice el primero—algunos defectos, algunos descuidos, algunas incorrecciones, pero en cambio ¡cuánta poesía, cuánta dulzura, y á veces cuánto fuego! Su locución es clara, sus pensamientos exactos, sus pasiones nobles, y siempre caballerescos sus sentimientos. En ellos, como que se pinta ó revela el alma del autor; así es que al pasar la vista por sus pági-

nas se sienten movidos los afectos y arrebatado el corazón. Sus mismos descuidos son hijos de su facilidad, defecto común en los ingenios dotados de aquella rica prenda.

"El lector perdona los ligeros defectos que hay en la obra, en cambio del raudal de armonía que lo suspende."

Calderón es más notable y digno de admiración como poeta lírico que como dramático. Sus obras para el teatro, calificadas por el señor Couto de "ensayos felices," adolecen, por lo general, de los defectos que el romanticismo produjo en nuestra literatura: el lenguaje, si bien es fácil y animado, tiene á veces cierta profusión de adornos que le quitan la naturalidad; la acción camina en medio de muchas circunstancias, que, además de dividir la atención, deja adivinar pronto el desenlace. Por lo demás, los versos son muy bellos, armoniosos y fluidos.

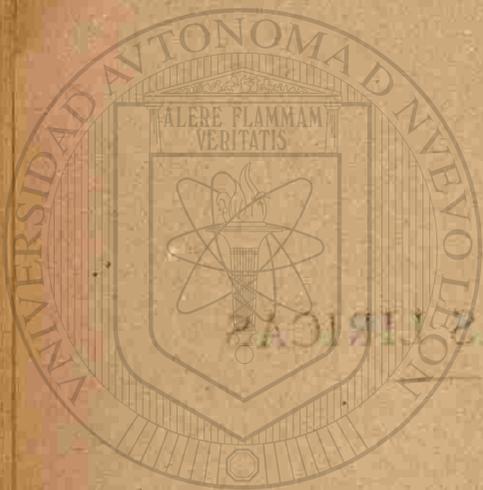
Calderón, pues, merece justamente ser contado entre nuestros mejores poetas, y la popularidad de que gozan algunos de sus dramas, acredita su merito: conviene también no olvidar que él y Rodríguez Galván dieron eficaz impulso á nuestro teatro, en una época en que todos se dedicaban á la poesía puramente lírica.



POESIAS LIRICAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EL PORVENIR

Tú me amas, y yo te adoro;  
Pero ha de llegar el día  
En que tú ó yo para siempre  
Debemos dejar la vida:  
Los espíritus cobardes,  
Las almas bajas y tibias,  
Desechan esta memoria,  
Y al pensarlo se horrorizan:  
Creen que acaba en el sepulcro  
El amor y sus delicias  
¡Insensatos! ¡no conocen  
Su esencia pura y divina!  
El alma jamás perece,  
Pues del cuerpo desprendida  
Pasa á una región suprema  
De venturas y de dichas:  
Y este dulce sentimiento

Del amor, esta semilla  
 Que en nuestras almas sembrara  
 Del Gran Ser la mano misma,  
 La debe seguir, no hay duda:  
 El alma en amor respira,  
 Es su esencia, es su alimento,  
 Y sin él no existiría.  
 No temas, Amira hermosa,  
 De horrible muerte las iras;  
 Las almas que el cielo junta  
 ¿Quién pudiera desunirlas?  
 No, nuestro amor será eterno:  
 A otra más brillante vida,  
 Renacerán á adorarse  
 Tus cenizas y las mías.

1,825.

## A AMIRA

Eres, Amira bella,  
 Más pura que las flores:  
 Tus risas son amores,  
 Y amor es tu mirar:  
 ¡Feliz cuando á tu lado  
 Suspiro, y tú suspiras!  
 ¡Oh Amira celestial!

Cuando tu mano hermosa  
 Toca la ardiente mía.....  
 ¡Cómo, cómo podría  
 Pintar mi sensación!  
 Hiervo mi sangre toda  
 Con un ardor divino;  
 No cambio mi destino  
 Por cuanto alumbrá el sol!

En todas partes miro  
 Tu imagen adorada:  
 Do quiera retratada  
 Te encuentra mi pasión:  
 Me sigues á las cortes  
 Y al árido desierto:  
 Te veo si estoy despierto,  
 Si sueño es con tu amor.

En la floresta hermosa

Y en la tranquila fuente;  
 En la aurora luciente,  
 Allí estás siempre tú;  
 Y si en la quieta noche  
 Contemplo las estrellas,  
 Miro en sus luces bellas  
 De tus ojos la luz.

Imagen seductora  
 Del cielo soberano,  
 ¿Podrá ningún humano  
 Tus gracias merecer?  
 ¡Oh! deja el mundo, Amira,  
 Y elevando tu vuelo  
 Sube al sereno cielo,  
 Que tu morada es;

Mas Dios te manda al Mundo  
 Como genio divino,  
 Que vienes el destino  
 Del hombre á consolar.  
 Tus ojos ¡cuál encanto  
 Tienen, oh dulce Amira!  
 Que el que una vez te mira  
 No sabe más qué amar.

1,828.

## A UNA ROSA MARCHITA.

¿Eres tú, triste rosa,  
 La que aver difundía  
 Balsámica ambrosía,  
 Y tu activa cabeza levantando.  
 Eras la reina de la selva umbría?  
 ¿Por qué tan pronto, dime,  
 Hoy triste y desolada  
 Te encuentras de tus galas despojada?

Ayer viento suave  
 Te halagó cariñoso,  
 Ayer alegre el ave  
 Su cántico armonioso  
 Ejercitaba, sobre tí posando;  
 Tú, rosa, le inspirabas,  
 Y á cantar sus amores le excitabas.

Tal vez el fatigado peregrino  
 Al pasar junto á tí quiso cortarte:  
 Tal vez quiso llevarte  
 Algún amante á su ardoroso seno;  
 Pero al ver tu hermosura,  
 La compasión sintieron,  
 Y su atrevida mano detuvieron.

Hoy nadie te respeta;  
 El furioso aquilón te ha deshojado;

Ya nada te ha quedado,  
¡O reina de las flores!  
De tu pasado brillo y tus colores.

La fiel imagen eres  
De mi triste fortuna:  
¡Ay! todos mis placeres,  
Todas mis esperanzas, una á una  
Arrancándome ha ido  
Un destino funesto, cual tus hojas  
Arrancó el huracán enbravecido!

¿Y qué, ya triste y sola  
No habrá quien te dirija una mirada?  
¿Estarás condenada  
A eterna soledad y amargo lloro?  
No; que existe un mortal sobre la tierra,  
Un joven infeliz, desesperado,  
A quien horrible suerte ha condenado  
A perpetuo gemir: ven, pues, ¡oh rosa!  
Ven á mi amante seno, en él reposa,  
Y ojalá de mis besos la pureza  
Resucitar pudiera tu belleza.

Ven, ven ¡oh triste rosa!  
Si es mi suerte á la tuya semejante,  
Y tu última fragancia será mía.  
Burlemos su porfía;  
Ven, todas mis caricias serán tuyas,  
1,828.

## LA FELICIDAD.

¿En dónde está la verdadera calma,  
Decídme, amigos, que jamás la vi?  
Tras ella corrí sin cesar el alma,  
Y ella ¡oh dolor! huyendo va de mí.

Busco en vano en los salones  
Del alcázar poderoso  
El dulcísimo reposo  
Que llaman felicidad;  
Una ilusión agradable  
A mis ojos se presenta,  
Quiero abrazarla, se ahuyenta,  
Y aparece la verdad.

Oigo las alabanzas que al guerrero  
Prodiga aduladora poesía:  
"Al fin, exclamo, un corazón de acero  
A la felicidad será mi guía."

Ya escucho el marcial estruendo;  
Dejo la lira sonora,  
Y la espada brilladora  
Quiero valiente empuñar:  
Ya soy feliz; mas ¡oh cielos,  
Qué reflexión tan terrible!  
¿Puede un corazón sensible,  
Ser feliz viendo llorar?

¿Cómo podéis en medio de la guerra  
Tranquilos respirar? ¡oh cielo santo!  
¿Puede agradaros devastar la tierra,  
Y esparcir por dō quiera luto y llanto?

En torno de vuestro carro  
Sólo se escuchan gemidos  
De infelices sumergidos  
En dolorosa orfandad.

Yo no miro en ese cuadro  
Sino un placer horroroso:  
No el dulcísimo reposo  
Que llaman felicidad.

No hay dicha, en fin, exclaman triste-  
(mente,

El sabio, el rey, el hábil cortesano;  
¡Necios! venid, y la veréis patente  
Sobre la alegre faz del aldeano;

Vuestros deslumbrados ojos  
Buscan poder y riqueza,  
Y en medio de la grandeza  
Queréis la dicha encontrar.

Dejad vuestro error funesto;  
Bajad á ese valle umbroso:  
Veréis un hombre dichoso  
Junto del humilde hogar.

De su amada familia acariciado  
Pasa él allí su vida deliciosa;  
Su placer es amar y ser amado,  
Su riqueza, sus hijos y su esposa.

En su habitación sencilla  
No brilla el mármol ni el oro;  
Mas ¿qué importa? otro tesoro  
Tiene allí su corazón.

El cariño de su esposa,  
De sus hijos la terneza:  
He aquí toda su riqueza,  
He aquí toda su ambición.

No eres un nombre vano, una quimera;  
Te hallaré al fin, felicidad amada:  
La mano de una tierna compañera  
Me ofrecerá tu copa embalsamada.

¡Felicidad, felicidad querida,  
Te encuentra al fin mi corazón ardiente!  
¡Ven y consueta mi alma adolorida!  
¡Ven, y refresca mi abrasada frente!

## LA VUELTA DEL DESTERRADO.

Triste, afligido, moroso,  
 Volvió á su patria un anciano,  
 A quien el odio tirano  
 De sus hogares lanzó:  
 Párase: tiende la vista  
 Sobre su paterno suelo,  
 Alza los ojos al cielo,  
 Y así el misero exclamó:  
 "Al fin, ¡oh patria querida!  
 Al fin mi cansada planta  
 Vuelve á pisar tu recinto  
 Después de tantas desgracias:  
 Políticas disensiones,  
 Persecuciones tiranas,  
 El furor de los partidos  
 De tu seno me arrancaran:  
 Yo me acuerdo, sí, me acuerdo,  
 ¡No puede olvidarlo el alma!  
 De aquel tristísimo día  
 En que salí de tus playas:  
 Yo pisé el bajel funesto  
 Que de tí me separaba,  
 Como pisa un triste reo  
 De su cadalso las gradas:  
 Yo he vagado cuatro lustros  
 Por las regiones extrañas,  
 Sin apoyo, sin asilo,

Sin consuelo ni esperanza:  
 El miserable alimento  
 Con mis lágrimas regaba,  
 Sin tener un solo amigo  
 Que mis penas consolara;  
 Mis hijos, mis tiernos hijos,  
 Mi esposa desconsolada,  
 Mis amigos, todos, todos,  
 Se presentaban á mi alma:  
 Eterno Dios ¡cuántas veces  
 Te dirigí mis plegarias  
 Pidiéndote que la muerte  
 Mis desgracias terminara!  
 Vuelvo, en fin; pero ¡qué miro!  
 Ni aun existe mi cabaña,  
 Su lugar quedó desierto  
 Por el furor de las armas.  
 ¡Hijos... esposa... no existen!  
 Nadie escucha mis plegarias:  
 ¡Han muerto, descansan todos  
 En su tumba solitaria!  
 ¡Hijos... esposa... no existen!  
 Ni padre, ni esposo... nada,  
 Nada soy sino un mendigo  
 Un extranjero en mi patria.  
 Sólo queda en este sitio  
 El árbol que con sus ramas  
 Cubrió á mi cara familia,  
 Que á su sombra reposaba:  
 ¡Infeliz! ¡cuántos recuerdos!  
 Mi esposa allí se sentaba,  
 Aquí mis pequeños hijos

En mis rodillas jugaban,  
Y ahora.... ¡ahora nada tengo  
Sino lágrimas amargas!

Arbol, tú sólo me quedas;  
Mas ni á tí se respetaron,  
Pues en tu tronco estoy viendo  
Las señales de las lanzas.  
¿Y esta mancha? ¿Dios piadoso!  
¿Será tal vez esta mancha  
Sangre de mis tristes hijos?  
¿Su sangre aquí derramada?  
¡Oh Dios! esta sangre pura  
Sobre las cabezas caiga  
De los viles ambiciosos  
Que despedazan mi patria."

No pudo más el anciano,  
Abrazó el árbol querido,  
Lanzó un lúgubre gemido,  
Y junto al tronco expiró...  
Después, algún aldeano  
Le dió humilde sepultura,  
Y dos leños en figura  
De cruz, allí colocó.

1,836.

## LA RISA DE LA BELDAD.

Bella es la flor que en las auras  
Con blando vaivén se mece:  
Bello el iris que aparece  
Después de la tempestad:  
Bella en noche borrascosa  
Una solitaria estrella;  
Pero más que todo es bella  
"La risa de la beldad."

Despreciando los peligros  
El entusiasta guerrero,  
Trueca por el duro acero  
La dulce tranquilidad:  
¿Quién su corazón enciende  
Cuando á la lucha se lanza?  
¿Quién anima su esperanza?...  
"La risa de la beldad."

El conquistador altivo  
Precedido de la guerra,  
Cubre de sangre la tierra,  
De miseria y orfandad:  
¿Y quién el curso detiene  
De su cólera siniestra?  
¿Y quién desarma la diestra?  
"La risa de la beldad."

¿Quién del prisionero triste  
Endulza el feroz tormento?  
¿Por quién olvida un momento  
Su pérdida libertad?  
¿Y quién, en fin, del poeta  
Hace resonar la lira?  
¿Quien sus acentos inspira?  
"La risa de la beldad."

Una suerte inexorable,  
Llena de luto mi vida,  
Y mi alma gime oprimida  
Por la dura adversidad,  
Pero yo olvido estas horas  
De tanta amargura llenas,  
Cuando suaviza mis penas  
"La risa de la beldad."

1,837.

## A MI AMADA LLORANDO.

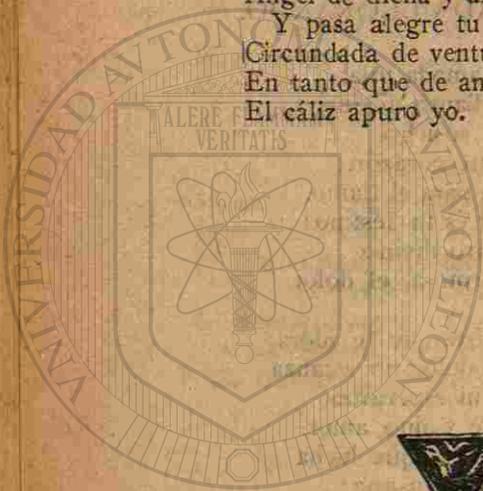
No llores, amada mía,  
Que con tu llanto de fuego  
Arrebatas el sosiego  
De mi amante corazón;  
No naciste para el llanto,  
Que el placer es tu destino:  
Sobre tu rostro divino  
No reine, hermosa, el dolor.

Llore el triste que te adora,  
Y que en su dolor no alcanza  
Ni consuelo ni esperanza,  
A su ardiente y fino amor.  
Llore el misero que lucha  
Con una pasión insana;  
Llore al que esperanza vana  
Engañó su corazón.

Pero tú, mujer divina,  
No naciste para el duelo;  
Pertenece toda al cielo,  
Y en el cielo no hay dolor.  
En tu boca purpurina  
Tenga la risa su asiento:  
En tus ojos el contento:  
La paz en tu corazón.

No: el llanto, no, de tus ojos  
 Eclipse la luz fulgente;  
 Levanta al cielo tu frente,  
 Angel de dicha y amor,  
 Y pasa alegre tu vida  
 Circundada de ventura,  
 En tanto que de amargura  
 El cáliz apuro yo.

1,840.



## LA DESPEDIDA.

Llegó el fatal instante,  
 Amira idólatrada:  
 Tu imagen retratada  
 Irá en mi corazón:  
 Ella será el recuerdo  
 De mi pasada gloria:  
 Amira, esta memoria  
 Que calme mi dolor

Cuando el doliente llanto  
 Publique mi desvelo,  
 Ella será el consuelo  
 De mi amargo penar:  
 ¡Oh, cuántas veces, cuántas,  
 Engañaré la ausencia!  
 Creeré de tu presencia  
 El gozo disfrutar.

¡Mentidas ilusiones!  
 De magia lisonjera,  
 ¿Por qué de esta manera  
 Me hacéis soñar placer?  
 ¡Oh! si acaso durara  
 Este engañoso fuego....  
 Pero huye, y queda luego  
 Tan sólo el padecer.

Veránme á mí en tu ausencia  
En lágrimas desecho,  
Y en tanto de tu pecho  
Otro el amor tendrá...

Mas ¿yo creerte inconstante?  
Perdona, Amira hermosa;  
Puro como la rosa  
Tu corazón será.

Pero llegó el momento,  
Se acerca la partida...  
¡Adiós, mi bien, mi vida!  
¡Mi adoración, adiós!

No temas que te olvide,  
Jamás, Amira amada;  
Tu imagen retratada  
"Irá en mi corazón."

1,826.

## A UN AMIGO EN MI AUSENCIA.

Amigo, dime si me ama  
Aquella por quien respiro;  
Si ha exhalado algún suspiro  
Después que me separé:  
Dime si acaso inhumana  
De mí se olvida engañosa;  
Dime si la ves ilorosa,  
O si ha burlado mi fe.

Dímelo; la incertidumbre  
Es más triste que el mal mismo:  
Saca á mi alma de este abismo  
En que sumergida está:

Pero... si fuere inconstante...  
Nada digas en mi daño;  
Más vale creer el engaño,  
Que el desengaño llorar.

1,826.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## LOS RECUERDOS.

Estos... ¡fatal memoria!

Estos los sitios son donde algún día  
De placeres purísimos colmada,  
Gozó felicidad el alma mía.

Aquí está todavía  
La señal de la huella idolatrada  
De mi bien más querido...  
¡Triste recuerdo del placer perdido!

Sitios que en otro tiempo  
Mirásteis mi ventura,  
Ved ahora mi amargura,  
Mi bárbaro dolor.  
¿En dónde está mi amada,  
Dime, bosque sagrado,  
Acaso se ha ausentado,  
Acaso me olvidó?

Sí, me olvidó la ingrata,  
Me olvidó la perjura;  
Yo la juzgué... ¡locura!  
Yo la juzgaba fiel;  
¡Ay! ¿quién pensar pudiera  
Que aquel ángel mentía?  
"Yo te amo, me decía,  
Jamás te olvidaré."

¡Qué pronto, ¡desdichado!  
Faltó á su juramento!  
Tan pronto como el viento

Sus palabras llevó;  
¿Y qué me queda, ¡cielos!  
En este bosque ahora?  
Recuerdo que devora  
Mi mustio corazón.

Arbol, en otro tiempo  
Bajo tu fresca sombra me sentaba  
En el calor del día,  
Y amorosas canciones entonaba,  
Que inspirarme solía  
La que un amor eterno me juraba:  
¿En dónde está este amor? huyó ligero,  
¡Huyó, tú existes, y á tu sombra muero!

Arbol, si por acaso  
Volviere mi adorada,  
De mi rival burlada,  
Para llorar su error,  
Dile que aun en mi muerte,  
Su nombre he repetido;  
¡Ay! dile que el olvido  
Jamás de mí triunfó.

Arbol, tú puedes verla;  
Pero yo, desdichado,  
Bajo al sepulcro helado  
En mi florida edad;  
Y ni el triste consuelo  
Le queda al alma mía,  
De que á mi tumba fría  
Venga nadie á llorar!!!

## LA SOLEDAD

Traducción de la Meditación 1ª de M. Lamartine.

¡Oh cuántas veces sobre la montaña,  
Bajo la vieja encina yo me siento  
Cuando se pone el sol, mi vista errante  
Por la inmensa llanura dirigiendo,

Cuyo variado y esplendente cuadro,  
Desenvolverse ante mis plantas veo.  
Ruge aquí el río en espumosas ondas,  
Serpenteando se oculta allá á lo lejos:

Más allá se descubre el lago inmóvil,  
Sus dormitantes aguas extendiendo,  
Donde se alza la estrella vespertina,  
Sobre el azul hermoso de los cielos.

En la cima elevada de los montes,  
Coronados de bosques verdinegros,  
El incierto crepúsculo su rayo  
Postrero arroja, en tanto que en silencio

De la callada reina de las sombras,  
El carro vaporoso va subiendo,  
Del horizonte al borde blanqueando  
Con el pálido albor de sus reflejos.

De la gótica torre se alza entonces  
Sonido religioso, y el viajero

Se detiene: de rústica campana  
Se oye sonar el compasado acento,

Que á los rumores últimos del día,  
Se une formando místicos conciertos.  
Pero, ¡ay de mí! que á tan hermosos cuadros  
Es mi alma indiferente; al recorrerlos

No experimento encantos ni trasportes;  
Y como una alma errante me contemplo  
En esta tierra: el sol ¡ay! de los vivos,  
No puede, no, recalentar los muertos!

De colina en colina: de la aurora  
Hasta do el sol oculta sus reflejos:  
Del Sud al Aquilón: por todas partes,  
Del espacio los puntos recorriendo,

Llevo en vano mi vista, y triste exclamo  
¡No hay dicha para mí en el universo!  
¿Qué me importan las chozas, los palacios,  
Estos valles, en fin? ¡vanos objetos!

Su encanto para mí se ha disipado:  
¡Oh bosques, rocas, ríos turbulentos,  
Soledades queridas, un ser sólo  
Os falta, y todo para mí está yermo!

Que comience ó que acabe el sol su  
(curso,  
Con ojo indiferente lo contemplo:

Que las nubes ofusquen su faz pura,  
O brille de zafir en claro cielo;

¡Oh! ¿qué me importa el sol? ¿Alguna  
(cosa

Ya de los días por acaso espero?  
Si en su vuelo pudiera yo seguirle,  
Vacío nada más, tristes desiertos

Vieran mis ojos ¡ay! en todas partes.  
; De cuanto alumbra el sol nada deseo;  
Nada le pido al mundo ni á los hombres;  
Nada le pido, nada, al universo!

Del mundo más allá, donde fulgura  
El verdadero Sol, en otros cielos,  
A la tierra dejando mis despojos,  
El objeto encontrara de mis sueños.

Yo me embriagara allí en la fuente pura  
A que aspiro, encontrando al mismo tiem-  
(po  
La esperanza, el amor, aquel bien dulce,  
Aquel bien ideal, que es siempre objeto

Del ardiente deseo de las almas,  
Y que no tiene nombre en este suelo.  
; Que no pueda, llevado sobre el carro  
De la aurora, lanzarme en un momento

Hasta tí, vago objeto de mis votos!  
Sobre este triste mundo de destierro,

¿Por qué vivo yo aún? entre él, sin duda,  
Y entre mí, nada de común encuentro.

Cuando la hoja de los bosques cae  
Por la pradera, se levanta el viento  
De la noche arrancándola á los valles:  
Y yo, ¡triste de mí! yo me contemplo  
Semejante á esta hoja ya marchita:  
Arrástrame también, aquilón fiero!

1,840.



## INVOCACION.

(Traducción del Sr. Alfonso Lamartine.)

Tú que te me apareciste  
 De ese valle en el desierto,  
 Pasajera en estos sitios,  
 Habitante de los cielos:  
 O tú, que brillar hiciste,  
 De obscura noche en el seno,  
 Ante mis ojos un rayo  
 De un amor puro y sereno:  
 Dígnate á mi humana vista  
 Mostrarte por fin sin velo.  
 Dime tu nombre, tu patria,  
 Tu destino: di ¿si es cierto  
 Que fué la tierra tu cuna,  
 O eres soplo del Eterno?  
 ¿Volverás á ser mañana  
 El fulgor puro del cielo;  
 O en este lugar de luto,  
 De miseria y de destierro,  
 Debes seguir todavía  
 Tu fatigoso sendero?  
 Cualquiera que sea tu nombre,  
 Tu patria y destino, ¡oh genio  
 De las mansiones divinas!  
 ¡Oh hija de la tierra! al menos,  
 Déjame toda mi vida

Ofrecerte amor é incienso.  
 Si tú debes, cual nosotros,  
 Acabar tu curso presto,  
 Sé mi apoyo, sé mi guía;  
 Permite que en todos tiempos,  
 En todas partes, el polvo  
 Do tus pies estén impresos  
 Bese ardiente el labio mío;  
 Pero si elevas tu vuelo,  
 Sé lejos de nuestros ojos,  
 Dentro de muy poco tiempo,  
 De los ángeles hermana,  
 Volver debes á su seno,  
 ¡Ay, después de haberte amado  
 Algunos días al menos  
 En este mundo, de mí  
 Acuérdate allá en el cielo!

1,840

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## EL VETERANO.

Cubierto de mil heridas  
 Un valiente veterano,  
 Vuelve de la guerra ufano  
 A los brazos de su amor:  
 Con el polvo de las lides,  
 ¡Qué hermoso está su semblante!  
 En su frente radiante  
 ¡Cuán brilla bélico ardor!

A la puerta de su choza  
 Sale á encontrarlo su amada,  
 Ruborosa, alborozada,  
 Palpitando de placer;  
 Y él estrechando en sus brazos  
 A su adorada María,  
 Siente en llanto de alegría  
 Sus ojos humedecer.

Ven, le dice, ven, hermosa,  
 Toca mi frente ardorosa,  
 ¡Oh mi amor!  
 Mirala, está escrita en ella  
 Una página muy bella  
 De sufrimiento y valor.

En la tremenda batalla,  
 El primero á la muralla

Yo subí,  
 Y esta mano que te estrecha,  
 Supo abrir horrible brecha,  
 Pensando, mi bien, en tí.

Cuando á la lid me arrojaba,  
 ¡Oh, con qué fuerza tronaba  
 El cañón!  
 Mas mi patria y mi querida,  
 En la lucha enardecida  
 Llenaban mi corazón.

Y á cada tiro escuchaba  
 Una voz que me gritaba,  
 "Vida mía:  
 Corre, y con ánimo fuerte  
 Lucha con la horrenda muerte  
 Por merecer á María."

Y lleno de ardor sagrado,  
 A las filas denodado  
 Me arrojé;  
 Mi pecho hirió hierro insano;  
 Pero el pabelón hispano  
 Sirvió de alfombra á mi pie.

Ese estandarte orgulloso  
 Alá en el "Pánuco" undoso  
 Muestra sea  
 De nuestro valor, en tanto  
 Que nuestro estandarte santo  
 Sobre sus restos ondea.

Yo era pobre; no tenía  
Que ofrecerte; oh mi María!  
Por tu amor;  
Ya soy rico; en sangre tinta  
Lleva mi pecho un cinta,  
Premio de noble valor.

Y con ella engalanado,  
Puedo marchar á tu lado,

Y decir:  
"Es ya mía esta belleza.  
Porque expuse mi cabeza  
Por merecerla ó morir."

Esta cinta es mi tesoro,  
Que en más que la plata y oro  
Precio yo:  
Y mi noble descendencia  
Dirá: ¡Ved la rica herencia  
Que mi padre nos dejó!

Así el noble veterano  
Lleno de gloria decía,  
Y orgullosa su María  
Gozaba el triunfo con él;  
Y ni por el regio trono,  
Ni la púrpura brillante,  
Aquél venturoso instante,  
Trocará su pecho fiel.

1,840.

BRINDANDO A LAS MEXICANAS  
EL 16 DE SEPTIEMBRE  
DE 1,837.

¿Con que también en vuestro cuello her-  
(cintoso)  
Cargaba el yugo de opresión impia,  
Hermosas mexicanas? ¿Con que pudo  
El tirano cubrir de negro velo  
Esas frentes divinas  
En que se mira retratado el cielo?

Tal era vuestra suerte:  
La rodilla doblar ante el tirano,  
Que incensaros cual diosas debería  
Y con el labio en que el amor reía,  
Besar humildes la sangrienta mano,  
Siglos de execración; siglos de oprobio  
Que pasaron por fin; ya más sereno  
Erilla la libertad el claro día;  
Tornóse el lloro en cantos de alegría,  
Y late el corazón de gloria lleno.

## A LA JUVENTUD ZACATECANA.

EN EL DÍA DE LA APERTURA DEL SALÓN MANDADO  
CONSTRUIR POR EL GOBIERNO DE ZACATECAS PARA  
ESCUELA NORMAL DE PRIMERAS LETRAS.

En medio de las horribidas borrascas  
Con que la nave del Estado lucha,  
¡Quién lo creyera! hoy vemos levantarse  
Como una tabla de esperanza y vida,  
Este edificio augusto: así el Eterno  
En medio de abrasados arenales,  
Hace que nazca cristalina fuente.

¡Y qué, México, digno de este nombre,  
Ardiente llanto sin cesar no vierte  
Al ver la patria desolada y triste  
De odios civiles y discordias campo?  
¡Y qué patriota no dirige al cielo  
Votos fervientes porque torne un día  
La era de paz, de gloria y de ventura,  
Que esperar debe el pueblo mexicano?

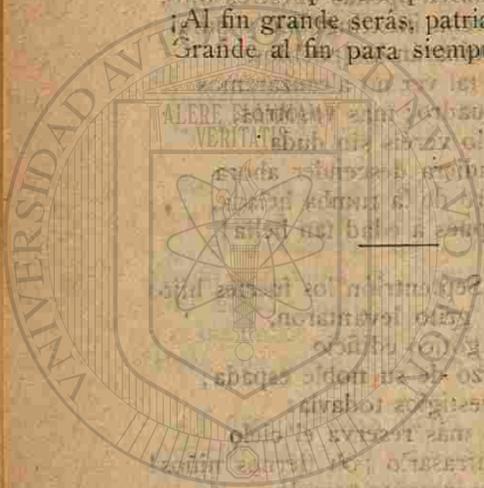
¡Ah! sí, yo siento inspiración sagrada,  
Sublime inspiración que por mi boca  
Hoy te revela, juventud querida,  
El futuro destino que te aguarda.  
Vendrá un día, vendrá, yo lo preveo,

En que el poder terrible de las armas  
Arrollado será por el torrente  
De ilustración; y la pequeña chispa  
Que hoy descubren apenas nuestros ojos,  
Será una antorcha inextinguible y pura,  
A cuya luz caminarán los pueblos.  
¡Ay! nosotros tal vez no alcanzaremos  
Este mágico cuadro; mas vosotros,  
Niños felices, lo veréis sin duda.  
¡Oh, quién pudiera descender ahora  
Al seno oscuro de la tumba helada,  
Y renacer después á edad tan bella!

Quando del Septentrion los fuertes hijos  
De libertad el grito levantaron,  
Una parte del gótico edificio  
Cayó al esfuerzo de su noble espada;  
Pero quedan vestigios todavía:  
A vosotros no más reserva el cielo  
La gloria de arrasarlo ¡oh tiernos niños!  
Y levantar el sacrosanto templo  
De augusta libertad: alzad ufanos  
Con esperanza tal la noble frente;  
Valor, ¡oh juventud zacatecana!  
Seguid la senda que á la gloria guía;  
De vuestros padres realizad el sueño,  
Y grande, hermoso, plácido y risueño,  
Haced que luzca el bienhadado día.

Y de noble ambición animados  
De la ciencia buscad el tesoro

Más brillante, más puro que el oro,  
 Ya os sonrie la fama inmortal.  
 En vuestra alma inocente grabado  
 Tened siempre tan placido día:  
 ¡Al fin grande serás, patria mía,  
 Grande al fin para siempre serás!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## EL SOLDADO DE LA LIBERTAD

Sobre un caballo brioso  
 Camina un joven guerrero  
 Cubierto de duro acero  
 Lleno de bélico ardor.  
 Lleva la espada en el cinto,  
 Lleva en la cuña la lanza,  
 Brilla en su faz la esperanza,  
 En sus ojos el valor.

De su diestra el guante quita,  
 Y el robusto cuello halaga,  
 Y la crin, que al viento vaga,  
 De su compañero fiel.  
 Al sentirse acariciado  
 Por la mano del valiente,  
 Ufano alzando la frente  
 Relincha el noble corcel.

Su negro pecho y sus brazos  
 De blanca espuma se llenan:  
 Sus herraduras resuenan  
 Sobre el duro pedernal,  
 Y al compás de sus pisadas,  
 Y al ronco son del acero,  
 Alza la voz el guerrero  
 Con un acento inmortal.

"Vuela, vuela, corcel mío  
Denodado;  
No abatan tu noble brío  
Enemigos escuadrones,  
Que el fuego de los cañones  
Siempre altivo has despreciado:

Y mil veces

Has oído

Su estallido

Aterrorador,

Como un canto

De victoria,

De tu gloria

Precursor.

"Entre hierros, con oprobio  
Gocen otros de la paz;  
Yo no, que busco en la guerra  
La muerte ó la libertad."

Yo dejé el paterno asilo  
Delicioso:

Dejé mi existir tranquilo

Para ceñirme la espada,

Y del seno de mi amada

Supé arrancarme animoso:

Ví al dejarla

Su tormento,

¡Qué momento

De dolor!

Ví su llanto

Y pena impía;

Fué á la mía

Superior.

"Entre hierros, con oprobio  
Gocen otros de la paz;  
Yo no, que busco en la guerra  
La muerte ó la libertad."

El artero cortesano,

La grandeza

Busque adulando al tirano,

Y doblando la rodilla;

Mi trotón y húmede silla

No daré por su riqueza:

Y bien pueden

Sus salones

Con canciones

Resonar;

Corcel mío,

Yo prefiero

Tu atanero

Relinchar.

"Entre hierros, con oprobio  
Gocen otros de la paz;  
Yo no, que busco en la guerra  
La muerte ó la libertad."

Vuela, bruto generoso,

Que ha llegado

El momento venturoso

De mostrar tu noble brío,

Y hollar del tirano impio

El pendón abominado:

En su alcázar

Relumbrante

Arrogante  
Pisarás,  
Y en su pecho  
Con bravura  
Tu heradura  
Estamparás.

"Entre hierros, con oprobio  
Gocen otros de la paz;  
Yo no, que busco en la guerra  
La muerte ó la libertad."

Así el guerrero cantaba,  
Cuando resuena en su oído  
Un lejano sordo ruido,  
Como de guerra el fragor:  
"A la lid," el fuerte grita,  
En los estribos se afianza,  
Y empuña la dura lanza,  
Lleno de insólito ardor:

En sus ojos, en su frente,  
La luz brilla de la gloria,  
Un presagio de victoria,  
Un rayo de libertad:

Del monte en las quiebras hondas  
Resuena su voz terrible,  
Como el huracán horrible  
Que anuncia la tempestad.  
Rápido vuela el caballo,  
Ya del combate impaciente  
Mucho más que el rayo ardiente  
Es su carrera veloz:

Entre una nube de polvo  
Desaparece el guerrero  
Se ve aún brillar su acero,  
Se oye á lo lejos su voz:  
"¡Gloria, gloria! ¡Yo no quiero  
Una vergonzosa paz;  
Busco en medio de la guerra  
La muerte ó la libertad!"

1838.

## EL SUEÑO DEL TIRANO

De firmar proscipciones  
 Y decretar suplicios, el tirano  
 Cansado se retira,  
 Y en espléndido lecho hallar pretende  
 El reposo y la paz ¡desventurado!  
 El sueño, el blando sueño,  
 Le niega su balsámica dulzura:  
 Tenaz remordimiento y amargura  
 Sin cesar le rodean:  
 En todas partes estampada mira  
 De sus atroces crímenes la historia:  
 Su implacable memoria  
 Fiel en atormentarle, le recuerda  
 Las esposas, los hijos inocentes  
 Que por su saña abandonados gimen  
 En viudez y orfandad: gritos horrendos  
 Cual espada de fuego le penetran:  
 Con pasos agitados  
 Recorre su magnífico aposento,  
 Sin hallar el consuelo: en su alma impura  
 La amistad, el amor, son nombres vanos  
 Que jamás comprendió: los ojos torna;  
 Su cetro infausto y su corona mira;  
 Un grito lanza de mortal congoja;  
 Con trabajo respira,  
 Y á su lecho frenético se arroja.

Ya por fin, un sopor espantoso,  
 Sus sentidos embarga un momento;  
 Pero el sueño redobla el tormento  
 Con visiones de sangre y horror:  
 A un desierto se mira llevado  
 Donde el rayo del sol nunca brilla;  
 Una luz sepulcral, amarilla,  
 Allí esparce su triste fulgor.

Tapizado de huesos el suelo,  
 Va sobre ellos poniendo la planta,  
 Y al fijarla los huesos quebranta,  
 Con un sordo siniestro crujir:  
 A su diestra y siniestra divisa,  
 Esqueletos sin fin hacinados,  
 Y los cráneos, del viento agitados,  
 Le parece que escucha gemir.

Lago inmenso de sangre descubre  
 A sus plantas furioso bramando,  
 Y cabezas hirsutas nadando,  
 Que se asoman y vuelven á hundir:  
 Y se avanzan, se juntan, se apiñan,  
 Y sus cóncavos ojos abriendo,  
 Brilla en ellos relámpago horrendo,  
 De infernal espantoso lucir.

Del tirano en el rostro se fijan  
 Sus atroces funestas miradas,  
 En sus frentes de sangre bañadas,  
 Del infierno refleja el horror:  
 Y sus dientes rechinan entonces

Y sus cárdenos labios abriendo,  
Este grito lanzaron tremendo:  
¡Maldición! ¡maldición! ¡maldición!

Las cavernas de un monte vecino,  
El acento fatal secundaron:  
Largo tiempo los ecos sonaron  
Repetiendo la horrisona voz;

Y el crugir de las olas y el viento,  
Y el estruendo del rayo espantoso,  
Parecía al tirano medroso  
Que clamaban también; ¡Maldición!  
Cambia luego la escena: entre tinieblas  
De fuego circundado,  
Gigantesco fantasma se presenta:  
Con dedo descarnado  
Muestra al tirano una espantosa sima:  
En su profundo seno  
Reventar oye retumbando el trueno,  
Y mira un fuego hervir como la boca  
De encendido volcán, y por las flamas  
Los demonios sacando la cabeza,  
Prorumpen en horribles carcajadas,  
Y al réprobo saludan.  
Tiemblan sus miembros: horribles serpien

Ciñen su corazón, y ni un suspiro  
Puede exhalar, ni respirar siquiera.  
¡Sacude el sueño: vagarosos ojos  
En torno suyo pavoroso gira.  
Y sangre, sangre, dondequiera mira!

Del lecho se lanza  
Con grito doliente:  
Se inunda su frente  
De frío sudor:  
Parece que escucha  
La voz del destino,  
Y el trueno divino  
De justo furor:

Sus ojos cansados  
Anhelan el llanto;  
Mas nunca su encanto  
Probó la maldad:  
Al cielo levanta  
La diestra homicida,  
Con voz dolorida  
Clamando ¡piedad!

Mas no que ya dada  
Está su sentencia;  
En vano clemencia  
Demanda su voz;  
¡Ya tiene con fuego

Marcada la frente  
Del vil delincuente  
La mano de Dios

## A R\*\*\*. O\*\*\*. EN SUS DIAS

De virtud y gracias llena,  
Pura, inocente y hermosa,  
Eres, adorable Rosa,  
La reina de la beldad:  
Nacen á tus plantas flores,  
A cuantos miras inflamas,  
Y en torno tuyo derramas  
Amor y felicidad.

Los espíritus celestes,  
Absortos se contemplaron  
A tu nacer, y entonaron  
Himnos de gloria y amor:  
El nombre puro que llevas,  
No al acaso te lo dieron;  
Sin duda te lo pusieron  
Por celeste inspiración.

Como en árido desierto,  
Flor balsámica se mece,  
Y al triste viajero ofrece  
Un placer en su beldad:  
Así á tí, Rosa querida,  
Para ser te formó el cielo,  
De tus padres el consuelo  
En la triste adversidad.

¿Qué es contigo comparado  
El falso brillo del oro?  
¿Puede haber mayor tesoro  
Que tu risa celestial?  
De tus días los autores  
Cifran en tí sus delicias,  
Son su existir tus caricias,  
Tu amor su felicidad.

Vive, vive muchos años!  
Vive feliz é inocente;  
Nunca se cubra tu frente  
Con el velo del dolor:

Vive, y endulza á tus padres  
El cáliz de la amargura,  
Objeto de su ternura,  
Sus delicias y su amor.

He aquí los votos que al cielo  
Por tí, ¡oh Rosa! he dirigido;  
Sin duda los habrá oído,  
Y venturosa serás,

Pues el Eterno sonríe  
Con celeste complacencia,  
Si ruegan por la inocencia  
Las voces de la amistad.

A LA SRITA. Da. M. DE LAS A. Z. Y G

Parce que tus padres presintieron  
Que serias de gracias un tesoro,  
Y el nombre hermoso, mágico y sonoro  
De María de los Angeles \*te dieron:

Si, los ángeles mismos sonrieron  
A tu nacer, y en el celeste coro,  
Al son divino de sus arpas de oro  
Tu dulcísimo nombre repitieron;

Hoy resuena de nuevo al sacro acento  
Como un himno solemne de victoria:  
Yo arrebatat de inspiración me siento,

De tus gracias se llena mi memoria,  
Y al grito alegre del común contento,  
Uno mi voz para cantar tu gloria.

A LA SRITA. MARIETTA ALBINI

En la ejecución de la ópera LA NORMA.

¡Cielos! ¿no es ilusión? ¿es ese el bosque  
Sagrado de Irminsul? Sí, ved á "Norma,"  
Vedla de magestad y fuego llena,  
Sobre la piedra druidica elevada;  
Brilla en su mano la hoz resplandeciente;  
Sublime inspiración baña su frente,  
¡Es un rayo del cielo su mirada!  
Escuchemos su voz... ¡divino acento!  
¡Una débil mortal no puede tanto;  
Es del querub el armonioso acento;  
Yc arrebatat en éxtasis me siento!

¿Mas qué gemido triste  
En tu labio ha sonado, "Norma" bella  
¡Ay! el amor tu corazón inflama,  
Amor que un tiempo tu ventura hacia;  
Pero ya de "Polion" el alma fria,  
No corresponde á tu sagrada llama.  
¡El padre de tus hijos inocentes  
Te pudo así olvidar? ¡Con qué dulzura,  
Con qué magia divina  
Expresas, bella Norma, tu ternura!

"¡Ay! vue,ve, vuelve, ingrato,  
A aquel tu amor primero,

Que un universo entero,  
Tu Norma en tí cifró."

¡Oh, mujer adorable!  
¿Quién puede oír tu canto  
¿Quién presenciar tu llanto  
Sin sentir tu dolor?

Mas un destino bárbaro te aguarda;  
El inocente labio de "Adalgisa,"  
Viene á romper tu corazón amante;  
La terrible verdad al fin escuchas,  
No eres amada ya; ¡no eres amada!  
De dolor y de furia combatida,  
¡Con cuántos sentimientos, triste luchas!  
¡Qué mirada severa  
Diriges al infiel! ¡Quién tu semblante,  
Quién retratar tu agitación pudiera!

Trémula luego, en tu fatal delirio,  
Sobre tus hijos el puñal levantas,  
Mas la naturaleza te detiene:  
Tu brazo tiembla al contemplar su encanto,  
Sueltas el hierro, y abundoso llanto  
A mitigar tus aflicciones viene

En medio de tus males,  
Compadecido el cielo,  
Quiere darte el consuelo  
De la santa amistad:

Tu rival generosa  
Tu atroz tormento calma;  
Su labio vierte en tu alma  
Dulce serenidad.

La esperanza renace  
En tu afligido seno,  
Y de esperanzas lleno,  
Late tu corazón:

En tu apacible labio  
Vuelve á morar la risa,  
Y estrechas á "Adalgisa,"  
Llena de ardiente amor.

Mas en vano la virgen generosa  
Quiere volverte la pasada dicha;  
El ingrato "Polión" ya no te escucha:  
E' nombre de firmeza  
Le da á su ingratitud el inhumano:  
¡Que tu justo furor al fin estalle!  
¡Caiga, caiga el impío  
Que así tu noble pecho despedaza!  
Ya su destino pende  
De tu labio no más: ya te adelantas,  
El bronce sacro hieres, y de muerte  
La voz resuena: ya llegó la hora  
De la venganza, y el perjuro amante  
Cree que tu labio nombrará á "Adalgisa:"  
¡Ah, no conoce tu alma generosa!  
Grande, sublime, de nobleza llena,  
Tú sola te delatas,  
Y "Polión," aunque tarde, reconoce  
El inmenso tesoro que ha perdido.

¡Qué corazón, le dices,  
Qué corazón vendiste!  
¡Qué corazón perdiste,

Oh, Romano cruel!  
 "¡Tarde, "Polión" responde,  
 Tarde te he conocido!  
 ¡Qué tesoro he perdido,  
 Oh, celestial mujer!"

La sentencia está dada, triste Norma,  
 Muerte fatal te espera:  
 El momento terrible ha ya llegado  
 A lo menos el pecho de tu amado,  
 Vuelve á estrecharte en medio de la ho  
 (guerra)

Mas ¡ay, cuánta amargura  
 Llena tu corazón en este instante!  
 Qué será de tus hijos inocentes?  
 "¡Soy madre!" dices á su padre triste,  
 Y ya á sus pies su compasión imploras:  
 ¡Con qué elocuencia tu afligido labio,  
 "¡Son tu sangre!" repite adolorido!

¡Qué sublime gemido  
 Lanza tu pecho de tormentos lleno!  
 ¿Cómo pudiera resistir un padre?  
 ¡Ah! no; ya te promete  
 Que de tus hijos cuidará piadoso,  
 Y ya al pisar la losa del sepulcro,  
 Una dulce sonrisa  
 Vaga en tu labio maternal: ¡el cielo  
 Recibió esta sonrisa moribunda!  
 Ya, ya por fin te cubre el negro velo...  
 ¡Adiós, adiós, oh "Norma" idolatrada!  
 ¡Mi alma por el dolor despedazada,  
 No puede ya sufrir!... ¡Morir me siento  
 Y á tu dolor excede mi tormento!...

¿Y todo fué ilusión? ¿Y puede el arte  
 ¿A tal punto llegar? ¿Celeste Albini,  
 El pueblo mexicano te tributa  
 Justos aplausos, y en tu noble frente  
 Cúñen las artes inmortal corona;  
 ¡Yo te saludo de entusiasmo lleno!  
 ¿Quién al oír tú canto no palpita?  
 ¡Jamás, jamás una ilusión tan grata  
 Llenó mi corazón, Albini bella  
 De tan dulce y feliz melancolía!  
 Recibe, pues, la gratitud que siento,  
 Y de mi lira en el humilde acento  
 La sincera expresión del alma mía!

1,837.

El libro de la historia de la literatura mexicana  
 de la Universidad de Nuevo León  
 es una obra de gran importancia  
 que recoge los datos más importantes  
 de la vida literaria de nuestro país  
 desde los tiempos prehispánicos  
 hasta el presente.

1,837.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
 DEPARTAMENTO DE BIBLIOTECAS

## A HIDALGO

En sepulcral silencio se encontraba  
 El pueblo mexicano sumergido:  
 ¡Fatal silencio! sólo interrumpido  
 Por la dura cadena que arrastraba:

Como crimen atroz se castigaba  
 Del triste esclavo el mísero gemido,  
 O de los opresores al oído,  
 Cual música de triunfo resonaba.

Grita Hidalgo, por fin, con voz divina:  
 "¡México libre para siempre sea!"  
 Y al tirano español guerra fulmina:  
 Once años dura la mortal pelea,  
 El trono se desploma, y en su ruina,  
 De libertad el estandarte ondea!

1,837.

## HIMNO PATRIOTICO

Para cantarse el 16 de Septiembre de 1,840.

Oid sonar de los heroes las tumbas,  
 Y sus sombras ilustres salir,  
 Y mil ecos gloriosos á un tiempo  
 "¡Libertad!" "¡libertad!" repetir.

## I

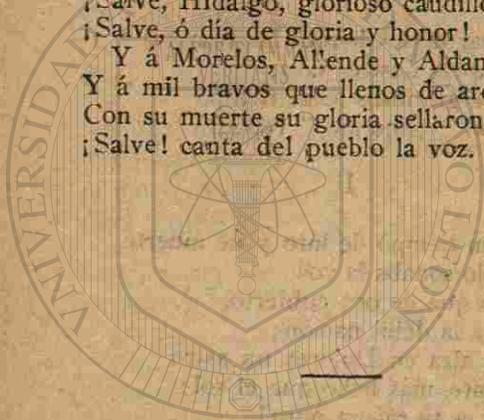
Hubo un tiempo de luto y de muerte,  
 En que sólo sonaba la voz  
 Del tirano que de oro cubierto,  
 Insultaba á la débil nación;  
 Pero se alza en Dolores un astro  
 Más fulgente, más bello que el sol:  
 ¡Libertad, es tu ráfaga pura!  
 ¡Libertad, es tu inmenso fulgor!

## II

Y de un héroe al ejemplo, mil héroes  
 Alzan fuertes el noble pendón,  
 En que brilla con fuego, grabada  
 "Libertad," por la mano de Dios.  
 El tirano al mirar esta enseña,  
 Sobre el trono, cobarde tembló,  
 Y aunque opone sus últimas fuerzas,  
 Triunfa al fin del patriota el valor.

## III

¡Salve, ó genio, que el árbol plantaste  
Que regado con sangre creció!  
¡Salve, Hidalgo, glorioso caudillo!  
¡Salve, ó día de gloria y honor!  
Y á Morelos, Allende y Aldama,  
Y á mil bravos que llenos de ardor,  
Con su muerte su gloria sellaron,  
¡Salve! canta del pueblo la voz.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

## POESIAS

Escritas en los aniversarios de la muerte del  
SR. D. FRANCISCO GARCÍA.

## I

De patriotismo y de virtud modelo,  
Fuiste siempre magnánimo García,  
Fuiste de Zacatecas el consuelo;  
Pero marcó el Señor tu último día,  
Y al cielo alzaste tu brillante vuelo.

## II

Miró á su patria el inclito García,  
Miróla en sangre y lágrimas bañada,  
Presas inocentes de facción impía,  
Y su alma del dolor despedazada,  
Te dejó para siempre ¡oh patria mía!

## III

A su padre, á su jefe más querido,  
Hoy Zacatecas llora desolada:  
¡Con él sus esperanzas ha perdido!  
El pueblo en torno de su tumba helada,  
Lanza su triste, lúgubre gemido.

¡Oh, Zacatecas! cúbrete de duelo,  
Murió tu padre ya, ¡murió García!  
A otro mundo mejor alzó su vuelo.  
¡Un héroe falta de la patria mía!  
¡Un astro más fulgura ya en el cielo!

De llanto y de dolor en este día,  
Con lúgubre clamor el bronce suena,  
¿Por qué así te entristeces, patria mía?  
La patria con su faz de llanto llena,  
Calla y muestra la tumba de García.

Genio que alzaste tu brillante vuelo  
A otra región de luz y bienandanza;  
¿Por qué dejaste nuestro patrio suelo?  
De su dicha perdiste la esperanza,  
Y fuiste á ser su intercesor al cielo.

Ved á la libertad; negro es su manto,  
Es triste su mirar, y hondo su duelo:  
Al que sostuvo su estandarte santo  
No halla en la tierra, y búscanlo en el cielo  
Sus ojos llenos de salobre llanto.

Si te quitó el destino, patria mía,  
Tu fortuna, tu gloria, tu grandeza;  
Si eres juguete de la suerte impía,  
A lo menos te quedan por riqueza  
La tumba y los recuerdos de García.

### ¡UNA MEMORIA!

Salí apenas de la infancia,  
Sencillo, puro, inocente,  
Con el candor en la frente,  
La paz en el corazón;  
Cuando te ví, Amira hermosa,  
Y en apasionado acento  
Me atreví á mandar al viento  
Mi primer canto de amor.

De amor puro, eterno, ardiente;  
De aquel amor que derrama  
En el corazón su llama,  
Cual volcán abrasador:  
Este amor era el delirio  
Que mi existencia llenaba.  
Este el númen que inspiraba  
Mi primer canto de amor.

Para mí la vida entonces  
¡Cuánta dulzura tenía!  
¡Cuán grata me parecía  
De la tierra la mansión!  
¡Miraban todo mis ojos  
Con tan bellos coloridos!  
Todo, todo á mis sentidos  
Estaba diciendo amor.

Cuando tras el cortinaje  
Magnífico de oro y grana,  
En la cándida mañana  
Brillaba el fúlgido sol,  
Yo a'egre lo saludaba,  
Que á alumbrar tu faz venía,  
Y á tí, Amira, dirigía  
Mi primer canto de amor!

¿No te acuerdas cuántas veces  
De las aves el arrullo,  
Del arroyuelo el murmullo  
Escuchábamos los dos?  
El aura blanda meceía  
Tu cabellera rizada,  
Aquella aura embalsamada  
Por tus palabras de amor.

¡Cada gota de rocío,  
Cada flor y cada fuente,  
Hablaban cuán dulcemente,  
A mi tierno corazón!

¡Amor las aves cantaban,  
Amor las fuentes decían,  
Y los ecos repetían  
Por todas partes, amor!

¡Prisma brillante, pronto te rompiste,  
¡Ilusiones de amor, habéis pasado,  
Y al pobre corazón sólo ha quedado  
Una memoria dolorosa y triste!

¡Todavía tienen para mí las flores,  
Y del bosque el magnífico ramaje,  
Las aves y las fuentes, un lenguaje,  
Lenguaje de recuerdos y dolores!

Saludo todavía al sol brillante  
Cuando aparece en el rosado oriente;  
Mas le saludo con la voz doliente,  
Y en lágrimas bañado mi semblante.

¿Qué fué tu amor?... ¡un sueño fugitivo!  
¡Tus sollozos, tus lágrimas mentira!  
Y yo te amaba, y... ¿lo creerás, Amira?  
Falsa, aún te amo, y de recuerdos vivo!

Y aspiro algunas veces á la gloria,  
Porque aunque á ver no vuelva tu sem-  
blante,  
Digas mi nombre y mandes á tu amante  
¡Un suspiro no más, una memoria!

## BRINDIS EN UN BAILE

A un tiempo, queridos,  
 Las copas llenemos,  
 Y alegres brindemos  
 A amor y amistad:  
 Del tiempo pasemos  
 Burlando la saña;  
 De hirviente champaña  
 La copa apurad.

"Y todos á un tiempo  
 Gritad, y á una voz:  
 ¡Que vivan las bellas!  
 ¡Que viva el amor!"

¡Qué importa que ahora  
 El sol no aparezca,  
 Que no nos ofrezca  
 Su fúlgida faz?

Oculte sus rayos;  
 Que brillan más que ellos  
 Los ojos tan bellos  
 De tanta beldad.

"Y todos á un tiempo  
 Gritad, y á una voz:  
 ¡Que vivan las bellas!  
 ¡Que viva el amor!"

¡Oh, vino espumoso  
 Tú el símbolo eres  
 De nuestros placeres,  
 De nuestra ilusión.  
 Gozosos, amigos,  
 Las copas vaciemos,  
 Y alegres brindemos  
 Al gozo, al amor;

"Y todos á un tiempo  
 Gritad, y á una voz:  
 ¡Que vivan las bellas!  
 ¡Que viva el amor!"

Mirad de estas ninfas  
 Las cándidas frentes,  
 Sus bocas rientes  
 De hermoso carmín:  
 ¡Quién puede, decidme,  
 Mirarlas sereno,  
 Sin que arda su seno  
 En fuego sin fin?

Bebamos, brindemos,  
 Diciendo á una voz:  
 "¡Que vivan las bellas!  
 ¡Que viva el amor!"

## BRINDANDO A UNAS SENORITAS

EN EL ANIVERSARIO DE LA INDEPENDENCIA.

¿A quién no animan vuestros bellos ojos?  
 ¿Quién no palpita al ver vuestra hermosa  
 (sura?)

Esa sonrisa pura  
 Que vaga en vuestro labio purpurino,  
 Y el noble pecho del patriota inflama,  
 Es del valiente, premio venturoso.  
 ¿Cómo refleja en vuestro rostro hermoso,  
 De independencia la sagrada llama!  
 ¿Maldición al cobarde  
 Que para conservar vuestra pureza  
 V vuestra libertad, la lid rehusa!  
 ¿Lor eterno al valiente mexicano,  
 Que ardiendo en llama sacrosanta y pura  
 La vida exhala al pie de la hermosura,  
 Teñido con la sangre de un tirano!

No temáis, mexicanas, que abata  
 La opresión vuestras candidas frentes,  
 Antes, antes, de sangre torrentes  
 En Anáhuac correr se verán.

Compatriotas, brindad á la gloria,  
 De las bellas en este gran día,  
 E inundados en pura alegría,  
 En su lor vuestra voz levantad.

## ADELA.

A mi hermano Guillermo Prieto.

## ROMANCE PRIMERO.

LA VIGA.

El que quiera ver la pompa,  
 La brillantez y riqueza  
 Con que en México se viste  
 La graciosa primavera,  
 Vaya al paseo de la Viga  
 En una tarde serena.  
 La multitud de canoas  
 Que cubren el ancha acequia,  
 Que van, vienen, se reúnen,  
 Se separan y atraviesan:  
 Las graciosas mexicanas,  
 Que colocadas en ellas  
 Y coronadas de flores,  
 Vistosos trajes ostentan:  
 Los acentos melodiosos  
 Del arpa ó de la vihuela,  
 Que acompañan las canciones  
 Que sus amores expresan:  
 Aquellos dichos agudos  
 Y oportunas ocurrencias,  
 Aquel desorden gracioso,  
 Aquella brisa ligera  
 Que apenas las aguas-riza

Calderón.—9

Y luego en los flores juega:  
 La vista de hermosas quintas  
 Y de risueñas aldeas,  
 Donde de sabroso pulque  
 Apuran jícaras llenas:  
 Aquel contraste gracioso  
 Que forma la faz severa  
 De venerables ancianos  
 Que meditan ó bostezan,  
 Con el semblante festivo  
 De las jóvenes traviesas,  
 Que á sus amantes envían  
 Miradas de fuego llenas:  
 Aquellas sagradas aguas,  
 Que los trabajos recuerdan  
 (A pesar de tantos años)  
 De los ilustres aztecas:  
 El idioma mexicano  
 Que aquellos Indios conservan,  
 Y en que los remeros hablan,  
 Y la romántica mezcla  
 De las memorias antiguas  
 Con las costumbres modernas  
 Forman un todo gracioso,  
 Que nunca á borrarse llega  
 Del alma que ha contemplado  
 Estas mágicas escenas:  
 En una de las canoas  
 Iba una tarde de aquellas  
 Un joven, tres señoritas,  
 Y una anciana gorda y fresca,  
 Aunque bien se conocía

Que rayaba en los sesenta:  
 Esta ostentaba un vestido  
 De una antigua y rica tela,  
 Que conservaba, decía,  
 Con la mayor reverencia,  
 Porque lo había estrenado  
 En las memorables fiestas  
 Del advenimiento al trono  
 De Carlos IV: tal prenda  
 Le servía como un libro  
 De memoria: su cabeza  
 Entre blanca y negra, estaba  
 De una gran falla cubierta,  
 Y por fin, todo su traje  
 Era una confusa mezcla  
 De las usanzas antiguas  
 Con adiciones modernas,  
 Contraste raro formaba  
 Con sus hijas, que pudieran  
 Ser modelo de las Gracias,  
 Mas la respetable vieja  
 Era de bello carácter,  
 Habladora sempiterna,  
 Buena madre de familia,  
 Muy amante de las fiestas,  
 Regocijos y convites,  
 A donde iba, decía ella,  
 Tan sólo porque sus hijas  
 De gusto no carecieran:  
 Lo cierto era que entretanto  
 Que las amables doncellas  
 En el canto ó en el baile

Ostentaban su destreza,  
Ella entre muelles cojines,  
Junto á alguna compañera  
De su tiempo, al grande flujo  
De su charlar daba suelta.

Iba, pues, nuestra matrona  
En la canoa; junto á ella  
Iba un joven pensativo,  
Dando en su semblante muestras  
De algún proyecto grandioso  
O alguna aflicción secreta:  
Veinticinco años tendría  
Cuando más, aunque las penas  
La meditación continua,  
O literarias tareas,  
Parecer mayor le hacían;  
Pero en su frente serena,  
En su mirar entusiasta  
Aunque dulce, en sus maneras  
Todas, y en todo su porte  
Se leía la franqueza.  
La anciana le amaba mucho,  
Sabía la correspondencia  
Que con Adela tenía.  
De sus hijas la más bella:  
Y esperaba que muy pronto  
De Himeleo la cadena  
Sus vínculos estrechara:  
Alfonso (pues éste era  
El nombre de nuestro joven)  
Oía las historietas

De la anciana, que tenían  
Más de veinte años de fecha,  
Con la ligera sonrisa,  
Que la distracción expresa:  
Algunas veces fijaba  
Sus miradas en Adela,  
Ella bajaba los ojos  
Con sencillez y modestia,  
Y su pecho palpitante,  
Y sus mejillas cubiertas  
De amable rubor, la hacían  
Más interesante y bella.

Las tres hermanas reían,  
Cantaban canciones nuevas,  
O de aromáticas rosas  
Coronaban sus cabezas:  
Ya jugaban con el agua,  
Y al inclinarse hacia ella,  
Se desprendían las flores  
De su hermosa cabellera:  
Ya al remero dirigían  
En la mexicana lengua  
Algunas leves preguntas,  
Repitiendo su respuesta.

Poco á poco fué dejando  
A sus hermanas Adela,  
Porque notó que en su amante  
Aumentaba la tristeza,  
Y fué á colocarse al cabo  
Junto á la madre, que, tierna,

Al melancólico Alfonso  
 Hablaba de esta manera:  
 "¿Qué tiene usted, hijo mío?  
 "¿Qué tiene usted? ¿En qué piensa?  
 "Usted está distraído,  
 "No me responde siquiera.  
 "Sabe usted cuánto lo estimo,  
 "No me oculte usted sus penas.  
 "Estos jóvenes de ahora,  
 "Con tantas cosas que piensan,  
 "Se vuelven viejos muy pronto;  
 "Mi marido (que Dios tenga  
 "En su gloria) no pensaba  
 "Sino en cuidar de su hacienda:  
 "Pero no lo vi ocuparse  
 "En escribir tantas resmas  
 "De papel, y no es decir  
 "Que tuviese mala letra;  
 "No, señor, de Palomares  
 "Escribía: las esquelas  
 "Verá usted que me mandaba  
 "Cuando hice viaje á la Puebla,  
 "¿Qué limpias! no hay un borrón  
 "Desde la cruz á la fecha;  
 "Pero no hacía discursos,  
 "Ni versos, ni cosas de esas  
 "Que se hacen hoy. Vamos, vamos,  
 "Levante usted la cabeza,  
 "Cante usted alguna cosa,  
 "Acompañado de Adela,  
 "O solo, como usted guste.

"¡ Ah! ¿ Tal vez usted se encuentra  
 "Enfermo?"—La buena anciana  
 Calló en fin: en tanto inquieta  
 Adela, los ojos fijos  
 En Alfonso, medio abierta  
 La rosada boca, el pecho  
 Palpitando con violencia,  
 Esperaba de su amado  
 Sin respirar, la respuesta.  
 "No, señora, dijo el joven,  
 "No estoy malo, la vihuela.  
 "Deme usted, Adela hermosa,  
 "Y cantaré lo que pueda.

El crepúsculo acababa  
 En este instante: desiertas  
 Estaban ya las canoas;  
 En vez del ruido y la gresca  
 Que se observaba poco antes,  
 Ora silencio se observa:  
 El hombre así de la vida  
 Por la corriente atraviesa,  
 Primero alegre, agitada,  
 Después tranquila y serena,  
 Cuando la vejez helada  
 Ya sus pasiones modera.

Tremula sobre las aguas  
 Brillaba la luna llena,  
 Que ya á salir comenzaba  
 Tras la torre de una aldea.

En ella fija los ojos  
 Alfonso, luego los lleva  
 A las remotas montañas  
 Que en el horizonte observa:  
 Altísimas esperanzas  
 Su alma generosa llenan,  
 De Adela estrecha la mano,  
 Y en voz dulce y halagüeña,  
 Pero sonora y sublime,  
 (Que por escucharla dejan  
 Sus juegos las dos hermanas,  
 Y el remero su tarea)  
 Estos versos canta Alfonso,  
 Que su sentimiento expresan:

“¡Gloria! ¡gloria! ¡Palabra sonora  
 Que repiten la tierra y el cielo;  
 Del sufrido soldado consuelo,  
 De los héroes brillante deidad!  
 Yo también por tu nombre suspiro;  
 Que tus alas me cubran espero,  
 Y en mi mano tal vez el acero  
 Con celeste fulgor brillará.”

Tal vez pronto el infame coloso  
 Que hoy oprime con mano inclemente,  
 En vil polvo sumida la frente,  
 El escarnio del pueblo será:  
 Yo también á los libres unido  
 Vibraré denodado la espada,  
 Y mi frente será coronada  
 De laurel y de palma inmortal.

Mas si acaso en la lucha perezco,  
 Bella joven, mitad de mi vida,  
 De tí sola y mi patria querida  
 Mi suspiro postrero será.

Ve á la tumba que guarde mis restos,  
 Y sobre ellos derrama tu llanto;  
 Mi aflicción y mi acerbo quebranto:  
 Con tu sombra tal vez calmará.”

Calló Alfonso; sus mejillas  
 Ardientes lágrimas riegan,  
 Que cayendo sobre el rostro  
 De la delicada Adela,  
 Y juntándose á las suyas,  
 A la helada mano ruedan  
 De la anciana, que al instante  
 Pregunta con voz inquieta:  
 “¿Por qué lloráis, hijos míos?  
 “¡Oh! las canciones modernas  
 “Son muy tristes; las antiguas  
 “Las seguidillas aquellas  
 “Eran mejores; mas todo,  
 “Todo acaba! Vámonos ¡vea!  
 “Muchachas, vamos á casa,  
 “Y acabóse la tristeza.”

Dejaron, pues la canoa,  
 Toman el coche, y se internan  
 De México en la ciudad  
 Por las calles opulentas.

## ROMANCE SEGUNDO.

## LA PRISION.

Jamas se pasaba un dia  
 Sin que en las alas llevado  
 Del amor, no fuese Alfonso  
 A ver á su bien mas caro;  
 Sin embargo, en el siguiente  
 Al paseo de que hablamos,  
 Son ya las doce, . . . la una,  
 Pero Alfonso no ha llegado.  
 Cuenta Adela los momentos,  
 Le parece que oye pasos,  
 La respiración suspende,  
 Vuelve la cabeza, . . . en vano,  
 No es él: se apura, se aflige,  
 Mil pensamientos amargos  
 Se suceden en su mente.  
 Tal vez se encuentra postrado  
 Por la enfermedad, . . . Tal vez  
 Ha detenido sus pasos  
 Un asunto de interés; . . .  
 Pero no; nunca su amado  
 Ha preferido otros bienes  
 A su amor: acaso, acaso  
 Una mujer más dichosa. . .  
 ¡Qué delirio! ¡Ni pensarlo!  
 Adela tan baja idea  
 Desecha con desagrado:

Pero Alfonso no parece,  
 El sol va ya declinando. . .  
 ¡O buen Dios! ¿le habrá perdido?  
 Sale al balcón, á lo largo  
 Tiende la vista, cada uno  
 De aquellos que van pasando  
 Le parece que es Alfonso;  
 Su corazón agitado  
 Casi no cabe en su pecho:  
 La llama su madre en vano;  
 "Ya voy," dice, y permanece  
 Por todas partes mirando:  
 Descubre, en fin, á un amigo  
 De su amante. ¿Algún recado  
 Le traerá tal vez? . . . No hay duda,  
 Entra en su casa: de un salto  
 La sala y el corredor  
 Pasa Adela, y preguntando  
 Está al amigo de Alfonso,  
 ¡Infelice! de los labios  
 De aquel oye la noticia  
 De que está preso su amado:  
 Pierde su faz los colores,  
 Tiende los hermosos brazos,  
 Y faltándole las fuerzas,  
 Como herida por un rayo,  
 Cayó: la madre al momento,  
 Y las hermanas volando  
 Llegan, la encuentran tendida  
 En el suelo, y al infausto  
 Mensajero, cual si fuese

Hecho de insensible mármol,  
 El les repite de nuevo  
 Que su amigo desgraciado  
 Está en la "cárcel de corte,"  
 Por el gravísimo cargo  
 De ser "insurgente".... ¡Cielos!  
 La anciana exclamó llorando,  
 "¿Insurgente?"—Sí, señora,  
 Dijo el amigo, y acaso....  
 Yo me horrorizo al pensarlo!  
 Ya se le sigue un proceso....  
 Su funesto resultado....  
 "No más, dijo la señora,  
 "¡Me está usted despedazando!  
 "¡Vaya usted, vaya al momento,  
 "Dé usted, por Dios, cuantos pasos  
 "Pueda en favor de su amigo,  
 "De ese amigo desgraciado.  
 "¿Necesita usted dinero?  
 "Yo lo daré: ¿es necesario  
 "Ver al virrey, á los jueces?  
 "Pues en el instante, vamos.  
 "¡Oh, santo Dios! hijas mías,  
 "Llevemos luego á su cuarto  
 "A esta infeliz. ¡Oh, qué tiempos!  
 "Todo, todo se ha cambiado.

Largo espacio permanece  
 Adela en aquel letargo;  
 Pero, por fin, poco á poco  
 Va volviendo: abre sus labios,

Y con voz trémula y débil,  
 De Alfonso el nombre adorado  
 Repite; los ojos gira  
 En derredor de su cuarto:  
 No está pálido su rostro,  
 Antes un vivo encarnado  
 Hermosea sus mejillas:  
 Bate su pulso agitado  
 Por la fiebre más ardiente:  
 Discursos mal concertados,  
 Palabras vagas, locuras,  
 Indican el alto grado  
 De la enfermedad: la ciencia,  
 Los desvelos, los cuidados,  
 Todo se ensaya sin fruto:  
 El cerebro trastornado  
 De Adela, ve sólo sombras;  
 Y la infelice, mezclando  
 Las más contrarias ideas,  
 En tropel desordenado  
 Habla de flores y muertes,  
 De amores y de cadaños.

Por mil ochocientos trece  
 Es la época de que hablamos,  
 Epoca horrible, sangrienta,  
 Para el triste mexicano:  
 Cuando el nombre de Venegas,  
 Repetido con espanto,  
 Helaba los corazones:  
 Cuando algunos esforzados,  
 Arrostrando los peligros,

"Independencia" gritaron,  
Mas no era llegado el día  
Por el Eterno marcado  
Para sacudir el yugo  
Del Español sanguinario.

Venegas sofocar quiso  
Aquel incendio sagrado,  
Vertiendo sangre a torrentes,  
Suplicios multiplicando.  
No eran necesarias pruebas  
Para mirarse arrastrado  
A la prisión más estrecha  
El misero ciudadano;  
Bastaban sólo sospechas:  
Así piensan los tiranos  
Afirmar su inicuo trono,  
Sin advertir que la mano  
Que los golpes multiplica,  
Suele fatigarse al cabo,  
Y su flaqueza se aumenta  
A proporción del estrago.

En la gran cárcel de corte  
Se encuentran un joven cargado  
De fortísimas cadenas,  
Y de grillos muy pesados;  
Pero en su faz no demuestra  
Abatimiento ni espanto:  
Es cierto que algunas veces  
Por su semblante esforzado  
Pasa una ligera sombra

De tristeza, y en sus labios,  
De Adela el nombre querido,  
Con un suspiro mezclado  
Se oye sonar; más de nuevo  
La serenidad cobrando,  
De inmortalidad y gloria  
Brilla en sus ojos un rayo.  
Así al claro sol oculta  
Algún ligero nublado,  
Pero pasa, y reaparece  
Con más pureza brillando:  
Así el árbol por el viento  
Un instante doblegado,  
Vue've á levantarse airoso,  
El huracán despreciando.

Seis días hace que Alfonso  
Sufre su destino amargo,  
Sin saber cuál es la suerte  
De los objetos amados  
De su corazón. Se acerca  
Al fortísimo enrejado  
De una ventanilla estrecha,  
Y sus ojos levantando  
Fija en el zafir del cielo.  
Cuando el mortal rodeado  
Está de gozo y ventura;  
Cuando ardoroso su labio,  
Entre ilusiones mecido,  
Del placer apura el vaso,  
Le basta sólo la tierra,  
Mas cuando la helada mano

Del dolor su pecho rompe,  
 Cuando la ilusión pasando  
 Aparecen los tormentos,  
 Cuando no encuentran descanso  
 En el mundo, ansioso busca  
 Otra región, otro estado,  
 Y sus ojos en el cielo  
 Fija inundados en llanto.

Era el momento solemne  
 En que el sol ha terminado  
 Su carrera: la hora misma  
 En que Alfonso, acompañado  
 De Adela, hace siete días,  
 En la "Viga" iba soñando  
 En felicidad, en gloria,  
 Que en prisiones se han tornado.  
 Así el viajero divisa  
 Altas torres y palacios,  
 En el lejano horizonte,  
 Que le prometen descanso,  
 Y en mirarlos divertido,  
 No ve la sima en que incauto  
 Se precipita, y perece:  
 Así ligero surcando  
 El pajarillo los vientos,  
 Tocar la copa de un árbol  
 Cree ya, cuando aguda flecha  
 Le derriba traspasado.

En el azul de los cieios,  
 Más que las otras brillando,  
 Estaba una estrella hermosa:

Alfonso con entusiasmo  
 Fija sus ojos en ella,  
 Como en el luciente faro  
 El navegante infelice,  
 Que está con la mar luchando:  
 Astro puro, ¿eres acaso  
 Tú la funeraria antorcha,  
 Que alumbra mi fin cercano?  
 ¡Pronto tal vez, en mi tumba  
 Tu blanda luz derramando,  
 Indicarás á mi Adela  
 El lugar de mi descanso!  
 Tal vez la noche siguiente,  
 Brillarán tus tristes rayos  
 Sobre su pálido rostro,  
 Y en las gotas de su llanto,  
 Cambia de pronto de ideas:  
 De su patria el nombre caro  
 Viene á su memoria: el fuego  
 De libertad, que abrasando  
 Está siempre su alma noble,  
 Aquel fuego sacrosanto,  
 Que al amor cedió un momento,  
 Vuelve á brillar, y doblando  
 Su entusiasmo, "sí; repite,  
 Acelere pronto el cadalso,  
 Verga la muerte gloriosa  
 Que me prepara el tirano."

Así lucha el triste preso,  
 Entre sentimientos varios,  
 Hasta que un ligero sueño

Extiende sobre él su manto.  
 Mas ¡ay! pronto lo despierta  
 Un acento destemplado,  
 Que le intima la sentencia  
 De muerte... Con firme paso  
 Marcha á la obscura capilla,  
 Donde un venerable anciano,  
 Un religioso, lo espera,  
 En caridad rebosando,  
 Para hacer con sus acentos  
 El trance menos amargo.

Tres días después... unos tiros  
 En la plaza de Mixcalco,  
 Y unas campanadas suenan...  
 A esa misma hora, de blanco  
 Vestida, y llena de flores,  
 A su lecho funerario  
 Llevan una hermosa joven.  
 Es Adela, y á su lado,  
 De su amante, el noble Alfonso,  
 El sepulcro colocaron.

Enero de 1833.

OBRAS DRAMATICAS

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

Extiende sobre él su manto.  
 Mas ¡ay! pronto lo despierta  
 Un acento destemplado,  
 Que le intima la sentencia  
 De muerte... Con firme paso  
 Marcha á la obscura capilla,  
 Donde un venerable anciano,  
 Un religioso, lo espera,  
 En caridad rebosando,  
 Para hacer con sus acentos  
 El trance menos amargo.

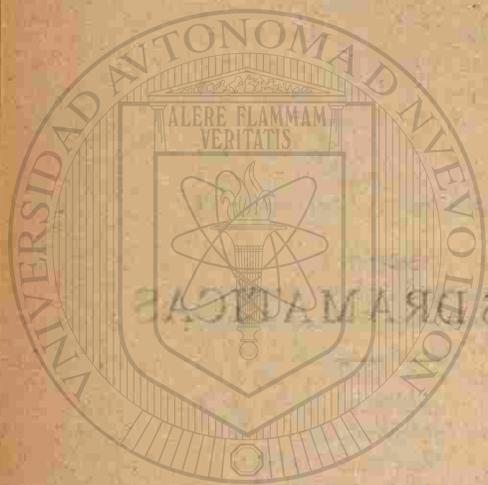
Tres días después... unos tiros  
 En la plaza de Mixcalco,  
 Y unas campanadas suenan...  
 A esa misma hora, de blanco  
 Vestida, y llena de flores,  
 A su lecho funerario  
 Llevan una hermosa joven.  
 Es Adela, y á su lado,  
 De su amante, el noble Alfonso,  
 El sepulcro colocaron.

Enero de 1833.

OBRAS DRAMATICAS

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



PERSONAJES

EL TORNEO.

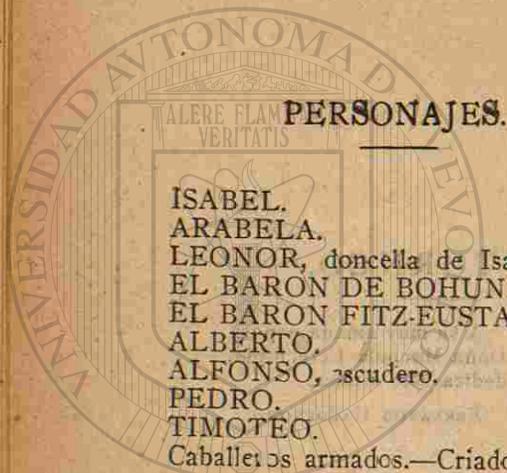
A su muy amada esposa  
Doña Manuela Letechipia,  
dedica este drama,

FERNANDO CALDERON.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





### PERSONAJES.

ISABEL.  
ARABELA.  
LEONOR, doncella de Isabel.  
EL BARON DE BOHUN.  
EL BARON FITZ-EUSTAQUIO.  
ALBERTO.  
ALFONSO, escudero.  
PEDRO.  
TIMOTEO.  
Caballeros armados.—Criados.

La escena es en el castillo del barón Fitz-  
Eustaquio. Inglaterra.—Siglo XI.



### ACTO PRIMERO

#### LA DESPEDIDA.

Salón gótico ricamente amueblado con  
adornos de trofeos militares en las pare-  
des.

#### ESCENA I.

TIMOTEO, PEDRO.

(Aparecen limpiando los muebles.)

Ped.—Grande función se prepara;

Pero ¿sabes lo que pienso?

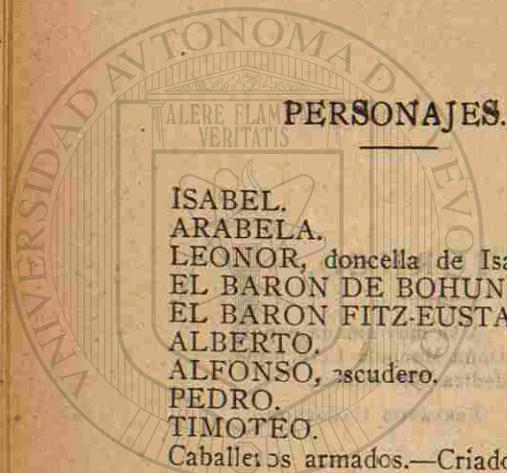
Que á pesar de este aparato

Y preparativos regios,

Creo que tiene la tal boda

Más bien traza de un entierro.

Tim.—¿Un entierro? ¡mentecato!



### PERSONAJES.

ISABEL.  
ARABELA.  
LEONOR, doncella de Isabel.  
EL BARON DE BOHUN.  
EL BARON FITZ-EUSTAQUIO.  
ALBERTO.  
ALFONSO, escudero.  
PEDRO.  
TIMOTEO.  
Caballeros armados.—Criados.

La escena es en el castillo del barón Fitz-  
Eustaquio. Inglaterra.—Siglo XI.



### ACTO PRIMERO

#### LA DESPEDIDA.

Salón gótico ricamente amueblado con  
adornos de trofeos militares en las pare-  
des.

#### ESCENA I.

TIMOTEO, PEDRO.

(Aparecen limpiando los muebles.)

Ped.—Grande función se prepara;

Pero ¿sabes lo que pienso?

Que á pesar de este aparato

Y preparativos regios,

Creo que tiene la tal boda

Más bien traza de un entierro.

Tim.—¿Un entierro? ¡mentecato!

¿Un entierro? ; mentecato!  
 Con un baile, y un torneo,  
 Y un festín, y tantos nobles  
 Y valientes caballeros,  
 Que vienen de treinta millas  
 A la redonda, cubiertos  
 De brillantes armaduras.  
 Plumas y galas, y... Pedro,  
 Tú no sabes lo que dices.

Ped.—Lo que digo, Timoteo,  
 Es, que todas esas galas,  
 Y esas músicas que el viento  
 Atruenan por todas partes,  
 Y el convite, y el torneo,  
 Todo esto de nada sirve  
 Si la novia.....

Tim.— Vaya, necio,  
 ¿Y qué tienes que decir  
 De Lady Isabel?

Ped.— ¿Qué tengo  
 Que decir? que es una joven  
 Angelical, un portento  
 De virtud y de hermosura;  
 Pero que, según entiendo,  
 Ella tiene tantas ganas  
 De casarse, como tengo  
 Yo de morirme.

Tim.— Repito  
 Que eres un tontazo, Pedro  
 ¡Vaya! ; pues es nada el novio!  
 El más rico caballero  
 De Inglaterra, y el más noble

Y valiente; nada menos  
 Que el barón de Bohún; digo,  
 Él que no hace mucho tiempo  
 Salvó la vida al monarca,  
 Cuando lo iba un sarraceno  
 Allá en Ascalón, un día,  
 A rajar de medio á medio:  
 Y por lo mismo Ricardo  
 Le ha concedido por premio,  
 Que ponga en su escudo de armas,  
 Aumentando sus trofeos,  
 Una cabeza de moro  
 Con sus bigotazos negros,  
 Que da gusto.

Ped.— Yo me río:

¿Puedes pensar, majadero,  
 Que los bigotes del moro,  
 Por muy grandes y muy negros  
 Que sean, hayan podido  
 Mover á la novia? Creo  
 Que ni cabezas de moro,  
 Ni moros de cuerpo entero,  
 Harán que la señorita  
 Quiera al tal Barón.

Tim.— Silencio:

Eso es otra cosa: mira,  
 Hace poquísimo tiempo  
 Que sirves en el castillo:  
 Tú no sabes los secretos  
 De la familia, y yo sí;  
 Mas no saldrá de mi pecho,  
 Ni siquiera una palabra

En asuntos de tal peso:  
Eso no; soy reservado  
Como un poste.

Ped.— Bueno, bueno;

Yo no digo lo contrario;  
Pero si eres tan discreto  
Y tan honrado, debías,  
Por caridad á lo menos,  
Ponerme un poco al corriente  
De estas cosas: por supuesto  
Que no es por curiosidad;  
No tengo yo tal defecto:  
Pero al fin soy de la casa.

Tim.— Pues sírvate de gobierno.  
Que el barón de Bohún, el novio,  
Tiene un endiablado genio.  
Es valiente, cierto, y rico,  
Y de titulones lleno:  
Peró muy vano y altivo,  
Regañón... pero no puedo  
Decirte más.

Ped.— Lo que has dicho  
Sirve para qué de nuevo  
Afirmo yo que la boda  
No tendrá buen paradero:  
Cómo nuestra señorita,  
Joven, bella, cuyo genio  
Es la bondad misma, puede  
Querér á un maldito viejo  
Regañón, altivo?... ¡vaya!  
Quemara yo, Timoteo,  
Mis pape'es, si á esta hora

No palçita ya su pecho  
Por algún joven hermoso  
Más digno de ella.

Tim.— ¡Silencio!  
Silencio, lengua maldita,  
¿Qué te importa nada de eso?  
Aquí se mira y se calla.

Ped.— Bien está; pero no puedo  
Dejar de compadecerme  
De la señorita; cierto  
Que será muy desgraciada  
Con el tal barón, pudiendo  
Ser tan feliz con.....

Tim.— Pero hombre,  
Es imposible; si Alberto  
No es más que un pobre muchacho,  
Un expósito; si al menos  
Tuviera algún titulillo;  
Pero nada; no sabemos  
Quiénes han sido sus padres.  
En una ocasión, volviendo  
De la caza nuestro amo,  
Encontró en el duro suelo  
Al pobre niño; su llanto  
Le enterneció, y al momento  
Le trajeron al castillo,  
Le dieron por nombre Alebrto,  
Y está aquí, como quien dice,  
Por caridad: si un asiento  
En su mesa le da el amo,  
Es porque él es un portento  
De valor, y porque supo

Ganar con su propio acero  
De Caballero la Orden,  
Que si no, ya estaba fresco;  
Si él estuviera atenido  
A los pergaminos viejos  
De nobleza, te aseguro  
Que fuera hoy tan caballero  
Como yo.

Ped.— Pues la verdad  
¿Quieres que te diga? aprecio  
Mucho más á los que ganan  
Por sí mismo sus empleos,  
Que no á esos almirarados  
Orgullosos, que no han hecho  
Cosa alguna de importancia,  
Y sólo son caballeros  
Y se llaman hombres grandes  
Porque sus padres lo fueron.  
Yo no sé cómo es posible  
Que prefieran á ese viejo  
Barón, sólo porque es noble.

Tim.—Y muy rico.

Ped.— ¿Y qué sabemos  
De dónde le habrán venido  
Sus riquezas? Yo me acuerdo  
Que, hace poco el tal Barón  
Era un segundón hambriento:  
Que de repente su hermano  
Se encontró en un bosque, muerto  
Sin saber cómo; su viuda  
También murió á poco tiempo,  
Y entró en posesión de todo  
Ese Walter: no, yo pienso.....

Tim.—Pedro, Pedro, en los palacios  
Se ha de hablar con mucho tiento:  
Tú eres novicio, y no sabes  
Estas cosas.

Ped.— Pues....

Tim.— Silencio,  
Que alguno viene. ¿No escuchas  
Ruido de pasos?

Ped.— El miedo  
Que te zumba en los oídos.

Tim.—No, no; viene alguno.

Ped.— Es cierto.

Tim.—¿Si te habrán oído?

Ped.— Mira:

Es el señorito Alberto.  
¡Pobrecillo! ¡Cuán mudado;  
Cuán pálido y macilento  
Está su rostro! ¡qué triste!  
Me da lástima: ¡es tan bueno,  
Tan afable! no, si acaso  
Me hallara yo en su pellejo,  
Te aseguro que hoy hacía  
Una locura....

Tim.— Silencio,  
Que ya llega.

## ESCENA II.

Dichos. ALBERTO.

Alb.— Amigos míos,  
(Con un aire muy abatido.)  
¿Qué hacéis aquí?

Ped.— Sacudiendo  
Este salón, porque dicen  
Que dentro de poco tiempo  
Estará aquí el novio.

Alb.— ¡El novio!

Tim.— Y los otros caballeros,  
Que han de asistir á la boda.

Alb.— ¡A la boda!

Tim.— Y al torneo:

Ya está todo prevenido  
En el gran patio: tendremos  
Música, baile... quién sabe  
Cuántas cosas.

Alb.— (¡Yo fallezco!)

(Se deja caer en una silla)

Tim.— Ya tiene la señorita  
Muy adornado su asiento:  
Ya la tienda de campaña  
Del señor Barón.....

Ped.— ¡Qué necio  
(Bajo á Timoteo.)

Eres! ¿no ves lo que sufre?  
¿No te acuerdas del proverbio:  
En la casa del ahorcado  
No mentar la sogá?

Tim.— Cierto:  
Tienes razón.

Ped.— Pues al punto  
Vámonos por allá dentro:  
Dejemos al señorito

Tim.— Oye: en tiempos de festejo,  
Nuestro viejo mayordomo  
Suele alvidar un momento

De la bodega la llave  
Y el que es vivo....

Ped.— Ya te entiendo:  
Un trago por la mañana  
Nunca daña.

Tim.— Pues al hecho:  
Vamos.

Ped.— Vamos. ¡Pobrecillo!  
(mirando á Alberto.)  
Ves qué triste está?

Tim.— ¡Camueso!  
¿Pues qué perder una novia  
Es friolera?

Ped.— Por supuesto.  
(Se van.)

### ESCENA III.

Alb.— ¡Músicas, baile, alegría!  
¡En todas partes contento!  
¡Todos bien, y el tormento  
Despedaza el alma mía!  
¡Aciago, funesto día!  
¿Qué me resta? ¡desdichado!  
La muerte! desesperado,  
Mi existencia maldiciendo,  
Iré á buscarla, muriendo  
De todos abandonado!

¡La muerte, sí, sí, la muerte!  
¡Huérfano infeliz, proscrito!  
En tí amar es un delito;

¿Habrá más horrible suerte?  
 Isabel, voy á perderte,  
 Hoy voy á perderte, sí,  
 Sólo porque no nació  
 Conde, duque, ni barón;  
 Porque horrible maldición  
 Pesa siempre sobre mí!

¿A quién he debido el ser?  
 Por el demonio engendrado  
 Fuí tal vez, y abandonado  
 A llorar, á padecer:  
 Tal vez la triste mujer  
 A quien la vida debí,  
 Quiso arrojarne de sí  
 Como objeto vergonzoso,  
 Y entregarme al que piadoso  
 Se condoliera de mí.

¿Y qué, puede sin temblar,  
 Sin fallecer de dolor,  
 Al objeto de su amor  
 Una madre abandonar?  
 Tu pecho despedazar  
 No sentiste, madre mía,  
 Cuando en orfanda impía  
 Me dejaste? ¡Desdichado!  
 ¡Tal vez murió, y me ha llamado  
 En su fatal agonía!

¡Ay, acaso al darme el ser  
 Perdió la infeliz la vida,  
 O de miseria oprimida,

Está pronta á fallecer,  
 ¡Oh, si pudiera romper  
 Este velo misterioso!  
 ¡Permíteme, Dios piadoso,  
 Que la vea un sólo instante,  
 Aunque de su seno amante  
 Pase al sepulcro espantoso!

Pero si no habita ya  
 Este valle de dolor;  
 Si en otro mundo mejor,  
 De Dios ante el trono está;  
 Por su hijo rogará,  
 Porque se cambie mi suerte,  
 Porque antes, antes dé verte,  
 Isabel, en otros brazos,  
 De mi existencia los lazos  
 Rompa piadosa la muerte!

Amada Isabel, en tí  
 Mi única dicha encontré;  
 Mis pesares olvidé.  
 Desde el punto en que te ví,  
 Pero ya, ¡triste de mí!  
 Ya no es mía tu beldad;  
 La mano de la verdad  
 De la ilusión rompe el velo,  
 Vuelve á condenarme el cielo  
 A miseria y orfandad.  
 (Yéndose.)

¡Es ya forzoso partir:  
 Adiós, castillo dichoso,

Donde un tiempo venturoso  
Pensaba siempre vivir!  
¡Oh, si á sus ojos morir  
A lo menos yo lograra!  
Si á sus plantas expirara,  
Feliz al morir sería,  
Y la humilde tumba mía  
Ella con llanto regara!

Pero no; ni este favor  
Quiere concederme el cielo;  
Morir debo en otro suelo  
Consumido de dolor;  
El objeto de mi amor  
No me verá moribundo;  
En abandono profundo,  
Moriré sin un testigo;  
Ni un pariente, ni un amigo  
Dejaré al salir del mundo!

¡Adiós, objeto adorado,  
Que amé, que amo todavía,  
Que siempre en el alma mía  
Está con fuego grabado!  
¡Adiós, dueño idolatrado!  
¡Adiós! mas... ¿no es ella? sí,  
Es Isabel: ya está aquí;  
Huyamos, ¡ay! es forzoso...  
No puedo! ¡el cielo piadoso  
Tenga compasión de mí!

(Se deja caer en una silla en el mayor abatimiento.)

## ESCENA IV.

ISABEL, ALBERTO.

Isab.—¡Alberto!

Alb.— ¡Isabel!

Isab.— ¡Yo muero!

Alb.— Con que es cierto, en fin, que vos  
Hoy mismo....

Isab.— ¡Calla, por Dios!

¿También tú el feroz acero,  
Que mis entrañas devora,  
Quieres empujar, cruel?

Alb.—¡Ay, también mi pecho él

Está rompiendo, señora!

Isab.—¡Señora! ¿esto más?

Alb.— He aquí.

El nombre que os debo dar.

Isab.—¿Con que es fuerza renunciar

Aun á la esperanza?

Alb.— Sí:

Ya no miro en vos aquella

Que mis delicias hacía;

Hoy es el último día

Que veré esa frente bella:

Hoy mismo Isabel será

A las aras conducida,

Y hoy mismo mi despedida

Este asilo escuchará.

No verán mis ojos, no,

De mi rival el contento,

Ni escucharé el juramento  
Que la violencia dictó:

Furioso, desesperado,  
Sin asilo, sin consuelo,  
Vagaré en extraño suelo,  
De mis penas agobiado:

Sobre mi caballo fiel,  
Compañero de mi gloria,  
Llena siempre mi memoria  
Con la imagen de Isabel,  
La muerte voy á buscar.

Isab.— ¡Y yo aquí la encontraré!

Alb.— Tu nombre repetiré  
Al momento de expirar.

¡Oh mi bien el más querido!  
¡Mi delicia, mi tesoro!  
La fuerza con que te adoro  
Nunca cual hoy he sentido!

¡Tú ves el constante ardor  
Que devora el alma mía;  
Mas no sabes todavía  
El exceso de mi amor!

Isab.— ¡Alberto!

Alb.— Llega, Isabel,  
Llega esa mano adorada  
Al pecho en que estás grabada  
Por un eterno cincel:  
¿No sientes este latir,  
Este furioso volcán?

¡Ay, de aquí te arrancarán  
Cuando deje de existir!

Ese orgulloso Barón  
Obtendrá tu helada mano;  
Pero nunca el inhumano  
Poseerá tu corazón;

Ese corazón es mío,  
Lo juraste ante el Eterno,  
Y al mundo y al mismo infierno,  
Por gozarlo desfío.

Recuerda, cara beldad,  
Aquella noche preciosa,  
En que tu boca de rosa  
Colmó mi felicidad:

Cuando trémula, turbada,  
Llena de pudor divino,  
"Te amo," dijiste... ¡oh desdicha!  
Infeliz!

Isab.— ¡Desventurada!

¿Y podré sobrevivir  
A este momento terrible?  
¡Alberto, no, no es posible  
Los dos debemos morir:

Si, mi bien, la tumba mía,  
Será ese lecho nupcial!

Alb.— Ah! calla, Isabel, ¡qué mal!  
Me hace esa palabra impía!  
¡Lecho nupcial! no: ¡primero  
Mi cadáver han de hollar;  
Venga el Barón á buscar  
Tu mano con el acero;  
Veamos si tan fuerte es,

Como altivo y orgulloso!  
 ¡ Pronto ese rival odioso!  
 Quedará muerto á tus pies!  
 ¡ Pronto verás al traidor:  
 En sangre impura bañado,  
 Su pecho despedazado  
 Por mi acero vengador,  
 Y el sol que debe alumbrar  
 Su victoria, su ventura,  
 Una escena de amargura  
 Vendrá sólo á presenciar!  
 ¡ No brillará sobre flores  
 Su rayo resplandeciente;  
 Sobre sangre solamente,  
 Sangre, venganza y furores!  
 ¡ En vez de cantos de amor,  
 De muerte se oirá el gemido!  
 ¡ Será en luto convertido  
 Ese soberbio esplendor!  
 ¡ Tiemble, tiemble ese Barón!

Isab.—¿ Y mi padre?

Alb.— ¡ Oh Dios!

Isab.— ¡ Sabrá  
 Nuestro amor, y en mi caerá  
 Su terrible maldición!

Alb.—¡ Ah! qué nombre has pronunciado!  
 Tu padre, el hombre que un día  
 Salvó la existencia mía,  
 ¿ Será por mi desgraciado?  
 ¿ Y en cambio de su bondad  
 Y su paternal amor,  
 Yo llenaré de dolor

Su cansada ancianidad?  
 ¡ No, jamás; sabré sufrir  
 El sacrificio cruel:  
 Yo te lo juro, Isabel,  
 Sabré callar y morir!

Isab.— ¡ Morir!....

Alb.—Morir: ¿ presumes que pudiera  
 Vivir sin tí? jamás: tú, mi esperanza,  
 Tú, mi consuelo, mi ventura fuiste:  
 Tú, tú sola pudiste

Adormecerme en dulces ilusiones,  
 Regar de flores el camino incierto,  
 Que el destino fatal me señalaba;  
 Isabel, ya conozco que soñaba;  
 Y que á la realidad por fin despierto,  
 Una mano de hierro me sacude,  
 Y á un abismo sin término me lanza:  
 Vuela desecha en humo mi esperanza;  
 ¡ Cómo olvidarme de mi origen pude!  
 ¡ Cómo pensar que un huérfano infelice,  
 Sin nombre, sin riqueza,  
 Su destino infeliz unir podía

A la hija de un Barón! ¡ desventurado!

¡ Ya la suerte castiga mi osadía!

Isab.—Alberto, cesa por piedad: ¿ acaso  
 Necesita blasones

Un hombre como tú? ¿Cuál es más bello

Que la virtud sagrada que atesoras?

Tu generosidad, tu noble brío,

Mi corazón sencillo arrebataron,

Y mis labios, Alberto, te jurarano

Unir por siempre tu destino al mío.

Alb.—¡ Inútil juramento! ¡ Tú olvidabas

Que yo era un miserable, sin fortuna,  
De compasión y de miseria objeto:  
Olvidaste, Isabel, en tu delirio,  
Que de un noble la hija es una esclava,  
Que de su mano disponer no puede,  
Ni de su corazón!

Isab.— ¡Verdad terrible!  
¡Espantosa verdad! mas al mirarte  
¿En otra cosa, Alberto, pensaría,  
Que en amarte sin fin? cuando tus sienes  
La victoria en el campo coronaba,  
Mios tus triunfos y tus glorias eran!  
La voz de la esperanza me decía,  
Que mi mano tal vez la recompensa  
De tu valor y tu virtud sería:  
¡Inútil esperar! sin consultarme  
Mi padre fija mi infelice suerte,  
¿Qué puedo hacer, si no esperar la muerte?  
Mil veces he querido  
Descubrir nuestro amor ante sus plantas,  
Mas me hiela el pensar que acaso airado,  
En tí descargue su furor terrible,  
Y sin amigos, sin recurso alguno,  
De la miseria víctima serías!

Alberto, Alberto, tempestad horrible  
Sobre nosotros despiadada trueno,  
Sin poderla evitar! ¡ay! ¿Qué se han hecho  
Aquellos dulces, venturosos días  
De nuestra infancia? ¡Oh Dios eran un  
(sueño,  
Que ya se disipó!

Alb.— ¡Sí, sí, no hay duda:  
A veces se suspenden mis dolores

Con el recuerdo de tan bellos días! Y  
¿Te acuerdas, Isabel, de aquella noche  
En que brillaba espléndida la luna?  
Asentados los dos en la ventana  
Que da hacia el bosque, y contemplando  
(mudos  
Del firmamento la extensión inmensa,  
Y á la naturaleza silenciosa,  
Una vaga tristeza me oprimía:  
Me contemplaba solo, abandonado  
Desde que vine al mundo, en mis oídos  
No habían sonado los sagrados nombres  
De "hijo ó de hermano"; nunca mi cabeza  
Reposó sobre el seno de una madre.  
Nunca, Isabel! ¡Tan tristes pensamientos  
Mi corazón marchito consumían,  
La noche aquella, que olvidar no puedo,  
Que no quiero olvidar, tú penetraste  
Mis tormentos atrocés, tú volviste  
A mí tus ojos de ternura llenos,  
Y una mirada, una mirada sola  
Calmó la fiebre que en mi pecho ardía!  
¿Por qué lloras, Alberto, me dijiste,  
No soy tu hermana yo, mi padre el tuyo?"  
¡También llorabas! En aquel instante  
Un Dios me pareciste, un Dios clemente,  
Que á la vida de nuevo me volvía:  
Mi único anhelo fué desde aquel día  
De laurel puro coronar mi frente:  
Blandió mi mano la pesada lanza,  
Por mi valor ansiando merecerte,  
Volé á la gloria, desafié á la muerte,

Y coronó el destino mi esperanza:  
 Al lado de Ricardo, en Palestina,  
 Yo el primero al peligro me arrojaba,  
 Y en medio de las lides me animaba  
 Tu imagen pura, celestial, divina!  
 ¡Oh, cuántas veces cuántas, esta mano  
 Rompió los musulmanes escuadrones,  
 Y sobre sus vencidos torreones  
 Alcé las cruces del pendón cristiano!  
 A mis hazañas, á mi fuerte acero,  
 Que no brilló sin gloria vez alguna,  
 Premió Ricardo, y tuve la fortuna  
 De verme al fin armado caballero.  
 Rico de gloria, ardiendo en amor puro,  
 Volé á tu lado, y de tu labio hermoso  
 Una sonrisa todos mis afanes  
 Coronó dulcemente; no enviadiaba  
 La regia pompa y esplendor del trono;  
 Tú sola fuiste de mi afán el centro:  
 Adorarte, servirte, ser tu esclavo,  
 Fué mi gloria, Isabel: si la tristeza  
 De mi alma alguna vez se apoderaba,  
 Tu mirar la tornaba en alegría:  
 Tu voz en mis oídos resonaba  
 Como el acento de una madre tierna,  
 Cual de una hermana el cariñoso halago,  
 Como el concierto melodioso y puro,  
 Que ante el trono de Dios el ángel canta.  
 Isabel, Isabel, ¡cuántas delicias,  
 En solo un día me arrebató el cielo!  
 Acércate:

(Llevándola á una ventana.)  
 Contempla esas montañas

Que el sol apenas á dorar empieza:  
 Él no se ocultará tras esas rocas  
 Antes de que se cumpla tu himeneo.  
 Isab.—¡Calla, calla por Dios! ¿por qué re-  
 (cuerdas  
 El momento fatal de mi suplicio?  
 Alb.—¡Mañana se habrá alzado una ba-  
 (rrera  
 Eterna entre los dos!  
 Isab.— ¡Alberto, calla!  
 Alb.—Mañana, errante, solitario, triste,  
 Sin porvenir, sin esperanza alguna,  
 La muerte iré á buscar; y tu entretanto  
 De oro y púrpura un lecho ocupar de'es!  
 Isab.—¿No tienes compasión de mis pe-  
 (sares?  
 ¿Te complaces, cruel, en mis tormentos?  
 Alb.—Perdóname, Isabel: mi pecho triste  
 Hiel rebotando está, y el labio mío  
 Ultraja tu dolor. Adiós, amada;  
 Preciso es ya partir.  
 Isab.— ¿Te vas?  
 Alb.— ¡Es fuerza!  
 Isab.—¿Y á dónde?  
 Alb.— No lo sé: ¡por todas partes  
 Irá cual sombra mi dolor conmigo!  
 Isab.—Detente todavía.  
 Alb.— ¿A qué? ¿Pretendes  
 Que te mire llegar hasta las aras?  
 ¡Jamás, jamás! si respeté hasta ahora  
 Á mi padre adoptivo; si he ocultado  
 Á sus ojos mi amor, ha sido sólo

Por un esfuerzo doloroso, grande,  
Que concebir no puedes; pero al verte  
Tender tu mano á mi rival odioso,  
Pronunciar el sagrado juramento,  
¿Piensas que pueda reportar mi furia?  
¿Piensas que mi puñal, mil y mil veces,  
El corazón del pérfido no rompa?  
¿Isabel, Isabel! hoy á lo menos  
Sólo nosotros infelices somos;  
Pero tu padre no: tal vez un día  
El sabrá mi dolor, sabrá cuán caros  
Pago sus beneficios.  
Isab.— El se acerca:  
¿Cómo ocultar mi bárbaro tormento,  
Ni detener mi llanto? ¿Cuánto sufro!  
¿Sosténme tú, Dios mío!

ESCENA V.

Dichos. EL BARON FITZ-EUSTAQUIO

Fitz.— Hija querida:  
El momento feliz es ya llegado  
De ver asegurada tu ventura:  
El barón de Bohún, tu noble esposo,  
Seguido de valientes caballeros,  
Pronto vendrá á jurar entre tus brazos  
Eterno amor: el patio del castillo  
Engalanado está para el torneo;  
¿Pero qué miro? ¿tu semblante hermoso,  
Triste y pálido está, por qué no cubren

Tu hermoso cuerpo las nupcias galas?  
¿Temes este momento?  
Isab.— ¡Oh, padre mío!  
¿Al contemplar que voy á separarme  
Para siempre de vos!  
Fitz.— Ven á mi pecho;  
Ven, mi dulce consuelo, mi esperanza;  
De mi vejez cansada único apoyo:  
Serena tu semblante, hija querida,  
Pronto serás dichosa.  
Isab.— ¡Oh, padre, padre.  
Fitz.— Oyó mis votos el piadoso cielo:  
Reflexiona, Isabel, cuánta ventura,  
Cuánto brillo derrama este himeneo,  
Sobre nosotros! á los altos timbres  
De tus abuelos se unirán ahora  
Los de un noble Barón, de un gran gue-  
(rrero)  
Por el mismo Ricardo distinguido,  
Alberto, ¿no es verdad?  
Alb.— Si, padre amado:  
Decís muy bien, señor, (Infierno, infierno!  
¿Por qué no me sepultas?) Este enlace

(A Isabel)

Te llena de esplendor, hermana mía;  
Animate, Isabel.  
Fitz.— Hoy me parece  
Que son menos mi años; la ventura  
Ánima el corazón de los ancianos;  
Envidia tengo á tu futuro esposo;  
Envidia á los valientes caballeros,  
Que en el torneo lucirán ahora

Sus soberbios caballos y armaduras.  
 Hubo un tiempo también en que mi brazo  
 Lanzas rompió en honor de la belleza:  
 Cuando tu buena madre, en dulce nudo  
 Se unió á mi suerte, en ese patio mismo,  
 En que hoy tu nombre sonará glorioso,  
 Yo el de tu madre con valor sostuve:  
 Ella mira sin duda desde el cielo  
 Tu ventura, hija mía: pronto en torno  
 Circulará la copa en honor tuyo  
 En el festín magnífico; las bóvedas  
 De este castillo, mudas tanto tiempo,  
 Hoy van á resonar....

(Suena un clarín.)

¿Habéis oído?

Sin duda llegan ya los caballeros:  
 A encontrarlos volemós, hijo mío:  
 Y tú, cara Isabel, ve á prepararte:  
 Cubre de hermosas flores tu cabeza:  
 Ostenta tu hermosura; que tu esposo  
 Te encuentre digna de su ilustre mano,  
 Pura y brillante. Vamos.

Alb.— Sí, ya os sigo.

ESCENA VI.

ALBERTO, ISABEL.

Alb.—¡El momento tan temido  
 Ha llegado ya, Isabel!  
 Ya se acerca vuestro reposo.  
 Isab.—¡A sus ojos moriré!

Alb.—No; seguid, seguid, señora,  
 El camino que al nacer  
 Os señaló la fortuna;  
 Haced feliz la vejez  
 De vuestro padre, del mío,  
 Sí, mi padre también es;  
 Si no lo fuera..... ¡Infelice!  
 ¡Qué posición tan cruel!  
 Cuando el pecho se me abrasa  
 ¿Debo callar? ¡Oh, deber!  
 Tengo una espada y un brazo,  
 Tengo de venganza sed,  
 Tengo el infierno en el alma,  
 ¿Y vengarme no podré?  
 ¡Virtud fatal! Fítz-Eustaquio,  
 Bienhechor mío, ¿por qué,  
 Por qué salvaste mi vida?  
 ¿Por qué al punto de nacer  
 No exhalé el postrer suspiro?  
 ¡Desgraciado!

Isab.— Yo no sé

Lo que se pasa en mi alma:  
 Yo me siento fallecer:  
 Arde mi frente, mis ojos  
 Todos los objetos ven  
 Tintos en sangre: ¡un abismo  
 Abrirse miro á mis pies!  
 Y nadie tiende la mano  
 Para salvarme de él;  
 Tú te vas, tú me abandonas!

Alb.—¡Infeliz, qué puedo hacer!  
 ¿Armar mi brazo, y en sangre

Sus soberbios caballos y armaduras.  
 Hubo un tiempo también en que mi brazo  
 Lanzas rompió en honor de la belleza:  
 Cuando tu buena madre, en dulce nudo  
 Se unió á mi suerte, en ese patio mismo,  
 En que hoy tu nombre sonará glorioso,  
 Yo el de tu madre con valor sostuve:  
 Ella mira sin duda desde el cielo  
 Tu ventura, hija mía: pronto en torno  
 Circulará la copa en honor tuyo  
 En el festín magnífico; las bóvedas  
 De este castillo, mudas tanto tiempo,  
 Hoy van á resonar....

(Suena un clarín.)

¿Habéis oído?

Sin duda llegan ya los caballeros:  
 A encontrarlos volemós, hijo mío:  
 Y tú, cara Isabel, ve á prepararte:  
 Cubre de hermosas flores tu cabeza:  
 Ostenta tu hermosura; que tu esposo  
 Te encuentre digna de su ilustre mano,  
 Pura y brillante. Vamos.

Alb.— Sí, ya os sigo.

ESCENA VI.

ALBERTO, ISABEL.

Alb.—¡El momento tan temido  
 Ha llegado ya, Isabel!  
 Ya se acerca vuestro reposo.  
 Isab.—¡A sus ojos moriré!

Alb.—No; seguid, seguid, señora,  
 El camino que al nacer  
 Os señaló la fortuna;  
 Haced feliz la vejez  
 De vuestro padre, del mío,  
 Sí, mi padre también es;  
 Si no lo fuera..... ¡Infelice!  
 ¡Qué posición tan cruel!  
 Cuando el pecho se me abrasa  
 ¿Debo callar? ¡Oh, deber!  
 Tengo una espada y un brazo,  
 Tengo de venganza sed,  
 Tengo el infierno en el alma,  
 ¿Y vengarme no podré?  
 ¡Virtud fatal! Fítz-Eustaquio,  
 Bienhechor mío, ¿por qué,  
 Por qué salvaste mi vida?  
 ¿Por qué al punto de nacer  
 No exhalé el postrer suspiro?  
 ¡Desgraciado!

Isab.— Yo no sé

Lo que se pasa en mi alma:  
 Yo me siento fallecer:  
 Arde mi frente, mis ojos  
 Todos los objetos ven  
 Tintos en sangre: ¡un abismo  
 Abrirse miro á mis pies!  
 Y nadie tiende la mano  
 Para salvarme de él;  
 Tú te vas, tú me abandonas!

Alb.—¡Infeliz, qué puedo hacer!  
 ¿Armar mi brazo, y en sangre

Tenir el sitio que fué  
De mi desgracia el asilo?  
¿Hacer que caiga, Isabel,  
La maldición de tu padre  
Sobre tí? ¡Jamás! seré  
Desgraciado, pero digno  
de tui amor.

Isab.— ¡Suerte cruel!

¿Con que no queda esperanza?

Alb.— Ninguna: ¡adiós, Isabel!

Tu padre me espera.

Isab.— ¿Y nunca.

Nos volveremos á ver?

Alb.— Es forzoso todavía.

Porque salir no podré

Sin ser visto; pero al punto

Que divertidos estén

En el torneo, yo parto

Y en mi ligero corcel

Me alejo desesperado

De mi vida, de mi bien.

### ESCENA VII.

Dichos, TIMOTEO.

Tim.— Señor, el Barón mi amo,

En el atrio del castillo

Os espera: ya se acercan

Los caballeros.

Alb.— Amigo,

Voy al instante.

(Se va Timoteo: se oye dentro una música)

ca marcial, que indica la llegada de los caballeros.)

Señora,

Escuchad; ese sonido

Anuncia ya la llegada

De vuestro esposo.

Isab.— ¡Dios mío!

¿Y no muero?

(Cae en el mayor abatimiento en una silla.)

Alb.— Cada acento

De esa música un cuchillo

Es que el alma me traspasa!

Tus horrores, negro abismo,

No pueden ser más atroces

Que este momento.

Isab.— (levantándose.)

¡Oh, martirio,

Peor que la muerte ¡Alberto,

Un espantoso destino

Me conducirá bien pronto

Al horrible sacrificio:

Mi boda y mis funerales

Se unirán. Adiós, amigo

De mi infancia, hermano, amante,

Único á quien he querido,

¡Adiós! no olvides el nombre

De esta infeliz.

Alb.— ¡No, bien mío,

Ese nombre idolatrado

Será mi postrer suspiro!



## ACTO SEGUNDO.

### EL RETO.

La decoración del primer acto.

### ESCENA I.

ISABEL, sentada tristemente con rico traje de boda y flores en la cabeza.

LEONOR, componiéndole una flor.

Leo.—Dejadme, señora mía,  
Que os prenda bien esta rosa:  
En verdad estáis hermosa;  
Hasta la melancolía  
Os sienta bien.

Isab.— ¡Ay, Leonor!  
¡Si mostrara mi semblante  
Lo que sufro en este instante,  
Lo amargo de mi dolor!  
Pero no; tú conocer

No puedes la pena mía;  
Es una larga agonía  
Que no es fácil comprender.  
Anoche pensé morir.  
¡Oh, qué noche! hora por hora  
Conté, esperando á la aurora,  
Sin descansar, sin dormir.  
¡Oh, qué penoso es el lecho  
Para el que padece tanto!  
Ni llorar pude, ¡ay! el llanto  
Me hubiera aliviado el pecho:  
Al fin, ví llegar el día  
Pero la esperanza no,  
¡Huyó para siempre, huyó!  
¿Y aun respiro, Leonor mía?

Leo.—Serenad vuestro semblante,  
Considerad que es forzoso  
Recibir á vuestro esposo,  
Que no tardará un instante.  
Tal vez el tiempo podrá  
Aliviar vuestro dolor.

Isab.— (Con enojo)

Tú nunca amaste, Leonor;  
Déjame, déjame ya.

Leo.—¿Os ofendí? sabe el cielo  
Que os amo, señora mía:  
Perdonadme; yo quería  
Procuraros el consuelo:  
De nuevo os pido perdón.

Isab.—Es verdad, no me ofendiste;  
Tú penetrar no pudiste  
Lo que sufre el corazón.

Uno sólo conocía  
Lo más secreto de él:  
¡Ay! el alma de Isabel  
Sólo Alberto comprendía.  
Aún está aquí: ¿no es verdad?  
Que no se vaya, por Dios;  
Juntos podremos los dos  
Arrostrar la tempestad:  
Mas, ¿qué digo? ¡desdichada!  
El debe, debe huir,  
Y yo mi suerte sufrir,  
Y morir desesperada:  
Venga, venga ese Barón  
Que debe ser mi tirano,  
Aquí está mi yerta mano,  
Pero no mi corazón:  
Yo se lo diré, sabrá  
Lo que ha de esperar de mí,  
Y que Alberto siempre aquí

(Señalando su corazón.)

Mientras yo viva estará.

Leo.—¿Se lo diréis?

Isab.— Si, Leonor,

Todo lo sabrá, y después,

Morir me verá á sus pies,

Ahogada por el dolor.

Tal vez el cielo piadoso

Su corazón moverá;

Tal vez él prescindirá

De esta boda, generoso.

Leo.—Desechad esa ilusión;

Esperar, señora, es vano;

De ese hombre el pecho inhumano  
No abriga la compasión.

Isab.—¿Y tan bárbaro sería,  
Que mirándome bañada  
En llanto, desesperada  
En espantosa agonía,  
Jurándole que á morir  
Me conduce este himeneo,  
Insistiera? No lo creo;  
No puede un ser existir  
Tan odioso.

Leo.— A Dios pluguiera  
Que no fuera así, señora;  
Pero vais á verlo ahora.

Isab.—Déjame, Leonor, siquiera  
La esperanza. ¿Tú también  
Te conjuras en mi daño?  
Mi esperar será un engaño;  
Pero este engaño es un bien.

Leo.—Es un bien que poco dura.

Isab.—Es un instante de calma,  
Que hace revivir el alma,

Sumergida en a marçura:  
Y.... ¿quién sabe? acaso el cielo

Con un rayo me ilumina:

Tal vez la bondad divina

Se apiada ya de mi duelo:

De la horrible desventura

El último punto, acaso

Es, Leonor, el primer paso

A la paz, á la ventura.

Leo.—¿Y aunque el Barón apiadado  
De vuestro llanto, señora,

Quiera desistir ahora  
De ese empeño desgraciado,  
Vuestro padre prescindir  
Querrá también cuando ya  
Todo prevenido está?

Isab.—Preciso será mentir:  
Fingiré una enfermedad  
Que retarde el himeneo,  
Y el tiempo después....

Leo.— Yo creo

Que la triste realidad  
Disipará esa ilusión:  
Que prescinda de su empeño  
El Barón, señora, es sueño,  
Me lo dice el corazón.

Isab.—Eres, Leonor, muy cruel,  
Despedazándome estás;  
Si este es un sueño no más,  
No me despiertes de él.

## ESCENA II.

Dichos, PEDRO

Ped.— (anunciando.)

El señor Barón.

Isab.— ¡Dios mío!

Llegó, Leonor, el momento

Decisivo.

(A Pedro)

Haced que pase. (Se va Pedro.)  
Retírate tú. (A Leonor.)

Leo.— Los cielos  
Os acompañen, señora,  
Y ablandén el duro pecho  
De ese hombre. (Se va.)

Isab.— ¡Toda mi sangre  
Helada en las venas siento;  
Ya las fuerzas me abandonan!  
Auxíliame, Ser supremo:  
Mi ruego escucha. Oigo pasos. ¿  
Es él... es él! ¡Cómo tiemblo!

### ESCENA III.

ISABEL, DE BOHÚN.

(Con rico traje de guerrero.)

Bohún.— Ese criado acaba ahora  
De decirme que queréis  
Hablar conmigo, señora:  
A este mortal que os adora,  
Aquí rendidme tenéis.

Isab.— Sentáos. (Se sientan)

Bohún.— Al fin os veo  
A solas ¡feliz instante!  
¡Apenas mi dicha creo!  
Hablad, que vuestro deseo  
Ley será para un amante.  
En vuestra frente divina  
Mirando estoy la tristeza:  
Hablad, joven peregrina,

Quizá el cielo me destina  
A consolar la belleza.  
Tal vez informada estáis  
De que soy altivo, fiero;  
Tal vez de mi amor dudáis,  
O al ver mi rostro pensáis  
Que es mi corazón de acero.  
No, Isabel; desde que ví  
Vuestro rostro encantador,  
Mi voluntad os rendí,  
Y grabada estáis aquí

(Señalando su pecho)

Por la mano del amor.

Cierto es que nunca os hablé

De este amor, Isabel mía:

Sólo á vuestro padre fué

A quien la llama mostré,

Que el alma me consumía.

El Barón me aseguró

Que vos me amábais, señora;

Decidme si se engañó:

En vuestro labio hallé yo

Mi vida ó mi muerte ahora.

Pero antes de pronunciar

El fallo, bella Isabel,

Dignáos considerar

Lo que me puede costar,

Si por desgracia es cruel.

Isab.— Señor...

Bohún.— Seguid; ¡qué dulzura

Tiene, Isabel, vuestro acento!

Descubridme esa alma pura.

Isab.—Veréis en ella amargura.

Bohún.—¿Quién causa vuestro tormento?

Isab.—Mi boda.

Bohún.—¡Cómo!

Isab.— Señor,

Miradme.

(Queriendo echarse á los pies del Barón,  
que la contiene.)

Bohún.— ¿Qué vais á hacer?

Isab.—¡Compadecead mi dolor!

Os respeto; pero amor

Jamás os puedo tener!

Bohún.— (Con enojo)

¡Jamás! ¿Pues por qué razón

A vuestro padre, señora,

No lo dijisteis?

Isab.— ¡Perdón!

Tened, señor, compasión

De una mujer que os implora!

Noble sois y caballero,

(Se arroja á sus pies)

Mi suerte está en vuestra mano,

¡No tenéis alma de acero!

Bohún.— (Levantándose.)

Una explicación espero:

Hablad, no soy un tirano.

(¡Qué sospecha... si otro amor!...)

No, no puede ser verdad:

Reprimiré mi furor).

Deponed todo temor, (Con dulzura)

Habladme con claridad.

Si nace vuestro desvío,

De que no me habéis tratado,

Decídmelo, el pecho mío

Conoceréis, y confío

En que de vos seré amado.

Esa palabra, "jamás,"

Es espantosa, es cruel!

Ha sido efecto quizás

De la turbación no más;

¿No es cierto, amada Isabel?

"¡Jamás!" ¡ah! por compasión

Esa expresión reformad;

No hiciera más impresión

En mí la reprobación

Que oyera en la eternidad.

Isab.—Si, fué demasiado dura,

Lo conozco, ¡qué queréis!

El exceso de amargura...

Bohún.—Basta angélica criatura,

Basta ya; no os disculpéis.

¿Tembláis acaso de ser

Esclava en mi compañía?

¡Qué error! ¿lo podéis creer?

Vuestro amor, bella mujer,

Será mi norte, mi guía.

¡Mi esclava! no; mi señora,

Mi reina seréis; mandad,

Mandad, joven seductora:

Vuestra voz encantadora

Es la voz de una deidad.

Altivo he sido ¿por qué

Lo he de negar? hasta aquí

Este mi carácter fué;

En adelante seré  
 Lo que vos hagáis de mí.  
 Mis títulos, mi grandeza,  
 A vuestros pies están ya  
 Y servirá mi riqueza  
 De engalanar la belleza,  
 Que el orbe me envidiará  
 Mármol y oro cincelado  
 Formarán vuestra mansión,  
 Diamantes vuestro tocado,  
 Y vuestro altar consagrado,  
 Mi sumiso corazón:  
 Vuestra suerte envidiarán  
 Las esposas de los reyes:  
 Mil esclavos temblarán  
 A vuestra voz, y tendrán  
 Vuestros caprichos por leyes,  
 Inciensos y adoraciones  
 Os rodearán noche y día:  
 Pendientes mil corazones  
 Estarán de las acciones  
 De la hermosa reina mía:  
 ¡Y yo á sus plantas postrado,  
 En su mirar embebido,  
 De sus glorias embriagado  
 Con su ventura pagado,  
 Lo demás daré al ovido!  
 Un trono, un mundo valdria  
 De mi existencia un instante!  
 Feliz cual nadie sería,  
 Y mi vida pasaría  
 Como un ensueño brillante! (Pausa)

Pero ¿no me respondéis?  
 ¿Nada os merece mi amor?  
 ¿Ni ver mi rostro queréis?  
 ¡Ah, tembláis! ¿No me daréis  
 Una respuesta?  
 Isab.— Señor.  
 Bohún.— Seguid.  
 Isab.— El cielo es testigo  
 De que agradece mi pecho  
 La bondad que usáis conmigo.  
 Mas....  
 Bohún.— Proseguid.  
 Isab.— Si prosigo,  
 Va á estallar vuestro despecho;  
 Pero debo con franqueza  
 Descubriros la verdad:  
 Los títulos, la riqueza,  
 Esa gloria, esa grandeza,  
 No harán mi felicidad.  
 ¿Qué importa que mármol y oro  
 Formen mi augusta mansión?  
 Si allí me acompaña el lloro,  
 Me falta el mayor tesoro,  
 Que es la paz del corazón.  
 El corazón que está herido,  
 Bajo de un manto real,  
 O de un humilde vestido,  
 Siempre estará dolorido,  
 Siempre sufrirá su mal.  
 ¿Qué me importa, ¡cielo santo!  
 Ocupar un alto asiento,  
 Si no es menor mi quebranto?

¿Qué importa verter mi llanto  
Sobre rico pavimento?

De vasallos numerosos,  
Decís, seré respetada:  
Me obedecerán gozosos;  
Ellos serán venturosos,  
Pero yo desventurada:

En su corazón sencillo  
Amor me alzaré un altar;  
Pero ni este amor, ni el brillo,  
Arrancarán el cuchillo  
Con que me siento clavar.

¡Oh! nada le importa, nada,  
El fausto, noble Barón,  
A una triste aprisionada!  
Será su prisión dorada;  
Pero es siempre una prisión!

Bohún.—Mas no sabré....

Isab.— ¡Perdonad!

Tal vez os habrá ofendido  
Mi mucha sinceridad;  
Pero os dije la verdad,  
Porque así lo habéis querido.  
Ahora yo quiero alcanzar  
De vos un favor.

Bohún.— ¿Cuál es?

Isab.— (De rodillas)

Que os dignéis renunciar  
A este enlace, ó expirar  
Me veréis á vuestros pies.

Bohún.— (La levanta)

Me es muy duro; pero alzad:

Yo quiero exigir de vos  
Otra cosa.

Isab.— ¿Qué? mandad.

Bohún.—Que me digáis la verdad,  
Como la diriais á Dios.

Isab.—Os lo prometo.

Bohún.— ¿Tenéis

Acaso alguna pasión?

¿Amáis á otro?... ¿enmudecéis?

Isabel, ¿no respondéis?

Isab.—¡Ah, sí amo!

Bohún.— (¡Maldición!

Soy infeliz: ¡pronto en mal

Mi bien convertido ví!

¡Oh, qué momento fatal!

(Con dulzura)

Mas decidme ¿mi rival?

Isab.—Miradle.

Bohún.— ¿Es Alberto?

Isab.— Sí.

#### ESCENA IV.

Dichos, ALBERTO.

(Entra y se sorprende al ver al Barón.)

Alb.—Isabel... perdonad, yo imaginaba..

Bohún.—Que estaba sola, ¿no es verdad,  
(A'berto?)

No os embarace la presencia mía;

¿No sabéis que yo soy amigo vuestro?

Si, vuestro amigo, ¿lo dudáis? ahora  
Hablábamos de vos: el labio bello  
De vuestra hermana, vuestra "cara her-  
mana,

De revelarme acaba su secreto.  
Pero ¡con qué candor! ¡con qué ternura!  
Una virtud tan pura, bajo el cielo  
No es fácil encontrar: yo os felicito  
De haber amado un corazón tan bello.

Alb.—Señora...

Isab.— Si, mis lágrimas amargas  
Han conmovido el generoso pecho,  
Del ilustre Barón: me ha prometido  
Suspender por ahora este himeneo:  
¿No es cierto? el corazón me lo decía:  
Tan valiente y cumplido caballero,  
Abrigar no pudiera una alma baja,  
Indigna de su nombre.

Alb.— ¿Es éste un sueño?

Isab.— Arrójate á sus plantas, caro amigo,  
Arrójate á las plantas del más bueno,  
Del más digno mortal: ¡ah! que su vida  
Haga larga y feliz el Ser supremo.

¿Pero estás en estatua convertido?

¿Lo dudas todavía?

Alb.— Isabel... temo...

Bohún.— ¿Que yo no sea capaz de un sa-  
crificio

De tanta magnitud? Vano recelo:

Nada más justo, vuestra "cara hermana"

Os ama, y á mí no; ¿por qué un objeto  
Sacrificar, tan cándido, tan puro?

Si vuestra "cara hermana" hubiera puesto  
Su amor en un sujeto menos digno;

¡Pero en vos, joven, vos, en vuestro pecho  
Se abriga una virtud acrisolada!

Vuestro padre adoptivo, ese buen viejo,

Que la vida os salvó, ¡de cuánto gozo

Se llenará al saber ese respeto

Que á sus canas tenéis! ¡Oh, no es posi-  
(ble,

Que quede oculto tan sublime esfuerzo!

¡Sacrificio inaudito, inconcebible!

Vivir al lado de ella tanto tiempo

Sin manchar su virtud! Oh! yo lo juró,

Ai Barón lo diré, tendréis el premio

A que sois acreedores, hijos míos:

No lo dudéis.

Isab.— ¡Qué escucho!

Alb.— Ya entreveo

La infernal ironía que respiran,

Orgullosos Barón, vuestros acentos.

¿Qué has hecho, desgraciada? ¿y tú pu-  
(diste

Pensar jamás que su insensible pecho

Fuera capaz de rasgo tan sublime?

Isab.— ¡Infeliz!

Bohún.— Me injuriáis sin merecerlo:

Vuestra "querida hermana"...

Alb.— ¡Basta, basta!

No más nos insultéis. Un caballero

Usa un lenguaje franco; sus acciones

Deben llevar de la nobleza el sello;

Pero vos.....

Bohún.— ¿Y pensábais, bella joven,  
 Que el Barón de Bohún puede sereno  
 Un desdén escuchar, que renunciara  
 Con tal facilidad al bien supremo  
 De ser esposo vuestro? Al alma mía,  
 Está quemando un espantoso fuego  
 Que excita más y más vuestro desvío,  
 Que no puede apagar el mismo cielo.  
 ¡Un rival! un rival! no lo esperaba!  
 ¡Un huérfano, un expósito!... ya vco  
 Qué bien cumplís vuestro deber sagrado:  
 Un noble anciano de ternura lleno,  
 Salva vuestra existencia miserable,  
 Cuida de vuestra infancia, os da un asiento  
 En su mesa, os prodiga las bondades  
 Que al hijo más querido un padre tierno.  
 Y vos, para pagar sus beneficios,  
 Cediendo á un loco criminal afecto,  
 Seducís á una hija hermosa, pura,  
 Que de su ancianidad era el consuelo.  
 Alb.— ¡Cállate, miserable! ¿y tú me acu-

(sas  
 De seductor? ¿lo oís? ¿y sufrir puedo  
 Su presencia? ¡malvado! ¿y tú, tú hablas  
 De virtud? ¡La virtud! no conocieron  
 Lo que quiere decir esta palabra  
 Los mónstruos como tú! ¡Poder del cielo!  
 ¡Yo seductor! ¡yo seductor! ¡Iníacra!  
 Bohún.— Ved, Isabel hermosa, qué vio-

(lento  
 Es vuestro "caro hermano:" una palabra  
 Le llena de furor.  
 Alb.— Te ha descubierto

Isabel un secreto, que debía  
 Para siempre ocultar un triste velo;  
 Pero lo sabes ya: sí, yo la amaba,  
 Yo la amo, la amaré; jamás el tiempo,  
 Ni el poder ni la muerte han de arrancarla  
 De este fiel corazón, donde con fuego  
 Grabada está su celestial imagen:  
 Desde la infancia, desde aquel momento  
 Que brilló la razón en nuestras almas,  
 Tal vez desde antes, nuestros labios tier

(nos,  
 Que apenas balbucian las palabras,  
 Pronunciaron de amor el juramento:  
 Nos amaremos, sí, por más que airado  
 Hoy el destino irresistible y fiero  
 Nos separe; por más que tú procures  
 De Isabel atajar el llanto acerbo,  
 Y con oro cubrir quieras el yugo,  
 Bajo el que siempre vivirá gimiendo;  
 Mas yo no la seduje, nuestras almas  
 Para adorarse hasta morir nacieron,  
 Y un torrente de amor irresistible

Nos arrastró á los dos al mismo tiempo;  
 Mas tú no sabes, no, cómo la amo,  
 ¡Con qué veneración! ¡con qué respeto!  
 Como á una cosa pura, sacrosanta,  
 Como á un sagrado espíritu del cielo,  
 Como al ángel que manda en nuestro au-  
 (xilio

La bienhechora mano del Eterno.  
 Isab.— ¡Alberto! (Con mucha ternura)  
 Bohún.— ¡Qué ternura! ¡qué palabras!  
 ¡Qué corazón tan cándido, tan bello!

Alb.—Tú comprender no puedes este idioma;  
(ma;

Los tiranos jamás lo comprendieron.

Bohún.—¡Y valiente además! ¡cuántas  
(virtudes!

Es lástima, Isabel, que el nacimiento  
De ese joven no sea conocido:

Porque en verdad, amigo, no sabemos

Quién os ha dado el ser; pero á juzgario

Por vuestros elevados sentimientos,

Hijo seréis del mismo rey Ricardo:

¿No es verdad, Isabel?

Alb.— (Sacando la espada)  
Sufrir no puedo.

Defiéndete malvado!

Isab.— (Queriendo contenerlo.)  
¡Alberto!

Alb.— (A Isabel.)

Aparta.

Tus últimas palabras han abierto

Una profunda herida en mis entrañas.

Que con sangre no más curarla puedo:

Defiéndete, repito.

Isab.— ¡Alberto mío!

Recuerda dónde estás.

Alb.— (Con horrible despecho.)

¡Es cierto! ¡es cierto!

Este castillo es para mí sagrado:

(Envainando su espada)

Sagrado! ¡maldición! Vuélvete, acero,

Por la primera vez vuelve á la vaina

Sin vengar el ultraje de tu dueño.

Da gracias á este asilo: hoy era el día

En que exhalaras el postrer aliento

Al golpe de mi espada, miserable,

Si otro fuera el lugar donde tu acanto

Hubiera provocado mi venganza;

Pero saldrás de aquí, y en campo abierto

Se cruzará tu acero con el mío,

Si algún resto de honor hay en tu pecho.

Adiós, Isabel mía: fué posible

Reportarme una vez; pero no puedo

Responder ya de mí. Barón altivo,

Abusa del poder, arrastra al templo

A ese ángel puro; con su amargo llanto

Ya tu condenación se está escribiendo:

Llévala ante el altar, su labio frío

Pronunciará de amarte el juramento;

Mas no su corazón, que en él mi nombre

A tu pesar ha de vivir impreso.

Adiós, Barón, mañana vuestra esposa

Viuda tal vez será: ved este acero:

El está acostumbrado á la victoria.

El te abrirá las puertas del infierno.

(Se va.)

ESCENA V.

DE BOHUN, ISABEL

Bohún.—¡Pobre joven! compadezco

Su frenesí! loco está;

Pero confío que pronto

El tiempo le ha de curar.

¡Cómo ha de ser! ha perdido

Una novia, y además  
 Un buen dote: el infeliz  
 Que lo sienta es natural.  
 Valor, amada Isabel,  
 Vuestro hermoso rostro alzad;  
 No más llanto, ya pasó  
 La escena sentimental:  
 Miradme, yo estoy tranquilo,  
 Y eso que debiera estar  
 Celoso: ¡qué desvarío!  
 Siempre en la primera edad  
 Hay amorcillos, que luego  
 El tiempo disipará:  
 Nos unimos este día,  
 Mañana estamos en paz:  
 Verás, Isabel hermosa,  
 Qué contento...

Isab.— Por piedad,  
 Dejadme, ¿no os basta aún  
 Mi corazón traspasar,  
 Sino que en la misma herida,  
 Jugando estáis el puñal?  
 Tanta barbarie, señor,  
 ¡Quién pudiera imaginar!

Bohún.— Cuando vuestro padre sepa  
 Esta escena!... la sabrá,  
 No lo dudéis.

Isab.— ¡Ah! ¡por Dios!  
 (¡Alberto infeliz!) tomad  
 Mi vida, os la sacrífico;  
 Pero que yo nada más  
 La triste víctima sea:

No queráis sacrificar  
 (Hincándose.)

A un infeliz; yo lo pido  
 A vuestras plantas.

Bohún.— Alzad;  
 Yo callaré. Ya veréis  
 Cómo al fin me habéis de amar:  
 Mis continuas atenciones  
 Con el tiempo ganarán  
 Ese corazón tan bello.

Isab.— ¡Ah, no lo esperéis jamás!  
 La víctima está dispuesta:  
 Pronto llegaré al altar;  
 Poco después á la tumba;  
 Esto prometo no más.  
 Id, señor, id, que mi padre  
 Tal vez os esperará.

Bohún.— Me retiraré, Isabel,  
 Puesto que me lo mandáis.  
 (¡Qué hermosa está! ¡Me aborrece!  
 Bien, y después me amará.)

(Se va.)

ESCENA VI.

Isab.— ¡Y esta es la vida! ¿y al mirar el  
 (féretro)

Cobarde tiembla el misero mortal,  
 Cuando la tumba es el asilo único  
 Donde se encuentra verdadera paz?

Y de la vida ¿cuál es aquella época  
 Que no conoce el peso del dolor?

¡Tormento siempre, en todas partes lágrimas!  
(mas!

Tal es la suerte que al mortal tocó.

Desde la infancia hasta la edad decrepita,  
El niño, el hombre y la infeliz mujer,  
Corriendo van tras una sombra mágica,  
Que llaman dicha, y que jamás se ve.

El triste anciano, de su edad quejándose,  
De juventud quisiera disfrutar,  
Olvida, imbécil, los tormentos horribidos,  
En que se agita esta infeliz edad.

Es una fiebre, es una fiebre indómita,  
Es un violento, un loco frenesí,  
¡Ay! sus placeres pasan cual relámpago,  
Dejando el llanto de su curso al fin.

Siempre deseos, esperanzas péfidas,  
Que nos halagan sin llegar jamás:  
Siempre ansiedad, vacío, gozo efímero,  
Que se convierte en triste realidad.

Y de la vida en el cercano término,  
Del desengaño á la funesta luz,  
El corto espacio de la tumba lóbrega...  
Un paño negro... un misero ataúd!

Tal de la vida es el torrente rápido:

¡Ay! de la mía ya se acerca el fin:

Y yo lo espero como espera el náufrago.

La amiga playa en que será feliz.

¡Oh, llanto mío, de mis penas bálsamo,

Ni tú, ni tú me quieres consolar;

Nadie se duele de la triste víctima,

Que de la vida se despide ya!

¡Alberto! ¡Alberto! De mi tumba mí-

(sera

La losa, tú con llanto regarás,  
Hasta que se unan nuestras almas férvidas  
En las regiones de la eternidad!  
(Queda sobre una silla, en el mayor abatimiento.)

### ESCENA VII

ISABEL, LEONOR.

Leo.—Bien dije yo; de ese monstruo

En el pecho no hay piedad:

Tu esperanza, pobre niña,

Se ha desvanecido ya.

Señorita... no me oye:

Señorita... qué! si está

En estatua convertida.

¡Quién lo pudiera pensar!

¡Tan amable, tan hermosa!

Y pronto acaso será

Un despojo de la muerte.

¡Horrible fatalidad!

Volved en vos, señorita;

Mirad que van á llegar

Los caballeros.

Isab.— ¡Leonor!

Leo.—Vuestro vestido arreglad,

Cobrad ánimo, señora:

Vuestro padre notará

Esa turbación.

¡Tormento siempre, en todas partes lágrimas!  
(mas!

Tal es la suerte que al mortal tocó.

Desde la infancia hasta la edad decrepita,  
El niño, el hombre y la infeliz mujer,  
Corriendo van tras una sombra mágica,  
Que llaman dicha, y que jamás se ve.

El triste anciano, de su edad quejándose,  
De juventud quisiera disfrutar,  
Olvida, imbécil, los tormentos horribidos,  
En que se agita esta infeliz edad.

Es una fiebre, es una fiebre indómita,  
Es un violento, un loco frenesí,  
¡Ay! sus placeres pasan cual relámpago,  
Dejando el llanto de su curso al fin.

Siempre deseos, esperanzas péfidas,  
Que nos halagan sin llegar jamás:  
Siempre ansiedad, vacío, gozo efímero,  
Que se convierte en triste realidad.

Y de la vida en el cercano término,  
Del desengaño á la funesta luz,  
El corto espacio de la tumba lóbrega...  
Un paño negro... un misero ataúd!

Tal de la vida es el torrente rápido:

¡Ay! de la mía ya se acerca el fin:

Y yo lo espero como espera el náufrago.

La amiga playa en que será feliz.

¡Oh, llanto mío, de mis penas bálsamo,

Ni tú, ni tú me quieres consolar;

Nadie se duele de la triste víctima,

Que de la vida se despide ya!

¡Alberto! ¡Alberto! De mi tumba mí-

(sera

La losa, tú con llanto regarás,  
Hasta que se unan nuestras almas férvidas  
En las regiones de la eternidad!  
(Queda sobre una silla, en el mayor abatimiento.)

### ESCENA VII

ISABEL, LEONOR.

Leo.—Bien dije yo; de ese monstruo

En el pecho no hay piedad:

Tu esperanza, pobre niña,

Se ha desvanecido ya.

Señorita... no me oye:

Señorita... qué! si está

En estatua convertida.

¡Quién lo pudiera pensar!

¡Tan amable, tan hermosa!

Y pronto acaso será

Un despojo de la muerte.

¡Horrible fatalidad!

Volved en vos, señorita;

Mirad que van á llegar

Los caballeros.

Isab.— ¡Leonor!

Leo.—Vuestro vestido arreglad,

Cobrad ánimo, señora:

Vuestro padre notará

Esa turbación.

Isab.— ¡Dios mío!  
 Mi padre!  
 Leo.— Pronto estará  
 En esta sala: venid:  
 En el estado en que estáis  
 No quisiera yo que os vieses;  
 Retirémonos; andad,  
 Que se acercan. (Está visto!)  
 La vida le costará.  
 Hoy celebrarán su boda,  
 Mañana su funeral) (Se van.)

### ESCENA VIII

FIRZ-EUSTAQUIO, DE BOHUN ALBERTO,  
 Caballeros armados.

(Alberto, un poco apartado de los demás,  
 arroja frecuentemente miradas de furor  
 sobre de Bohún.)

Cab.— ¡Amor á las bellas, y gloria al va-  
 (lor!

Fitz.— Resuenen, amigos, las bóvedas altas  
 Del viejo castillo, que vuelve á ser hoy  
 Mansión venturosa de júbilo puro,  
 Morada brillante de dicha y amor:  
 Ya todo está pronto: la trompa guerrera  
 Va á sonar, amigos, oigamos su voz:  
 Al tomeo, ¡vamos! ¡honor al valiente!

Cab.— ¡Amor á las bellas, y gloria al va-  
 (lor!

Bohún.— ¿Y quién no se siente de gozo in-  
 (flamado?)

¿Habrá, caballeros, un frío corazón,  
 En que la hermosura no ejerza su imperio?  
 A caballo, amigos, al campo de honor!  
 La lanza sin hierro, muy bien; mas cui-  
 (dado!

Es fuerte mi brazo, y hoy cuento, por Dios,  
 Derribar á muchos; cuidado, repito.

Cab.— ¡Amor á las bellas, y gloria al va-  
 (lor!

Bohún.— Tal vez se impacienta el freno  
 (tascando,

Mi noble caballo, mi fuerte trotón:  
 Veréis qué gallardo; jamás en la guerra  
 Perder los estribos en él se me vió.  
 Corcel más hermoso, Ricardo no tiene,  
 Más fuerte, más ágil, más vivo y veloz:  
 No hay otro, lo juro; su choque es terrible!  
 Cab.— Veremos, veremos: ¡que viva el va-  
 (lor!

Fitz.— ¡Recuerdos de gloria! también hu-  
 (bo un día,

Que mi fuerte brazo valiente lidió,  
 Y mi vieja sangre aún hierve al oíros.  
 También yo pudiera combatir con vos;  
 Pero de mi hija sostenéis el nombre:  
 El cielo os ayude, valiente Barón!

La música suene, los heraldos griten....  
 Cab.— ¡Amor á las bellas, y gloria al va-  
 (lor!

Bohún.— Y luego las copas en torno vo-  
 (lando,

Colmadas de ardiente, sabroso licor,  
 Vacíemos, amigos, brindando contentos  
 Por la compañera que el cielo me dió.  
 De Isabel el nombre glorioso resuene,

(A Fitz)

De rosas corone su frente el amor.  
 Noble amigo, gracias por tanta ventura.  
 Todos.— ¡Dicha á los esposos!

Alb.— (¡Y á mi maldición!)  
 (Suenan un clarín.)

Fitz.— ¿Oís? han llamado: sin duda se  
 (acerca

Otro caballero.

Bohún.— Que venga, aquí estoy:  
 De Isabel me inflaman los ojos divinos:  
 Yo siento en mis venas desusado ardor!  
 Voy á armarme al punto: ya estoy impa-  
 (ciente)

Toda la Inglaterra puede venir hoy.

Todos.— ¡A caballo!

Bohún.— Vamos, que lidiar deseo,  
 Hasta que en ocaso se sepulte el sol.

### ESCENA IX.

Dichos, PEDRO.

Ped.— De llegar, señor, acaba  
 Una señora, cubierta  
 De luto, y acompañada  
 De un escudero: desea  
 Hab'aros.

Fitz.— ¿A solas?  
 Ped.— No;

Pretende, según se expresa,  
 De su venida la causa  
 Decir, ante la asamblea  
 De los nobles caballeros  
 Que en el castillo se encuentran.  
 Pide justicia.

Fitz.— ¿Justicia?

De este castillo las puertas  
 Al que la pide han estado  
 A todas horas abiertas,  
 Mucho más si es una dama  
 La que obtenerla desea.  
 Haced que pase.

(Se va Pedro.)

Sentáos: ;

Suspender un poco es fuerza  
 (Se sientan todos.)

El torneo.

Ped, entrando.— Entrad, señora.  
 (¿Qué nos vendrá á pedir ésta?)

Fitz, á Arabela.— Sentáos  
 (A Pedro.)

Retírate tú.

Ped.— (Algo oiré desde la puerta.) (Se va.)

## ESCENA X.

Dichos, LADY ARABELA.

(Entra vestida de luto y cubierto el rostro con un velo negro: los caballeros se levantan para recibirla: el barón Fitz-Eustaquio le ofrece un asiento junto á él; ella lo toma, y todos vuelven á sentarse.)

Arab.— (Sin descubrirse)

Ilustres Barones,  
Honrados guerreros,  
De Inglaterra ornato,  
De valor modelo!

Bohún.— (Turbado)

¡Oh, qué voz!

Arab.— Oídme;

Oíd los acentos  
De una noble dama  
Que hace mucho tiempo  
Oprimida gime  
Por un monstruo.

Bohún.— ¡Cielos!

Es ella; mas ¿cómo  
Ha roto sus hierros?  
¡Me confundí!

Fitz.— Al punto

Romped el silencio,  
Señora: sepamos

Cuál es el objeto  
De vuestra venida:  
Si, como lo creo,  
A pedir auxilio  
Venís, yo os lo ofrezco:  
Y en verdad, señora,  
Llegáis á buen tiempo  
Aquí veis reunidos  
Muchos caballeros,  
Que á honrar han venido  
El grato himeneo  
De mi hija.

Arab.— Y acaso,

Señor, mis acentos  
Turbarán su gozo.

Fitz.— No, señora.

Bohún.— Creo,

Barón, que no es hora  
El mejor momento  
De escucharla: todo  
Está ya dispuesto:  
Esta noble dama  
Después del torneo  
Nos dirá...

Arab.— No; ahora.

Sabed, caballeros,  
Que hay entre vosotros  
Un vil, un perverso,  
Que sordo á las voces  
Del honor, se ha hecho  
Indigno del nombre  
Que le transmitieron  
Sus padres.

Todos.— Nombradle.

Arab. (Señalando á Bohún.)

Mirad ahí el reo.

Todos.—¿De Bohún?

Arab.— El mismo.

Fitz.—Barón, ¿será cierto?

Bohún.—¡Mentira! ¡impostura!

¿Quién os da derecho

De insultar mi nombre?

Barón, yo no puedo

Permitir....

Arab.— Malvado,

Cállate: este velo

Que cubre mi rostro,

Te da atrevimiento.

(Se alza el velo.)

Pues mirame ahora.

Bohún.—¡Ocúltame, infierno!

Arab.—Conocedme todos.

Todos.—Es ella.

Fitz.— ¡Qué veo!

La viuda de Ralfo

De Bohún? ¿es sueño?

Arab.—No, no; soy la misma,

La que ese perverso

Sepultó en prisiones,

Su muerte fingiendo.

Fitz.— (A Bohún.)

Si, de vuestro hermano

Es la viuda; ¡cielos!

¡Barón, explicaos!

Decid, ¿qué misterio

Es éste? Hace años

Que vos, bien me acuerdo,

Celebrar hicisteis

Con pompa su entierro.

Bohún.—Y murió, no hay duda:

Cual vos me sorprendo

De que esta señora...

Arab.—Cállate, perverso:

Señorita, oídme.

Bohún.—(Queriendo echarse sobre ella.)

Calla, ó el aliento

Te arranco, infelice.

Fitz.— (Conteniéndole.)

No, Barón: ¿qué es esto?

Arab.—¿Y no habrá, señores,

Algún caballero,

Que por mí se bata

Con ese soberbio?

¿Cuál de entre vosotros

Me ofrece su acero?

Un caballero.—Yo.

Otro.— Yo, yo,

Alb.— No, nadie,

Sino yo; y os ruego

Acceptéis, señora,

Mi brazo.

Arab.— Lo acepto.

Alb.— (Con entusiasmo.)

¡Gracias!

Arab.— ¿Vuestro nombre?

Alb.—Alberto, señora,

Nada más; no tengo

Títulos brillantes,  
 Ni ilustres abuelos,  
 Ni padres, ni nada,  
 Nada; no poseo  
 Más que un pecho honrado  
 De entusiasmo lleno:  
 Mi honor es mi padre,  
 Madre... ¡no la tengo!  
 Mis títulos todos  
 En mi espada llevo.  
 En la Palestina  
 Combati cual bueno:  
 Allí la fortuna  
 Coronó mi esfuerzo,  
 Y Ricardo mismo  
 Me armó caballero. (Con orgullo.)  
 Mi nombre, mi gloria,  
 A nadie la debo.  
 Me colmáis de gozo,  
 Señora, admitiendo  
 Mi brazo, ¡qué dicha!  
 ¡Me concede el cielo  
 Ser de sus venganzas  
 Humilde instrumento?  
 Lo seré; no hay duda:  
 ¡Ya hierve mi pecho!  
 ¡Ya siento en mi alma  
 Sacrosanto fuego!  
 Arab.—Barón Fitz-Eustaquio,  
 Reclamo el derecho  
 Que le es concedido  
 A mi débil sexo:

Yo pido un combate;  
 ¡Combate sangriento,  
 En que la justicia  
 Se muestre del cielo!  
 De Dios en el juicio  
 Aparezca el reo:  
 Señalar os toca  
 El lugar y el tiempo.  
 Fitz.—A vuestra demanda  
 Negarme no puedo:  
 El terreno mismo,  
 Que para el torneo  
 Prevenido estaba,  
 (A De Bohún)  
 Servirá al efecto.  
 Vos diréis la hora,  
 Barón.  
 Bohún.— ¡Al momento!  
 Alb.—¡Bravo! ¡en el instante!  
 Arab.— (Se arrodilla.)  
 Oye, Sér supremo,  
 De esta desgraciada  
 El ferviente ruego.  
 Tú que el fondo miras  
 De mi triste pecho,  
 Tú que la justicia,  
 Conoces que tengo,  
 Patente hazla al mundo,  
 Lanza desde el cielo,  
 Contra quien te ultraja,  
 Tu rayo tremendo:  
 Dale fuerza al brazo

De mi caballero:  
Pronuncia tu fallo.  
Señor, no lo temo,  
Porque tú eres justo:

(Se levanta.)

Sumisa lo espero.  
Joven, al combate  
Marchad sin recelo:  
En vuestras miradas  
La victoria veo.

Alb.—La tendré, señora,  
La tendré, lo espero.

(A Fitz-Eustaquio, doblando una rodilla.)

Padre, bendecidme.

Fitz.—Quiera el Sér supremo  
Darte la victoria.

Alb.—Mía será, lo creo.

Bohún.—¿Y sabes acaso,  
Incauto mancebo,

A lo que te expones  
Con ese ardimiento?

A vengarte aspiras

De agravios secretos;

No un fin generoso

Dirige tus hechos.

¡Qué loca esperanza!

Tu victoria es sueño,

Que cual humo al punto

Veráslo deshecho.

De mi espada ignoras

El terrible peso,

De mi fuerte lanza

El golpe certero.

Sin duda serías

Un infante tierno,

Cuando ya mi nombre

Por el mundo entero

Volaba, sonando

De gloria cubierto:

Mil y mil heridas

Adornan mi cuerpo,

Y siempre en las lides

Triunfante me vieron:

¿Y tú, desdichado,

Que estás aprendiendo

De la guerra el arte,

Tú te jactas, necio,

De vencerme? ¡á risa

Tu loco denuedo

Me provoca!

Alb.— Basta;

Pa'abras dejemos,

Y hablen en el campo

Sólo los aceros.

Voy á armarme al punto:

Armate tú presto,

Y verás tu orgullo

En polvo deshecho:

Riqueza, blasones,

No podrán tu pecho

Garantir, malvado.

¡Al campo sangriento!

Bohún.—A la muerte corres:

¡Ay de tí, mancebo!

¡Tiembra!

Abl.— ¡Nunca!

Bohún.— A armarnos,

Que ansioso te espero,

Alb.— ¡Isabel, venganza!

Bohún.— ¡A la lid!

Alb.— Marchemos!



## ACTO TERCERO.

### EL JUICIO DE DIOS.

Gabinete gótico: puerta á la derecha que conduce á lo demás del castillo: puerta á la izquierda, que da al dormitorio de Isabel: ventana con vidrios de colores en el fondo, que se supone caer al patio del torneo, y cuyas hojas deben abrirse á su tiempo: sillas, etc.

### ESCENA I.

LEONOR [Muy alegre.]

¡Qué cambio tan repentino!

¿Con que ya no hay boda? bueno!

Pues el chasco es muy pesado

Para el tal Barón; ¡me alegro!

¡Ah! mi pobre señorita

Estaba casi muriendo

De pesadumbre! ¿A qué hora

¡Ay de tí, mancebo!

¡Tiembra!

Abl.— ¡Nunca!

Bohún.— A armarnos,

Que ansioso te espero,

Alb.— ¡Isabel, venganza!

Bohún.— ¡A la lid!

Alb.— Marchemos!



## ACTO TERCERO.

### EL JUICIO DE DIOS.

Gabinete gótico: puerta á la derecha que conduce á lo demás del castillo: puerta á la izquierda, que da al dormitorio de Isabel: ventana con vidrios de colores en el fondo, que se supone caer al patio del torneo, y cuyas hojas deben abrirse á su tiempo: sillas, etc.

### ESCENA I.

LEONOR [Muy alegre.]

¡Qué cambio tan repentino!

¿Con que ya no hay boda? bueno!

Pues el chasco es muy pesado

Para el tal Barón; ¡me alegro!

¡Ah! mi pobre señorita

Estaba casi muriendo

De pesadumbre! ¿A qué hora

Será por fin ese duelo?  
De esta ventana que cae  
Para el patio del torneo,  
Vamos á ver lo que pasa  
(Abre la ventana y se asoma)

Por allá. ¡Qué día tan bello!  
¡Qué bonita hubiera estado  
La función! Si, por supuesto,  
Para todos los demás;  
Pero para el pobre Alberto,  
Y mi señorita... vamos,  
Es mucho mejor que en esto  
Haya parado. ¡Qué vista  
Tan hermosa! allá á lo lejos  
Se miran los pabellones  
De todos los caballeros:  
Aquí el dosel de mi ama  
Forrado de terciopelo:  
Las gradas en derredor  
Para que mirara el pueblo;  
Allá están ya los heraldos,  
Y aún algunos caballeros,  
Que pasean hablando:  
Tal vez estarán sintiendo  
No haberse dado porrazos  
¡Jesús, qué pesados juegos,  
Tienen los tales señores!  
¡Oh! también está allí Pedro:  
Este, que todo lo escucha,  
Debe de saber de cierto  
La hora del combate! vamos,  
Lo llamaré. ¡Hola! ¡Pedro!  
(Llamándolo con palmadas y gritos).

Pedro!... nada; se hace sordo:  
Eh! ya me oyó: sube presto,  
Que quiero hablarte. No hay cosa  
(Vuelve á la escena).

Que pase aquí, que al momento  
No la sepa este criado;  
Tiene el olfato de un perro  
De caza. Mi señorita  
Se ha entretenido allá dentro  
Con lady Arabela: ¡vaya!  
Pues ha venido del cielo  
La tal Arabela. ¡Hola!  
¿Ya te hallas aquí? ¡me alegro!

## ESCENA II.

LEONOR, PEDRO.

Ped.—Señora Leonor, ¿qué cosa  
Se ofrece?  
Leo.— Mi buen amigo,  
Como tú todo lo sabes...  
Ped.—¿Todo lo sé? ¿quién lo ha dicho?  
Yo no sé nada, señora:  
Es verdad que, como sirvo  
En la casa y no soy tonto,  
Lo que sucede averiguo,  
Porque al fin... ya me entendéis;  
Pero no siempre consigo  
Lo que deseo.

Leo.— Yo pienso  
Que te hallas muy bien instruido  
De lo que ha pasado ahora  
En el gran salón

Ped.— Os digo  
Que no sé nada; mi amo  
Me mandó salir: no he visto  
Más que entrar á esa señora,  
Y que después ha salido  
El Barón muy enojado,  
Y un poco descolorido,  
Repitiendo: "¡morirá!"  
"¡Morirá!" y el señorito  
Alberto, por la otra puerta  
Salió muy contento, y dijo  
También "¡morirá!"

Leo.— ¿Y no más?  
Vamos, habla.

Ped.— Que ha pedido  
La señora Baronesa  
Un combate á muerte, un juicio  
De Dios: que el Barón mi amo  
Todo se lo ha concedido,  
Y en el patio del torneo  
Va á suceder ahora mismo.

Leo.— Todo eso lo sé; mas quiero  
Saber la hora.

Ped.— ¿Pues no digo  
Que ahora mismo? ya está pronto  
El gran caballo tordillo  
Del señor Alberto; falta  
Nada más que el señorito

Se acabe de armar. ¡Dios sabe  
Quién morirá!

Leo.— Pues te digo  
Que eres un tonto! El Barón  
Será el que quede vencido.

Ped.— ¿Qué sabemos? tiene un puño,  
Que es capaz de hacer añicos  
A una encina, y es valiente  
Como un león.

Leo.— Pues yo afirmo  
Que Alberto triunfa.

Ped.— ¡Dios quieto!  
¡Es tan bueno el pobrecito!  
¡Ah! ¿no sabéis otra cosa  
Que me han contado?

Leo.— ¿Qué?

Ped.— ¡Chito!  
Por Dios, que nadie nos oiga.  
Ese escudero que vino  
Con la Baronesa...

Leo.— Vamos,  
Habla pronto.

Ped.— Pues me ha dicho  
Que el tal Barón es un monstruo,  
Un bribón; el asesino  
De su hermano, del buen Ralío,  
Que volviendo á su castillo,  
Con Alfonso el escudero,  
Fue por Walter sorprendido,  
En un bosque, porque el monstruo  
Las riquezas y los títulos  
Envidiaba de su hermano,  
Y también porque el inicuo

Amaba á Lady Arabela,  
Y como fué su cariño  
Despreciado, creció el odio  
De Walter, hasta que impío  
En el pecho de su hermano  
Clavó bárbaro el cuchillo.

Leo.— ¡Malvado! ¿Más por qué causa  
Ha estado oculto el delito  
Tanto tiempo?

Ped.— El escudero  
Era el único testigo  
Del crimen, y amenazado  
Por Walter, y seducido  
Tal vez, ha guardado siempre  
El más profundo sigilo,  
Sirviendo al fiero Barón;  
Hasta que hoy, compadecido  
De su señora, ha logrado,  
En el instante propicio  
De estar el Barón ausente,  
Romper los pesados grillos  
De Lady Arabela, y juntos  
A reclamar han venido  
La protección de los nobles  
Caballeros que reunidos  
Se hallan aquí.

Leo.— Quiera el cielo  
Dar al infame el castigo  
Que merece.

Ped.— Amén. Y ahora  
Me voy con vuestro permiso;  
Con que hasta luego.

(Se va.)

Leo.— Que Dios  
Te lleve por buen camino.  
La señorita se acerca,  
Aún está descolorido  
Su semblante; no será  
Por su futuro marido.

### ESCENA III.

LADY ARABELA, ISABEL, LEONOR.

Arab.— Tranquilízate, hija mía:  
El éxito del combate  
No es dudoso; el mismo cielo  
Debe en él interesarse:  
A veces el crimen triunfa,  
Triunfa, sí; pero aunque tarde,  
Las iras del cielo hieren  
La cabeza del culpable.  
¡Ay de aquél que á su grandeza  
Pone cimientos de sangre!  
El negro remordimiento  
Le atormenta en todas partes,  
Y, cual serpiente, devora  
Su corazón miserable;  
Una voz terrible, fuerte,  
Que acallar no puede nadie,  
En su alma precita suena  
Con acento formidable,  
Y al fin un rayo del cielo  
El abismo á sus pies abre:

Ese Barón orgulloso  
Toca al fin de sus maldades.

Isab.—A vuestra voz, ¡oh señora!  
Siento el pecho aligerarse,  
Que mi corazón oprime:  
Sois una segunda madre  
Para mí, y en vuestro seno  
Deposito mis pesares.  
La mano de Dios, señora,  
Os mandó aquí como un ángel,  
Que en el borde del abismo  
Viene piadoso á salvarme:  
Un día tal vez, una hora  
De dilación, ya era tarde!  
¡Ay! vuestra bondad me anima  
A descubrir mis males:  
Ese joven generoso,  
Que en el sangriento combate  
Va á exponer por vos su vida,  
Ese, señora, es mi amante.

Arab.—¿Y vuestro padre sabía....

Isab.— Nada.

Arab.—¿Y ante los altares,  
En presencia del Eterno,  
Ibais á jurar....

Isab.— ¡Oh, madre!

Compadecedme! temía  
Que mi padre descargase  
Sobre Alberto sus furios.

¡Ay! la maldición de un padre!....

Arab.—¿Y la de Dios?.... ¡Pobre niña!  
¡Una vida de pesares!

¡Un infierno! ¡y tan hermosa!  
¡Tan buena! Yo á libertarte  
Vengo, hija mía, no temas;  
Alberto saldrá triunfante  
De esta lucha, y luego....

Isab.— Luego  
Me limitaré á adorarle  
En secreto.

Arab.— Acaso....

Isab.— ¡Oh! nunca

Reveléis, señora, á nadie  
Mi amor: á vos solamente  
He podido confiarle,  
Porque el desgraciado busca  
Quien escuche sus pesares.

#### ESCENA IV.

Dichos. TIMOTEO.

Tim.—El Barón mi amo, señora,  
Os busca; ya prevenido  
Está todo.

Arab.— Voy al punto.

(Se va Timoteo.)

Isab.—¡Llegó el momento, Dios mío!

Arab.—Mi presencia es necesaria;  
Animo, Isabel, propicio  
Será el cielo: ¿venís vos?

Isab.—¿Ir yo? ¡jamás! de este sitio  
No puedo moverme!

Arab.— Entonces  
 Quedáos. ¡Oh, Dios benigno,  
 Haz que la justicia triunfe!  
 (Se va.)  
 Isab.— ¡Calma, señor, mi martirio!

ALERE PLAMM  
 VERITATIS  
 ESCENA V.

LEONOR, ISABEL.

Isab.— ¡Leonor, Leonor; se acerca ya la  
 (hora)  
 ¿Concibes tú mi situación impía?  
 Siento despedazarse el alma mía;  
 Una ansiedad horrible me devora:  
 ¡Fatal incertidumbre! ¡quién pudiera  
 Adivinar el fin de ese combate!  
 ¡Mi corazón con qué violencia late!  
 Al pecho el alma abandonar quisiera:  
 Ven á mi corazón, dulce esperanza,  
 Tú sola puedes sostener mi vida;  
 Tu voz consuele mi alma dolorida,  
 Que al porvenir con inquietud se lanza.  
 No puedo sosegar.  
 Leo.— Calmaos, señora,  
 Dentro de una hora....  
 Isab.— ¡Una hora todavía!  
 ¡Es un siglo, Leonor! ¡bárbaro día!  
 ¡Ay! una eternidad será esa hora.  
 ¿Ha sonado un clarín?  
 Leo.— No, nada suena;  
 Todo en silencio está.

Isba.— ¡Gran Dios, qué lucha!  
 ¡No puedo más! alguno viene; escucha...  
 Ei es, que viene á consolar mi pena!

ESCENA VI.

Dichas, ALBERTO.

Isab.— ¡Alberto!  
 Alb.— ¡Amada!  
 Isabel bella!  
 Enjuga el llanto;  
 La faz serena;  
 ¿No ves el gozo  
 Que me enagena?  
 ¡Cuánto ha cambiado  
 La suerte nuestra!  
 Isab.— ¡Ay! que mi alma  
 Siempre se encuentra  
 Entre zozobras.  
 Alb.— ¡Oh! ¡nada temas!  
 Isab.— Ese combate...  
 Alb.— Mi pecho llena  
 De una esperanza  
 Tan lisonjera!  
 Hace muy poco  
 Que la tristeza  
 Me devoraba,  
 ¡Quién lo creyera!  
 Un sólo instante,

Mi suerte adversa  
 Cambia: ¡Dios mío!  
 Mi alma se anega  
 En gozo puro:  
 Ya por mis venas  
 La sangre corre  
 Con mayor fuerza.  
 Isabel mía,  
 ¿Con que mi diestra  
 Puede de un monstruo  
 Purgar la tierra?  
 ¡Gloria, ventura!  
 ¡Dicha suprema!  
 Rival odioso,  
 De tu sentencia  
 Sonó la hora,  
 Tu fin se acerca!  
 Ven, que tu sangre  
 Calme la hoguera  
 Que arde en mi alma  
 Con llama eterna.  
 Y tú, querida  
 Beldad excelsa,  
 Bálsamo dulce  
 De mi existencia!  
 No temas; alza  
 Tu frente bella.  
 ¿Y era posible  
 Que tú sufrieras,  
 Tú que has nacido  
 Para ser reina  
 De los mortales,

Tú que debieras  
 Ceñir tu frente  
 De una diadema?  
 Isab.—¡Alberto mío!  
 Tu voz me llena  
 De una esperanza,  
 Tal vez incierta,  
 Si por desgracia...  
 ¡Qué horrible idea!  
 En el combate  
 Tú perecieras,  
 ¿Qué fuera entonces  
 De mí en la tierra?  
 Alb.—No, no, bien mío;  
 Por Dios desecha  
 Esos temores,  
 Que te atormentan:  
 El cielo mismo,  
 La Providencia,  
 Tu amor, tus ojos,  
 Me darán fuerza:  
 Cesen tus lágrimas,  
 Que está muy cerca  
 De tu ventura  
 La hora suprema.  
 Toca, ¿no sientes  
 (Llevando la mano de Isabel á su corazón)  
 Con qué violencia,  
 El pecho late  
 Donde tú imperas?  
 ¿Piensas que acaso  
 De temor sea?

No, no, querida;  
Es de impaciencia,  
Es que la gloria  
Todo lo llena.

¿No ves mis ojos  
Cuál centellean?  
¿No sientes, dime,  
La voz secreta  
De la esperanza?  
¿Ya no te acuerdas  
De que á esta espada  
Debí en la guerra  
Le mil victorias  
La recompensa?

(Saca la espada.)

Mírala, hermosa,  
¿No ves en ella  
Feliz presagio,  
Victoria cierta?  
Esta es la misma  
Que me ciñeras  
Cuando animoso

Marché á la guerra  
De Palestina,  
¿No lo recuerdas?  
Tócala, hermosa:  
Tu mano bella  
Le comuniqué  
Celeste influencia.

Isab.—Sí, sí, no hay duda;  
Sólo con verla,  
A la esperanza

Mi alma se entrega:  
Siento aliviarse  
Todas mis penas.  
¿Y tu armadura,  
Dime, es aquella  
Que antes llevabas?  
Déjame verla.

(Examinando su armadura)  
Sí, sí, la misma.  
¿Oh! quién pudiera  
Ser el escudo  
De tu defensa!  
Alberto mío,  
Acaso es esta  
De nuestra vida  
La hora postrera;  
Pues bien, amigo,  
Quiero que sepas  
De mi amor puro  
Toda la fuerza.

(Con mucho fuego.)

¿Sabes que te amo;  
Pero mi lengua  
Nunca ha podido  
Darte una idea  
Del fuego activo  
Que aquí me quema.  
Hay sensaciones  
Que no se expresan,  
Que el alma toda  
Nos basta apenas  
Para sentir las

Sin comprenderlas!  
 Nunca los hombres  
 Tienen idea  
 De lo que sienten  
 Las almas nuestras:  
 En las mujeres  
 Amor impera,  
 Cual rey despótico:  
 Nuestra existencia  
 Toda él ocupa,  
 El sólo llena.  
 Esta mañana....  
 ¡Bondad inmensa  
 De Dios, perdona  
 Mi culpa horrenda!  
 Vértigo insano  
 De mi cabeza  
 Se apoderaba:  
 Mi propia diestra  
 A dar fin iba  
 De mi existencia:  
 Ya de un veneno....

Alb.—¡Isabel, cesa!  
 Cesa! tus voces  
 De horror me llenan!  
 ¿Con que tú misma....?  
 ¿Y quién pudiera  
 Calmar entonces  
 Mi furia horrenda?  
 De sangre ríos  
 Correr hiciera,  
 Y ya cansada

De herir mi diestra,  
 Contra mí mismo  
 La dirigiera:  
 ¡Oh! no lo dudes,  
 Amiga bella,  
 Tu propia tumba  
 Mi tumba fuera!  
 ¡Ah! por fortuna,  
 Ya más risueña,  
 De la esperanza  
 La luz destella:  
 Verás muy pronto  
 Cuál tus cadenas  
 Caen á mi furia,  
 Rotas, deshechas.  
 ¡Oh, cuánto tarda  
 De la pelea  
 La hora!

Leo.—(Desde la ventana en donde ha estado desde el principio de la escena.)

A la plaza

El Barón llega.

Alb.—¿Llega? ¡qué dicha!

Isab.—(Sentándose).

¡Gran Dios! las fuerzas  
 Me faltan...

Alb.— Calma,

Calma tu pena:  
 Voy á vengarte,  
 ¡Adiós! no temas,  
 Leonor querida.  
 Cuida tú de ella.  
 ¡Adiós!

Isab.— Escucha  
Por vez primera,  
Quiero pedirte....

Alb.—¿Qué? dilo, ordena:  
Yo soy tu esclavo,  
Dí qué deseas.

Isab.— (Con ternura, levantándose)  
Dame un abrazo.

Alb.— (Abrazándola.)

¡Ah! dicha excelsa!  
¡En este instante  
Morir debiera!  
¡Reyes del mundo,  
Vuestra diadema  
Por este abrazo  
Trocar quisiérais!  
¡Soy invencible!  
¡Tirano, tiembla!  
Adiós, bien mío  
Adiós! me espera  
Allí la gloria,  
Voy á obtenerla!

(Se va precipitado)

ESCENA VII.

ISABEL, LEONOR.

(En toda esta escena hará Leonor grandes pausas, como lo indican los puntos en el diálogo.)

Isab.—¡Alberto! ya partió, y acaso nunca  
Le volverán á ver los ojos míos:  
Estos ojos de lágrimas cubiertos  
En vano en esa puerta estarán fijos!  
Acaso pronto, revolcado en sangre,  
Aquí conducirán su cuerpo frío...  
¡Ah! sobre su cadáver adorado,  
Exhalaré mis últimos suspiros!

Leo.—¿Por qué pensar de un modo tan  
(funesto?)

El triunfará, señora; y yo confío  
En su justicia.

(Ruido de voces en el patio del torneo,  
que se oyen como de lejos.)

Isab.— ¿Escuchas esas voces?  
La lucha va á empezar, ¡atroz martirio!  
Ponte en esa ventana; yo no puedo,  
¡Yo no tengo valor!

Leo.— (Colocándose en la ventana)  
Desde este sitio

Se ve perfectamente lo que pasa:  
Yo os lo referiré.

Isab.— ; Poder divino!  
 Dale valor á mi angustiado pecho!  
 Leo.—Lady Arabela ocupa el lugar mismo  
 Que para vos estaba destinado.  
 Y vuestro padre la acompaña... el circo  
 Mandan los jueces despejar ahora....  
 Ahora lo reconocen.... ya reunidos  
 A la señora Baronesa se hallan  
 Los demás caballeros.... ahora altivo  
 Sobre un caballo, como su alma, negro,  
 Entra el Barón... da vuelta al campo...  
 (fijo)  
 En su sitio está ya como una torre.  
 Isab.— (Con inquietud.)  
 ¿Y Alberto?  
 Leo.— No le veo; no ha venido...  
 Ya, ya llega... ya salta la estacada:  
 (Aplausos dentro.)  
 Oíd esos aplausos que su brio  
 (Aplaudiendo)  
 Arranca del concurso. ¡bravo! ¡bravo!  
 ¡Qué hermoso está!  
 Isab.— (Se arrodilla.)  
 ; Gran Dios! oye propicio  
 De esta infeliz el fervoroso ruego.  
 Tú, á cuyo acento tiembla conmovido  
 El universo, tú, cuya mirada  
 El corazón penetra de tus hijos,  
 Truena, Señor, contra el malvado, truena!  
 Un rayo lanza contra el nombre impio,  
 Que ultrajó la virtud; anima el brazo  
 Del joven caballero que ha emprendido

De la justicia la defensa. ¡Oh, padre!  
 ¡Oh padre justo, omnipotente y pio!  
 Mirame aqui de lágrimas bañada,  
 Pronta á desfallecer, ¡ah! sin tu auxilio  
 No podré resistir á tantas penas:  
 Escucha de esta mísera el gemido:  
 Hasta tu trono refulgente suba  
 De mi dolor el penetrante grito.  
 Leo.—Ya el señorito Alberto da la vuelta:  
 ; Con qué destreza rige á su tordillo,  
 Cuya rizada crin al viento ondea!  
 ; Oh, qué hermoso caballo!... todos fijos  
 Tienen en él los ojos... ya se para:  
 Para acá está mirando el señorito:  
 Sin duda os busca, vedle un solo instante,  
 Tal vez el alma os manda en un suspiro.  
 Asomaos.  
 Isab.— ; No puedo!  
 Leo.— Un sólo instante,  
 (Se asoma Isabel.)  
 Esto lo animará. Ya, ya os ha visto.  
 Isab.— ; Será la última vez? ; Muero al pen-  
 (sarlo!)  
 Leo.—Ya las lanzas enristran ¡oh, Dios  
 (mío!)  
 Van á dar la señal: por Dios, señora,  
 Por Dios, no la escuchéis.  
 (Queriendo taparle los oídos. Suena un  
 clarín.)  
 Isab.— ; Ah!  
 Leo.— (Vuelve á la ventana.)  
 ; Ya han partido!

Rayos parecen: ya se encuentran... ¡cielo!  
 (los!)  
 Las dos lanzas han dado á un tiempo mis-

En sus fuertes escudos, y en pedazos  
 Han saltado las dos.

Isab.— (Con la mayor ansiedad)

¡Oh, qué suplicio!

Leo.— Vuelven atrás, y nuevas lanzas to-

(man...)

(Ruido dentro)

Ya vuelven á partir: ¿habéis oído?

El ruido de su choque formidable?

¡Qué furia, eterno Dios!... ¡Qué es lo

(qué miro!

¡Santos del cielo!

Isab.— ¿Qué?

Leo.— El señor Alberto...

Isab.— ¿Qué?

Leo.— ¡Le falta el caballo; ya ha caído!

Isab.— ¡Ah! (Cae desmayada)

Leo.— (Sin verla.)

Pero no temáis, ya se levanta...

Veó que la espada saca enfurecido...

El Barón también deja su caballo...

Ya combaten á pie... ¡Oh, Dios benigno!

Protégelo, protégelo su inocencia!

(Ruido de espadas)

¡Qué golpes! ¿No escucháis, señora, el

(ruido

De sus espadas?)

(Viéndola.)

¡Ay! la desdichada!

Al peso cedió ya de su martirio:  
 Señorita... está helada, es un cadáver.

Isab.— ¡Leonor!...

Leo.— Ya vuelve; ¡pero qué extravió  
 Noto en sus ojos!

Isab.— (Levantándose)

¡El ha muerto! ¡ha muerto!...

¿El no existe, Leonor, y yo respiro?...

¡Aun falta sangre que verter; mi sangre!

¡Ven, odioso Barón, el pecho mío

¡Rompe, rompe este seno que le adora!

(Con fuerza)

¡Yo te aborezco, monstruo, te maldigo!

Vamos, Leonor, corramos á encontrarlo!

Que su feroz acero, ya teñido

En la sangre de Alberto, en mí se ceba!

¡Acaben con mi muerte mis martirios!

(Con gran ternura.)

¡Alberto era mi dios! ¡lo idolatraba!

¡Vivir no quiero, si con él no vivo!

¡Alberto! ¡mi querer! ¡mi bien! ¡mi glo-

(ria!

¡Espérame un momento; ya te sigo!



## AUTO CUARTO.

### EL HIJO Y LA MADRE.

La decoración del primer acto.

#### ESCENA I.

PEDRO TIMOEO Y CRIADOS.

(Conducen desmayado y cubierto de sangre al Barón de Bohún y le colocan sobre las sillas.)

Ped.—¡Cómo pesaba el difunto!

Tim.—Cómo pesa todo muerto.

Vosotros retiraos.

(Se van los demás criados) <sup>®</sup>

Ped.—¡No lo dije, Timoteo,

Que la boda parecía

Más bien que boda un entierro!

Mira si soy algún tonto.

Tim.—¡Yo estoy como loco, Pedro!

A veces en sólo un día

Pasan acontecimientos,  
Que en un año no han pasado.

Ped.—Pero viste qué denuedo  
De los guerreros, ¡caramba!  
Yo estaba helado.

Tim.— ¡Qué recio  
Se daban, hombre! te digo  
Que no he tenido más miedo  
En mi vida; ni aun de niño,  
Cuando me contaban cuentos  
De hechiceras y gigantes.

Ped.—Alguno llega: silencio.

## ESCENA II.

Dichos, ISABEL, LEONOR.

Leo.—Deteneos.

Isab.— ¿Dónde está?  
¿Dónde está el fiero Barón?  
Que rompa mi corazón;  
Yo no quiero vivir ya:  
¡Destino fatal, impío!  
¿Dónde se halla mi adorado?  
Quiero morir á su lado,  
Sobre su cadáver frío.

(Señalando el cadáver del Barón.)

Allí está... mi bien...

Ped.— (Conteniéndola.)  
Señora,

¿Qué hacéis?

Isab.— Dejadme llegar:  
Quiere con él espirar  
Esta mujer que le adora.

Tim.— (Sorprendido.)  
¿Que le adora!

Isab.— Sí, sayones,  
Esa vida era la mía;  
¿Y quién dividir podría  
Jamás nuestros corazones?  
¡Dejadme llegar, por Dios!  
Juntos debimos vivir,  
Pues ahora juntos morir  
Debemos también los dos.  
¡Ah! si la piedad ois,  
Soltadme.

Ped.— ¿Pero qué hacéis?  
Ese cadáver que veis  
Es del Barón.

Isab.— (Sorprendida)  
¿Qué decís?  
¿Pues Alberto?

Ped.— Se halla ahora  
Recibiendo el parabién  
De su triunfo.

Isab.— (Admirada.)  
¿He oído bien?

Tim.— Sí; no lo dudéis, señora:  
En el patio del torneo  
Le proclaman vencedor.

Isab.— ¡Este es un sueño, Leonor!

Leo.— Sí, también soñar yo creo.

Isab.— Si es engaño, salir de él

Un punto será, y morir,  
¡Cielos! ¿mi Alberto vivir?

Ped.—Vive, señora.

Alb.— (Dentro.)

¡Isabel!

Isab.— (Con transporte.)

El es: ¡oh, supremo Sér!

El es: ¡sostenme, Leonor!

¡Antes me ahogaba el dolor;

Ahora me agobia el placer!

(Queda desvanecida en los brazos de Leonor.)

### ESCENA III.

Dichos, ALBERTO.

Alb.— Isabel! ¡Isabel!... ¿Pero qué veo?

Leonor, ¿qué es esto?

Leo.—El gozo la ha postrado.

Alb.—Oye mi voz, ¡oh, dueño idolatrado!

¡Los ojos abre, en que mi dicha leo!

¡Isabel! ¡ah! ya vuelve, ¡cuán hermosa!

Ya palpita su seno blandamente:

Una sonrisa vaga dulcemente

En sus labios purísimos de rosa.

Alza esa frente cándida y divina,

Ya eres libre, Isabel.

Isab.—¿Y es cierto?

Alb.— ¡Es cierto!

Mírame.

Isab.— Deja que te toque, Alberto,

¿Tanta ventura el cielo me destina?

No, no es una ilusión: tu ardiente mano

Torna á estrechar la moribunda mía:

¡En el sepulcro, Alberto, te creía!

¡Oh placer grande, inmenso, sobrehuma-

(no!

Pero dime, por Dios, ¿no estás herido?

¡Ah! si vieras, mi bien, cuánto he llorado!

¡Si supieras qué instantes he pasado!

¡No sé cómo sufrirlos he podido!

El cielo sólo, la bondad del cielo,

Sostenerme ha padido en este día!

Pero ya vuelvo á verte, ¡qué alegría!

¡Trocó Dios en placer mi amargo duelo!

Gracias, gracias, Señor; ¡ah! la ventura

Perturba mi razón, Alberto mío:

A hablarme vuelves; dudo, desconfío:

Tanta dicha, ilusión se me figura.

Alb.—No, Isabel; es verdad.

Isab.— Mas tú caíste

Del caballo: Leonor vió tu caída,

Y al saberla pensé perder la vida;

Dime, dime por fin, cómo venciste.

Alb.—Menos fuerte mi caballo

Que el del furioso Barón,

En la segunda carrera

Por desgracia me faltó,

Y caímos; pero al punto,

Levantándome veloz,

Saco mi acero, este acero

Que jamás me abandonó.

A mi contrario me lanzó, — des  
 Que sin prever mi intención,  
 De su triunfo sonreía,  
 Lleno de orgullo feroz:  
 Su caballo desjarreto  
 En el instante: el Barón  
 Echa pic á tierra, y la espada  
 Saca ciego de furor:  
 El era, Isabel, más fuerte,  
 No más ligero que yo;  
 Y sus golpes evitando  
 Con destreza, la ocasión  
 Hallé al fin, que deseaba:  
 De cubrirse no cuidó  
 Por herirme, y al instante  
 Le traspasé el corazón,  
 No pudo más, y en el circo  
 Casi sin vida cayó.  
 General aplauso entonces  
 Sonar oigo en derredor:  
 "¡Victoria, honor al valiente"  
 Todo el concurso gritó,  
 Y los heraldos y jueces  
 Me proclaman vencedor;  
 Pero en medio de esos gritos  
 Yo no escuchaba tu voz,  
 Tu voz para mí más grata  
 Que la de la gloria.  
 Isab.— Yo,  
 Entre tanto combatida  
 De la inquietud más atroz,  
 Desde mi estancia escuchando

El espantoso rumor — des  
 Del combate: á cada instante  
 Sintiendo en mi corazón  
 Mil muertes... ¡qué no he pasado!  
 Los dos, Alberto, los dos  
 Los golpes hemos sentido,  
 (Señalándose el corazón.)  
 Tú en el escudo, aquí yo.  
 Cierto es que tú no escuchabas  
 Entre las otras mi voz,  
 Y sin embargo, sonaba  
 Con más fuerza y más ardor  
 Que todas; porque la mía  
 Por tí se elevaba á Dios.  
 Alb.— Sí, mi bien, y el Ser supremo  
 Tu ruego grato escuchó,  
 Porque como tú, fué puro,  
 Ardiente como tu amor!  
 Isab.— Sí, como mi amor, Alberto;  
 ¡Oh! nunca de mi pasión  
 He conocido la fuerza,  
 Hasta el instante de horror,  
 En que muerto te he creído.  
 Alb.— ¿Quién más dichoso que yo?  
 Aunque jamás nos unamos,  
 Esa sublime expresión  
 De tu ternura, es mi dicha:  
 Te lo juro por mi honor:  
 Por el imperio del mundo  
 No cambio mi suerte, no!  
 Pero ya tu padre llega  
 Con los demás.

Isab.— ¿Tanto amor  
No pagaré con mi mano  
Alguna vez? ¡santo Dios!  
¡No hay felicidad cumplida!  
Alb.— ¡Tal es nuestra condición!

ALERE FLAMMAN  
VERITATIS

ESCENA IV.

Dichos, ARABELA, FITZ-EUSTAQUIO,  
PEDRO, TIMOTEO, CABALLEROS.

Arab.— Caballeros, ya habéis visto  
De mi causa la justicia:  
Del éxito del combate  
Ninguna duda tenía:  
De ese perverso en el cielo  
La sentencia estaba escrita:  
Llegó por fin, y ha pagado  
Los crímenes de su vida.

(A Alberto)

Recibe, valiente joven,  
La gratitud que me anima:  
Tú fuiste el digno instrumento  
De la justicia divina:  
Tú rompiste mis cadenas:  
Por tí cobro en este día  
Mis títulos usurpados,  
Y mi libertad perdida.

Alb.— Basta, señora, lo que hice  
El deber me lo imponía:  
Como honrado caballero,

A la virtud oprimida  
Mi espada ofrecí: del cielo  
Es la victoria, no mía:  
¡Dichoso yo que instrumento  
Fui de las celestes iras!

Arab.— Mas no quedará sin premio,  
Joven, tu noble osadía:  
Por mi heredero te nombro;  
Si, yo no tengo familia:  
¡Ay! me arrebató el tirano  
El solo hijo que tenía!  
Tú lo serás desde ahora,  
Tú formarás la delicia  
De mi vejez.

Alb.— ¡Ah! señora,  
Tanta bondad!

Fitz.— Merecida  
La tienes: como valiente  
Te has portado en este día:  
Bien, hijo mío, también yo  
Te debo mucho; esa víctima  
A la desgracia arrancaste,  
También te debe mi hija  
Su libertad. ¡Ah! cuál fuera  
Tu suerte, Isabel querida,  
Enlazada para siempre  
A ese monstruo de perfidia!  
¡Tiemblo al pensarlo! Un modelo  
De honradez yo lo creía:  
Baronesa, aquí os condujo  
La Providencia divina,  
Para arrancar al infame

El velo que lo cubría.  
 Arab.—Sus crímenes espantosos  
 Sabéis ya: su mano inicua  
 Fué la que del digno Ralfo  
 Cortó la apreciable vida.  
 Ese escudero que traje  
 Conmigo, y que en otros días  
 Fué cómplice involuntario  
 De Walter, la historia impía  
 Me ha referido.

Ped.— Señora,  
 Vuestro escudero suplica  
 Que ante esta ilustre asamblea  
 Hablaros se le permita.

Fitz.— (A Pedro.)  
 Haced que pase al instante. (Se va)  
 Ven á mi pecho, hija mía,  
 Démosle gracias al cielo.  
 Del precipicio en la orilla  
 Te ha salvado: sus bondades  
 Hacia mí, son infinitas.

### ESCENA ULTIMA

Dichos, ALFONSO, PEDRO.

Ped.—Entrad.  
 Arab.—Entrad; el noble Fitz-Eustaquio  
 De hablar en su presencia os da permiso.  
 Decid lo que queréis.  
 Alf.— Noble señora,

Y vosotros también, ¡oh esclarecidos  
 Caballeros! oid. Ya las maldades  
 De Walter conocéis, del que yo he sido  
 Cómplice involuntario, y vos, señora,  
 Perdonáis generosa mi extravío.  
 Pero hay otro secreto, un gran secreto,  
 Que esperaba, señora, descubrirlo  
 Después de ese combate, cuando el cielo  
 Castigara de Walter los delitos.

Arab.—Habla, Alfonso, declara cuanto se  
 (pas.)

Alf.—El cielo que me escucha es buen tes-  
 (tigo)  
 Del gozo que me anima, y que en mi abo-  
 (no)

Está escrita en el libro del destino  
 Una acción buena: sí, señora, Walter,  
 De su ambición frenética impelido,  
 A toda costa quiso de su hermano  
 Las riquezas poseer, y grandes títulos.  
 Vuestro hijo era el legítimo heredero;

Deshacerse intentó del tierno niño,  
 Y á mí me encomendó su asesinato,  
 Porque ya entonces me juzgó el inicuo  
 Incapaz de faltarle: de este modo  
 Logré tener en mi poder al hijo  
 De mi buen amo, y engañando al móns-

(truó.)  
 Que su muerte creyó, del tierno niño  
 Salve los días.

Arab.— ¡Cómo! qué he escuchado!  
 ¿Y vive?

Alf.— Vive.  
 Arab.— Es cierto? Dios benigno!  
 Cuánta ventura!... ven, que yo te abraze.  
 Alfonso: ven... Mas dime, dime el sitio  
 Donde se encuentra: dímelo.

Alf.— Escuchadme.  
 Al infante tomé, cuyos gemidos  
 El corazón más duro conmovieran,  
 Y conociendo el corazón benigno  
 Del noble Fitz-Eustaquio, en el instante  
 Me dirigí en silencio á este castillo:

(A Fitz-Eustaquio.)  
 No estábais vos en él; pero en la senda  
 Que á él conduce, el depósito querido  
 Dejé, esperando inquieto el resultado,  
 Observándolo todo sin ser visto,  
 Pues la maleza me ocultaba: entonces  
 Os ví llegar, señor, ví que movido  
 De ternura hacia el niño desgraciado,  
 Al pecho lo estrechábais compasivo,  
 Y aquí le condujisteis.

Alb.— ¡Qué oigo, cielos!

Fitz.— ¿Qué dices? ¿conque Alberto...

Alf.— Sí, ese mismo,  
 Ese valiente, generoso joven

Que os ha vengado...

Arab.— ¿Es él?

Alf.— Es vuestro hijo.

Arab.— (Estrechando á Alberto.)

¡Hijo!...

Alb.— (Echándose en sus brazos.)

¡Madre!...

Fitz.— ¡Qué dicha!

Isab.— (Con gozo.)

¿No es un sueño?  
 ¿Es noble? ¿qué ventura! ¿será mío!

(Por un gran rato queda Alberto abrazado  
 á Lady Arabela, llorando de ternura y  
 de júbilo; separa un poco su rostro, la  
 contempla con una mirada ávida y llena  
 de amor. Lo que sigue lo dice con mu-  
 chísimo fuego, y ternura.)

Alb.— ¡Madre!... ¡madre! repetir

Dejadme ese nombre amado,

Y en vuestro pecho abrasado

Vuestro corazón sentir.

Sí, yo lo siento latir

Contra el mio... ¡qué placer

¡Dicha inmensa! ¡Eterno Sér,

Ya puedes tomar mi vida!

¡Oh, madre, madre querida!

Al fin te consigo ver.

¡Cuánto, cuánto padecí

Por no conoceros ¡Dios!

Y vos entre tanto, vos,

¡Llorando también por mí!

Ah! ya me tenéis aquí:

Apenas mi dicha creo!

¡Oh madre! os escucho, os veo,

¡En vuestros brazos estoy!

Ya soy feliz, ¡ya lo soy!

¡Cumplió el cielo mi deseo!

¡Madre! á la naturaleza,  
 A mi pecho, al mismo Dios,  
 Yo preguntaba por vos,  
 Devorado de tristeza:  
 ¡Ay! en este instante empieza  
 Mi existencia, mi alegría.  
 Arab.— (Con transporte vivísimo)  
 ¡Hijo!...  
 Alb.— ¡Madre!... hermoso día!  
 Mil veces "hijo" llamadme!  
 Venid, todos, abrazadme:  
 Padre.... Isabel... Madre mía!  
 (Arabela, Fitz-Eustaquio é Isabel lo rodean abrazándolo, y cae el telón.)



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

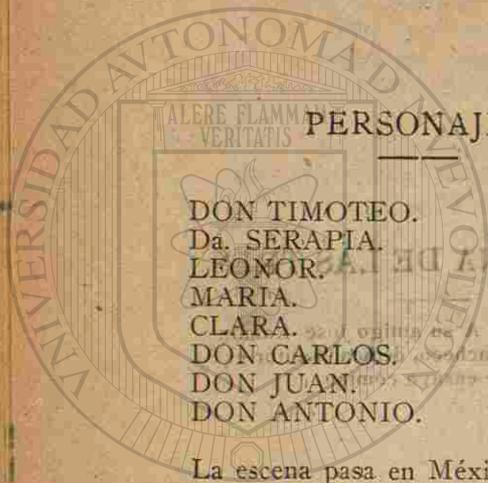
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PERSONAJES

A NINGUNA DE LAS TRES.

A su amigo José Ramón  
 Pacheco, dedica el autor este  
 ensayo cómico.

®



## PERSONAJES

DON TIMOTEO.  
Da. SERAPIA.  
LEONOR.  
MARIA.  
CLARA.  
DON CARLOS.  
DON JUAN.  
DON ANTONIO.

La escena pasa en México, 18... en la casa de Don Timoteo.



## ACTO PRIMERO.

Sala decentemente amueblada.

### ESCENA I.

D. TIMOTEO, Da. SERAPIA (de gala.)

D. Tim.—Vaya, Serapia, estás hoy

Muy elegante; ¡qué bello!

¡Qué rico vestido! ¡diablo!

Si no fuera por tu pelo

Un poco blanco, y las rugas

De tus mejillas, apuesto

Que ninguno te daría

Más de treinta y cinco.

Da. Ser.—

¿Cierto?

¿Con que no parezco mal?

D. Tim.—¿Cómo mal? si poco menos

Estás hoy como aquel día

Que nos casamos: me acuerdo

Como si fuera hoy.

Da. Ser.— Con todo,  
Treinta y dos años y medio  
Hace que pasó.

D. Tim.— Es verdad,  
¡Qué pronto se pasa el tiempo!

Da. Ser.— ¡Y qué tiempos!

D. Tim.— Muy felices;

No se parecen á éstos:  
¡Ay! hija, por más que digan  
Los pisaverdes modernos,  
Aquello era mucho, ¡mucho!  
¿Te acuerdas con qué salero  
Bailabas una "gavota?"

Da. Ser.— Y tú también, picaruelo,  
Aquel "minuet de la corte."

D. Tim.— Y el "calafat."

Da. Ser.— Y el bolero.

D. Tim.— No; pero nada, Serapia,  
Como el "campestre:" me acuerdo  
Que estaba yo como tonto,  
Mirando tus movimientos:  
Desde la primera parte,  
Sentí dentro de mi pecho  
Cierta inquietud... cierta cosa...  
Lo que llaman los modernos  
Simpatía; pero ¡vaya!  
Cuando hizo tu pie derecho  
Aquel molinete, entonces  
Se me trastornó el cerebro.  
¡Ay! ¡y qué noche me diste!  
En toda ella estuve viendo  
Tus pies en mi fantasía;

Y era tan grande el empeño  
De recordarlos, que dije  
Al punto á mi cocinero,  
Que me guisara á otro día  
Unas patitas de puerco.

Da. Ser.— Ah! ¡ah! ¡ah!

D. Tim.— Te ríes,

Y con razón, lo confieso,  
Si digo que estaba loco,  
Loco de remate, y luego  
Con tus desdenes malditos  
Me hacías rabiar.

Da. Ser.— Lo creo.

Me amabas mucho, me amabas  
Como se amaba en mi tiempo;

Y yo también te quería;

¿Pero, cómo luego luego

Lo había de confesar?

No, señor.

D. Tim.— ¡Oh! no, primero

Era preciso pasar

Unas noches al sereno,

¿No es verdad?

Da. Ser.— ¡Caball! Ahora

Todo es más pronto.

D. Tim.— Se han hecho

Muchos progresos en todo;

Llega un jovencillo lleno

De perfumes; media hora

De charla, suspiros tiernos,

Semblante triste; en la tarde

Una vuelta en el paseo

Junto al coche de la niña :  
 En la noche algún encuentro  
 En las "cadenas" ó el teatro :  
 Si un cómico dice un verso  
 Que hable de amor, al instante  
 El rendido caballero  
 Dirige ardiente la vista  
 Al palco, como diciendo :  
 "Esa Julieta, eres tú,  
 Y yo soy ese Romeo."  
 Con esto queda concluído  
 El asunto, y de concierto  
 Los amantes. A otro día  
 Lleva el joven algún verso  
 A la novia : poco importa  
 El que sea suyo ó ageno :  
 Cambia el nombre si es preciso,  
 En vez de "Silvia," poniendo  
 Anastasia, porque al cabo,  
 Dos sílabas más ó menos  
 Poco importan ; la substancia  
 Es lo esencial.

Da. Ser.— ¡ Por supuesto !

D. Tim.— Por fortuna en estos días  
 Hace todo el mundo versos.

Da. Ser.— Pero no en latín.

D. Tim.— ¿ Latín ?

¡ Pues estás fresca ! yo apuesto  
 Que no saben declinar  
 "A Musa Musae."

Da. Ser.— Ya ; pero . . .

D. Tim.— Pero saben italiano,  
 Francés, inglés.

Da. Ser.— Mas no griego  
 Como en mis días.

D. Tim.— Serapia,  
 Para mí es un mundo nuevo  
 En el que vivimos hoy ;  
 Ya ves, hasta el coliseo  
 Ha cambiado : ya no agradan  
 Las comedias de aquel tiempo :  
 Juana la Rabicortona,  
 El Mágico de Salerno,  
 La Fuente de la Judía,  
 El Príncipe Jardínero.  
 Estos eran comediones  
 Divertidos.

Da. Ser.— Y muy buenos,  
 Y muy morales.

D. Tim.— ¡ Caramba !  
 Si eran morales ! me acuerdo  
 Que una vez salí llorando  
 Como chico de colegio,  
 De ver á San Agustín  
 Quedar convertido.

Da. Ser.— En ciervo . . .

D. Tim.— Qué ciervo, ni qué . . .

Da. Ser.— Es verdad,  
 Tienes razón, ya me acuerdo,  
 Es en santa Genoveva  
 Lo del venado. Ya eso  
 Acabó, y las tonadillas  
 Que llamaban "intermedios."  
 Hoy está en boga un tal Fugo.

D. Tim.— Hugo dirás.

Da. Ser.— ¿Yo qué entiendo  
De esos nombres que no están  
En el calendario nuestro?  
Hasta en eso entró la moda:  
A nadie le ponen Diego,  
Ni Jacinto, ni Macario,  
Ni Roque, ni Timoteo;  
Sino Arepo, Arturo, Adolfo;  
En fin, santos extranjeros  
Que ni estarán bautizados.  
En todo caso me atengo  
A los nuestros, que por fin  
Son ya conocidos viejos,  
Y el refrán dice: "Más vale  
Malo conocido, que bueno  
Por conocer."

D. Tim.— Calla, calla,  
Serapia, ¿qué estás diciendo?  
¿Qué disparates ensartas?

Da. Ser.— (Aflojándose el vestido)  
¿Pues qué, digo mal? El cielo  
Sabe mi intención. ¡Dios mío!  
¿Y qué traje tan molesto  
Es el vestido de gala!  
Sólo por ser, Timoteo,  
Día de tu santo, pude  
Apretarme tanto.

D. Tim.— Cierto;  
¿Y piensas tú, mona mía,  
Que yo no te lo agradezco?  
Mucho, mucho; siempre has sido  
Un acabado modelo

De esposas: tengo tal gusto,  
Que no me cabe en el pecho.  
Sí, Serapia, hoy es el día  
En que se van mis deseos  
A colmar, con la elección  
Que haga Juanito. Yo creo  
Que la gusta más Leonor,  
Que las otras dos.

Da. Ser.— Yo pienso  
Lo mismo; no, y la muchacha  
Lo merece.

D. Tim.— Por supuesto.  
Pobrecilla!

Da. Ser.— ¿Y Don Antonio  
Vendrá á comer hoy?

D. Tim.— Lo espero.

Da. Ser.— Aquí viene ya.

## ESCENA II.

Dichos, DON ANTONIO.

D. Ant.— ¡Oh! vecina,  
¿Pues qué tenemos de bueno  
Que está usted tan adornada?

Da. Ser.— Que diga á usted Timoteo  
El motivo: yo me voy  
A mirar por allá dentro.  
Lo que ocurre: ya usted sabe  
Que para esto del aseo  
De la casa y la cocina,  
Yo lo hago todo: no quiero

Que se molesten mis hijas,  
A quienes ha dado el cielo  
Inclinaciones más altas.

D. Ant.— (Con ironía.)

Es verdad.

Da. Ser.— Pues hasta luego.  
(Se va haciéndole una gran cortesía á Don Antonio.)

### ESCENA III.

DON TIMOTEO, DON ANTONIO.

D. Tim.— ¡Pobre Serapia! está loca  
Con las muchachas, y cierto  
Tiene razón: cada una  
Es en verdad un portento.  
Mariquita toca, canta,  
Baila; en fin, es un mode'o  
De perfección: ágil, viva,  
Siempre de broma y riendo.  
Clara, por distinto estilo....  
¡Ah! Don Antonio, el talento  
De mi Clara es mucha cosa:  
Ya ve usted, siempre leyendo  
Periódicos literarios  
Y políticos: apuesto  
Que sabe más ella sola,  
Que tres ministros.

D. Ant.— (Riendo.)

En eso  
No hay mucha ponderación,

Amigo Don Timoteo.  
Adelante.

D. Tim.— ¿Pues Leonor?  
¡Oh! Leonor es mucho cuento:  
¡Qué corazón tan sensible,  
Tan encendido, tan tierno!  
¡De cualquiera cosa llora!  
Antes de ayer, por ejemplo,  
Estaba triste, bajando  
Los ojos cada momento:  
Otras veces los alzaba  
Fijándolos en el cielo;  
Y por fin, la pobrecilla  
Se puso á llorar: yo lleno  
De inquietud....

D. Ant.— (Con ironía.)  
Ya, como padre!

D. Tim.— Yo le pregunté el objeto  
De sus penas, y me dijo:  
“¡Oh padre mío, yo muero  
“De dolor! la pobre Clara....  
—¡Qué! le dije muy inquieto,  
¿Le ha sucedido á tu hermana  
Alguna cosa? Volemos  
A verla. “No, padre mío,  
“Me respondió, nada de eso,  
“No hablo de Clara mi hermana,  
“Clara de Alva... ¡Qué tormento  
“Pasó la infeliz! ¡Qué lucha  
“Sostuvo entre sus afectos  
“Y su deber!”

D. Ant.— ¿Con que todo  
Su dolor y desconsuelo

Era por haber leído  
Una novela? ¡muy bueno!  
¿Y sabe usted por ventura  
A qué se reduce el cuento  
De ese libro?

D. Tim.— No, señor;  
Pero dicen que es muy bueno.

D. Ant.— ¡Oh, sí muy bueno! Se trata  
De una joven, que algún tiempo  
Resistir supo a un amante;  
Pero como el bribonzuelo  
Era tenaz, ella en uno  
De aquellos fuertes momentos  
De ternura, faltó al cabo  
Al marido.

D. Tim.— ¡Diablo!

D. Ant.— Pero  
Eso sí, no faltó en nada  
A la virtud.

D. Tim.— No lo entiendo:  
Sin faltar á la virtud  
Hacer á un hombre... ¡San Diego  
Nos preserve!

D. Ant.— Pero, amigo,  
Si fué tan sólo un momento  
De extravío.

D. Tim.— Con mil diablos,  
¿Pues qué no basta con eso?

D. Ant.— No, señor, porque fué todo  
Sin mala intención.

D. Tim.— Reniego  
De su intención.

D. Ant.— Pues, amigo,  
Todo esto ni más ni menos  
Dice la tal novelita.  
Sabe usted, Don Timoteo,  
La franqueza con que siempre  
He hablado á usted: yo no apruebo  
Ese modo con que educa  
A sus hijas.

D. Tim.— Bueno, bueno;  
Siempre está usted con lo mismo.

D. Ant.— Sí, señor, siempre: el afecto  
Que profeso á usted me hace  
Hablarle así.

D. Tim.— Según eso,  
¿Usted quiere que sofoque  
De mis hijas los talentos?  
¿Que laven, cosan ó planchen,  
Estén siempre en el brasero,  
Disponiendo la comida,  
Y, en fin, que tengan empleo  
De criadas?

D. Ant.— No, señor;  
Pero que sepan al menos  
Aquellas obligaciones  
Que son propias de su sexo.  
La música, la pintura,  
El baile, todo es muy bueno,  
Y sirve á una señorita  
De atractivo y de recreo:  
Pero, amigo, todo es malo  
Cuando se lleva al exceso.

D. Tim.— Muy bien: agradezco mucho

Tan saludables consejos:  
 Mas yo tengo mis razones:  
 Conque así, no disputemos:  
 Supongo que esto no turba  
 Nuestra amistad.

D. Ant.— Nada de eso:  
 Mi cariño es siempre el mismo;  
 Yo digo á usted lo que pienso;  
 Pero sólo á usted le toca  
 Hacer lo que quiera en esto.

D. Tim.— Bien está: pues á otra cosa:  
 ¿Usted, según lo que veo,  
 No sabe por qué motivo  
 Estamos hoy previniendo  
 Una fiesta?

D. Ant.— No, en verdad.

D. Tim.— Pues, Don Antonio, yo debo  
 Quejarme de usted.

D. Ant.— ¿Por qué?

D. Tim.— ¿Cómo por qué? usted ha puesto  
 En olvido que hoy es día  
 De mi santo.

D. Ant.— Lo confieso:  
 No me acordaba.

D. Tim.— Pues bien,  
 Ya lo sabe usted, y cuento  
 Que nos acompañará  
 A comer hoy.

D. Ant.— Lo agradezco.

D. Tim.— Bueno; pues no esto sólo:  
 Tome usted ahora un asiento,  
 Y oiga el principal motivo

De mi gozo. En otro tiempo,  
 (Se sientan)

Cerca de seis meses antes  
 De casarme, me vi lleno  
 De miseria, joven, libre,  
 Sin algún conocimiento  
 Del mundo, sin un amigo  
 Que me mostrara el sendero  
 De la dicha, y entregado  
 A juveniles excesos,  
 Agoté cuantos recursos  
 Me habian dejado, muriendo,  
 Mis padres; contraje deudas,  
 Y, por fin, llegué al extremo  
 De no tener un asilo,  
 Ni aun el preciso sustento.  
 Los amigos, que algún día  
 Eran siempre compañeros  
 De mis vicios y locuras,  
 Que mientras tuve dinero  
 Solicitud me seguían,  
 Mis errores aplaudiendo,  
 Viéndome pobre, abatido,  
 Y sin recursos, se fueron  
 Retirando, y quedé solo,  
 De rabia y vergüenza lleno.  
 En medio de mi desgracia,  
 Me quiso mandar el cielo  
 Un hombre, ó más bien un ángel,  
 Porque tal era Don Pedro  
 De Miranda, rico, noble,  
 Con un corazón dispuesto

A hacer bien á todo el mundo:

Este amigo de colegio,

Que mil y mil ocasiones

Me reprendió mis excesos,

Viéndome luego abatido,

Me auxilió, me dió los medios

Para salir del apuro;

Y no tan sólo le debo

La riqueza que hoy disfruto,

Sino la vida. . . . no puedo

Recordar sus beneficios

Sin llorar.

D. Ant.— Bueno ¡muy bueno!

Esas lágrimas, que pocos

Derraman, Don Timoteo,

Honran á usted. En verdad,

(Aparte.)

Es lástima que los cielos

Como le han dado virtudes

No le den entendimiento.

D. Tim.—En aquellos mismos días,

Tuve una fiebre, y Don Pedro,

Siempre al lado de mi cama,

Siempre de ternura lleno,

Me sacó, como quien dice,

Del sepulcro.

D. Ant.— Bien, ¿y luego?

D. Tim.—Tuvo que marchar á Europa

Por asuntos de comercio.

Nos despedimos llorando,

Mas no pasaba un correo

Sin recibir carta suya

Y escribirle yo, Don Pedro

Era viudo y tenía un hijo

Que llevó á Europa. A su seno

Llamó, en fin, Dios á mi amigo,

Y durante mucho tiempo

No supe del hijo suyo

La suerte: hará mes y medio

Que él mismo vino á mi casa

Á visitarme, diciendo

Que al morir su anciano padre,

Le encargó que en el momento

Que pusiera el pie en su patria

Viniera á verme: no tengo

Que decir á usted el gozo

Que tuve al punto de verlo,

Y le he alojado en mi casa:

Juanito, á quien tanto aprecio

Tiene, usted, ese es el hijo

De mi amigo.

D. Ant.— Y un modele

De honradez: no se parece

A su tonto compañero,

Al Don Carlitos. ¡Caramba!

Jamás he visto un muñeco

Más fastidioso!

D. Tim.— Yo al punto

Concebí el mejor proyecto

Que me ha ocurrido en mi vida,

Para pagar lo que debo

Al padre de Juan, y dije

A nuestro joven: yo tengo

Tres hijas, elige una

Para esposa, y heredero  
De una parte de mis bienes  
Serás.

D. Ant.— Muy buen pensamiento;  
Y él ¿qué respondió?

D. Tim.— Me dijo

Que era preciso primero  
Conocer bien á mis hijas;  
Mas no me bastó con eso,  
Y señalamos un plazo  
Para que eligiera.

D. Ant.— Bueno:

¿Y cuándo se cumple?

D. Tim.— Hoy mismo,

Que es mi santo.

D. Ant.— Pues veremos

Lo que resulta.

D. Tim.— (Levantándose.)

Ya tarda

En llegar.

D. Ant.— ¿Y el embustero

De Don Carlitos vendrá

Con Don Juan?

D. Tim.— Así lo creo.

D. Ant.— Pues no cuente usted conmigo

Para comer hoy: no puedo

Sufrir á ese charlatán.

Sin cesar está mintiendo:

A título de que ha visto

A París, todo lo nuestro

Le disgusta, todo es malo

Para él, si no es extranjero.

Criticar siempre de todo  
En su país, es un efecto

De una educación muy baja:

Si no encuentra nada bueno

En su patria, debería

Por gratitud, por afecto,

Callarse, disimular,

Y compadecerla: cierto

Que tenemos cosas malas,

A mi pesar lo confieso:

Pero ¿qué nación, amigo,

Hay que no tenga defectos?

No; yo soy muy mexicano.

D. Tim.— Pero, D. Antonio, al menos

Haga usted el sacrificio

Siquiera por hoy: si, cuento

Con usted: por un amigo

Se pasa un mal rato.

D. Ant.— Cedo

Por usted; pero repito

Que soy muy duro de genio;

Y aunque quiera reprimirme,

No sé si podré.

(Ruido de coche.)

D. Car.— (Dentro.)

Cocheros

Más tontos que los de aquí

No se encuentran.

D. Ant.— Ya tenemos

Al charlatán en campaña:

Yo me voy por allá dentro

Al corredor, y me iría,

Por no verlo, al mismo infierno.  
Llevaré algún diario.

D. Tim.— Ya!

Como usted guste.

D. Ant.— Hasta luego.

(Vase, tomando de sobre la mesa un papel.)

ESCENA IV.

DON TIMOTEO, DON JUAN, DON CARLOS.

D. Juan.— (A D. Timoteo.)

Muy buenos días, amigo.

D. Carlos.— (Al mismo, apretándole la mano).

Adiós, caro, ¿cómo va?

Ya nos tiene usted acá.

D. Tim.— Me alegro mucho.

D. Carlos.— Testigo

Voy á ser de la ventura

De mi Juan, ¡dulce amistad!

(A. Don Juan.)

Pero vamos, la verdad,

¿Quién ha de ser la futura?

¡Vive Dios, que Leonorcilla

Es la que más te ha petado!

Oh! ¿te pones colorado?

Pues la cosa es muy sencilla,

Sí; me gusta la elección;

Parece una Parisiense:

No es menester que lo piense,

Tengo gran penetración:

Es ella ¿es verdad? es ella;

Si lo dije el primer día:

Aquella melancolía,

Aquel aire ¡cómo es bella!

En fin, es una mujer

“Comme il faut;” tan sólo en Francia

Tendrá igual: ¡oh! no es jactancia:

Sé lo bueno conocer:

Sólo en la fisonomía

Adivino si una hermosa

Es afable ó desdenosa,

Si es un ángel ó una harpía.

Miren ustedes: yo vi

Allá en la plaza de Greve,

Una hermosura, y muy breve

Su carácter descubrí:

Bajo un hermoso semblante

Ocultaba un corazón

“Tres méchant,” era un dragón.

D. Tim.— No pase usted adelante,

Sin que se sirva decirme

Qué es eso de “tres méchant.”

D. Carlos.— Vaya, si lo he dicho, Juan,

Yo no puedo discurrir

Por un momento siquiera

Sin hablar francés ¡qué diablo!

Es tan bello! y lo hablo

Sin advertir, con cualquiera.

El idioma castellano

Es tan helado, tan frío:

(A. D. Juan.)

Diera un brazo, amigo mío,

Por ser francés ó britano.

D. Tim.—Pero el "tres mechant," por fin,  
¿Qué significa?

D. Carlos.— Un "fripon."

D. Tim.—Menos lo entiendo.

D. Carlos.— Un bribón,  
Un hombre bajo y ruin.

D. Tim.—Lo voy comprendiendo ya.

D. Carlos.—Mas ¿dónde están las hermo-  
(sas?)

¿En su "toilette?"

D. Tim.— En sus cosas  
Que tienen ellas allá.

D. Carlos.—¡Sus cosas! Don Timoteo,  
Ese es lenguaje muy llano.

D. Tim.—Hablo mal el castellano,  
Pero se entiende.

D. Carlos.— Lo creo.

(A Don Juan, que se ha sentado hace al-  
gún rato á leer los impresos.)

¿Y cuál es ese papel?

D. Juan.—Es el Diario de gobierno.

D. Carlos.—¡Vaya el tal Diario al infierno!  
Si fuera el "Universal."

(A D. Timoteo.)

Ese es bueno: ya se ve...

¿Y me quiere usted decir

Quién lo da? Voy á escribir

Un poco de "varietés."

D. Tim.—¿Quién lo da? el repartidor:  
Y no lo da, que le vende.

D. Carlos.—Amigo, usted no me entiende:

Que ¿quién es el redactor?

D. Tim.—¡Ah! no lo sé.

D. Carlos.— (Hojeando los papales.)  
¿Y está aquí?

D. Tim.—¿Para qué pagar su abono  
Si no lo entiendo?

D. Carlos.— Por tono.  
¿Va usted á la ópera?

D. Tim.— Sí.

D. Carlos.—Entonces hace usted mal,  
Si el italiano no entiende.

D. Tim.—Fácilmente se comprende.

D. Carlos.—Bravo! y que es universal!  
De la música el idioma:

¡Cuánto me agrada Rossini!

Pero es más tierno Bellini,

Más "tocante:" yo ví en Roma,

No, no en Roma, fué en Milán.

Ví "Pirata," ví "Extranjera:"

¡Oh, qué hermosas! Creo que era

Por la fiesta de San Juan.

¡Cabalmente! Pero nada

Como "Norma" ¡qué belleza!

Habla allí naturaleza.

D. Juan.— (Aparte.)

¡El tal Carlos ya me enfada!

¡Qué loco tan hablador!

D. Tim.— (Aparte.)

¡Qué joven tan estupendo!

¡Según lo poco que entiendo,

Es alhaja de valor!

Si pudiera colocar

A Mariquita con él. ...

D. Carlos.— (A D. Juan.)

Hombre, deja tu papel,  
Y acércate á conversar.  
Me maravillo que en día  
Para ti de tal contento  
Estés ahí macilento,  
Lleno de melancolía:

Vamos, hombre, ven aquí.  
¡Qué paciencia! ¡Qué cachaza!

D. Juan.—Si no dejas meter baza.

D. Carlos.—Pues no hagas caso de mí.  
Yo soy completo francés,  
Alegre, vivo, ligero:

¡Vaya! Si no hablo, me muero.

D. Juan.—Habla cuanto quieras, pues.

D. Carlos.—¡Y esta noche qué comedia  
En el teatro darán?

¡A qué nos encajarán  
Una clásica tragedia!  
¡Vaya! no se puede estar

En el teatro, ¡qué feo!  
No parece coliseo,  
Sino viejo palomar.

No se encuentra una nación  
Más que México atracada:  
Da vergüenza: aquí no hay nada:  
Ni gusto, ni ilustración,  
Ni ornato, ni policía,  
Ni finura, ni alegría,  
Ni hermosura, ni elegancia;  
Repito que sólo en Francia  
Se vive con alegría.  
En las "soirées" ¡qué finura!

¡Qué dulce afabilidad!  
¡Cuánta sensibilidad!  
¡Cuánta graciosa locura!  
El amable aturdimiento,  
El entusiasmo, el bullicio,  
Vaya! si yo pierdo el juicio  
(Mirando adentro.)

Al verme aquí ¡qué tormento!  
¿Mas no es aquella Leonor?  
No hay duda que es ella, sí;  
Juanito, ya viene allí  
El objeto de tu amor.  
¿No sientes un dulce afán?  
¡Qué elegante! ¡Qué bonita!  
¿Tu corazón no palpita?  
Eres un clásico, Juan.  
Eres hijo del país,  
No, no lo puedes negar.

D. Juan.— (Parándose.)  
Ni tampoco remediar.

D. Carlos.—Para amar sólo en París;  
Allí sí se estudia el modo  
Hasta de poner el pie,  
Los ojos, la boca, ¡qué!  
Por principios se hace todo.  
Ven, y mirala, entregada  
 Toda entera á la lectura:  
¡Cuánto es bella una hermosura  
Distraída, abandonada!

D. Tim.—Siempre usted la verá así,  
No conoce otro placer.

D. Carlos.—Divina, "charmante" mujer.  
¡Qué lástima que esté aquí!

## ESCENA V.

Dichos, LEONOR.

(Sale leyendo sin ver á nadie, y se sienta en un sofá; después de una ligera pausa deja el libro y representa.)

Leo.—¡ Ha muerto, ha muerto el misero  
Joven desventurado,  
Modelo acrisolado  
De ternura y amor!  
¡ Ay! ese pecho cándido  
Despojo de la muerte,  
Mereció mejor suerte,  
¡ Oh, vida de dolor!  
¡ Quién no derrama lágrimas  
Al leer tu triste historia?  
Y ¿quién á tal memoria  
No se siente morir?  
Recibe, triste víctima,  
Recibe el llanto mío:  
Yo tu destino impío  
Siempre sabré seguir.

(Deja el libro: queda como meditabunda en el sofá.)

D. Carlos.—¡ Qué pecho tan simpático.

D. Tim.—Sí, es muy sensible, mucho.  
Hija....

Leo.— ¡ Qué voz escucho!

¡ Oh padre! ¿ Dónde estoy?  
Mirad... Su rostro pálido:  
Oíd... ese sonido...  
¡ Ha muerto! ¡ Está perdido!

D. Tim.—Escúchame: yo soy:  
Vuelve en tu acuerdo ¡ misera!  
Su corazón palpita.  
¡ Paloma!

D. Carlos.— ¡ Señorita!

D. Tim.— (A D. Juan.)  
Háblale tú.

D. Juan.— ¡ Leonor!

D. Carlos.—¡ Leonor! ¡ Qué hombre tan  
(frígido!

¡ Qué pecho tan helado!

Dile á sus pies postrado:

(Postrándose delante de Leonor y tomándole una mano.)

¡ Mi bien! ¡ Mi dulce amor!"

Leo.—Levantándose y empujando á Don Carlos.)

Dejadme, dejadme,

¿ Y es ésta la vida,

Tormentos, horrores,

Continuo penar?

¿ Y el hombre se afana

Por ella? ¡ Insensato!

Más vale á la tumba

Mil veces bajar.

D. Tim.—Escucha, hija mía,

(Siguiendo á Leonor, que se pasea agitada por el teatro.)

La voz de tu padre.

Leo.— (Sosegándose.)

¡Oh, padre! ¿Y es cierto?

¿Fué todo ilusión?

D. Carlos.—Ya vuelve en su acuerdo:

¡Miradla qué hermosa!

(A D. Juan.)

Acércate, calma

Su fiel corazón.

¿No sientes tu pecho

Saltar de ternura?

D. Juan.— No.

D. Carlos.—¿No? Eres un mármol,

Palabra de honor.

Leo.—¡Oh, padre! perdona:

La historia de Werter

Mi pecho ha llenado

De horrible dolor,

¡Tan joven! ¡tan tierno!

¡Tan bello! ¡tan fino!

¡Qué suerte tan fiera!

D. Tim.—Olvida eso ya.

D. Carlos.—Amable belleza,

Aquí está Juanito;

Miradle qué triste.

Qué pálido está!

Leo.— (Tendiéndole la mano.)

Amigo.

D. Juan.—¿Ha pasado

El rato funesto?

Leo.—¡Oh! sí, ya ha pasado.

D. Tim.—Ya vuelve á reír.

D. Juan.—¿Y por qué leer libros

Que dan á usted pena?

Leo.—Amigo, sin ellos

No puedo vivir.

El siglo en que estamos

Carece de encantos:

Pasiones comunes

Miramos no más:

¡Mil veces felices

Los seres dichosos.

Que vieron el mundo

Mil años atrás!

Entonces, entonces

Un buen caballero,

¡Jiraba su dicha

Tan sólo en amar:

La voz de una amada

Mandaba en su vida,

Sabiendo por ella

La muerte arrostrar.

Diez años ó veinte

Pasaban sin verse,

Y no se entibiaba

Por eso su amor.

D. Carlos.—¡Terrible constancia!

Leo.—¿No se halla en el día!

D. Carlos.—¿Dos meses? que pase...

• Leo.—¿Dos meses? ¡qué horror!

No, yo no quiero

La vida presente;

¡Helada existencia!

¡Funesto vivir!

Yo encuentro en mis libros

Un mundo más bello.

¡Oh, Werter! yo debo  
Contigo morir!

D. Tim.—¿Morir? ¡San Francisco!  
¡Qué dices, muchacha!  
¿Y á un padre que te ama  
Quisieras dejar?

Leo.—¡Oh, padre! bajemos  
Los dos á la tumba!

D. Carlos.—¡Bien dicho!

D. Tim.— ¡Mal dicho!  
No quiero bajar.

Es cierto que á veces  
Amarga la vida;  
Mas siempre la muerte,  
Es mucho peor.

Leo.—¡Ah! no, no, la tumba,  
La tumba es el puerto,  
El puerto seguro  
Do acaba el dolor.

D. Tim.—¡Muy bien! será puerto,  
Será lo que quieras;  
Mas yo estoy contento  
Del mundo en la mar.

D. Carlos.—Amigo, en Europa  
No se anda con esas;  
Allí cuando alguno  
Se quiere matar,  
Toma un "pistolet."  
Lo carga, y al punto  
Del pícaro mundo  
Se va "sans facon."  
¡Oh! no hay como Francia,

Se vive contento,  
Contento se muere!

Leo.—¡Dichosa nación!  
D. Tim.—Muy buena es la moda;  
Yo tengo mal gusto;  
¿Y usted, Don Carlitos?

D. Carlos.—¡Oh! yo por mi fe,  
Os juro que sólo  
En ésta no he entrado.

D. Juan.—¿De veras? (Riendo).

D. Carlos.— Te digo  
Que no me maté.  
No hablemos más de esto;  
De amores, de gozo,  
En día tan bello  
Debemos hablar.

María.— (Dentro.)  
Muchacha, mis flores.

D. Carlos.— (Cantando.)  
"Cual voce io sento  
De goia é di espeme  
Mio sen palpar."

D. Tim.— (Ap'audiendo)  
Muy bien, Don Carlitos.

D. Juan.—De risa me muero.

Leo.—Dichosos ustedes  
Que pueden reir.

D. Tim.— (A Leonor)  
Aléntate, vamos.

Leo.—No puedo, no puedo:  
Mis nervios padecen,  
Me siento morir.

D. Tim.—Pues ve con Juanito:  
El aire del campo  
Te hará bien: Juanito,  
Llévala al jardín.

D. Juan.—(Presentando el brazo á Leonor)  
Iremos.

D. Tim.— Despacio.

D. Juan.— (Aparte).

¡El cielo me ampare!

Leo.—Adiós, padre amado.

D. Tim.—Adiós, serafín.

Leo.—Adiós, Don Carlitos.

D. Carlos.—(A D. Juan á tiempo de ir an-  
dando; aparte.)

Adio, cara. Aprieta,

Al uso de Francia.

Con mucho calor.

D. Juan.— (Aparte á Carlos.)

Si llora por Werter.

D. Carlos.—Si Werter ha muerto.

Aprieta, te digo.

D. Tim.—¡Qué amable candor!

ESCENA VI.

DON TIMOTEO, DON CARLOS.

D. Tim.—¿Ha visto usted en su vida,  
Una joven más sensible?  
Vaya, vaya, no es posible;  
Es muy tierna mi Leonor.

D. Carlos.—¡Es verdad, á fe de Carlos!  
Es la más tierna belleza:  
¡No respira, qué pureza!  
¡No son sus ojos, qué amor!  
¿Usted no ha estado en París?

D. Tim.—No, señor.

D. Carlos.— Mucho lo siento:

Allí sí que es un portento...

¡Oh, la preciosa ciudad!

Allí no hay una mujer

Que sea helada ni egoísta;

Hasta una triste modista

Tiene sensibilidad.

¡Todo es amor en París!

¡Cómo se infalma el deseo!

Hasta usted, Don Timoteo,

Fuera víctima de amor.

D. Tim.—Vaya, vaya, yo me río;

¿Amores yo, y á mi edad?

D. Carlos.—Pues es la pura verdad.

D. Tim.—¿Cierto?

D. Carlos.— Palabra de honor.

D. Tim.—Pero ya ve usted mis canas....

D. Carlos.—¡Bueno! valiente friolera!

Esas las quita cualquiera

Aun aquí que es buen decir.

D. Tim.—¿Y mis arrugas?

D. Carlos.— También.

Las quitan allí al momento.

D. Tim.—Será por encantamiento.

D. Carlos.—No, señor.

D. Tim.— Quiero reir...

¿Con que es decir que en París  
Entra un achacoso anciano  
Y sale un mozo lozano

Lleno de gracia?

D. Carlos.— Cabal.

D. Tim.—Pues, amigo, digo á usted,  
Que ha llegado á mucho el arte.

D. Carlos.—No hay en el cuerpo una parte  
Que no suplan muy igual.

¿Le falta á usted una pierna,  
Un brazo, un ojo, una mano?...  
Pues va usted á un artesano,  
Y en un par de horas ya está.

D. Tim.—¿Y las rugas?

D. Carlos.— Un licor  
Hace rejuvenecer.

D. Tim.—¿Hay qué gozo! ¡qué placer!  
Pues, señor, me voy allá.

D. Carlos.—¡Bravo! un hombre como us-  
(ted,

Que tiene tanto dinero,  
Es un tonto, un majadero,  
Si no hace un viaje.

D. Tim.— Es verdad;  
Pero á la mar tengo miedo.

D. Carlos.—¡Tontera! ¿Ve usted aquí  
Cómo ando yo? pues allí  
Hay mayor seguridad.

(Aparte.)

(Ojalá caiga este tonto,  
A ver si me voy con él  
Y hago un brillante papel).

D. Tim.—Me voy animando á ir.

D. Carlos.—Bien hecho, amigo, bien he-  
(cho;

Pasará usted buena vida.

(Aparte.)

(Para que al fin se decida,  
Voy á charlar y mentir.)  
Verá usted, Don Timoteo,  
Qué calles tan espaciosas,  
Todos los pisos de losas  
De mármol.

D. Tim.— ¡Cuánto primor!

D. Carlos.—Hay algunas que tendrán  
Cuatro leguas.

D. Tim.— ¡Qué! ¿las losas?

D. Carlos.—No, las calles. ¡Y qué hermo-  
(sas!

En las casas, ¡qué esplendor!  
Las hay de mármol, de bronce,  
De esmalte, y aun de marfil,  
Grabadas por un buril  
Que parece celestial!

Teatros hay en que sin duda  
Podrán caber dos millones.

D. Tim.—¡Santo Dios! y qué pulmones  
De los cómicos!

D. Carlos.— No tal,  
Que cualquiera voz se escucha  
Por todos perfectamente.

D. Tim.—¿Y cómo?

D. Carlos.— Muy fácilmente,  
Por medio de un tornavez.

D. Tim.—¿Y para ver de tan lejos  
Será preciso un antejojo?

D. Carlos.—No, señor, que cualquier ojo  
Ve sin él.

D. Tim.— ¡Válgame Dios!  
¿Y cómo?

D. Carlos.—Hay ciertos espejos...  
Puestos de cierta manera,  
Que... pues... así... no fuera  
Fácil una explicación:  
Todo es por máquina, todo.

D. Tim.—¿Qué malditos extranjeros!  
Si creyera en hechiceros,  
Dijera que ellos lo son.

D. Carlos.— (Aparte.)  
A fe mía no encontraba  
Cómo salir del apuro.

(Alto.)

Amigo, yo os aseguro  
Que hay muchísimo que ver:  
Allí dinero es el todo:  
Lleve usted el suyo allá,  
Y le digo que tendrá  
Una vida de placer.

D. Tim.—Mire usted, cómo Juanito  
Nada de esto me contaba.

D. Carlos.— (Aparte.)  
¡Cielos! ya no me acordaba:  
Juan me puede desmentir!!

D. Tim.—Pues, señor, estoy resuelto,  
Me voy á Francia, me voy.

D. Carlos.—Si útil de algún modo soy...

D. Tim.—Si usted también ha de ir.

D. Carlos.—Pues en mí encontrará usted  
Un "cicerone."

D. Tim.— ¿Qué?

D. Carlos.— Un guía.

D. Tim.—¡Ay, qué gusto! ¡qué alegría!  
Rabiando estoy por marchar.

D. Carlos.— (Aparte.)  
Ya cayó en la ratonera.

D. Tim.—¡Oh! muy presto nos iremos.

D. Carlos.—¿Y cuándo?

D. Tim.— Ya, ya veremos,  
Yo podré necesitar  
Para arreglar mis asuntos...  
¡Oh! muy poco, muy poquito....  
Veinte años.

D. Carlos.— (Aparte.)  
¡Viejo maldito  
¡Si los pensará vivir!

D. Tim.—Sí; para este tiempo creo  
Que estaré desocupado.

D. Carlos.— (Aparte.)  
Pues, señor, bien he quedado  
Después de tanto mentir.  
(Se oye cantar dentro á Mariquita.)

D. Tim.—Ya viene allí Mariquita:  
¿Oye usted? siempre cantando,  
Nunca la he visto llorando;  
Tiene un bello corazón.  
Dejo á usted quien le acompañe,  
Yo me voy con D. Antonio.

(Se va.)

D. Carlos.—“Bien, tres bien.” ¡Anda al  
(demonio!

¡Qué viejo tan socarrón!  
Me divertiré un momento  
Con esta preciosa loca:  
Yo pensé viajar de coca,  
¡Ay, qué chasco tan fatal!  
¡Vaya, si tengo razón!  
Nada hay en México bueno;  
He aquí un viejo de oro lleno;  
Pero el más grande animal.

ESCENA VII.

DON CARLOS, MARIA.

(Sale ésta cantando, sin ver á Don Carlos,  
y va derecha á un tocador que habrá al  
frente, á componerse el peinado. )

María.—Vamos, vamos, no estoy mal,  
Este rizo me va bien;  
¡Oh! yo tengo cierta sal...  
Una cara angelical:  
¿Y quién me resiste, quién?  
“Sí, Mariquita es muy bella.”  
Dirán muchos elegantes  
“Parece luciente estrella,  
¡Que! si no hay otra como ella.”  
Hoy tendré muchos amantes,  
Hasta seis puedo ajustar,

Sin contar con los ausentes;  
Es número regular:  
¡Qué placer es conquistar!  
¡Pobrecillos inocentes!  
Veamos si puedo traer  
Sus nombres á la memoria...  
(Se voltea, y al ver á D. Carlos, queda co-  
mo avergonzada.)

¡Ay, Dios!

D. Carlos.— ¿Y no ha de haber  
Una plaza que obtener  
En esa tan larga historia?

María.—¡Ah! ¿que estaba usted aquí?

D. Carlos.—Contemplando esa hermosura

María.—¿Y me ha escuchado usted?

D. Carlos.— Si,  
Mas no tema usted de mí,  
Encantadora criatura.

María.—¡Oh! yo hablaba necedades:  
Cosas que en verdad no siento.

D. Carlos.—Pero hablaba usted verdades.

María.—No, D. Carlos, vaciedades,  
De que después me arrepiento.

D. Carlos.—No, no; yo puedo jurar,  
Por mi propio corazón,

Que no puedo adivinar  
Cómo es posible encontrar

Tal gracia en esta nación,  
Casi, casi voy amando

A este mísero país:  
Estoy á usted contemplando,  
Y en ese rostro mirando

Un destello de Paris.  
Dejadme, ninfa del Sena,  
Contemplar tanta beldad,  
Esa frente tan serena.  
Que brilla cual luna llena  
De apacible claridad.

"Radiante," encantadora,  
De gracia y beldad modelo,  
¿Quién te mira y no te adora?  
¿Eres Venus, ó eres Flora;  
O más bien ángel del cielo?

María.—Soy sólo una mexicana.

D. Carlos.—¡Imposible! ¡No es verdad!  
Eres francesa, italiana,  
O siquiera de la Habana;  
Pero no de esta ciudad.

María.—Pues...

D. Carlos.— No me hables castellano,  
Destruyendo la ilusión;  
Ese rostro soberano  
No puede ser mexicano,  
Lo dice mi corazón.

María.— (Enfadada.)

Buen modo de enamorarse,  
¡Despreciar mi patria así!

D. Carlos.— (Sumiso.)

Dígnese usted perdonar;  
¡Es tan difícil hallar  
Una cosa buena aquí!

María.—Pues abierto está el camino,  
¡Qué pesado y qué tenaz!  
Llene usted su alto destino;

Vuelva usted por donde vino;  
Déjenos usted en paz;  
Si usted no está bien hallado  
En el suelo en que nació,  
Vaya usted al otro lado,  
Que un galán almibarado,  
No es mucha pérdida, no.  
¿Conque quiere usted decir  
Que aquí no hay una hermosura?  
¿Y esto se puede sufrir?

D. Carlos.—Mas dígnese usted oír...

María.—¡Pues alabo la finura!  
¿Y allá aprendió usted á ser  
Tan galán? (Ríe) risa me da.

D. Carlos.— (Aparte.)

¡Oh! ¡qué maldita mujer!  
Todo se ha echado á perder;  
Mas todo se compondrá.

Vamos, vamos, señorita, (Alto.)

He cometido un error;  
Mas una joven bonita  
Perdona; sí, Mariquita,  
Calme usted ese furor.

¿Con quién comprar es dado  
Esa gracia, esa belleza,

Ese pie tan delicado,  
Ese talle torneado,  
Esa divina cabeza?

(Durante este diálogo, se va calmando Mariquita hasta el grado de sonreírse, arrojándose al espejo.)

María.—¡Oh! pues hoy estoy muy mal,  
Lo juro á fe de María.

D. Carlos.— (Animado)

Está usted... angelical,  
Adorable amiga mía.

María.— (En el espejo.)

Mas ¿no ve usted? esta flor  
Está muy mal, ¡qué desgracia!

D. Carlos.—Mariquita, es un error ;

Si la prendiera el amor,  
No tuviera tanta gracia.  
¡Y ese rizo tan hermoso!...

María.—El rizo está pasadero...

D. Carlos.—¡Oh! muy bello, muy gracioso,  
(so,

Todo, todo es delicioso.

María.—El maldito zapatero  
Nunca me sabe calzar:

(Mostrando los pies.)

Aquí caben mis dos pies;  
Si casi no puedo andar,  
¡Oh! y usted se va á admirar:  
El zapatero es francés!

D. Carlos.—¡Vaya! hermosa Mariquita,

No recuerde usted mi error,  
Que el corazón me palpita;  
Esa boca tan bonita  
Hable sólo del amor.

María.—Pero si no soy francesa.

D. Carlos.—Pero es usted mexicana.

María.—Es decir, tonta

D. Carlos.— ¡Traviesa!

¡Si ya digo que me pesa!  
Es usted muy inhumana.

María.— (Al espejo.)

¡Oh, qué traje tan mal hecho!  
Me hace desairado el talle.

D. Carlos.—No tal: está muy bien hecho.

Palpitará más de un pecho  
Al ver su elegancia.

María.— ¡Calle!

¿Con que más allá del mar,  
Según lo que estoy oyendo,  
Aprendió usted á adular?

D. Carlos.—No; pero es fuerza admirar

Prodigio tan estupendo;  
¿Cree usted que es adulación?

Consulte usted á su espejo,

Verá que tengo razón:

Sólo por moderación

Otras alabanzas dejo.

Vaya, brillante hermosura,

Pues hemos hecho la paz,

Colme usted ya mi ventura,

Oiga de esa boca pura

Un "sí."

María.— ¡Y es usted tenaz!

D. Carlos.—¿Quiere usted que no lo sea,

Cuando su rostro he mirado?

¡Ojalá fuera usted fea!

María.—¡Gracias! ¿habrá quien lo crea? ®

D. Carlos.—Yo estuviera sosegado,

Peró su rostro divino,

Esos ojos brilladores,

(Tomándole una mano.)

¡Ay! este cutis tan fino

Han fijado mi destino,  
Y muriendo estoy de amores.  
(Postrándose.)

Míreme usted á sus pies,  
Alivie usted mi dolor.

María. (Riendo.)

¡Bravo! ¡gracioso francés!

¿A una mexicana?

D. Carlos.— Es

El ídolo de mi amor;  
Deme usted por Dios el "sí,"  
O de pena moriré:  
Míre usted, no estoy en mí,  
Es fuerza morir aquí.

María.—Amigo... lo pensaré.

D. Carlos.—Oh, qué respuesta tan fría  
Para un pecho tan ardiente!  
Por Dios, amable María,  
Vuélvale usted su alegría  
A este corazón doliente.

María.—Pero si no puede ser,  
Si está la plaza ocupada.

D. Carlos.—Un lugarcito ha de haber:  
¿Me verá usted padecer  
Sin piedad? joven amada,  
El séptimo seré yo  
De la lista solamente.

María.—No.

D. Carlos.— Pues el octavo.

María.— No.

D. Carlos.—¿Ya el número se llenó?  
Pues hágame usted suplente.

María.— (Queriéndose levantar)  
¿No me quiere usted dejar?

Clara.— (Dentro.)  
Blasa.

D. Carlos.— Perdí la ocasión;  
Pero mientras vuelvo á hallar,  
Esta prenda he de tomar,  
Que alivie mi corazón.  
(Quita á María un anillo de brillantes  
del dedo.)

### ESCENA VIII

Dichos, CLARITA.

Clara.—Don Carlitos, buenos días:  
¿Sabe usted algo de nuevo?  
¿Qué noticias corren hoy?  
¿Se ha ocupado el ministerio?  
¿Esa "pauta de comisos"  
Se aprobó ya?

D. Carlos.— Nunca leo  
Periódicos mexicanos.

Clara.—Pues, amigo, muy mal hecho,  
Que todo buen ciudadano,  
Debiera casi saberlos  
De memoria: ¡venturosos  
Fueran entonces los pueblos!  
La imprenta, la imprenta sola  
Es el ancla en que tenemos  
Fundadas las esperanzas  
De ilustración.

D. Carlos.— Por supuesto.

Clara.—Pensaba yo redactar  
Un periódico.

D. Carlos.— ¡Muy bueno!

Y el artículo de modas  
Desempeñarlo prometo.

Clara.—¿Qué modas, amigo mío?

Si justamente pretendo

Criticar eso: si rabio

De ver nuestros diarios llenos

De vaciedades: ocupan

Una columnita, ó menos,

En el asunto importante,

Y lo demás en dicitivos,

En insultos insufribles,

En avisos, y algún verso

Tan helado como inútil.

No, señor, no es ese el medio

De ilustrar á los mortales:

Si copian, copien al menos

A Juan, Jacobo, á Segur,

A Vattel, á algunos de estos

Cuyas magníficas plumas

Han escrito tanto bueno.

Esto sirviera de mucho,

O proponer al congreso

Alguna ley importante,

O hablar algo sobre fueros,

O los códigos antiguos

Arreglar, como el "Digesto."

D. Carlos.—Me indigesta esa palabra.

Clara.—Pues, amigo, muy mal hecho,

Es un cuerpo muy antiguo.

D. Carlos.—Que lo lleven al Museo.

Clara.—"Sed fugit interea, fugit"  
"Irreparabile tempo."

D. Carlos.—¡Bravo! ¡bravo! Doña Clara  
(Conteniendo la risa)

¿Parla usted latin?

Clara.— Lo leo

Regularmente, y me agradan

Los clásicos. ¡Qué momentos

Paso leyendo á Virgilio,

A Cicerón, al modelo

De la elocuencia romana!

Vea usted qué trozo tan bello:

"Quosque tandem abutere,

Catilina,"....

D. Carlos.— (Aparte, riendo.)

¡Yo reviento!

Clara.—Patientia nostra?"

D. Carlos.— (Con ironía.)

¡Qué hermoso!

Clara.—Diga usted ¿en los modernos

Habrá una cosa tan grande?...

Mas nada como aquel verso

De Ovidio: "Cum subsicit illius"...

Vaya, vaya, me enageno.

D. Carlos.—Usted, hermosa Clarita,

Puede ocupar un asiento

En la cámara.

Clara.— Mil gracias;

Algo hiciera de provecho:

No estuviera como algunos,

No más calentando el puesto.  
Yo no sé por qué injusticia  
Se ha quitado á nuestro sexo  
Un derecho tan sagrado  
Como legislar. Yo creo  
Que lo hiciéramos mejor  
Que muchos hombres; y luego  
No encuentro razón alguna  
Para no tener empleos  
En otros ramos.

D. Carlos.— ¡Bien dicho!

Clara.— Como si sólo el talento  
Fuera exclusivo en el hombre.

D. Carlos.— Lo que es falso, porque vemos  
En usted, que bien podía  
Ocupar un ministerio.

Clara.— Yo no lo digo por mí....  
Soy aficionada, cierto;  
Pero nada más.

C. Carlos.— ¡Caramba!  
Si estoy "enchanté!"

María.— (María, que se ha estado viendo  
al espejo, entra en conversación.)

Yo pienso  
En mis flores, en mis trajes,  
Y estoy contenta con eso.  
Yo no he de estar más bonita  
Porque mande Juan ó Pedro:  
Todo es lo mismo.

Clara.— ¿Lo mismo?  
¡Jesús! ¡qué poco talento!  
No digas eso, María;

¿Qué no sientes en tu pecho  
El amor patrio? "Amor patriae"  
Como dijo.... no me acuerdo  
Quién lo dijo.

D. Carlos.— Pero alguno  
Lo dijo.

María.— Sí, por supuesto.

### ESCENA IX.

Dichos, DON TIMOTEO, DON ANTONIO.

D. Tim.— (Con un periódico en la mano.)  
¡Albricias, hijas, albricias!  
En esta noche tenemos  
Comedia nueva.

D. Carlos.— ¿Es de Scribe?

D. Tim.— No, señor.

D. Carlos.— ¿O de Hugo?

D. Tim.— Menos.

D. Carlos.— ¿Es un Vodevil?

D. Tim.— Tampoco:

No, señor, no es nada de eso:

Es obra de un mexicano.

D. Carlos.— Puff... ¡Qué peste!

D. Ant.— (A D. Carlos.)

¿Qué tenemos,  
Que hace usted tan mala cara?

D. Carlos.— ¿Por un mexicano? cierto  
Que será un mamarrachón.

D. Ant.— ¿Por qué ha de ser, caballero?  
¿Un mexicano no es hombre

Capaz de escribir en verso  
Como cualquiera?

D. Carlos. ¡Oh! les falta  
Todavía mucho tiempo  
Para saber discurrir.

D. Ant.—Gracias, por el cumplimento.  
¿Y usted qué es?

D. Carlos.— ¿Yo? por desgracia  
Soy mexicano, y lo siento,  
Vergüenza me da decirlo,  
Porque todo en este suelo  
Está atrasado.

D. Ant.— Sin duda:  
Y la mejor prueba de eso  
Es que sufrimos, Don Carlos,  
Muchos tontos, que debemos  
Arrojar por los balcones.

D. Carlos.—Hay muchos.

D. Ant.— Sí; por ejemplo  
Usted.

D. Carlos.— ¡Cómo! poco á poco:  
Explíquese usted.

D. Ant.— Pues creo  
Que hablo bien claro.

D. Carlos. ¡Caramba!  
¿Sabe usted que no me dejo  
Insultar? Yo "ciño espada  
Y aliento coraje."

D. Ant.— ¡Bueno!

D. Carlos.—O el florete, ó la pistola.

D. Tim.—Vaya, señores, ¿qué es eso?  
Dejen ustedes por hoy

Las cuestiones.

D. Ant.— Si no puedo  
Reprimirme; no es posible.  
Que hable mal un extranjero  
De algún país, es muy malo,  
Pero, señor, á lo menos  
Si á la política falta,  
No falta al deber más bello  
De un hombre, que es procurar  
La fama, el nombre, el concepto  
De su patria: yo me voy.

D. Tim.—No, señor.

Clara.— No.

María.— No.

D. Tim.— Dejemos  
Estas cosas, Don Antonio.

Clara.—Sí, yo también se lo ruego  
A usted, y después acaso  
Tratarán ustedes eso  
Con calma.

D. Carlos.— Sí, sí, con calma,  
"Parole d'honneur," lo prometo.

ESCENA X.

Dichos, DON JUAN, LEONOR. ®

D. Juan.— (Aparte.)  
¡Vaya! que por fin respiro.

D. Carlos.—Oh, Juanito, ¿aquí estás ya?  
Leonorcita, ¿cómo va?

Leo.—Me siento mucho mejor.

Capaz de escribir en verso  
Como cualquiera?

D. Carlos. ¡Oh! les falta  
Todavía mucho tiempo  
Para saber discurrir.

D. Ant.—Gracias, por el cumplimento.  
¿Y usted qué es?

D. Carlos.— ¿Yo? por desgracia  
Soy mexicano, y lo siento,  
Vergüenza me da decirlo,  
Porque todo en este suelo  
Está atrasado.

D. Ant.— Sin duda:  
Y la mejor prueba de eso  
Es que sufrimos, Don Carlos,  
Muchos tontos, que debemos  
Arrojar por los balcones.

D. Carlos.—Hay muchos.

D. Ant.— Sí; por ejemplo  
Usted.

D. Carlos.— ¡Cómo! poco á poco:  
Explíquese usted.

D. Ant.— Pues creo  
Que hablo bien claro.

D. Carlos. ¡Caramba!  
¿Sabe usted que no me dejo  
Insultar? Yo "ciño espada  
Y aliento coraje."

D. Ant.— ¡Bueno!

D. Carlos.—O el florete, ó la pistola.

D. Tim.—Vaya, señores, ¿qué es eso?  
Dejen ustedes por hoy

Las cuestiones.

D. Ant.— Si no puedo  
Reprimirme; no es posible.  
Que hable mal un extranjero  
De algún país, es muy malo,  
Pero, señor, á lo menos  
Si á la política falta,  
No falta al deber más bello  
De un hombre, que es procurar  
La fama, el nombre, el concepto  
De su patria: yo me voy.

D. Tim.—No, señor.

Clara.— No.

María.— No.

D. Tim.— Dejemos  
Estas cosas, Don Antonio.

Clara.—Sí, yo también se lo ruego  
A usted, y después acaso  
Tratarán ustedes eso  
Con calma.

D. Carlos.— Sí, sí, con calma,  
"Parole d'honneur," lo prometo.

ESCENA X.

Dichos, DON JUAN, LEONOR. ®

D. Juan.— (Aparte.)  
¡Vaya! que por fin respiro.

D. Carlos.—Oh, Juanito, ¿aquí estás ya?  
Leonorcita, ¿cómo va?

Leo.—Me siento mucho mejor.

D. Tim.—Si digo que hace bien  
El aire libre.

D. Carlos.— Es verdad:  
No hay como la variedad  
Con un poquito de amor.  
El semblante está más bello,  
Más vivo, más despejado.

D. Ant.— (A Leonor.)  
¡Oh! con que usted se ha enfermado,  
¿Y de qué?

Leo.— Del corazón.  
María.— Nunca padezco ese mal:  
Cuando más de la cabeza.

D. Carlos.— Es verdad: no, de tristeza  
No morirá usted.

María.— Burlón.

D. Ant.— (A Clara que se ha ido á sentar  
á leer.)

¿Y usted, qué lee, Doña Clara?

Clara.— Una sesión importante.

D. Ant.— Muy bien, muy bien: adelante,  
Yo no quiero interrumpir.

(Pues todos en esta casa

Debieran ponerse en cura.

Cada uno con su locura,

Me da gana de reir.)

Leo.— (A D. Juan.)

Amigo, ¿está usted cansado?

D. Juan.— Un poquito, amiga mía.

Leo.— ¿Tiene usted melancolía?

Es usted de poco hablar.

D. Juan.— Sí, Leonor, yo soy así,

Casi siempre estoy callado;  
Si hablo mucho, creo que enfado.

Leo.— ¡Oh! no.

D. Juan.— Más vale callar.

D. Tim.— (Aparte á Don Antonio.)

¿Y qué, no le da á usted gusto

Contemplar cuadro tan bello?

Todos están bien; en ello

Tengo gran satisfacción;

Es mi vejez venturosa:

Tres hijas, á cual más bella:

¡Si cada una es una estrella!

D. Ant.— (Con ironía.)

Tiene usted mucha razón.

D. Tim.— (A Leonor.)

¿En qué piensas, hija mía?

Leo.— (Después de un rato.)

¡Ah! ¿me hablaba usted? En nada:

Tengo la vista clavada

Sin mirar.

D. Tim.— (A Don Antonio.)

Esto ha de ser,

Según la experiencia mía,

Que los dos están celosos:

Pronto serán venturosos.

(A ellos.)

Vamos, hijos....

## ESCENA XI

Dichos, Da. SERAPIA.

Da. Ser.— A comer;

Ya la sopa está en la mesa.

D. Carlos.—; Pues que viva la alegría

Da. Ser.— (A D. Antonio)

Pasará usted un mal día.

D. Ant.—Pero con satisfacción.

Da. Ser.—; Eso siempre! Me parece

Que estoy en mis tiempos ahora.

D. Carlos.—; Viva la buena señora!

D. Tim.—Vamos, como procesión,

Usted, señor Don Antonio,

Dé á mi Clarita la mano:

(A Leonor.)

Tú á Don Juan;—si yo me afo

Por darte el mejor lugar.

Usted, señor Don Carlitos,

A mi preciosa María:

(A Doña Serapia.)

Y yo á tí, paloma mía,

Hoy te debo cortejar.

(Todos se van dando á sus compañeras el  
brazo, como lo indica el diálogo.)

Da. Ser.— (A D. Timoteo.)

¿Te acuerdas de los picitos?

D. Tim.— (Riendo.)

Bien me acuerdo: estás hermosa;

Si pareces una rosa

Da. Ser.—Y tú un lirio, picarón.

D. Carlos.—“Andiamo, andiamo.”

D. Tim.— A comer.

D. Carlos.— (Aparte al salir.)

No me gusta el Don Antonio,

Tiene cara de demonio!

Todos.— (Haciendo carabana.)

Vamos.

D. Carlos.— Vamos, “sans facon!”



## ACTO SEGUNDO.

Sala como en el primer acto.

ESCENA I

DON CARLOS.

Vaya, vaya, nunca vi  
Un convite más gracioso:  
Cierto que ha estado chistoso:  
¡Oh, qué bien me divertí!  
Cada loco con su tema:  
Con sus chuscadas María;  
Clara, la sabiduría,  
Y mi suegra con su flema,  
¿Mas la heroína de amor?  
¡Eso es lo mejor del cuento!  
Casi de risa reviento:  
—¿Toma usted de esto, Leonor?  
—No, Carlitos, me hace mal.  
—¿Pues de esto otro?—Nada, nada;

Está mi alma circundada  
De una tristeza mortal.  
Haciéndose desdenosa;  
Y tal vez en la cocina  
Se ha soplado una gallina.  
Pero nadie más graciosa  
Que la vieja. ¡Qué tontera!  
¡Qué barbarie! Qué idiotismo!  
Si no la oyera yo mismo,  
Juro que no lo creyera.  
¡Y Juanito? Hecho un patán;  
Por nada pierde su calma:  
¡Ay qué Juan, si tiene una alma,  
Una alma, como de Juan!  
En fin, he pasado un día,  
Si no bello, como en Francia,  
Comiendo con abundancia,  
Y charlando con María.  
Bella Mariquita, yo  
Para adorarte nací;  
Y me quedaré sin tí,

(Viendo el anillo.)

Mas sin la sortija, no.  
¡Oh prenda del amor mío!  
En prueba de mi respeto,  
Guardarte bien te prometo...  
Mañana en el Monte-Pío.  
¡Ay! ¿Quién te resiste, quién?

## ESCENA II.

DON CARLOS, DON JUAN, que ha entrado  
algún tiempo antes, y ha oído los últimos versos.

- D. Juan.—Pues estará agradecida  
Si te escucha, tu querida:  
¡Bravo Carlitos! ¡Muy bien!  
Aprecias mucho el valor  
De las prendas que te dan.
- D. Carlos.—Yo sé aprovecharme, Juan,  
De los dones del amor;  
Y te aseguro á fe mía,  
Que si así no hubiera sido,  
Con tantas que he recibido,  
Pareciera mercería.
- D. Juan.—¿Y no se puede saber  
El objeto de tu amor?
- D. Carlos.—¡Es una perla, una flor!  
¡La más hermosa mujer!  
Cierto que es un poco dura,  
Algo altiva y desdenosa;  
Pero, vaya, es una rosa.  
La reina de la hermosura.
- D. Juan.—¿Pero es mexicana?
- D. Carlos.— Si:  
¿Pues qué pensabas que fuera?
- D. Juan.—Juzgué que alguna extranjera,  
Pues nada te gusta aquí.
- D. Carlos.—Nada me gusta, es verdad,

A excepción de las hermosas,  
Los diamantes y otras cosas.

D. Juan.—Tú tienes mucha bondad.  
¿Pero el nombre de tu bella  
¿Cuál es, por fin?

D. Carlos.— Mariquita:  
¡Ay! mi corazón palpita  
Al nombrarla.

D. Juan.— ¿Con que es ella?  
Y estás muy adelantado?

D. Carlos.—No; no mucho ciertamente,  
Porque apenas soy suplente,  
Pues la lista se ha llenado:  
Siete propietarios son.

D. Juan.—¿Y cuál será mi lugar?

D. Carlos.—No es fácil adivinar.

D. Juan.—¡Ay, qué grande corazón!

D. Carlos.—Un corazón de oficina,  
Donde hay muchos pretendientes,  
Y cesantes, y suplentes;  
¡Vaya una cosa divina!  
Pero tú, por fin, Juanito,  
¿Elegirás á Leonor?

Tiene un rostro encantador:

Tiene un cuerpo muy bonito.

Vamos, dímelo, maldito,

¡No he visto hombre más taimado!

Eres, Juan, muy reservado;

Mas no lo seas conmigo,

Soy tu verdadero amigo,

Y estoy por tí interesado.

Vamos, dí con claridad,

¿A cuál de las tres prefieres?

D. Juan.—A ninguna.

D. Carlos.— ¡Cómo! ¿Quieres  
Ocultarme la verdad?

D. Juan.—Hablo con sinceridad.

D. Carlos.—¿De veras? pues son hermosas  
Y ricas.

D. Juan.— Estas dos cosas,  
Carlos, no son suficientes.

D. Carlos.—¡Qué malditos pretendientes!  
¿Qué buscan en sus esposas?  
Clara es buena.

D. Juan.— Tiene gracia,  
Y un corazón excelente;  
Pero si está eternamente  
Hablando de diplomacia!

D. Carlos.—¿Con que aquesta es su des-  
(gracia?)

D. Juan.—Sí, Carlos, en mi opinión;

Habla de legislación,

De hacienda, de policía.

Ocuparse todo el día,

De Ovido y de Cicerón,

Solamente por pasar

Por erudita; y en fin,

Disparates en latín

A todas horas hablar:

No se puede tolear,

Amigo, en una mujer.

D. Carlos.—¿Con que no puede tener  
Una joven instrucción?

D. Juan.—Sí; pero no esa hinchazón  
Que lo echa todo á perder.

D. Carlos.—¡Muy bien! mas de Mariquita  
La hermosura,....

D. Juan.— Es una flor,

Que el vientecillo menor  
La destruye ó la marchita;  
No basta, no, ser bonita,  
Ser graciosa y elegante,  
Para tener un amante  
Y fijar su corazón;  
Es preciso discreción,  
Y no ser tan inconstante.

La que sólo piensa hacer  
Diariamente una conquista,  
Para tener en su lista  
Un nombre más que poner:  
La que no sabe querer,  
Y pretende ser querida,  
Pronto será conocida,  
Y obtendrá en lugar de amor,  
Desprecio, siendo el dolor  
Patrimonio de su vida;

Aunque sea tan hermosa  
Como el estrellado cielo,  
Un acabado modelo  
De las gracias, una diosa,  
Yo no quiero para esposa  
Una mujer inconstante:

La que no tiene un amante,  
Sino siete y un suplente,  
¿Quién duda que de repente  
Deje al marido cesante?

D. Carlos.—¡Bravo! mas si no te agrada

Por su inconstancia Maria,  
La dulce melancolía  
De Leonor...

D. Juan.— Es demasiada:  
Siempre se encuentra ocupada  
En llorar.

D. Carlos.— ¡Oh! sí, Leonor  
Es un ente de dolor  
Que se alimenta con llanto.

D. Juan.—Si no derramara tanto,  
Fuera sin duda mejor.  
¿De qué me sirve tener  
Una tan llorona esposa,  
Que no piensa en otra cosa  
Que en suspirar y en leer?  
No, Carlos, yo quiero ver  
En mi amable compañera,  
La sonrisa placentera,  
La dulce sinceridad  
Y una sensibilidad  
Moderada y verdadera.

D. Carlos.—Difícil de contentar  
Eres, Juan: ¿mas no es aquella  
Leonor? sí, mira qué bella;  
(Tomando su sombrero)  
Solos os voy á dejar.

D. Juan.— (Deteniéndolo) <sup>®</sup>  
No, no; tengo que acabar  
Cierta negociación, y así  
Con ella te dejo aquí.

D. Carlos.—Eres, Juan, hombre muy frío.

D. Juan.—Tú eres fuego, amigo mío

Enamórala por mí.  
Hasta luego. (Se va.)

## ESCENA III

DON CARLOS.

¡Qué Juan! muestra una calma  
Que no he visto mayor! ¿y quién pudiera  
Al verlo así, pensar que de la Europa  
Acaba de llegar? nada aprovecha  
A ciertas gentes el viajar: en vano  
Gastan en ver el mundo sus pesetas;  
Van como en un baúl, vuelven lo mismo;  
Siempre lo mismo, cuando no más bestias;  
Pero... llega Leonor: jamás he visto  
Más florona hermosura: no, con esta  
Es preciso tomar otro semblante  
Que con la Mariquita: ¡vamos, ea!  
Dejemos un momento la alegría;  
Ya soy otro hombre: la mirada inquieta,  
Semblante melancólico, lenguaje  
Lleno unas veces, de calor y fuerza;  
Otras dulce, extraviado, misterioso;  
Un romántico, en fin, á la moderna,  
Un héroe de Dumas, ó Victor Hugo,  
Un Antony, un Rodolfo... mas ya llega  
Póngome en actitud de quien medita.  
(Se sienta pensativo en un sofá.)

## ESCENA IV

DON CARLOS, LEONOR.

(Sale leyendo Leonor, y se sienta en el mismo sofá en que está Don Carlos, sin verlo. Un rato de pausa.)

D. Carlos.—¡Pues no repara en mí! ¡cómo  
(se entrega

A la ternura!! Si del mismo modo  
Que se ocupa en romances y novelas,  
Se ocupara en leer libros devotos,  
Fuera santa Leonor, hecha y derecha!  
Llamaré su atención con un suspiro.

(Suspira.)

Otro más fuerte. (Vuelve á suspirar.)

Nada, ni por esas. (Alto.)

¡Infelice de mí!

Leo.— (Dejando de leer.)

¡Qué voz! Carlitos,

¿Estaba usted aquí?

D. Carlos.— Sí, Leonor bella;

Pero no he visto á usted.

Leo.— Ni yo tampoco.

Ocupada en mirar las cartas tiernas  
De la sensible Julia, me encontraba  
Muy lejos de este sitio; con qué fuerza  
Saint-Preux, expresa su pasión terrible.  
¿Mas qué milagro es éste? ¿La tristeza

Añije á usted, Carlitos?

D. Carlos.— Sí, señora;

Si, Leonor adorable; mi alma llena

De amargura....

Leo.— ¿Amargura? es muy extraño

En usted ese humor.

D. Carlos.— Los hombres piensan

Que otro es feliz cuando en su labio asoma

La risa; ¡cuál se engañan! si pudieran

Descubrir los horrores, los martirios,

Los atroces tormentos que se encuentran

Bajo un rostro festivo!

Leo.— ¡Desgraciado!

¿Con que padece usted?

D. Carlos.— Horribles penas,

Que procuro ocultar bajo el semblante

De la felicidad.

Leo.— ¿Podré saberlas?

D. Carlos.— ¡No, no; jamás! conmigo á mi

(sepulcro

Bajará mi secreto: ¡allí me espera

La dulce paz, asilo silencioso!

¡Único asilo que mi pecho anhela!

¡Cuándo por fin, bajo tu helada losa

Lograré reposar!

Leo.— ¡Tristes ideas!

Comuníqueme usted sus infortunios:

¿No ha conocido usted cuánto consuela

Confiar nuestros males á un amigo?

D. Carlos.— ¡Mujer encantadora! el alma

(tierna

De usted va á conmoverse y.... ¿mas qué

(digo?

Me arrojará tal vez de su presencia,

Cuando el velo se rompa que me cubre.

Me odiará usted.

Leo.— ¿Por qué? aun cuando fuera

El secreto de usted un negro crimen,

No le odiaré.

D. Carlos.— Pues bien, amiga bella.

Escuche usted mi desgraciada historia;

Penetre usted los males que me cercan.

En el asilo paterno

Pasaba alegre la vida,

¡No respiraba ¡qué gozo!

No probaba ¡qué delicia!

Ilusiones pasajeras

Que duran tan pocos días.

Leo.— Es verdad, vea usted en Julia...

D. Carlos.— ¿Julia, ó "La Nueva Eloisa?"

Leo.— Si, señor; ¡la desdichada

Únicamente veía

En lo futuro placeres!

Mas prosiga usted.

D. Carlos.— ¡Amiga!

¿Por qué no serán eternos

De nuestra infancia tranquila

Los instantes? Pero viene

La juventud, Leonor mía,

Y con ella los tormentos

Del amor; á nuestra vista

Se presenta este tirano

Como un niño, cuya risa

Nos engaña fácilmente;

Pero después su perfidia

Conocemos; es ya tarde,  
 Nuestra calma está perdida!  
 Leo.—¡Perdida; sí, sin remedio!  
 D. Carlos.—Nunca olvidaré aquel día,  
 En que ví por vez primera  
 Una hermosura divina,  
 Un ángel en el semblante,  
 Pero que ocultaba impía  
 Un corazón inhumano.  
 Fué... sí, fué en las Tullerías....  
 Perdí mi alma al mirarla,  
 Y mi penetrante vista  
 Descubrió al fin su morada:  
 Me eché á sus pies, y creía  
 Ser ya dichoso; ¡inhumana!  
 Correspondió á mis caricias  
 Con palabras engañosas:  
 Sí, mi Carlitos, decía,  
 ¡Cómo no amar á un Adónis!  
 (Pues todas, Leonor querida,  
 Me llamaban así en Francia.)  
 ¡Oh mujer, mujer inicua!  
 Mientras á mí me engañaba,  
 Supe que correspondía  
 A otro, y para más vergüenza,  
 Para mayor ignominia,  
 Era mi rival un viejo  
 Setentón, que no tenía  
 Esta pierna, ni este talle.  
 Ni este corazón, querida:  
 Este corazón amante  
 Lleno de honor: la barriga

De mi rival era inmensa,  
 Eran sus piernas torcidas,  
 Apagado el ojo izquierdo:  
 Naríz muy larga y raída:  
 Usaba siempre peluca,  
 Pues ni un cabello tenía.  
 Y lo que es más, ¡oh tormento!  
 ¡Oh colmo de la ignominia!  
 Era un clásico.  
 Leo.— ¡Qué monstruo!  
 ¡Un clásico!  
 D. Carlos.— Ardiendo en ira,  
 Pido una satisfacción  
 A mi gordo antagonista:  
 Salimos al campo; el viejo  
 Conservaba todavía,  
 A pesar de sus achaques,  
 Una fuerza desmedida:  
 El exceso de coraje  
 Me perdió al fin, y una herida  
 En el brazo, de la espada  
 Recibi.  
 Leo.— ¡Suerte enemiga!  
 D. Carlos.—Desesperado, resuelvo  
 Abandonar á la harpia  
 Que fué causa de mis males,  
 Y pasar siempre mi vida  
 Engañando á las mujeres.  
 Enamoré á una modista,  
 Luego á una vieja marquesa,  
 Después á una bailarina...  
 Leo.—¡Qué inconstancia!

D. Carlos.— Si, Leonor,  
 Imaginé que podía  
 Vivir sin amar, ¡en vano!  
 Que los cielos me destinan  
 Otras penas; ¡ay! ¡qué poco  
 Mi corazón conocía!  
 Una beldad, una copia  
 Del cielo... ved cuál palpita  
 Mi corazón: no, no puedo  
 Vivir en esta agonía;  
 Yo me abraso.

Leo.— ¡Desdichado!

D. Carlos.—Pronto acabará mi vida:  
 Pronto á la tumba bajando,  
 Terminarán mis desdichas.

Leo.—¿Pero quién es el objeto  
 De vuestro amor? ¿Quién agita  
 De ese modo vuestro pecho?  
 Decídselo á vuestra amiga.

D. Carlos.—¡Amiga, amiga! ¡oh tormen-  
 (to!

¡Palabra fatal! ¡impía!!  
 ¿Amiga? no. Para siempre  
 Adiós, Leonor! Compasiva  
 Derrame usted una gota  
 De llanto en mi tumba fría.

Leo.—¿Pero no sabré?

D. Carlos.— Señora,  
 Señora, no más exija  
 Usted que yo le descubra  
 Lo que en mi pecho se abriga.  
 ¿Mi ya lánguida constancia

Por qué apurar? yo debía  
 Haber huído por siempre  
 De usted, fatal enemiga  
 De mi reposo: este objeto  
 Que idolatra el alma mía,  
 Éste fuego en que me abraso,  
 Esta llama que me anima,  
 Es usted, sí, Leonor bella.  
 Desde aquel funesto día  
 En que vi esos ojos bellos,  
 Esa boca purpurina,  
 A que presta más encanto  
 Melancólica sonrisa,  
 Huyó mi razón: en vano  
 Ocultarlo á usted quería;  
 ¡Era imposible! al instante  
 Que fijé en usted mi vista,  
 Olvidé mis aventuras,  
 Mi desafío, mi herida,  
 La crueldad de aquella ingrata,  
 La tienda de mi modista,  
 Los dones de mi marquesa,  
 Los pies de mi bailarina:  
 Todo, todo lo he olvidado,  
 Queriendo bajo la risa  
 Ocultar lo que padezco;  
 Pero en vano... siempre fija  
 Aquí esa imagen preciosa....

Leo.—¡Carlos!

D. Carlos.— En mi fantasía  
 Está usted en todas partes:  
 En las calles, en la Vega,

La Alameda, Bucareli,  
En el portal; hasta en misa,  
Me parece que estoy viendo  
Esa mirada divina,  
"Toujours! toujours!"

Leo.— Pero, Carlos...

Usted sin duda delira:  
Yo pensé que usted amaba  
A mi hermana.

D. Carlos.— ¿A Mariquita?

No, Leonor! es muy ligera,  
Es un "papillon" María,  
Esto es, una mariposa;  
Mi corazón necesita  
Sensaciones más profundas.

Leo.—Pero como usted decía  
Hace poco, que dos meses  
Era constancia inaudita...

D. Carlos.—Fué por sólo disímulo.

¿Dos meses? ¡ay! una vida  
Fuera, Leonor, un momento,  
Para amar á usted: amiga,  
Deme usted, deme su mano;  
¿No siente usted cómo batica  
Este corazón?

Leo.— Es cierto.

D. Carlos.— (Arrodillándose)

Una palabra la vida  
Me dará, mi bien amada:  
"Ma bien-aimée, dona mía"...  
¿En qué idioma decir puedo  
Lo que tus ojos me inspiran?

Serás mi Julia, mi Clara,  
Mi Pamela, mi Malvina,  
Mi Andrómaca, mi Zoráida,  
Mi Adelaide, mi Etelvina;  
Y yo seré tu Abelardo,  
Tu Polión, tu Oscar, sería  
Hasta trovador sin duda,  
Si me amaras, ¿tanta dicha  
No gozaré?

Leo.— No, no, Carlos:  
Amo á Juanito.

D. Carlos.— (Levantándose despechado)

¡Ah! maldita,

Maldita mi vida sea!

Leo.—Cálmese usted.

D. Carlos.— Decidida

Está mi suerte: un momento  
De valor se necesita  
Nada más.... Adiós, señora,

(Yéndose)

Adiós; viva usted tranquila.

Leo.— (Deteniéndole.)

Oiga usted (se va á matar  
Como Werter), de rodillas  
Suplico á usted que no atente  
Contra sus preciosos días.

D. Carlos.— ¡Levántate, ángel del cielo!

¿Tú postrada, tú abatida  
A mis plantas? no; tú mandas,  
Haré cuanto tú me pidas;  
Hasta el sacrificio inmenso  
De vivir; pero á otros climas

Marcharé, Leonor, y sólo  
 Por consolarme querría  
 Llevar conmigo una prenda,  
 "Un souvenir."

Leo.— ¡Alma fina!

¡Cuánto engaña la apariencia!  
 ¡Qué mal yo le conocía!  
 Sí, Carlitos, es muy justo:  
 Tal vez esta despedida  
 Será eterna: daré á usted  
 Alguna flor, una cinta,  
 Algún rizo de mi pelo.

D. Carlos.— (Quitándole un anillo.)

Es mejor esta sortija,  
 Que llevándola en mi dedo  
 La tendré siempre á la vista.  
 Sí, Leonor, hasta la tumba  
 Me acompañará. (Mirando el anillo)  
 (¡Qué rica!)

Partiré, sí, estoy resuelto,  
 Dentro de muy pocos días.....

(Ruido dentro.)

¡Pero qué voces? se acercan  
 Los demás de la familia:  
 Es fuerza tranquilizarme;  
 Vuelvo pronto. Adiós, amiga.  
 (No es un comercio tan malo,  
 Dar suspiros por sortijas.)

ESCENA V

LEONOR

Pobre muchacho, me da  
 Su tormento compasión:  
 Mi sensible corazón  
 Se iba conmoviendo ya;  
 Pero es fuerza ser constante:  
 ¡Qué se dijera de mí  
 Si cambiar pudiese así  
 De objetos en un instante?  
 Se contenta el pobrecillo,  
 Ya que no tiene mi amor,  
 Con engañar su dolor,  
 Llevando sólo un anillo:  
 Haga el cielo venturoso  
 Su corazón, entre tanto:  
 Por él verteré algún llanto;  
 Mas no turbe mi reposo.

ESCENA VI

LEONOR, CLARA, MARIQUITA.

Clara.—Te lo repito, María,  
 También debe la mujer  
 La política entender,  
 Y las cuestiones del día:

¿Por qué tan sólo el varón  
 A esto se ha de dedicar?  
 Yo puedo muy bien entrar  
 En cualquiera discusión;  
 Gracias á Dios, he podido  
 Los publicistas mejores  
 Entender, y no hay autores  
 Graves que no haya leído.  
 Horacio, el gran Cicerón,  
 Ovidio, Petrarca, Tasso,  
 Cervantes, y Garcilaso,  
 Mariana, Solís, Buffon,  
 Comedias de Moratin,  
 Burlamaqui, Pedralieri,  
 De Pradt, Humboldt, Filangieri.  
 María.—Por Dios que ya pongas fin  
 A esa lista interminable:  
 ¿Es preciso acaso leer  
 Tantos libros, para ser  
 Una joven apreciable?  
 Tú con todos tus autores  
 No tendrás un solo amante;  
 Yo le conquisto al instante  
 Con mis rizos y mis flores:  
 Por las estampas no más,  
 El "No me olvides" compré:  
 De mirarlas me cansé;  
 No le he vuelto á ver jamás.  
 ¡Cantar, bailar y reir,  
 Debe sólo la mujer:  
 Esto se llama placer,  
 Y lo demás es morir.  
 Clara.—¿Qué sistema tan fatal!

Peró ha de llegar un día,  
 En que conozcas, María,  
 Que has hecho en esto muy mal:  
 Pensarás con madurez  
 En teniendo cierta edad.  
 María.—Goce de mi mocedad  
 Mientras llega la vejez:  
 Entonces podré pensar  
 En lo que tú me aconsejas,  
 O como otras muchas viejas,  
 Me ocuparé en murmurar.  
 Pero por hoy todavía  
 Sólo pienso en el paseo,  
 Los bailes, el coliseo.  
 Leo.—¿Cuán feliz eres, María!  
 Nunca te he visto llorar,  
 No conoces el dolor.  
 María.—¿Por qué afligirme, Leonor?  
 Leo.—¿Quién te pudiera imitar!  
 Clara.—¿Y tú qué ganas con leer  
 Cosas que te afligen tanto?  
 Leo.—Hallo en el dolor encanto,  
 Hallo en el llanto placer.  
 Clara.—A cual más incorregible;  
 Predicar en vano fuera:  
 Una en extremo ligera,  
 Otra en extremo sensible.  
 (Toma un libro.)  
 Mi lectura seguiré:  
 ¡Oh, qué tesoro es la historia!  
 Leo.— (Toma un libro.)  
 Julia, vuelve á mi memoria

María.—(Toma un cuaderno que habrá sobrá la mesa.)

Yo, las estampas veré  
En este diario de modas:  
¡Qué bonito está este traje!...  
Estos adornos de encaje  
Le dan mucha gracia.

ESCENA VII

Dichas, DON TIMOTEO, Da. SERAPIA,  
DON ANTONIO.

(Observándolas desde la puerta.)

D. Tim.— Todas  
Leen; ¡oh qué satisfacción!  
Mírelas usted allí:  
Vea usted el efecto aquí  
De una buena educación.

Da. Ser.— ¡Qué tal, si son de importancia!  
Tiene razón de decir  
Carlitos, que pueden ir  
Al mismo París de Francia.

D. Tim.— ¡Muy bien, hijitas, muy bien!  
Excelente ocupación!

(A Don Antonio, aparte.)

¿Qué tal?

D. Ant.— Tiene usted razón.

D. Tim.— Dios me las conserve.

Da. Ser.— ¡Amén!

D. Ant.— ¿Pero dónde está Don Juan?

D. Tim.— ¿Y Carlitos?

Da. Ser.— ¿Qué, se fueron?

María.— Hace poco que salieron:  
Pero pronto volverán.

D. Tim.— ¡Es dichosa mi vejez!

(A D. Antonio, aparte)

¿Quiere usted ver la instrucción  
De Clara? una discusión....

D. Ant.— Juguemos al ajedrez.

D. Tim.— Como usted guste.

Da. Ser.— Sí, sí;

Haber si sacudo el sueño  
Viendo jugar.

D. Ant.— (A D. Timoteo.)

El empeño

No era malo.— Usted aquí.

(Se sientan á jugar.)

María.— ¡Oh, qué traje tan magnífico!

Tiene un estilo romántico;

Es precioso, elegantísimo,

¡Si tuviera yo uno igual!

Clara.— ¡A quién no le causa lástima,

Grecia, tu estado tristísimo!

¡Ya no eres hoy más que un páramo!

María.— ¡Jesús, qué bonito schal!

Clara.— ¿Dónde está tu furor bélico?

¿Dónde tus héroes fortísimos?

Huyeron cual humo rápido,

Al soplo del aquilón.

María.— Esto sí que está muy clásico;

Estos moños son feísimos.

Da. Ser.— Timoteo, ¡cómo, cándido!

Jaque al rey; come el peón.

D. Tim.—Es verdad; soy un autómatas.  
Da. Ser.—Pues Don Antonio es diestrísimo.  
(mo.)

D. Ant.—No tal.

Clara.—¡Oh, pueblo magnánimo,  
Tu grandeza acabó ya,  
Tus hijos, cual siervos tímidos,  
Inclinan la frente lánguida,  
Bajo de un yugo despótico:  
¿Y Leónidas dónde está?  
En el sepulcro.

Leo.— Mis lágrimas  
Corren! ¡oh joven bellísima!  
Pasaron como relámpago  
Los placeres de tu amor.  
Contra el destino tiránico,  
Lucha en vano el hombre misero,  
La tumba es el puerto único  
Donde se acaba el dolor:  
Bajo su losa benéfica  
Se goza un sueño pacífico;  
La muerte es el solo bálsamo  
Contra tanto padecer.

Ven, muerte, tu aspecto pálido,  
Llena mi pecho de júbilo:  
Adiós, contentos efímeros,  
Adiós, sueños de placer.

Clara.—Europa, Europa, levántate,  
Socorre á Grecia, apresúrate;  
En todo el mundo respétese  
La libertad y la ley.  
La negra sangre derrámese,

De guerra el estruendo horrisono  
Se alce, y por dó quiera escúchese  
El grito de....

D. Tim.— Jaque al rey.

Clara.—Sí, sí, que resuene el cántico  
De libertad.

María.— ¡Qué diabólico  
Está este sombrero!

Leo.— ¡Victimas  
Produce sólo el amor.  
Eres un sueño fantástico,  
Felicidad.

Clara.— ¡Troncos góticos  
De Europa, tocáis al término!

María.—Este traje está mejor.

### ESCENA VIII

Dichos, DON CARLOS.

D. Carlos.—Repito que no hay en México  
Ilustración; son muy bárbaros;  
Todo aquí es malo, malísimo.  
"Epouvantable!" ¡qué horror!

María.—Carlitos....

D. Carlos.— ¡Estoy frenético!

¡Estoy rabiando de cólera!

¡Una mancha? ¡Santa Bárbara!

¡Una mancha!

Leo.— ¡En el honor?

D. Carlos.—Mejor fuera; ¡oh calles pésimas!  
(mas!

En mi pantalón finísimo  
Cortado en París... ¡Qué pérdida!  
Qué pérdida, ¡santo Dios!  
¡Oh, mexicanos estólidos!

María.—Pues es usted muy político:

Deje usted el tono trágico,  
Y diga lo que pasó.

D. Carlos.—No se enfade usted, María;  
Voy á contar el suceso,  
Y verá usted si hay justicia  
Para quejarme.

María.— Acabemos.

D. Tim.—Jaque mate, amigo mío;  
He ganado á usted el juego.

D. Ant.—Es verdad.

D. Tim.— ¡Hola! Serapia,  
Te has dormido al mejor tiempo.

Da. Ser.—No me duermo, si ya he visto  
Que te enrocaste.

D. Tim.— ¡Muy bueno!  
Pues estás adelantada.  
¿Y sales ahora con esto?  
Si he ganado la partida.

Da. Ser.—¡Ah! ¿la ganaste? me alegro.  
¿Aquí está usted, Don Carlitos?  
Dió usted la vuelta muy presto.

D. Carlos.—Sí, señora, á pesar mío.

María.—¿En qué quedamos del cuento?

D. Carlos.—No es cuento.

María.— Pues será historia.

D. Tim.—¿Historia? ¿de qué?

Da. Ser.— Mi asiento

Voy acercando; me gusta  
Oír historias; me acuerdo  
Que lei hace veinte años  
Los "Doce Pares." ¡Qué buenos  
Y qué valientes señores!  
Rajaban de medio á medio  
Las peñas y los gigantes,  
Como pedazos de queso!  
Y el bálsamo milagroso,  
¿No te acuerdas, Timoteo,  
Que curaba las heridas  
Como rasguños?

D. Tim.— Dejemos  
Que nos refiera Carlitos  
Ésa historia ó ese cuento  
Que le ha pasado. Clarita,  
Leonor, dejen un momento  
La lectura.

Leo.— Padrè mío,  
Tengo comprimido el pecho;  
En verdad que necesito  
De distracción.

Clara.— Ya no puedo  
Seguir leyendo esta historia  
Sin llorar: ¡miseros Griegos!

D. Tim.—¿Pues vaya! fuera los libros,  
Y á Carlitos escuchemos.

D. Carlos.—Si no es cosa de importancia,  
Es un acontecimiento,  
Un "évènement" sencillo,  
Aunque grande, si atende...  
A otra cosa.

María.— ¡Qué cachaza!  
 Diga'lo usted, y acabemos,  
 Que tengo mi genio vivo.

D. Carlos.— Como yo, ni más ni menos,  
 ¡Somos un "couple" dichoso!

D. Tim.— ¿Un couple?

D. Carlos.— Un par.

María.— Yo me quemo.

D. Carlos.— Pues, señor, salí de casa...

María.— Bien, eso ya lo sabemos.

D. Carlos.— Ya estoy; pero es necesario  
 Un "petit" exordio.

María.— Bueno

D. Carlos.— Salía  
 Ocupado en pensamientos  
 Muy importantes: ¿qué cosa  
 Piensan que en aquel momento  
 Me ocupaba?

Leo.— Algún romance.

Clara.— O la historia de los griegos.

Da. Ser.— O la de los Doce Pares.

D. Carlos.— No, señores; nada de eso:  
 Pensaba en que la otra noche  
 Estuve en un baile, de estos  
 Que aquí llaman del gran tono,  
 Pues, de gran tono... por cierto  
 Que fueran en Francia nada...  
 En Francia, que es un portento  
 En este ramo, no hay duda,  
 La Francia que es nada menos  
 La nación más bailadora

Que existe en el universo;  
 Pues si la Italia ha logrado  
 Tener el lugar primero  
 En talentos de garganta...

D. Ant.— ¡Ya escampa!

D. Carlos.— El francés ligero,  
 Es en el baile un prodigio.  
 ¡Qué piruetas! ¡qué meneos!  
 ¡Qué elegancia en las posturas!  
 ¡Qué gusto en los movimientos!

María.— Pero en fin, ¿en qué quedamos  
 De la historia?

D. Carlos.— No me acuerdo:  
 Como tengo tantas cosas  
 En mi cabeza, no puedo  
 Retenerlas todas: creo  
 Que hablaba á ustedes del baile  
 De la otra noche, ¿no es cierto?

Da. Ser.— Sí, señor.

D. Carlos.— Pues como digo,  
 Ocupaba yo mi asiento  
 Junto á cierta marquesita  
 Que tendrá cuando menos,  
 Su medio siglo.

Da. Ser.— No es mucho.

Clara.— Si tenía algún talento,  
 Si alguna instrucción, ¿qué importa  
 Esa edad?

D. Carlos.— Pues yo prefiero  
 La juventud y las gracias:  
 Perdóne usted si la ofendo  
 Por no ser del mismo avis.

María.—Vaya, Carlitos, ya veo  
Que en tres días no llegamos

Al desenlace.

D. Carlos.—Lleguemos.

S'il vous plaît. Como decía.

Estaba yo muy contento

Mirando a mi marquésita.

Qué sus descarnados huesos

Ocultaba entre brillantes,

Cuando de repente advierto

Una agitación muy grande

Y unos gritos descompuestos

Que clamaban: La Mazurca.

La Mazurca; y en efecto,

Se bailó la tal Mazurca.

Pero qué Mazurca, ¡cielos!

¡Horrendo mazurquicidio!

Ya no pude más, y lleno

De rabia, dije: Señores,

No es el baile verdadero

De la Mazurca, el que ahora

Ejecutáis. Ya sabemos,

Me dijo un elegantillo,

Que hay diferencias, mas presto

La legítima Mazurca

Nos vendrá; pues al efecto

Un comisionado ha ido

A la Habana. ¡Bueno, bueno!

Le respondí, y al instante

Me salí de allí, riendo.

María.—¿Pero quiere usted decirme

Qué tiene que ver con eso

El lance de hoy?

D. Carlos.— ¿Por qué Mariquita,

Espere usted un momento,

Que no soy "foudre."

D. Tim.— ¿Qué cosa?

D. Carlos.— Que no soy rayo.

D. Tim.— ¿Comprendo,

Siga usted.

D. Carlos.— Cuando salía

Hoy de aquí, mi pensamiento

Estaba todo ocupado

De tan importante objeto.

Iba recordando el aire

De la música, y en esto

Sentí un empujón horrible

Por detrás: el rostro vuelvo,

Y vi á un aguador maldito

Que me dice muy grosero:

Quítese, Don Alfenique,

No estorbe con sus meneos

El camino á los que pasan.

Entonces de rabia lleno

Quise castigarle en vano;

Porque de cólera ciego,

No ví la losa de un caño

Que estaba floja, y cediendo

Al peso, se hundió, llenando

De lodo mi pie derecho.

Y no fué poca fortuna

El no caer: ¡contratiempo

Fatal, que así me ha privado

Del pantalón más bien hecho

Que se haya visto en Europa.

- María.—¿Y éste era todo el suceso?
- D. Carlos.—¿Y le parece á usted poco?  
No es su valor el que siento;  
Mas no sabe usted, hermosa,  
Cuántos gloriosos recuerdos  
Este pantalón tenía  
Para mí; pues á él le debo  
Muchas conquistas.
- D. Ant.— No he visto  
Hombre más fatuo.
- D. Carlos.— ¿Y no tengo  
Razones para quejarme  
De este país?
- Da. Ser.— Por supuesto.
- D. Carlos.—No hay policía, no hay nada;  
El más desdichado pueblo  
De Francia es mucho mejor  
Que esta ciudad: si á lo menos  
Fueran las gentes tratables!
- María.—Gracias por el cumplimiento.
- D. Carlos.—Mariquita, yo excepto  
Esta casa, donde encuentro  
Ilustración y finura,  
Sensibilidad, talento;  
Pero yo hablo en general:  
Aquí hay en el bello sexo  
Algunas caras hermosas;  
Pero sin gracia. No puedo  
Dejar de contar á ustedes  
Un lance que ha poco tiempo  
Me pasó con una joven.
- Da. Ser.—¡Qué Carlitos! es un fuego,

Como tú cuando tenías  
Su misma edad, Timoteo.

### ESCENA IX

Dichos DON JUAN

- D. Carlos.—Vamos, aquí está Juanito:  
Llega "á propos:" un asiento  
Toma, y escúchame atento;  
Es un lance muy bonito.
- D. Juan.—Siempre estás hablando.
- D. Carlos.— Sí,  
No lo puedo remediar:  
Vaya! siéntate á escuchar.
- Leo.—Venga usted, Juanito, aquí.
- D. Juan.—Mil gracias.
- D. Carlos.— Como decía:  
Por la gran plaza marchaba  
La otra noche, y me entregaba  
A dulce melancolía;  
Brillaba hermosa la luna  
Como una bola "argentée."
- D. Tim.—¿Qué es lo que usted dice?  
(¿qué?)  
No entiendo palabra alguna  
De la tal lengua francesa;  
¡Qué jerigonza del diablo!
- D. Carlos.—Pues, amigo, yo la hablo  
Con más gusto que la inglesa;  
Es más "coulante," más hermosa.
- D. Tim.—¿Más qué?

- D. Carlos.— Más fácil, más bella;  
Instruiré á usted algo de ella.
- D. Tim.— Mil gracias.
- María.— Por fin, ¿qué cosa  
Nos iba usted á decir?
- D. Carlos.— Es verdad, se me olvidaba;  
Por la gran plaza pasaba...
- María.— Ya eso está.
- D. Carlos.— Voy á "finir":  
De Catedral la banqueta  
De gente se fué llenando;  
Yo, con mi lente, pasando  
Una revista completa:  
Todos fijaban la vista  
En mí "frac" de última moda;  
Ví la concurrencia toda,  
"Et" hice más de una conquista:  
Cuál al pasar yo, decía:  
"¿Qué joven tan arrogante!"  
"Es un francés elegante,"  
La vecina respondía:  
"Mira, mira la cadena  
En que lleva el lente, hermana."  
Dijo otra...
- María.— De aquí á mañana  
Acabará usted?
- D. Carlos.— Sirena,  
No se enfade usted? preciso  
Es contar los pormenores:  
Pues, como digo, señores...
- D. Juan.— Hombre, sé por Dios, conciso,  
Que ya es mucha pesadez  
Ese continuo charlar.

- D. Carlos.— Al punto voy á acabar.
- D. Ant.— Saldrá con una sandez.
- D. Carlos.— En el paseo se hallaba  
Con su familia una hermosa,  
Tan fresca como una rosa:  
Yo enamorarla pensaba.  
Estaba de gracia llena,  
De blanco lino vestida,  
En mecerse entretenida  
Sobre una dura cadena;  
Ha poco la conocía,  
Y á saludarla llegué;  
A su lado me fijé;  
Dispuse mi batería,  
Y en un discurso elegante,  
Y como mi pecho ardiente,  
Le hice mi pasión patente,  
Declarándome su amante:  
Por más de un cuarto de hora  
Escucharme parecía;  
Fijos sus ojos tenía  
En la luna brilladora:  
Yo su respuesta esperaba,  
O una lágrima siquiera,  
Que venturoso me hiciera,  
Y rendido la miraba.  
Pero su meditación  
Por nada se interrumpía,  
Y le dije: Amada mía,  
¿Cuál es tu resolución?  
¿Seré por fin venturoso?  
¿Debo bendecir al hado?

¿O estaré al fin condenado  
 A no encontrar el reposo?  
 Deja de mirar la luna;  
 Vuelve á mi tus ojos bellos,  
 Que encuentre Carlos en ellos  
 Su placer y su fortuna;  
 Paga mi constante afán.  
 Ella entonces me miró:  
 ¿Trés eclipses, preguntó,  
 Pone en este año Galván?  
 ¡Oh, alma frígida, exclamé  
 Entre mí, cómo es posible!  
 ¡Tan bella y tan insensible,  
 Tan tonta! yerto quedé.

D. Tim.—Le hablaría usted en francés  
 Y por eso no entendió.

D. Carlos.—No, Don Timoteo, no;  
 Le habié en castellano.

D. Tim.— Pues!  
 Pero será castellano  
 Mezclado de esos "méchants,"  
 Y esos "foudres" y "coulants,"  
 Y siempre se quedó á mano.

D. Carlos.—No, señor, era el idioma  
 Que hablamos todos aquí:  
 Yo de pronto presumí  
 Que le gustaba la broma,  
 Ó que el romántico hablar  
 Al clásico prefería,  
 Y le dije: Amada mía,  
 No me es posible explicar  
 Este volcán, esta hoguera

Que siento en mi seno amante:

Mi corazón palpitante

Salir del pecho quisiera.

Muy temprano esta mañana

Por aliviar mi tormento,

Para mirarte un momento

Fuí al frente de tu ventana;

Mas se engañó mi desco;

La puerta estaba cerrada,

Tú aún estabas entregada

En los brazos de Morfeo.

Poco á poco, interrumpió,

Poco á poco, caballero,

Ya usted pasa de grosero,

¿Y he de sufrir esto yo?

¿Yo dormir con Don Morfeo?

¿Yo en sus brazos entregada?

No, señor, soy muy honrada,

Y no dar motivo creo

Para que traten así

De ajar mi reputación.

No conosco al picarón

Que usted me ha mentado aquí:

¡Sí, señor, yo soy doncella,

Y muy bien lo saben todos,

Deje usted, pues, esos modos

De hablar. Basta, basta, bella,

Le dije, y sin esperar

Me retiré muy de prisa,

Pudiendo apenas la risa

En las calles sujetar.

Da. Ser.—¡Qué Carlitos tan gracioso!

Se conoce luego, luego;  
Que ha estado en toda la Europa,  
Y en París; ¿ves, Timoteo,  
Lo que aprovechan los viajes;  
Y no que ni hablar salamos,  
Ni contar cuentos graciosos  
Los criollos, que jamás vemos  
El mundo? No, yo te juró  
Que si me quisiera el cielo  
Dar otro niño.

- D. Ant.— Es difícil.  
Da. Ser.— Ya; pero hablo suponiendo;  
Aunque mire usted: al cura  
Del Sagrario ha poco tiempo,  
Le oí hablar de una señora  
De la Biblia, no me acuerdo  
Si dijo que se llamaba  
Clara, ó Lara; mas el cuento  
Fue que parió uno, muy grande.  
Clara.— Fue, Sara, mamá.  
Da. Ser.— Yo tengo  
Mala memoria, pues, ahora,  
Que cuando chica, en un credo  
Como quien dice, aprendía  
Cualquier cosa: por ejemplo,  
Nada más que en quince días  
Aprendí los Mandamientos;  
En dieciocho los Artículos,  
Y á los dos años y medio,  
Ya sabía el Catecismo  
De Ripalda todo enteros  
Sin contar con que bordaba,

- Cosía en blanco; un puchero  
Componía, como dicen,  
Que se chupaban los dedos.  
D. Tim.— Y bailabas, hija mía,  
El "Mambrun," que era un contento.  
Da. Ser.— Y cantaba seguidillas,  
Muy bonitas.  
D. Tim.— Bien me acuerdo.  
Da. Ser.— Cuando tú me echabas ojos,  
Picarón.  
D. Tim.— Si, sí, ¿qué tiempos!  
María.— Pero, ¿mamá, ¿en qué ha quedado  
Lo del niño?  
Da. Ser.— Ah! sí, pues bueno:  
Como decía, si acaso  
Tuviera otro hijo, á un colegio  
De Europa, ó si no de España,  
Lo mandaba en el momento  
Que estuviera mancebito,  
Aunque también y recelo  
Por otra parte, que allá  
Lo hicieran hereje.  
D. Ant.— ¡Bueno!  
¿Conqué todos los de Europa  
Son herejes?  
Da. Ser.— Yo no veo  
Que oigan misa, sobre todo  
Los angulos.  
D. Carlos.— (¿Qué talento  
Tiene la buena señora!)  
Clara.— Los angulos, mamá: ¿me quiero  
De oír hablar á mi madre

Entre genies, me avergüenzo  
 ¡Válgame Dios! ¿de qué modo  
 Cortara yo en el momento  
 La conversación?) Señores,  
 Vamos un rato á paseo  
 Al jardín.

D. Carlos.— Bravo, Clarita!  
 Después de "la table" es bueno  
 Pasear.

D. Tim.— ¿Después de qué cosa?

D. Carlos.— De la mesa.

Leo.— Sí, yo encuentro

La dulce melancolía  
 En las flores y en el viento  
 Embalsamado que corre  
 En el campo.

María.— Bueno, bueno;  
 Vamos al jardín, y sirve  
 De hacer un ramito nuevo  
 Para mi peinado.

D. Carlos.— Hermosa,  
 Yo soy quien me encargo de eso:  
 Le haré á usted el más hermoso  
 "Bouquet."

D. Tim.— Bu... ¿qué?

D. Carlos.— Ramillete (viejo  
 Más preguntón y más tonto!  
 Siempre me sale al encuentro.)  
 "Andiamo, andiamo."

D. Tim.— Sí, vayan;  
 Yo con Juanito me quedo  
 A tratar de cierto asunto.

Y usted, Don Antonio, espero  
 Que se quede con nosotros,  
 Pues estimo sus consejos.

D. Ant.— Como usted guste.

D. Carlos.— Pues, vamos.

Da. Ser.— Vamos, vamos á paseo,  
 Que empiezo á sentir el cólico  
 Y el ejercicio es muy bueno.

(Vansc.)

## ESCENA X

DON TIMOTEO, DON ANTONIO, DON JUAN

D. Tim.— Por fin, Juanito, ha llegado  
 El venturoso momento  
 De darte el nombre de hijo,  
 Que con tanto ardor deseo.  
 Habla sin rubor, declara  
 Sin disfraz tu pensamiento:  
 ¿Cuál de mis hijas te agrada?  
 Dímelo, Juanito, ruego.  
 Don Antonio es un amigo  
 De confianza, y los secretos  
 De mi casa le confío  
 Sin reserva alguna.

D. Juan.— ¡Cielos!  
 Llegó el momento temido!

D. Ant.— Sí, Don Juan, yo aprecio  
 A usted, y estoy pronto  
 A servirle, si no puedo

En cosas de más estima,  
 Siquiera con mis consejos.  
 Se halla usted, amigo mío,  
 En un crítico momento:  
 Piense usted bien lo que diga;  
 Piense usted que son eternos  
 Esos lazos; que es preciso  
 Hablar con franqueza.

D. Tim.— Cierta:

Habla sin rubor, querido.  
 ¿Cuál de mis hijas tu afecto  
 Ha ganado? dílo pronto:  
 Por el colmo á mi contento.

D. Juan.— Oh padre! si acaso el nombre

De padre, dar á usted puedo,  
 Cuando rehuso el beneficio  
 Que me propone; mas debo  
 Ser franco, y sufrir ahora  
 Su cólera y menosprecio,  
 O resignarme á pasar  
 Una vida de tormentos,  
 O á lo menos de fastidio,  
 Con una esposa de un genio  
 Distinto del genio mío.

Perdone usted si le ofendo;

Sabe el cielo cuánto estimo

Ese cariño: cuán blando

Mi pecho de sus bondades,

Prueba el agradecimiento.

Toda mi vida no basta.

Para pagar lo que debo

Al que me ama como padre;

Peró, señor, yo no puedo:  
 Resolverme á ser perjuro;  
 ¿Pronunciaré el juramento  
 De amor eterno á una esposa,  
 Cuando en mi pecho no siento  
 Este amor? es imposible.

D. Tim.— ¡Imposible! ¿Cómo debo  
 Renunciar á la esperanza  
 Que alimentaba mi pecho?  
 Mas, dime ¿qué te disgusta  
 En mis hijas? ¿Qué defectos  
 Tienen que yo no he notado?  
 Yo las juzgaba un modelo  
 De perfección.

D. Ant.— Es preciso,

Amigo Don Timoteo,

Que escuche usted de mi boca

La verdad, aunque su acento

Le parezca duro; acaso

Todavía será tiempo

De corregir unos males,

Que si tomaran más cuerpo,

Incorregibles serían.

Lo he dicho á usted, y de nuevo

Lo repito. Usted adopta

Un gran error, suponiendo

En sus hijas cual virtudes,

Lo que sólo son defectos.

La falsa instrucción de Clara

De Mariquita ese genio

Ligero que no se fija

En cosa alguna; ella tozo

De la sensibilidad  
 De Leonor, Don Timoteo,  
 Son faltas, y faltas graves,  
 A que usted debiera cuerdo  
 Haber atajado el curso;  
 Un hombre de juicio recto  
 Elegirá por esposa  
 Una mujer que cumpliendo  
 Su deber, cuide su casa;  
 Que cultive su talento  
 Con gusto; que si dedica  
 A la lectura algún tiempo,  
 No quiera pasar por sabia;  
 Que no esté siempre gimiendo  
 Por personajes ficticios;  
 Que no ocupe su cerebro  
 Solamente con las flores,  
 Los bailes y el coliseo:  
 Ser sin ficciones sensible:  
 Ser instruída, sin empeño  
 De parecer literata.  
 La compostura, el aseo,  
 Usar sin afectación,  
 Y vivir siempre cumpliendo  
 Las dulces obligaciones  
 De su estado y de su sexo:  
 He aquí una joven amable!  
 He aquí, amigo, en mi concepto,  
 Las virtudes de una esposa.  
 Usted sin duda está lleno  
 De bondad; su noble alma  
 Merece ser el objeto

De una constante ternura;  
 Pero escuche usted, le ruego  
 Los consejos de un amigo;  
 Corrija usted los defectos  
 De sus hijas, aún es dable.  
 Tienen un corazón recto,  
 Y escucharán de un buen padre  
 Los saludables preceptos:  
 Tal vez pronto corregidas,  
 Serán de todas modelo,  
 Y harán á usted venturoso,  
 Tanto cual merece serlo.  
 Vaya, enjague usted el llanto,  
 Que todo tendrá remedio:  
 Cuenta usted con un amigo.

D. Juan.—Y con un hijo; yo espero  
 Merecer tan dulce nombre  
 Por mi cariñoso esmero;  
 Joven soy; aún es posible  
 Que de otro viaje volviendo  
 Que voy á emprender ahora,  
 Pague á usted lo que le debo,  
 Halle en Leonor una esposa  
 Tal como yo la deseo;  
 Si acaso usted, padre mio,  
 Me juzgare digno de ello.

D. Ant.—Sí, Don Juan, Leonor es joven  
 De buen corazón, yo espero  
 Que si nuestro buen amigo  
 No desprecia mis consejos,  
 Será muy pronto una esposa  
 Inimitable.

- D. Tim.— Comienzo  
A creer que usted, Don Antonio,  
Tiene razón.
- D. Ant.— ¡Bueno, bueno!  
Ya lo esperaba.
- D. Tim.— Juanito,  
A pesar del sentimiento  
Que tu conducta me causa,  
Tienes razón, lo confieso;  
Mas mi cariño es el mismo:  
Jamás olvidarme puedo  
De lo que debo á tu padre:  
Y todavía, lo espero,  
Te daré el nombre de hijo.
- D. Juan.— Sí, señor, yo lo deseo.
- D. Tim.— Vengan los dos á mis brazos,  
Que de esta manera quiero  
Manifestar que aunque es dura  
La lección, yo la agradezco.

---

ESCENA ULTIMA

Dichos, DON CARLOS, Da. SERAPIA,  
LEONOR, MARIA, CLARA.

- D. Carlos.— ¡Bravo! ¡bravo! esto va bien;  
Ya tendremos desposorio;  
¿Cuándo es por fin el casorio?  
¿Quién es la dichosa, quién?  
¿Conque habrá "danse," festin;  
Vaya, qué gusto tendré,

- La Mazurca bailaré.  
¿Cuál es la "fiancée," por fin?  
Ya están danzando mis pies.
- Da. Ser.— ¿A quién eligió?  
D. Juan.— Señora...
- Todos.— ¿A quién, á quién?  
D. Ant.— Por ahora,  
A ninguna de las tres.



ANA BOLENA.

A su querida hermana  
Doña Guadalupe Cal-  
derón, dedica este  
drama

EL AUTOR.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## PERSONAJES.

ANA BOLENA, reina de Inglaterra.

ENRIQUE VIII, rey de Inglaterra.

CROMWELL, ministro del rey.

ENRIQUE DE PERCY, duque de Northumberland.

LORD ROCHFORD, hermano de la reina.

JUANA SEYMOUR é ISABEL PRESTON, damas de la reina.

JORGE SMETON, paje de la reina.

WILLIAM KINSTON, condestable de la Torre.

DUQUE DE NORFOLK, presidente del tribunal.

DOS CORTESANOS que hablan.

EL VERDUGO.

DAMAS DE LA REINA.

CORTESANO I.

SOLDADO I.

Londres, 1,536.



## ACTO PRIMERO

### EL BAILE.

Gran salón en el palacio de White-Hall, iluminado perfectamente; en el fondo una gran puerta vidriera que se supone dar á otro salón también iluminado, en donde se da el baile; al través de la vidriera se ven pasar algunas veces señores y señoras: se oye á lo lejos la música. En el salón que representa el teatro, hay dos mesas redondas pequeñas, á derecha é izquierda del foro: sobre las dos hay juegos de naipes; en la una un grupo de cortesanos juega; en la otra, igualmente, otro grupo de cortesanos, entre los que se halla Jorge Smeton, juega, y habla alternativamente.

### ESCENA I

SMETON Y CORTESANOS.

Cort. prim.—Smeton, á vos os toca jugar; ¿pero estáis dormido?

Cort. seg.—Es que se halla aquí su cuerpo  
Pero su alma, ¿eh?

(Risa maliciosa de inteligencia, entre los  
cortesanos que están con Sméton.)

Sméton.—(Turbado.)

Pues, amigos,

Os engañáis, nunca ha estado

Mi corazón más tranquilo:

No pienso más que en el juego.

Cort. prim.—¿Pero en cuál juego? infinitos

Hay: unos de cartas, otros

De manos, otros... querido,

Ya me entendéis; mas cuidado,

Porque hay algunos prohibidos.

Sméton.—No os entiendo.

Cort. prim.— Vaya, Sméton:

Ese semblante encendido

Os hace traición: tres veces

La partida habéis perdido,

Porque casi no miráis

Los naipes, y de continuo

Volviendo estáis la cabeza

Hacia aquella puerta; os digo

Que sois poco diestro.

Cort. seg.— Bueno;

Si á los naipes ha perdido,

Conseguirá otras ventajas;

Pues dice un proverbio antiguo,

Que es en amores dichoso

El que en el juego....

Los Cortesanos.—(Riendo.)

Bien dicho.

Sméton.—Señores, basta de burlas,

Y si queréis divertirlos

A costa mía, os prevengo

Que no podréis conseguirlo.

Con que juguemos.

Todos.— Juguemos.

(Siguen jugando.)

Cort. terc.— (En la mesa de la izquierda.)

Pues, señores, como os digo,

Pero guardad el secreto;

Mirad que corro peligro

Si no sois discretos.

Cort. cuarto.— Vamos,

Hablad sin temor, amigo,

Y contad con la reserva.

Cort. terc.—Pues escuchad. He sabido

Que nuestro buen soberano

Se va cansando un poquito

De su adorada consorte,

Y anda asestando sus tiros

A Lady Seymour. ¡Caramba!

Tiene unos ojos divinos

La tal Juana: lo gracioso

De la historia, es que el ministro,

El astuto Cromwell, tiene

Más empeño que el rey mismo.

Cort. cuarto.—La quiere hacer una reina

A su modo.

Cort. terc.— No, querido;

Quiere vengar el ultraje

Que Ana Bolena le hizo

En público una ocasión.

- Cort. cuarto.—¿Cómo?
- Cort. terc.— No sé qué le dijo  
De plebeyo y despreciable;  
Y desde entonces, me han dicho  
Que ha jurado la venganza.
- Cort. cuarto.—El es un zorro maldito  
Que dará al diablo lecciones.
- Cort. terc.—Y como (entre nosotros sea  
(dicho)  
Nuestra reina Ana Bolena  
Ha dado más de un motivo  
Para atacarla, y se habla  
De secretos favoritos,  
De Sméton, Norris y Bréretón,  
Y hasta de su hermano mismo;  
Quién sabe si al fin . . . .
- Cort. cuarto.— Y luego  
Debe pagar lo que hizo  
A nuestra pasada reina,  
La que gime en el retiro  
De Haptill; ¡Pobre Catarina  
De Aragón! Pero el castigo  
Caerá sobre Ana Bolena.
- Cort. terc.—¡Oh! ¡pobre Ana! ella ha e-  
(nido)  
Sus faltas.
- Cort. cuarto.— Si, por su causa  
Han muerto ya en un suplicio  
Tomás Morris y otros muchos.
- Cort. terc.—Tal vez ella no ha tenido  
Parte en esto; sus parientes.
- Cort. cuarto.—Pero ella debió impedirlo.

- Sméton.—(En la otra mesa.)  
Es mía la basa.
- Cort. seg.—(Jugando.)  
No,  
Que yo tengo al rey conmigo.
- Sméton.—¡Maldito rey! pues parece  
Que con él estoy reñido.
- Cort. prim.—Con la reina . . . de los naipes  
No fuera Sméton lo mismo,  
Pues de las hembras parece  
Que sois muy favorecido.
- Sméton.—Basta de bur'as. El juego  
Me va causando fastidio:  
(Se levantan.)  
Dejémoslo.
- Todos.— Si, si; al baile.
- Cort. prim.—Mas no os enfadáis conmigo;  
Ya sabéis que siempre os hablo  
Como camarada antiguo  
De colegio, y en verdad  
Corren ciertos rumorcillos  
Sobre vos y cierta dama  
De un rango muy distinguido.
- Sméton.—¿Pero quién es esa dama?
- Cort. prim.—¿Y si os enfadáis?
- Sméton.— Decidlo,  
Por Dios, y decidlo pronto.
- Cort. prim.—¿El nombre de ella?
- Sméton.— Repito  
Que sí: acabad, ó dejadme.
- Cort. prim.—Bien, os lo diré al oído.  
(A los cortesanos.)

No os lisonjéis, señores,  
De saber lo que á mi amigo  
Voy á decir: es un nombre  
Muy grande para decirlo  
En voz alta, ni exponerlo  
A vuestros sangrientos tiros:  
Adivinad si queréis,  
Y en malicias divertíos.

Sméton.—Acabad.

Cort. prim.— Pues bien: se llama,  
Os lo diré muy bajito,  
Ana, reina de Inglaterra.

Sméton.—(Furioso.)

La palabra que habéis dicho  
Pide sangre, caballero.

Cort. prim.—(Riendo.)

No tal, amigo mio,  
Pide amor, pide ternura,  
Pide los versos divinos  
De vuestro genio. Ea, vamos,  
Vamos al baile, queridos.

(Se van todos los cortesanos; Sméton quiere seguirlos, y luego se contiene).

## ESCENA II

SMÉTON.

Esperad... ¿Qué voy á hacer?  
¡Oh! ¡maldita sea mi estrella!  
Ni aun puedo morir por ella;  
Callar debo y padecer.

Y es cierto que la amo, sí:  
Yo la idolatro, la adoro;  
Su sonrisa es un tesoro,  
Es el cielo para mí.

El cetro y pompa real,  
¡Oh, cuánto son inferiores  
De sus ojos brilladores  
A la luz angelical!

Sobre su célica frente  
Brilla un genio soberano:  
Marcóla Dios con su mano  
Para hacerla omnipotente;

Y dijo á la humanidad:  
“¡Ved en el mirar divino  
De esa mujer, el destino  
Del justo en la eternidad!”

Y yo, misero de mí,  
Que siempre estoy á su lado  
Para amarla, ¡desgraciado!  
Sin esperanza nací:

A ver sin cesar en ella  
Un objeto sacrosanto,  
Y á regar con triste llanto  
De su hermoso pie la huella;

Mas su rostro encantador  
Por mi mano retratado,  
Siempre en mi pecho guardado,  
Es mi delicia, mi amor.

(Saca un retrato que trae oculto en el pecho, y pendiente de una cadena de oro.)

Ven, ¡oh sacro talismán,  
Ven y consuela mi alma,

Tu poder mágico calma  
 Mi desventurado afán!  
 Deja que el labio abrasado  
 De un esclavo que te adora,  
 En tu frente seductora...

(Desde antes de los tres últimos versos,  
 Cromwell se ha acercado con mucha  
 precaución detrás de Sméton, y ha visto  
 el retrato de la reina; después se retira  
 con cuidado y le habla á Sméton.)

## ESCENA III.

SMETON, GROMWELL.

Cromwell.—Cuidado, Sméton, cuidado.

Sméton.—(Sorprendido.)

¡Cielos! el ministro....

Cromwell.— Y tú,

¿Por qué os sorprendéis así?

¿Contemplábais el objeto

De vuestro amor? bien, vivid!

Y amad: tal es el empleo

De la juventud feliz.

Ese es sin duda el retrato

Del hermoso serafín

Que preside vuestra suerte:

Que le mire permitid.

Sméton.—Conde de Essex, dispensadme:

(Ocultando el retrato.)

Este es mi secreto.

Cromwell.—

¿Si?

Pues guardadlo: sois discreto.

(Es tarde, que ya lo ví).

Pero la reina os buscaba;

Parece que os quiere oír

Cantar: sabéis lo que gusta

De vuestra voz: pronto id,

Que no es justo retardarle

Este placer.

Sméton.—(Tomando su sombrero.)

Permitid...

Cromwell.—Id con Dios, hermoso joven;

Sed en amores feliz.

(Váse Sméton.)

## ESCENA IV.

GROMWELL.

Mancebo incauto, ya estás

En el borde y no lo ves;

Con un sólo paso más,

Horrible abismo verás

Abierto bajo tus pies.

¿Tú amas á la reina? si:

¿Y ella te ama? tal vez no;

No importa; un retrato ví

Que es una arma para mí

Una arma que busco yo.

Reina orgullosa, insultado

En público fui por vos,

Por mi origen ignorado;

Pues bien, quedaré vengado,

Y muy pronto ¡vive Dios  
El plebeyo se alzaré.  
Este gusanillo vil,  
De una reina triunfaré:  
Serpiente se tornará  
Este mísero reptil.  
Enrique llega: ¡valor!  
El apasionado está  
De Lady Seymour. ¡Oh, amor!  
Tú serás mi vengador:  
Ana Bolena caerá.

## ESCENA V

CROMWELL, ENRIQUE VIII.

Enr.—Cromwell, yo te buscaba: ¿has visto  
(á Juana?)

A esa Juana Seymour, á esa hermosura  
En cuya frente pura  
Brilla el pudor con todos sus encantos.  
Jamás, jamás tan bella,  
Conde, me pareció como este día:

Atónita mi vista la seguía;  
No he podido apartar mis ojos de ella:  
Un impulso secreto, sobrehumano,  
Un mágico poder irresistible  
Arrastra á tu potente soberano,  
Y Enrique VIII que á la mar domina,  
A cuyo cetro el mundo viene estrecho,  
Cediendo al fuego que le abrasa el pecho,  
A una débil mujer la frente inclina.

Cromwell, ella será tu soberana;  
Cromwell.—¿Y Ana Bolena?  
Enr.— ¡Calla! ¡Ana Bolena!  
La tempestad sobre su frente truena:  
Ella es culpable, Cromwell: esa Ana  
En quien mi honor depositaba un día,  
Es infiel.  
Cromwell.— ¿Es infiel?  
Enr.— Se ha roto el velo  
Que mis ojos cubría, y aclarando  
Se van ya mis sospechas: ya la corte  
Su liviandad murmura.  
Cromwell.— ¿Y el objeto  
De su culpable amor, ¿quién es?  
Enr.— Son muchos  
Los que se nombran: Bréretton, Sméton,  
Su mismo hermano, ¡oh, conde! ¿lo cree-  
(riais?)  
Yo lo descubriré, y entonces ¡temble,  
Tiemble el objeto de las iras mías!  
Cromwell.— ¡Rochíford, su mismo herma-  
(no! ¿y es creíble?)  
Enr.— ¿No has observado tú, no has descu-  
(bierto  
Alguna cosa que aclarar consiga  
Del todo la verdad?  
Crom.— Mi soberano,  
Os debo lo que soy: el labio mío  
Nunca os hará traición, Ana Bolena.  
Yo la amo y compadezco su destino;  
Pero ahora mismo.  
Enr.— Acaba pronto, y deja

De piedad esa máscara engañosa;  
Yo te conozco, Cromweell. Habla al punto,  
Y háblame con franqueza.

Cromwell.— En este instante,  
De la música huyendo y del bullicio,  
En esta sala Sméton se encontraba  
A un retrato de lágrimas cubriendo.  
Era el de vuestra esposa...

Enr.— ¡Cómo!  
Cromwell.— El mismo;  
Pude verlo muy bien sin ser notado;  
Si V. M. pretende ahora  
Comprobar la verdad de mis palabras,  
Haga llamar á Sméton: de su cuello  
Una cadena pende de oro puro:  
En su extremo hallaréis ese retrato.  
Yo me indigno, señor, al acordarme;  
Lo ví, y callé, que sólo á vos os toca,  
Tañer injuria castigar: llamado,  
Llamad á ese traidor: vuestra justicia  
En su cómplice y él, sin piedad caiga  
Enr.— Basta, Cromwell, no pido tus conse-

(jos;  
Sé lo que debo hacer.  
Cromwell.— ¡Oh, cuán distinta  
Es de la reina, la inocente Juana!  
Sin artificio, sin doblez alguno  
Su puro corazón en sus miradas  
Se está leyendo.  
Enr.— Si, su dulce nombre  
Me hace olvidar á todo el universo.  
Caiga la que mi honor ha mancillado,

Y Juana suba de Inglaterra al solio.  
Escucha, conde, ya hace muchos días  
Que me ocupa una idea. Enrique Percy,  
El conde de Northumberland, amaba  
A Ana Bolena, y pienso que contrajo  
Esponsales con ella, antes que al trono  
Fuese llamada: si esto fuese cierto  
Mi matrimonio es nulo.

Cromwell.— Si.  
Enr.— Y entonces  
Puedo unirme con otra. El conde se halla  
En sus estados, lejos de la corte.  
Haz que le llamen, Cromwell.  
Cromwell.— Voy al punto.

## ESCENA VI.

Dichos, UN PAJE.

Paje.— De Northumberland el conde,  
De llegar, señor, acaba,  
Y haberos desea.

Enr.— ¿El conde?  
¿Qué casualidad tan rara  
Le conduce en tal momento?  
Que pase al punto (Vase el paje.)  
¿Qué causa  
Le puede traer? Ha tiempo  
Que de la corte se aparta.  
Cromwell.— V. M. al punto  
Lo sabrá: ya se adelanta.

## ESCENA VII

Dichos, ENRIQUE PERCY.

Enr.—Noble conde, llegad: ¿á qué debe-  
(mos

El placer de miraros este día?

Percy.—Señor, ved la tristeza en mi sem-  
(blante,

Mirad en él la fúnebre noticia

De que soy mensajero: la princesa

Vuestra primera esposa, Catarina,

La augusta desterrada, ha muerto.

Enr.—¡Ha muerto!

Percy.— Terminó su carrera de  
(desdichas.

Yo he presenciado su postrer instante

Y yo os traigo, señor, su despedida.

Siempre noble y magnánima, ni un punto

Desmintió su virtud: era la misma

En su lecho de muerte, que en el trono

En que Inglaterra la admiró algún día.

Enr.—¡Buena mujer! Por su piedad in-  
(mensa

El Eterno en su seno la reciba.

Percy.—No hay duda: ya su espíritu celeste

En las regiones de la luz habita;

Mucha fué su virtud; amargo llanto

Inundó largo tiempo su mejillas:

Privada de su rango, desterrada

Del trono augusto de que fué tan digna;

Privada, en fin, de todo lo que amaba,

Y á vivir entre angustias reducida,

Jamás su labio articuló una queja,

Y al cielo, generosa, le pedía

Que sobre su hija y sobre vos yertiese

Con franca mano inacabables dichas:

Tal vuestra esposa fué: ya al acercarse

El término temprano de su vida,

Se dignó suplicarme que viniese

Para recomendaros á su hija.

He cumplido, señor, sus voluntades;

Extended vuestra mano compasiva

A esa niña inocente, protegedla;

Recordad que sois padre de María.

Aquí queda mi encargo terminado:

Permitidme volver.

Enr.— Sera cumplida

La voluntad de Catarina, conde;

Mas retardad aún vuestra partida.

Cuestiones de importancia quiero haceros:

Vedme en palacio el venidero día.

Percy.—Vendré á veros, señor.

Enr.— El cielo os guarde.

Percy.—El proteger se digne vuestra vida.

(Vase.)

## ESCENA VIII

CROMWELL, ENRIQUE VIII.

Enr.—Haz, Cromwell, que cese ya  
Ese baile, esos acentos:  
De la pobre Catarina  
La memoria respetemos.  
Mañana, conde, mañana  
Será un día muy funesto  
Para muchos: mi justicia  
Alzará un brazo de hierro;  
No habrá piedad; ¡desgraciados  
Los que aparecieren reos!

Cromwell.—La reina llega.

Enr.— Su vista  
Me sirve ya de tormento.

## ESCENA IX

Dichos, ANA BOLENA, JUANA SEYMOUR,  
ISABEL, DAMAS, GORTESANOS, SMETON,

Ana.—Señor, ¿vos tan retirado?

¿Vos tan triste?

Enr.—(Con sequedad.)

Sí, no tengo

Motivos para alegrarme.

¿Sabéis, señora, que ha muerto

Vuestra reina?

Ana.— ¿Quién?

Enr.— La heroica

Catarina, la que un tiempo  
De Inglaterra sobre el trono  
Fué de virtudes modelo.

Ana.—Si la princesa de Gales  
No existe ya, sabe el cielo  
Qué siento su muerte.

Enr.— Si,

Sin dificultad lo creo,  
¡Porque sois tan compasiva!  
No hace en verdad mucho tiempo  
Que aquí mismo en esta sala  
He visto una prueba de ello  
¿No me entendéis hoy? Mañana  
Que me comprendáis espero.

Ana.—¿Mañana? señor, mañana  
Está dispuesto un torneo  
En Greenwich.

Enr.— ¡Cómo, señora!

¿Se ha convertido mi reino  
En teatro de festines,  
Músicas, bailes y juegos?  
Diferidlo.

Ana.— No es posible,  
Señor; todo está dispuesto.  
Norris, Bréretón, mil otros  
Están ya en Greenwich, y espero  
Que consentiréis.

Cromwell.— (Aparte.)

¿Qué importan

Unas horas más ó menos?

De Greenwich hasta la Torre

De Londres, no está muy lejos.

Enr.—Dices bien. Sea, señora,

Como vos queráis. Tendremos

Mas tiempo de hacerlo todo

Con calma. Guárdeos el cielo.

(Vase.)

### ESCENA X

Dichos, menos ENRIQUE VIII.

Ana.—Despejad: Cromwell, oid.

(Vanse todos, menos Cromwell.)

¿Por qué causa el rey se muestra

Tan severo? ¿lo sabéis?

Cromwell.—¿Qué queréis que os diga, oh

(reina?

¿Es tan sombrío el carácter

De Enrique VIII!... Una nueva

Pasión tal vez... ¿qué sé yo!

Recordad que Ana Bolena,

Dama era de Catarina,

Y hoy en su trono se sienta:

Vos tenéis hermosas damas;

Lady Seymour es muy bella:

No puedo explicarme más;

Entended, si sois discreta:

Guárdeos Dios,

(Vase.)

### ESCENA XI

ANA BOLENA!

¡Cielos! ¡qué oí!

Era cierto mi temor:

¿El rey tiene un nuevo amor?

¿Desventurada de mí!

¿O ese ministro feroz,

Ese Cromwell infernal,

Lo supone por mi mal?

Es una venganza atroz;

No puede ser, no será;

El rey me ama todavía,

Calma el temor, alma mía,

Mi hermosura triunfará.

¿Pero esa Juana, esa Juana

Es por acaso tan bella,

Que el rey me deje por ella?

Puede ser, ¿duda inhumana!

Despreció Enrique por mí

A su esposa Catarina;

Quizá el cielo me destina

Una suerte igual, ¡ay! sí.

De esta princesa la muerte

Es una lección terrible.

Fuí á su dolor insensible...

Yo tendré la misma suerte:

Ana olvidada será;

Pero no; ¡qué desvarío!

Levántate, orgullo mío;  
 Mi hermosura triunfará:  
 Y pronto al monarca inglés,  
 Por mi beldad arrastrado,  
 Le veré al fin humillado  
 "Pedir perdón á mis piés."



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE



## ACTO SE GUNDO.

### EL SUEÑO.

Soberbio gabinete de Ana Bolena, adornado con magnificencia: á la derecha del foro un forte-piano; á la izquierda una mesa pequeña y un sillón forrado de terciopelo; encima de la mesa estará la corona de la reina, y á los pies del sillón un gran cojin de terciopelo; en el centro del gabinete, una puerta con gran colgadura, que se supone conduce á las demás piezas de palacio. En el costado izquierdo, otra puerta también con colgadura.

### ESCENA I.

ROCHFORD, ANA BOLENA.

Roch.—Horrible tempestad nos amenaza,  
 Hermana mía: ese fatal ministro,  
 Ese Cromwell cruel, se ha conjurado  
 Contra nosotros.

Ana.— Sí, su orgullo herido  
 Por mi desprecio, la venganza anhela:

Levántate, orgullo mío;  
 Mi hermosura triunfará:  
 Y pronto al monarca inglés,  
 Por mi beldad arrastrado,  
 Le veré al fin humillado  
 "Pedir perdón á mis piés."



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
 DIRECCIÓN GENERAL DE



## ACTO SE GUNDO.

### EL SUEÑO.

Soberbio gabinete de Ana Bolena, adornado con magnificencia: á la derecha del foro un forte-piano; á la izquierda una mesa pequeña y un sillón forrado de terciopelo; encima de la mesa estará la corona de la reina, y á los pies del sillón un gran cojin de terciopelo; en el centro del gabinete, una puerta con gran colgadura, que se supone conduce á las demás piezas de palacio. En el costado izquierdo, otra puerta también con colgadura.

### ESCENA I.

ROCHFORD, ANA BOLENA.

Roch.—Horrible tempestad nos amenaza,  
 Hermana mía: ese fatal ministro,  
 Ese Cromwell cruel, se ha conjurado  
 Contrá nosotros.

Ana.— Sí, su orgullo herido  
 Por mi desprecio, la venganza anhela:

Vil mezcla de bajeza y de perfidia  
Es ese hombre feroz; nada perdona  
Para perderme: el rey dócil escucha  
Sus horribles consejos; ¡pero tiemblo!  
Enrique me ama aún.

Roch.— ¡Oh, hermana mía!  
Tú vez te engañas; esa dama lujosa,  
Esa Juana Seymour, dicen que á Enrique  
Ha sabido agradar; Cromwell fomenta  
Esta nueva pasión, y pronto acaso,  
Ana Boleno bajará del trono,  
Como bajó la reina Catarina.  
Se te acusa de un crimen horroroso:  
¡De adúltera!

Ana.— ¡Gran Dios! Rochford, ¿quién pudo  
Esa palabra pronunciar?

Roch.— Enrique,  
El mismo rey se dice que te acusa.  
Tus ligerezas se han interpretado  
Como muestras de amor: en el torneo,  
Ayer mismo en Greenwich, cuando dejaste  
Tu pañuelo caer, Cromwell ha dicho  
Que era señal de tu pasión á Norris.

El rey se retiró con el ministro  
Lleno de indignación: yo tiemblo, Ana;  
A mí mismo me acusan, ¿lo creerías?  
De un criminal amor á tu persona.

Ana.— ¿Conque también de incesto se me  
Tú deliras, Rochford; el mismo infierno  
No pudiera inventar tan vil calumnia.  
¡Me haces temblar! ¡escucha! en esta no-

Será un aviso del airado cielo?  
Me estremezco; Rochford; ¡visión horrible!  
De mi imaginación se apoderaba!  
¡Sueño espantoso que olvidar proetiro,  
Y no puedo olvidar! Oyelo, y tiemblo.  
Yo soñaba que el trono ocupando  
A mis pies la Inglaterra veía:  
Todo en torno á mis ojos reía,  
Todo en torno era dicha y amor:  
Cetro de oro en mi mano brillaba,  
La corona adornaba mi frente,  
Un gran pueblo á mi voz obediente,  
Escuchaba temblando mi voz.

Mi guerreros, mi héroes ilustres,  
Mis caprichos humildes servían,  
En mi risa su gloria veían,  
Y venían mi mano á besar:  
En mil partes mi nombre grabado,  
Centellaba entre piedras preciosas,  
Y sentí de jazmines y rosas  
Dulce aroma en el viento bajar.

Mas, ¡oh, Dios! esta atmósfera pura,  
De zafiro este cielo esplendente,  
Roja nube cubrió de repente,  
Que torrentes de sangre vertió:  
Un relámpago livido alumbró  
De la tierra el funesto desmayo,  
Y rétruena mil veces el rayo  
Con horrible funesto fragor.

La diadema que adorna mi frente  
En mi cráneo se ciñe, se hunde,  
Y mi cetro en mi mano se funde,

Y me abrasa el ardiente metal:  
Y mi manto de púrpura y oro,  
Negro paño se torna de muerte:  
En horrible dogal se convierte,  
De mi cuello el soberbio collar.

Se hunde el trono con hórrido estruen-  
(do,

Veo á mis pies una tumba cavada,  
Y una mano asomar descarnada,  
Que me muestra el sudario fatal,  
¡Catarina! Era suya esta mano.  
Ella, ¡oh Dios! maldiciéndome ha muerto!  
En sudor inundada despierto,  
Sin poder á la calma tornar.

Roch.—¡Desventurada! tal vez  
Se realizará este sueño:

La tempestad se aproxima,  
Oigo resonar el trueno.

Tres días hace que sólo  
Miro presagios funestos.

De Cromwell el regocijo,  
Del rey el rostro severo,

El amor que tiene á Juana,  
Todo, en fin, está diciendo

Que se aproxima la hora  
De la muerte ó del destierro.

Ana.—No, tal vez, hermano mio,  
No es tan grande nuestro riesgo.

¡Enrique me amaba tanto!  
¿Y podrá en tan breve tiempo

Aborrecerme? ¡imposible!  
No, Rochford, yo no lo creo.

Hace tres días me hablaba  
Con el cariño primero:

Antes de ayer en el baile  
Y en el crítico momento

De que la muerte escuchaba  
De Catarina, el torneo

De ayer le anuncié; quería  
Que se suspendiese, y luego

Que le rogué, á mis instancias  
Condescendió; sí, yo pienso

Que consevo todavía  
Sobre su alma el mismo imperio.

Dicen que á Lady Séymour—  
Ama Enrique; nó lo creo:

Es obra de Cromwell todo,  
De ese odioso consejero.

Cuando el rey miré mi llanto:  
Cuando con mágico acento

Le recuerde aquellos días,  
Aquellos dulces momentos

De ventura, que en su alma  
Tantas delicias vertieron:

Cuando me mire á sus plantas  
Invocando al Sér supremo

Por testigo irrecusable  
De mi conducta, y el velo

De la impostura se rompa;  
Cuando mire, en fin, mi afecto

Siempre puro, inalterable,  
En mis lágrimas de fuego,

¿Quién duda que entre sus brazos  
Vaya á recibir el premio

De mi inocencia? ¡Oh, hermano!  
Ligera soy, lo confieso:  
Educada en Francia, acaso  
La circunspección no tengo

De una inglesa; ¿mas qué importa?  
¿Es menos puro por eso  
Mi corazón? ¿Dónde, dónde  
De esos delitos horrendos  
Están las pruebas? ¡Malvados!  
Yo con semblante sereno  
Desmentiré á los infames  
Ante todo el universo.

Roch.—¿Y tu inocencia qué importa,  
Si ya del rey el afecto  
No es el mismo?

Ana.— Hermano mío,  
No conoces el imperio  
Del llanto en una hermosura  
Que se ha amado en otro tiempo.

Roch.—¿Sabes que á Lady Seymour  
Ha llamado el rey?

Ana.— Yo creo  
Que Cromwell la habrá arrastrado  
Tomando cualquier pretexto  
Yo lo sabré en el instante.  
Lady Seymour.

Roch.— Yo te dejo  
En libertad: profundiza  
Su corazón. ¡Quiera el cielo  
Que sea cierta tu esperanza  
Y mis temores inciertos!

(Vase.)

ESCENA II

ANA BOLENA. JUANA SEYMOUR.

(que entra al mismo tiempo que sale  
Rochford. Ana se sienta en el sillón con  
mucha seriedad.)

Ana.— Acercaos: no tembléis;  
Respondedme con verdad.

Juana.— Siempre la sinceridad,  
Señora, en mi alma veréis.  
Cierto es que tiemblo al mirar  
Vuestro semblante severo,  
Y saber, señora, espero,  
En qué os pude agraviar.  
Tiemblo, sí, porque tal vez  
Sin saberlo os ofendí,  
Sin saberlo, ¡oh reina! sí,  
A Dios pongo por mi juez.

Ana.— (¿Tan joven y artificiosa  
Hasta tal punto sería?  
No puede ser.) Hija mía,  
Tú eres buena, candorosa:  
En tu noble corazón  
Sólo habita la pureza:  
Respondedme con franqueza,  
Calma, Juana, mi aflicción.  
¿El rey te ha llamado?

Juana.— Sí,

Ricas joyas me ha mandado,  
Y el conde de Essex....

Ana.— (¡Malvado!)

Juana.—Casi me ha arrastrado allí.

Dijo que era mi deber

Dar gracias al soberano;

Dudé yo; tomó él mi mano,

Fué preciso obedecer.

Ana.—(Infame.)

Juana.— Ya en la presencia

Del rey, tímida, turbada,

Parecía condenada

Que escuchaba su sentencia;

Yo no sé lo que sentí.

Cuando el monarca me habló;

Pero el conde respondió

Con mucha bondad por mí:

¡Es el conde tan afable!

Ana.—(Se levanta furiosa, y se pasea por el gabinete).

¡Mucho, sí! ¡monstruo infernal,

Te abortó para mi mal

El averno? ¡Miserable!

¿Posible es tanta bajeza?

¡Pero al rey le pasará

Este capricho, y caerá

Ante mis pies tu cabeza!

Tú volverás á la nada,

Cromwell infame y traidor:

¡Tú temblarás al furor

De una mujer ultrajada!

¡Veré á Enrique, le veré;

Mis quejas escuchará.

Su gracia me volverá

Y al fin vengada seré!

¡Vengarme! vengarme yo,

El tiene la culpa, él;

Me obligan á ser cruel;

¡Pero no he de serlo, no!

Venga ese ministro, si,

Venga á implorar su perdón;

Conocerá el corazón

Que siento latir aquí.

(Se sienta)

Juana.—Tal vez sin saberlo yo,

Señora, os habré ofendido:

Si es así, perdón os pido.

Ana.—Tú no me ofendiste, no:

También tú, víctima eres

Como yo, de un vil engaño:

Se conjuran en el daño

De dos miserables mujeres.

Juana, acaso no sabrás

Lo que es ese brillo falso

Del trono; de él al cadalso

Hay un paso, nada más.

Hoy te quieren elevar

Sacrificándome á mí;

¡Ay! también después, á tí

Te sabrán sacrificar.

Juana.—Señora, yo al esplendor

Del trono nunca aspiré.

Ana.—Lo sé, Juana, si, lo sé;

Abusan de tu candor;

Mas la tempestad sombría

Yo sabré al fin conjurar:

Lo espero: vuelva á reinar  
 En mi pecho la alegría.  
 Haz que entre mi corte aquí,  
 Y de Sméton los acentos  
 Disipen los sentimientos  
 De tristeza que hay en mí.

(Váse Juana.)

ESCENA III

ANA BOLENA.

¡Oh, sueño, sueño cruel!  
 Déjame por compasión;  
 No inundes mi corazón  
 Con tus recuerdos de hiel.  
 Siempre en mi memoria fiel  
 Está la visión fatal:  
 Siento en mi cuello el dogal,  
 Siento quemarse mi diestra;  
 Veo la mano que me muestra  
 El sudario funeral.

Pero no, no, sueño fué,  
 Sueño que pasó veloz:  
 Pronto este recuerdo atroz  
 De mi pecho borraré;  
 La calma recobraré;  
 La dulce paz, el contento;  
 De la poesía al acento,  
 Huirá la melancolía:  
 Vuelva á reinar la alegría;  
 Demos las penas al viento.

ESCENA IV

ANA, ENRIQUE VIII, CROMWELL,  
 Después SMETON, JUANA SEYMOUR,  
 DAMAS Y GORTESANOS.

(Enrique y Cromwell aparecen en la  
 puerta, á la espalda de Ana, y pasan rá-  
 pidamente á ocultarse en la puerta del  
 costado izquierdo.)

Crom.—Nadie nos ha visto entrar,  
 Entrad, señor, y veréis  
 (Comprobada la verdad.)

Enr.—(Al pasar.)

¡Ana Bolena, temblad!

Crom.—Pronto la conoceréis.

Ana.—Venid, señores, hoy siento

Una tristeza mortal:

Sméton, tu dulce acento

Disipe este sentimiento

Con su influjo celestial.

Mi joven poeta, dí:

¿Sabes alguna canción

Nueva?

Sméton.— Si, señora, si;

Una hermosa letra oí,

Que habla con el corazón:

Está llena de ternura

Es la voz de la verdad,

De una alma tímida y pura,  
Que habla llena de amargura  
A su adorada beldad,  
Es de un pobre trovador  
Lleno de melancolía,  
Porque á su constante amor,  
El rango hártó superior.

De su dama se oponía.

Ana.—¿Ella no lo amaba?

Sméton.—No.

Ana.—¿Sabía ella que era amada?

Sméton.—El su cólera temió,

Gimiendo siempre, calló

Su pasión desesperada.

Ana.—El se debió declarar.

Sméton.—Si era un pobre trovador,

Y ella ocupaba un lugar

Tan alto, ¿podía esperar?

Ana.—Todo lo iguala el amor:

¿No es verdad, hermosa Juana,

Que amor no conoce ley?

Todo, su poder lo allana,

Y hasta la distancia es vana

Que hay desde el vasallo al rey.

Mas recita la canción,

Que muy hermosa será

Si la dictó el corazón.

Sméton.—Señora, esa es mi opinión.

V. M. la oirá. (Se sienta, y recita la sí-

guiente.)

Es hermosa la diadema

Que brilla en tu frente pura,

Pero es más de tu hermosura

El bellissimo esplendor:

Yo quisiera, amada mía,

Más y más engalanarte;

Pero nada puede darte

Un humilde trovador.

Tomía el arpa con que canto

Las hazañas de los reyes,

Y de amor las dulces leyes,

Y tu imperio seductor:

Yo no tengo más riqueza,

Yo no tengo plata ni oro;

Hé aquí el único tesoro

De un humilde trovador.

Un poder irresistible

Reina, hermosa, en tu mirada

Y en tu boca nacarada

La sonrisa del amor.

Brilla en tu cándida frente,

Del cielo puro la calma:

Tú eres la vida, tú el alma

De este humilde trovador:

Yo te amo sin esperanza,

Tú eres una gran señora,

Yo soy un triste que llora

Su desventurado amor.

Y á pesar de la distancia

A que nos puso la suerte,

Te ha de amar hasta la muerte

“Este humilde trovador.”

(Se levanta.)

Ana.—Hermosa letra, y sin duda

La habéis recitado bien.

Sméton.—Por vuestra bondad, señora.

Ana.—Algún premio merecéis:

(Le da un anillo, que él recibe de rodillas.)

Esta sortija tomad,

Sméton.

Sméton.— ¡Tanta merced!

¡Una sortija, señora,

De vuestra mano? ¡oh placer!

Enr.— (Sale y Cromwell.)

También yo quiero, buen paje,

Daros algún premio.

Todos.— ¡El rey!

(Se pone Ana en pie.)

Ana.— ¡Señor!....

Enr.— Me alegro, señora,

Que tan divertida estéis;

Mas permitidme premiar

Al paje. Conde de Essex,

Traed lo que os dije. Sméton,

(Váse Cromwell.)

Otra habilidad tenéis

De que no me habéis hablado:

Sois un buen pintor también.

¿No lo sabéis vos, señora?

Ana.—No, Enrique.

Enr.— (A Sméton.)

Dejadme ver

Ese retrato que al cuello

En la cadena tenéis.

Sméton.— (Turbado.)

Yo... señor...

Enr.—Sois muy modesto,

Dádmelo: miradlo, es

(Se lo arrebató y enseña á la reina.)

El vuestro, señora.

Ana.— ¿El mío?

Enr.— (Con risa maligna.)

¿Conque vos no lo sabéis?

Ana.—(Arroja á Sméton una mirada severa y éste se echa á sus pies.)

No señor.

Sméton.— ¡Ah! perdonadme:

Vedme, reina, á vuestros pies.

Sin saberlo vos, señora,

Sin saberlo vos, osé

Retratar vuestras facciones.

(Aparece Cromwell con soldados.)

Enr.— ¡Ya estás aquí, Cromwell? Bien;

Prended á la reina, á Sméton,

A todos cuantos estén

Comprendidos en la lista

Que arreglábamos ayer.

Ana.—¿Qué es esto, señor? oidme.

Enr.—La cámara oirá después

Vuestros descargos.

Ana.— (¡Gran Dios!

Aviso mi sueño fué.)

Enr.—Tú de todos me respondes,

¿Lo entiendes, conde de Essex?

Quita á Sméton ese anillo,

Toma el retrato: veréis

Si impunemente se ultraja

A Enrique VIII. Sabed

Que ha mucho tiempo examino  
Vuestra conducta, mujer.

Norris, Bréretton, Rochford,

Os aman, todo lo sé.

Caerá en todos los culpables

La cuchilla de la ley.

A la Torre conducidlos.

Juana hermosa, no tembléis,

Que como la reina dice,

"Amor no conoce ley."

De la vasalla al monarca.

Nada la distancia es. (Váse.)

### ESCENA V.

Dichos, menos ENRIQUE.

Crom.—Reina, conmigo venid.

Ana.—Ya se cumplieron, traidor,

Tus esperanzas; ya triunfas,

Plebeyo infame y feroz.

¡Sáciate en tu triunfo, impio!

¡Tú que no tienes valor

De medir jamás la espada

Con aquellos que ultrajó

Tu lengua mordaz: por cierto

Te ha llenado de esplendor

Esta hazaña, miserable!

Crom.—No he tenido parte yo,

Y siento....

Ana.— ¡Cállate, infame!

Que la cólera de Dios

Te castigue.

Crom.— ¿Vamos?

Ana.— Vamos,

Que no hay suplicio mayor

Para mí, que tu presencia:

Yo soy la culpable, yo,

Que permití te elevaran

Sobre tu vil condición.

Crom.—Gracias, señora.

Ana.— ¡Dios mío!

¡Qué sangre fría! ¡oh furor!

Tú eres el genio del mal.

Crom.—Pues así lo queréis vos,

Lo seré por complaceros.

Ana.—¡Te burlas de mi dolor!

Crom.— (Señala á los soldados.)

Estos señores aguardan,

¿Vamos?

Ana.—(Tirándole con un guante en la

(cara.)

¡Confúndate Dios!!!



### ACTO TERCERO.

Gran salón en White-Hall, donde habita Enrique VIII; grandes muebles, y entre ellos una mesa á la derecha con la corona del monarca, y otra igual á la izquierda con recado de escribir, y un gran sillón.

#### ESCENA I

ENRIQUE VIII, CROMWELL.

(El primero escribiendo, y el segundo á la puerta del salón.)

Crom.—Escribe; acaso se ocupa  
En teológicas cuestiones:  
Es en verdad muy extraño  
El carácter de este hombre;  
Tal vez está refutando  
Aquel inmenso librote  
De los Siete Sacramentos  
Que escribió él mismo; ¡oh pasiones,

Cómo jugáis con los reyes,  
De católico, tornose  
En protestante: mañana,  
Si lo exigen sus amores,  
Defenderá el Alcorán.  
Bien, así te quiere Cromwell.

Enr.—(Viéndolo.)  
¡Oh, Cromwell! ¿ya estás aquí?  
¿Están cumplidas mis órdenes?

Crom.—Sí, señor, ya se hallan presos  
Los cuatro gentiles-hombres  
De la reina.

Enr.— Bien; ¿quién falta?

Crom.—Falta solamente el conde  
De Rochford: no está en palacio;  
Pero irá pronto á la Torre,  
Porque los guardias le han traído.

Enr.—¿Qué dice el pueblo de Londres,  
De la prisión de la reina?

Crom.—Todos, señor, reconocen  
Vuestra justicia.

Enr.— (Mirándolo fijamente.)

¿Me adulas?

Crom.— (Bajando los ojos.)

No, señor.

Enr.— ¡Cuidado, conde!

¿Y Lady Seymour, qué hace?

Crom.—Lady Seymour es tan joven,

Tan tímida, que sin duda

La habrá aterrado este golpe

De justicia. ¿Lo creeríais,

Señor? Ha llorado.

Enr.— Cromwell,

Haz que venga á mi presencia:

Preciso es que sus temores

Con la dulzura se calmen.

Crom.—La inocente no conoce

Su bien: el trono la asusta

Enr.—Pronto probará sus goces.

Haz que citen á los pares

Que la cámara componen,

Para decidir la suerte

Hallarás en esta lista.

(Le da un papel.)

Crom.—Se hará como lo dispone

V. M. (Leyendo.) "El duque

De Norfolk preside." Este hombre,

Aunque es tío de la reina,

Está irritado, y supone

Que el crimen es cierto. ¡Bien!

"Suffolk, Worcester, el conde

De Derby, Tomás Andley,"

Este es mi criatura, "Morley,

Chinton, Cobhan, Windsor, Sands,

Mordaut, Dacres el lord Pouviz."

¡Bien, muy bien! La mayoría

Es excelente, ¡Oh! ¿el nombre

De Northumberland también?

(Tanto mejor: este conde

Es amante despreciado;

Se vengará de ella.)

Enr.— Cromwell,

¿Qué te parecen los jueces?

Crom.—Pienso que todos conocen

Su deber: todos son rectos.  
 Enr.—Que se circulen las órdenes  
 En el instante; y no olvides  
 Que vengan aquí Juana, conde. (Váse.)

ESCENA II

CROMWELL,

Vuela, navecilla mía  
 Con viento en popa. ¡Qué júbilo!  
 Ha llegado en fin el día  
 Que tanto tiempo anhelé.  
 Mira ya, reina orgullosa,  
 Cómo este plebeyo misero,  
 Que tú hollaste desdeñosa,  
 Hoy derriba tu poder.  
 Bajo mi triunfante planta  
 Te mirará el mundo atónito:  
 Así el genio se levanta  
 Ayudado del rencor.  
 Vamos, nueva soberana,  
 Ocupad el trono espléndido;  
 ¡Mas, cuidado, hermosa Juana!  
 ¡Cuidado, que aquí estoy yo!  
 ¡Cuánto he trabajado, cuánto!  
 ¡Lady Seymour es tan tímida!  
 Fue preciso al ver su llanto,  
 Esforzarme á no reir.  
 ¡Es tan niña todavía,  
 Tan inocente, tan cándida!

Mas con la experiencia mía  
 Será una gran reina, sí.

ESCENA III

CROMWELL, ROCHFORD.

Roch.—A buscaros he venido  
 Hasta palacio, milord.  
 Crom.—También yo os busco, señor;  
 Encontraros dichá ha sido,  
 Y de no haberos hallado  
 Ciertas gentes que mandé,  
 Me admiro: acaso....  
 Roch.— No sé:  
 Ya nos hemos encontrado;  
 Mi nombre y el de mi hermana  
 Habéis manchado, traidor;  
 Yo soy un hombre de honor,  
 Y ella vuestra soberana.  
 Al rey quejarme no quiero,  
 Porque caballero soy,  
 Y á vengar mi nombre voy  
 Sólo como caballero.  
 En vuestra casa os busqué,  
 De ella hace poco salí:  
 Pensé que estabais aquí,  
 Y por fin os encontré;  
 Y supuesto que infamáis  
 A quien vale más que vos,  
 Pronto veremos por Dios,

Si con valor os mostráis,  
 O si para vuestra mengua,  
 Para vuestra confusión,  
 Tenéis corto el corazón  
 Y larga sólo la lengua.  
 Porque un hombre para hablar  
 Debe primero saber  
 Si puede al fin sostener  
 Lo que quiere ayenturar;  
 Ni vuestra clase elevada,  
 Nada os podrá garantir,  
 Porque también sabe herir  
 En los ministros mi espada.  
 Dadme una satisfacción.

Crom.—Hablares más despacio:  
 Ved que ahora estáis en palacio,  
 De aquí vais á la prisión;  
 Pero si acaso, después  
 Que os absuelvan, deseais....

Roch.—¡A una prisión! ¿os burláis?

Crom.—No, señor, la verdad es;  
 Pero cuando más un día  
 Estaréis con vuestra hermana.

Roch.—¿Está presa también Ana?

Crom.—No hace una hora todavía:  
 Viendo estoy que no sabéis  
 Lo que en palacio ha pasado:  
 Toda la escena ha cambiado,  
 Señor conde, ya lo veis.  
 Privada de libertad,  
 A mi pesar, vuestra hermana,  
 Y una nueva soberana,  
 Según se dice....

Roch.— ¡Callad!

Crom.—Guardias.

Roch.— Sin duda el infierno,  
 Hombre inicuo, te abortó,  
 O á la tierra te mandó  
 En su cólera el Eterno.  
 (Aparecen en la puerta los guardias.)

Crom.—Os perdono: con razón  
 Habláis, señor conde, así.

Roch.—¡Huye, apártate de mí,  
 Ministro de maldición!

Crom.—Como ministro, la ley  
 Debo á mi pesar cumplir;  
 Yo la quisiera eludir;  
 Pero así lo manda el rey.  
 Una ocasión vuestro labio  
 En público me ultrajó;  
 Mas no la recuerdo, no,  
 Yo sé olvidar un agravio.  
 Y que, en fin, en realidad  
 ¿Qué venía á ser todo ello?  
 Nada: que yo era plebeyo,  
 Y bien, esa es la verdad.  
 Pero ved, señor, la suerte  
 Qué injusta fué con los dos:  
 Yo estoy junto al trono, y vos  
 Tal vez cercano á la muerte.  
 Pero si mi valimiento....

Roch.—¡Y lo puedo tolerar! (Quiere sacar la espada: Cromwell hace una señal á los guardias, que lo sujetan.)  
 Vamos, llevadme á respirar

En un potro de tormento,  
 ¡Sí, del abismo el horror!  
 Prefiro al verte, malvado!  
 Crom.—Seréis, señor, bien tratado!  
 Porque sois "hombre de honor."  
 Roch.—Sólo así puedes tener  
 Tanta audacia; si estuviera  
 Libre yo, temblar te viera  
 Como cobarde mujer.  
 Haz que me maten, traidor:  
 Pues si me librara un día,  
 Tu sangre no bastaría  
 Para saciar mi furor.  
 Ni quedar impune creas,  
 Aunque muera yo, malvado,  
 Que el cielo por fin cansado...  
 Crom.—Llevadle.  
 Roch.— ¡Maldito seas! (Váse.)

## ESCENA IV

CROMWELL

Señor conde, este es mi día;  
 Yo el vuestro sufrí con calma;  
 Fortuna es tener una alma.  
 Una alma... como la mía.  
 Es preciso activo ser;  
 Hay mil cosas que arreglar:  
 Una reina que quitar,  
 Otra reina que poner.

¡Pueblo, pueblo, qué lecciones!  
 El rey juega con las leyes,  
 Los ministros con los reyes...  
 ¿Y lo sufren las naciones? (Váse.)

## ESCENA V

ISABEL PRESTON Y UN PAJE

Isab.—Decid á S. M.  
 Que de parte de la reina  
 Vengo á verle.  
 Paje.— ¿Vuestro nombre?  
 Isab.—Isabel Préstón. ¡Oh! quiera,  
 (Váse el paje.)

Quiera el cielo bondadoso  
 Que la triste Ana Bolena  
 Recobre el favor de Enrique!  
 ¡Quién de tan duro se precia,  
 Que al ver á esta hermosa joven  
 Tan inocente y tan bella  
 En aquella obscura torre,  
 Llanto de piedad no vierta?  
 Tal vez esta triste carta,  
 Esta carta cuyas letras  
 Están regadas con llanto,  
 La gracia del rey le vuelva.  
 Gran Dios, extiende tu mano;  
 Dale á mis palabras fuerza.

## ESCENA VI

EN RIQUE VIII, ISABEL PRESTON.

Enr.—Lady Préstón, bien venida.

Isab.—Ojalá que en hora buena  
Llegase, señor.Enr.— Decid,  
¿Qué os conduce á mi presencia?Isab.—Permitid que de rodillas  
Os haga, señor, entrega  
De esta carta.

Enr.— Levantad.

Isab.—No, gran rey: también mi lengua,  
Por la verdad, animada,  
La verdad, no la e'ocuencia,  
Quiere, si acaso es posible,  
Dar á esa carta más fuerza.

Enr.—Levantad, os lo suplico.

Isab.—V. M. lo ordena.

Enr.—¿Qué carta es ésta?

Isab.— ¿Es posible

Que desconozcáis la letra,  
La letra que en otros días  
Hizo palpar con fuerza  
Vuestro corazón amante?  
Abrid la carta, y en ella  
Veréis el idioma santo  
Con que la verdad se expresa.  
Es de vuestra fiel esposa,  
De la triste Ana Bolena.

Enr.—¡Fiel!

Isab.— (Hincándose.)

Si, señor, yo lo juro  
Por ese Dios cuya diestra  
Al calumniador castiga;  
Lo juro por mi existencia,  
Por cuanto hay de más sagrado  
En el cielo y en la tierra.

Enr.—Levantaos.

Isab.—(Levantándose.)

Yo he vivido  
Ha mucho tiempo con ella:  
Sus costumbres, sus palabras,  
Sus acciones más secretas  
He presenciado, y repito  
Que es imposible hallar pruebas  
Del crimen que se le imputa:  
Que la atroz maledicencia,  
Y la envidia y la venganza  
Por todas partes la cercan.  
Y, sin embargo, á excepción  
De una que otra ligereza  
Excusable, que ni crimen  
Ni aun falta llamarse pueda,  
No hallarán en su conducta  
Sino verdad y pureza.  
Por desgracia en todas partes  
Se alza el odio contra ella,  
Porque en su nombre, señor,  
Se han cometido violencias,  
Cuando el huracán combate  
A esta flor cándida y bella,

Que ninguna voz se alza  
Para tomar su defensa;  
Cuando entre prisiones gime  
Sin un amigo siquiera,  
¿No le tenderéis la mano?  
¿En su favor no resuena  
Alguna voz en el fondo,  
Señor, de vuestra conciencia?

Enr.—Basta, Lady Préstón, basta;  
Nada ya que hacer me resta:  
La cámara va á reunirse;  
Ella dicte la sentencia.

Isab.—Pero, señor...

Enr.—Basta, digo,  
Y á la triste Ana Bolena,  
Esto mismo que os he dicho  
Repetidle por respuesta.  
Guárdeos Dios.

Isab.— ¡Desventurada!  
Ningún recurso le resta:  
Sólo Dios le hará justicia.  
¡Temblad, reyes de la tierra! (Váse.)

ESCENA VII

ENRIQUE VIII.

¿Qué clase de sentimiento  
Turba mi serenidad?  
¿Es el amor? ¿la piedad?  
¿Acaso el remordimiento?

¿Puedes juzgar con razón,  
Que Ana Bolena es perjura,  
Enrique? ¿Quién lo asegura?  
Registra tu corazón.  
No; tu capricho es la ley,  
Hablan sólo tus pasiones,  
¡Y hay un Dios que las acciones  
Juzgará por fin del rey!  
Quisiera salvarte, Ana;  
Pero es á mi superior  
Este frenético amor....

ESCENA VIII

ENRIQUE VIII, JUANA SEYMOUR,  
CROMWELL.

Crom.—Aquí está la hermosa Juana.

Enr.— Llegad, bella Juana,  
Dejad el temor:  
Temeis mi presencia?...

Juana.— ¡Oh! temerla, no;  
Pero....

Enr.— ¿Tiemblas, Juana!

Qué amable candor;  
Más hermosa eres  
Que el brillante sol:  
Siéntate y escucha  
Tranquila mi voz.

Juana.— ¿En vuestra presencia?

Enr.— Sí, lo mando yo.

Crom.—El rey os lo manda,  
Y es vuestro señor.

Juana.—Obedezco.

Enr.— ¡Oh, Juana!

De mi corazón

Los ocultos senos

A mostrarte voy.

Joven, yo te amo;

Pero esta pasión

No es de afecto débil

Centella veloz;

Es un incurable

Frenético ardor:

Te amo, como aman

Las flores al sol,

A la madre el hijo....

¿Mas qué digo? No,

Para lo que siento

No hay comparación.

¿Te amo, como ama

El ángel á Dios!

¿Ves de esa corona

El regio fulgor?

¿Ves ese respeto

Que una gran nación

Me tributa? ¡Oh, Juana

Por el esplendor

De tus ojos bellos

Los trocara yo!

Sí, por un cayado

De humilde pastor

Dejara mi cetro,

Si tu corazón

En cambio me daba

Dulcísimo amor!

Respóndeme, Juana,

Responde á mi voz.

Juana.—Señor, no merezco.

Enr.— No digas, señor,

Que tú eres mi reina,

Yo tu esclavo soy.

Ha llegado el día

Que el cielo marcó

Para que ocuparas

Un puesto mejor.

De simple vasalla

No es tu condición:

Sube al trono augusto

Que te brindo yo.

Juana.—(Levantándose.)

¡Un trono! ¡Qué escucho!

¡Un trono! ¡Gran Dios!

Siento arder mi frente,

Jamás la ambición,

Jamás, pobre Juana,

En tu pecho entró:

Y ahora... de improviso...

Tal declaración...

Me parece sueño;

No sé dónde estoy.

Crom.—(A la simplecilla

Le falta valor;

Preciso es que acuda

En su auxilio yo.)

Señor, la sorpresa  
Embarga su voz;  
Mas tantas bondades  
Pagaré su amor.

Enr.— ¡Oh! mirala, Cromwell,  
Con su agitación,  
Sus vagas miradas,  
Su hermoso color,

Parece á mis ojos  
Celeste visión.  
Fantástica forma  
Que un mago invocó:

¡Oh, sueño brillante  
De dicha y amor!

Juana.— Pero, ¿si... ¡Gran Dios!  
¡No sé lo que digo!

Crom.— ¿Lo escucháis, señor?

Enr.— Os ama.

Bien, basta:  
En otra ocasión  
Hablarán sus labios  
Sin tanto rubor.

### ESCENA IX

Dichos, UN PAJE

Paje.—(Anunciando.)  
El conde de Northumberland.  
Enr.—Que pase. (Váse el paje.)  
Y tú, joven hermosa, te retira:

Nos veremos después; pero entretanto  
Recibe de mi mano esta sortija.

(Se la pone.)

Juana.—Gracias, señor.

Enr.— ¡Oh Cromwell! más que  
(nunca)

Siento arder en amor el alma mía!

### ESCENA X

ENRIQUE VIII, ENRIQUE PERCY.

(que entra al salir Juana y Cromwell.)

Enr.—Llegad, mi querido conde:  
Tengo gran placer de veros,  
Sabéis qué os aprecio.

Percy.— Yo  
Tanta bondad agradezco;  
Mas hoy, señor, á quejarme,  
Y sólo á quejarme vengo.

Enr.—¿De quién, conde?

Percy.— De vos mismo.

Enr.—¿De mi mismo? no os entiendo.

Percy.—Bien sabéis, señor, que antes  
De subir al trono excelso  
Vuestra infelice consorte  
(Que gime hoy en un encierro)  
Fué mi esposa prometida.

Enr.—Bien lo sé, conde, y sobre eso  
Quiero, como os dije ya,  
Ciertas preguntas haceros.  
Proseguid.

Percy.— Yo amé á esa joven:

La amé con tan grande afecto,  
Que es difícil describirlo,  
Mas difícil comprenderlo;  
Pues decir que la adoraba,  
Que ella fué el primer objeto  
Que encendió en el alma mía  
De amor el sagrado fuego,  
Que mi luz eran sus ojos,  
Su sonrisa mi recreo,  
Mi cielo su frente pura,  
Y mi música su acento,  
Son débiles expresiones  
De lo que sintió mi pecho;  
Que hay cosas que no se explican  
En el humano dialecto.  
Sólo en Ana estaba fijo  
Sin cesar mi pensamiento,  
Como en la estrella del Norte  
Los ojos del marinero:  
De día era mi esperanza,  
Mi ocupación, mi embeleso,  
Y de noche embellecía  
Mis dulcísimos ensueños.

Enr.— Mucho la amabais!

Percy.— ¡Oh! tanto,

Que no basto á encarecerlo.  
Mi alma entonces se gozaba  
En un porvenir risueño,  
Que se disipó cual humo  
A los impulsos del viento:  
Vos, señor, arrebatasteis

Todos mis goces á un tiempo;  
Todo, pues en esa joven  
Se cifraba mi universo.  
Se ofuscó la desdichada  
Con el esplendor del cetro,  
Y por ocupar el solio,  
Olvidó mi amor sincero:  
Este amor era tan puro,  
Tan fino, tan verdadero,  
Que si perderle sentía,  
Me consolaba á lo menos  
La idea de que era un trono  
De sus virtudes el premio.  
Su dicha, señor, su dicha  
Era mi mayor anhelo,  
Aunque yo sufriera en cambio  
Una vida de tormentos.  
Subió Ana Bolena al trono  
Entre públicos festejos;  
Yo, triste y desesperado,  
Partí para mi destierro.  
¿Qué me importaba la corte,  
Músicas, bailes y juegos,  
Si el alma del alma mía  
Me arrebataron los cielos?  
Así he vivido, señor,  
Rogando siempre al Eterno  
Que sobre Ana derramase  
La dulce paz y el contento.  
¿Y pensáis que el que la ha amado  
¡Oh gran rey! con tal extremo,  
Pueda tornarse en verdugo?  
(Saca un papel.)

Al ver este nombramiento  
Que de recibir acabo  
Para ser juez. . . ¡vive el cielo,  
Señor, que toda mi sangre  
Sentí en mis venas ardiendo!  
¿Pensáis . . . ? Pero no sois vos,  
Es el ministro perverso  
Que ha dirigido esta trama;  
El solo quien ha supuesto  
Que Enrique Percy podría  
Abrigar un sentimiento  
Innoble, y que se prestase  
A sus infames deseos.

Enr.— ¡Conde!

Percy.— Si, señor; suponen  
Que aquel pasado desprecio  
De mi amor, á la venganza  
Conduzca mi airado pecho.  
Por Dios que no me conoce  
Quien tal infamia ha supuesto.  
Regístrense los anales  
De mi familia, y en ellos  
Se verán, señor, virtudes,  
Heroicidad, altos hechos,  
Y en muchas generaciones  
No se encontrará un ejemplo  
De baja, ni una mancha  
Que empañe su brillo terso.  
De Northumberland los condes,  
Nobles siempre y grandes fueron;  
Y yo que heredé su nombre,  
También sus glorias heredo.

Aquí está, señor, mi espada  
Pronta para defenderos;  
Si es necesaria mi sangre,  
También, señor, os la ofrezco;  
Pero mostradme enemigos  
Dignos de mi noble esfuerzo,  
Empresas grandes mandadme,  
Que esta mano y este acero  
Ni subscriben una infamia,  
Ni hieren al indefenso.  
Nombrad para juez á otro;  
Pares hay en vuestro reino,  
Que con pureza y justicia  
Desempeñen este empleo,  
Sin tener para rehusarlo  
Los motivos que yo tengo.  
Pero querer que el amante  
Se convierta en juez severo,  
Y que en su alma resuciten  
Antiguos resentimientos,  
Es pretender que mi nombre  
Se cubra de oprobio eterno.  
Dispensadme.

Enr.— Os he nombrado  
Porque sois, conde, muy recto  
Y el triunfo de la justicia.  
Es lo único que deseo.  
Pero dejando esto á lado,  
Decid, conde, ¿en aquel tiempo  
Que amasteis á esa infelice,  
Hubo acaso de por medio  
Esponsales?

Percy. No, señor;  
 Fué un solo sencillo afecto;  
 Ni otro lazo nos unía,  
 Que un amor puro y sincero.  
 Enr.—Aceptad, pues, os repito,  
 Aceptad el nombramiento,  
 Sed superior á las voces  
 Del amor; así lo espero.  
 Este es un servicio, conde,  
 Que le haréis á todo el reino.

(Váse.)

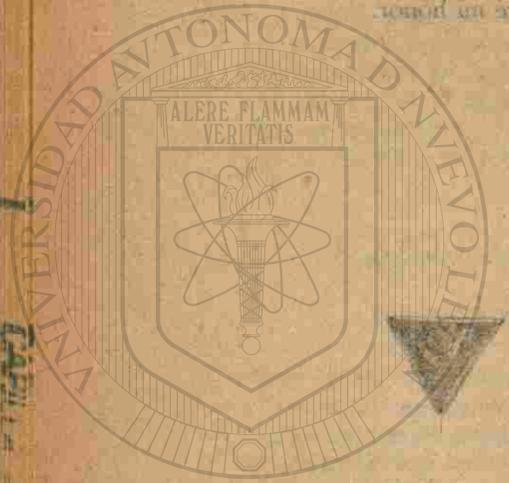
ESCENA XI

PERCY.

¡Qué calma! ¡Qué sangre fría!  
 ¡Y pudo el rey un momento  
 Imaginar que su intento  
 Apoyase la voz mía?  
 El nombramiento de juez  
 Acepto, ¡oh desventurada!  
 La verdad será escuchada,  
 Y te salvaré tal vez.  
 Sí: será tu defensor  
 El mismo á quien despreciaste;  
 Hoy que del trono bajaste,  
 Hoy te sostendrá mi amor.  
 ¡Ah! si te puedo salvar,  
 Si hago respetar la ley,  
 Aprenda de mí ese rey

Cómo se debe portar.  
 No me importa su furor;  
 Adule otro con bajeza;  
 Yo perderé mi cabeza,  
 Pero salvaré mi honor.

Como se debe prestar  
No me imponga el honor  
/.../



.../.../

**ACTO CUARTO.**

**LA SENTENCIA.**

Gran sala en la Torre, llamada "Sala del rey." En derredor una especie de estrado elevado, y circundado de una balaustrada: dentro de él asientos para los pares: en el centro, una especie de dosel con las armas de Inglaterra.

**ESCENA I**

**CROMWELL.**

Cromwell, unas horas más,  
Y tu obra será completa:  
Ya de los gentileshombres  
Se pronunció la sentencia.  
¡Muerte! ¡Gran Dios! Esta sangre



Una vez sobre mi cabeza  
 Caerá! Tiemblo, á pesar mio.  
 A mi pesar se apodera  
 Cierta inquietud de mi alma....  
 Pero no; vanas quimeras.  
 La fortuna se declara  
 Por mí: cada instante aumenta  
 Mi valimiento en la corte.  
 Pronto esa orgullosa reina,  
 Aquí mismo en esta sala  
 Escuchará su sentencia.  
 La cámara va á reunirse;  
 Esa soberana nueva  
 Me deberá su fortuna:  
 Cuando en el trono se vea,  
 No puede olvidarse... ¡ah! sí,  
 Si, no será la primera  
 Que los servicios pasados  
 Desconozca en la opulencia.  
 ¡La suerte de un favorito  
 Suele ser tan pasajera!  
 Volseo también gozaba  
 Una privanza completa:  
 También como á mi del polvo  
 El rey lo elevó á otra esfera,  
 Y cayó al fin. Ese Enrique  
 Tan inconstante se muestra  
 En mujeres y en ministros,  
 Que vivir temiendo es fuerza.  
 ¡Animo, Cromwell! De otros  
 Te servirá la experiencia,  
 Y de la fortuna instable  
 Tal vez fijará la rueda.

## ESCENA II.

CROMWELL, PERCY.

Percy.—Os buscaba.  
 Crom.— ¿Vos, señor?  
 ¿En qué puedo yo servirlos?  
 Percy.—Cosas tengo que deciros  
 De alta importancia, milord.  
 Crom.—(Tiene un aire de grandeza,  
 Una superioridad....)  
 Percy.—Hablaré con claridad,  
 Ya conocéis mi franqueza;  
 La misma espero de vos:  
 So'os estamos aquí.  
 ¿Me conocéis, conde?  
 Crom.— Sí.  
 Percy.—Nos conocemos los dos.  
 Ocupais hoy un lugar,  
 Sin duda muy elevado;  
 Mas no al ministro de estado,  
 Sino á Cromwell quiero hablar:  
 ¡A Cromwell! ya me entendeis.  
 No sois un necio, milord,  
 Y al través del esplendor  
 Que os circunda os conocéis.  
 Esa efímera grandeza  
 En que os hallais, es prestada;  
 Vos salisteis de la nada.....  
 Crom.—¡Yo!

Percy.—Perdonad mi franqueza.

La posición en que os veis  
Acaso no es duradera,  
Y de la misma manera  
Que subisteis, bajareis;  
Porque de un rey el favor  
Es sombra que pronto huye,  
Débil flor que se destruye  
Al vientecillo menor.  
Hombres de antigua nobleza  
El favor han obtenido,  
Y, sin embargo, han perdido  
El favor y la cabeza.

Así, Cromwell, no podéis  
Sobre esta verdad cegaros,  
Y otros bienes procuraros  
Para este caso debeis.  
Porque hablando con verdad,  
Esas palabras, milord,  
De patriotismo y honor,  
Nada son en realidad  
Para vos, y apreciareis  
En más un rico diamante,  
Que esa placa deslumbrante  
Que sobre el pecho teneis.

Crom.—¿Me insultais?

Percy.— No, conde, no:

No tenemos un testigo,  
Os hablo como un amigo;  
Ni soy indiscreto yo:  
Hablad con franqueza, pues,  
Para que nos entendamos:  
Todos, Cromwell, procuramos

Nuestro privado interés.  
En público no hablaremos  
De esta manera jamás,  
Pero es comedia no más  
Lo que ante el público hacemos.  
Grande riqueza teneis;  
Pero muy mal adquirida,  
Y en caso de una caída,  
Vuestros bienes perderéis.  
Vos debeis, Cromwell, busca:  
Para este caso un amigo.

Crom.—Sí.

Percy.— Podéis contar conmigo,

Si me quereis ayudar.  
No perdais esta ocasión:  
Además de mi amistad,  
De mis bienes la mitad  
(Saca un papel.)

Ved en esta donación.

Vuestra será si quereis.

Crom.—¿Con qué condición, señor,

Debo obtener tal favor?

Espero que os expliqueis.

Percy.—Cromwell, tomad el partido

De la reina.

Crom.—

¡No, jamás!

Percy.—Os daré mil veces más

De lo que os tengo ofrecido.

Ya conocéis mi opulencia,

Vuestra será desde hoy;

Todos mis bienes os doy

Si defendeis la inocencia.

Cromwell, Cromwell, bien sabeis

Que no es Ana criminal;  
Decidlo en el tribunal,  
Y grande y rico sereis.  
Pero decidlo; por Dios,  
Salvad á esa desgraciada.

Crom.—No os puedo prometer nada,  
Señor, lo siento por vos;  
Y pues buscáis la franqueza,  
Os descubro el alma mía:  
Por perder á Ana, daría  
Mis bienes y mi cabeza.

Percy.—¡Qué escucho!

Crom.— No hay esperanza,  
Señor.

Percy.— Me ciega la ira:  
¡Bárbaro! ¿quién os inspira  
Tanto rencor?

Crom.— ¡La venganza!

Esa reina y sus parientes  
Mi destrucción meditaban.  
En público me ultrajaban  
Con sus lenguas maldicientes:  
Toda la corte reía  
Al ver mi ridiculez;  
Pues bien, ya llegó mi vez;  
Yo aprovecharé mi día.  
Era una lucha, señor:  
Si yo la hubiese perdido,  
Tal vez no se hubiera oído  
Una voz en mi favor.  
Como un perro hubiera muerto,  
De todos menospreciado;  
Pero, señor, he triunfado,

Me aprovecharé por cierto.

Percy.—Reflexionadlo: yo espero  
Que mudareis de opinión.

Crom.—No: mi eterna salvación  
Porque cambie, no la quiero.

Percy.—¡Hombre bárbaro y críel,  
Hombre de sangre y horror!

¡Tú provocas mi furor!

¡Guárdate, infeliz, de él!

Tu soberbia aniquilada,

Tu odioso nombre en olvido,

Y tú á polvo reducido

Quedarás si alzo mi espada.

Y pues prefieres así

Mi furor á mi amistad,

¡Tiembra! Ya la eternidad

Se está abriendo para ti.

La sangre que se derrama

Por tu culpa, se alzaré,

Y tus huesos quemará

Como abrasadora llama:

La cólera del Eterno

Caerá sobre ti, malvado,

Y allá en su seno abrasado

Te recibirá el infierno.

Crom.—No extraño vuestro furor:

Si en mi poder estuviera.

Percy.—¿Y no te veré siquiera,

Triste objeto de mi amor?

Crom.—(Esa rica donación,

¡Cómo dejarla escapar!)

Percy.—(Ana, por ti á suplicar

Me abato en esta ocasión.)

Cromwell, debeis dispensar  
 Mi funesto frenesi,  
 Tened compasión de mí,  
 ¿No sabéis lo que es amar?  
 Os suplico por el cielo,  
 Ya que tanto os obstináis,  
 Que al menos me, concedáis  
 Dar á esa infeliz consuelo.  
 Para entrar á su prisión  
 Dadme una orden, os lo pido  
 Con llanto y agradecido  
 Os cedo esta donación. (Se la da.)  
 Tomadla: no me la deis,  
 Cromwell, no me la volvais.  
 La orden, la orden, ¿me la dais?  
 Crom.—No soy mármol, la obtendreis.  
 Percy.—¡Gracias, gracias! Ana mía,  
 Mía la desgracia te ha hecho;  
 Yo te estrecharé á este pecho,  
 Que tú rompiste algún día.  
 Yo suspiraré contigo,  
 Yo recibiré tu llanto,  
 Consolarán tu quebranto  
 Las lágrimas de un amigo.  
 Crom.—Los pares van á llegar;  
 Moderad vuestro dolor.  
 Percy.—Triste objeto de mi amor,  
 ¿Y no te podré salvar?  
 ¡Tormento, tormento atroz!  
 ¡Mundo injusto, mundo impío!  
 La hora va á llegar, ¡Dios mío!  
 Da'e elocuencia á mi voz.

### ESCENA III

Dichos. EL DUQUE DE NORFOLK.

(Algunos pares que van llegando progresivamente, durante esta escena.)

Nor.—Guárdeos Dios: señor conde,  
 Mucho me complazco en veros.  
 Hace tiempo que en la corte  
 No habitáis, Enrique.

Percy.— Es cierto.  
 Me disgusta tanto el mundo,  
 Que he preferido el destierro.

Nor.—¡Tan joven!

Percy.— Duque de Norfolk,  
 Desde los años primeros  
 De mi existencia, he probado  
 El cáliz del sufrimiento.  
 Dulcísimas ilusiones  
 Me halagaron en un tiempo;  
 Pero pasaron, pasaron  
 Tan rápidas como el viento.  
 Un destino inexorable  
 Vino con mano de hierro  
 A romper mis esperanzas,  
 A despertarme del sueño.  
 Mis ojos vieron entonces,  
 En su aspecto verdadero  
 Del mundo las ilusiones,  
 Y su falsedad huyendo

En mis tierras he vivido,  
Donde no miro á lo menos,  
La perfidia y las maldades  
De que la corte es el centro.

Nor.—Joven, de vuestra familia,  
Sois el único heredero:

La gloria debe animaros.

Percy.—¿La gloria, señor? ¿Es cierto!

Yo probaré que soy digno  
Del nombre de mis abuelos.

El valor y la justicia

Siempre de mi casa fueron

Las principales virtudes:

Yo las tendré, lo prometo:

Animado de la gloria

Haré escuchar mis acentos

En favor del desgraciado.

Me vereis, duque, muy presto

Desafiar los furios

De un rey irritado y ciego.

Nor.—Qué decis?

Percy.— Que no es culpable

Ana Bolena. Yo espero

Que vos también, señor duque,

Unireis vuestros esfuerzos

A los míos, y salvarla

Acaso conseguiremos.

Nor.—¿Salvarla, milord? ¿Salvarla!

¿Estais en vos? ¡Vive el cielo,

Que no será! Por lo mismo

Que es mi parienta, deseo

Que lave su sangre impura

La deshonra que ha cubierto

El nombre de mi familia.

Sepa, conde, el mundo entero,

Que inflexible en la justicia,

Fui superior al afecto.

Percy.—El crimen no está probado,  
Señor.

Nor.— Uno de los reos

Ha confesado.

Percy.— ¿Qué escucho!

Nor.—No lo dudeis, conde; Sméton

Lo ha dicho todo.

Percy.— ¡Imposible!

Nor.—¡Yo, señor conde, no miento!

Mi cabeza ha emblanquecido

En la virtud; más respeto

Se me debe.

Percy.— Yo no digo

Que mintais; pero sostengo

Que estais engañado, duque.

Esa confesión de Sméton

Será del infame Cromwell

Algún artificio nuevo.

La promesa de salvarle

La vida, tal vez lo ha hecho

Decir cosas que no existen.

Nor.—Bien: ha llegado el momento

De decidirlo: ya el número

De pares está completo.

Ana Bolena bien pronto

Aparecerá: la oiremos.

Percy.— Tú que eres verdad y vida,

Salva á la virtud, Dios bueno!

Nor.—¡Hola! pónganse las guardias.

Nuestras sillas ocupemos.

Crom.—(A un par):

No olvidéis, milord, lo dicho.

(A otro):

Contad con aquel empleo.

(A otro):

El rey es muy generoso,

Y está de vos muy contento.

(Ocupan todos sus asientos sobre el balaustrado; se abre la puerta grande del salón; se colocan centinelas en ella, así como en los extremos de la sala.)

Nor.—Abrase la sesión. Ilustres pares,

Ya el motivo sabéis que os ha reunido;

Ana Bolena, reina de Inglaterra,

Se encuentra hoy acusada del delito

Espantoso y terrible de adulterio:

El lustre del Estado, el puro brillo

De la corona, la moral sagrada,

El nombre de Inglaterra, el honor mismo

De vosotros, Milores, se interesa

En que probado el crimen, sin castigo

No quede, con escándalo del mundo.

Cada uno de vosotros habrá visto

La causa, con la calma y la prudencia

Que exige el caso: oigamos al ministro;

Después á la acusada, y vuestros votos

Recibiré por fin. ¡Ilustres hijos

De Inglaterra! ¡que el cielo os aconseje!

Obrad sin prevención. Hable el ministro.

Crom.—Doloroso es, Milores, en tal causa

Ser el acusador: el labio mío

No sé si articular podrá las voces

Que por orden del rey debo deciros.

Esa reina es tan bella, tan graciosa,

Tiene en torno de sí tal atractivo,

Que parece imposible que su alma

Haya sido capaz de tal delito.

Así el rey lo juzgaba: mucho tiempo

Hace que con prudencia y con sigilo

Sigue los pasos de su infiel esposa.

La noble alma de Enrique no ha querido

Obrar con ligereza; él adoraba

A esa infeliz mujer: yo era testigo

Del amor que el monarca le tenía.

Un esposo jamás hubo tan fino

Como Enrique lo fué. Pruebas muy gran-

(des,

Pruebas irrefragables del delito

Han sido necesarias á irritarlo.

Enrique, largo tiempo los oídos

Cerró á la acusación; pero en la corte

Con escándalo grande, en mil corrillos

Se murmuraba ya de su clemencia.

Indagar el origen fué preciso,

De estas hablillas, y encontró las pruebas.

En la causa, milores, habreis visto

Varias declaraciones, que contestes

Prueban los vehementísimos indicios

Del crimen de la reina, y finalmente,

Mirad este retrato y este anillo

Por el rey mismo á Sméton arrancados.

Ellos prueban, milores, el cariño

Que á su paje tenía Ana Bolena.

El mismo Sméton francamente ha dicho

Por su propia conciencia estimulado,

Que de la reina fué correspondido.

Percy.—¿Y esa declaración dónde se encuentra?

Crom.—La retractó al momento, seducido Por agentes tal vez de Ana Bolena.

Mi narración, milortes, he concluido:

Decidid este asunto: el rey espera

De vuestra rectitud un fallo digno.

Percy.—Nobles pares, oíd: la verdad sanna,  
La verdad sola dicta mis acentos.

Ana Bolena tiene acusadores,

Peró no un defensor de sus derechos.

Examinad con rectitud la causa,

Examinadla, jueces; que ni el miedo,

Ni la lisonja vil, en vuestras almas

Influyan en tan crítico momento.

Aquel que tenga una alma tan mezquina,

Que la verdad sagrada conociendo

Tema irritar al rey, y la justicia

Tuerza tal vez por tan innoble miedo,

Deje la vestidura respetable,

Y desocupe el elevado asiento,

Que yo no temo al rey ni á sus ministros:

Sólo la infamia y la vergüenza temo.

¿Cuáles las pruebas son de este delito

Que en la reina suponen? Yo no veo

Sino sospechas, y sospechas vagas,

Calumnia y nada más: he aquí el proceso.

¿Qué dicen los testigos? que la han visto

Reir con Wáston, elogiar á Sméton,

Que al caer en Greenwich el bravo Norris,

Echó sobre él la reina su pañuelo:

Que han visto algunas veces á su herma-

(no

Junto á la cabecera de su lecho.  
¡Grandes pruebas, por Dios! ¿Y ese retrato

Que el rey halló de Sméton en el cuello,  
Y esa sortija de que tanto alarde

Ha hecho el ministro, son los documentos

Que prueban el delito? ¿Desde cuándo

Es vedado á una reina dar en premio

Una sortija suya, estimulando

De algún poeta ó músico el talento?

Si esta acción un motivo menos noble

Temido hubiese, hiciérala en secreto,

No ante toda su corte, que el delito

La soledad procura y el silencio.

¿Y ese retrato? . . . Fuerza es confesarlo:

El rey tiene un bajísimo concepto

De los nobles Ingleses que me escuchan,

Si alegar quiere como prueba este hecho.

Si sin su aprobación se le retrata,

O con ella también, ¿qué prueba esto?

Dése una nueva ley, y en adelante

Lleve siempre la reina con un velo

Cubiertas sus facciones: ¡Ah, milortes!

¿Y estas las pruebas son? ¡viven los cie-

(los!

Que si por esta acusación se juzga

Sin agregar mejores fundamentos,

La sangre de esa víctima infelice

Caerá sobre vosotros, y el Eterno

Terrible cuenta os tomará algún día.

Jueces, temed su tribunal tremendo;

Temed el deshonor de vuestro nombre;

Temed la execración del universo.

Nor.—Que se presente al punto la acusada,  
Y lo que tenga que decir oiremos  
Para fallar mejor: vos entretanto  
Las suertes repartid.

Percy.— ¡Piadoso cielo,  
Qué horrible situación! Dignate dame  
Para mirarla sin morir, esfuerzo.

ESCENA IV

Dichos, ANA BOLENA.

(Que aparece seguida de sus damas, entre  
las que están Lady Seymour é Isabel  
Préston; Ana vestida de negro y cubier-  
ta con un velo negro.)

Nor.—Llegad, señora: ya el crimen  
De que os acusan sabéis.

Ana.—Sí, señor.

Nor.— Los nobles pares

Que ha comisionado el rey

Para juzgaros, os oyen:

Si defenderos quereis,

Hablad; pero hablad, señora,

Con candor y buena fe;

De este modo el soberano

Os perdonará tal vez.

Ana.—¿Perdonar? ¿De qué delito?

Si por crimen entendéis,

Miñores, leves indicios

Contra el texto de la ley

Y sospechas infundadas

Que á pesar del interés  
Que en perder se haya tenido

Á esta infelice mujer,

Nada prueban: si es acaso

Un crimen alegre ser:

Si reir es un delito,

Si amar á su hermano lo es,

Yo soy criminal sin duda,

Y no me avergonzaré

De confesar estas faltas,

Si por faltas las teneis.

¿Pero esto prueba, millores,

Que esta desgraciada fué

Reo del crimen espantoso

De adulterio? ¡Eterno Sér!

Esta acusación horrible

Es sin duda más criuel

Que el suplicio. Nobles pares,

En vuestra mano teneis

Mi suerte: como os agrade

De mi vida disponed.

Pero por el cielo os juro,

Por aquel Supremo Juez,

Ante quien todos nosotros

Debemos comparecer:

Por mi vida y por mi alma,

Os juro que no manché

Mi honor; que nunca un esposo

Tuvo una esposa más fiel.

Esta es la verdad, millores.

Nor.—¿Ese anillo conoceis?

Ana.—Era mío: la habilidad

De Sméton con él premié

Públicamente.

Nor.— Sin duda  
Reconocereis también  
Ese retrato.

Ana.— Es el mío.

¿Acaso es delito ser,  
Sin saberlo, retratada?  
Ni aun sabiéndolo lo es.

Nor.— Sméton ha confesado  
Que correspondido fué  
Por vos, señora.

Ana.— Mintió,  
Y se retractó después.

Norris, Bréretón y Wáston,  
Han sabido sostener  
La verdad, y aunque el perdón

Se les ofrece tal vez  
Por premio de la calumnia,

Quieren antes perecer  
Que subscribir á la infamia.

Milores, hay otro Juez,  
Que es superior á vosotros:

Si vuestro fallo criiel  
Mancha mi nombre, algún día

Conmigo aparecereis  
Ante su eterna justicia.

Jueces, apelo ante él:  
Resentimientos injustos

Del señor conde de Essex,  
Que ha jurado mi ruina:

Nuevos amores del rey,  
He aquí mi crimen, ¡oh pares!

Condenadme si quereis:  
Me resigno, y os perdono.

Dios os juzgue.

Nor.— ¿No teneis  
Más que decir?

Ana.— Si, milores,  
Que también perdono al rey.

Nor.— Salid, señora.

Ana.— Gran Dios,  
Que el fondo del alma ves,  
Tú mi inocencia conoces;  
Dígnate, ¡oh Dios! sostener  
A esta desdichada. ¡Oh Cromwell!  
Yo te perdono también.

#### ESCENA V.

Dichos, menos ANA BOLENA Y SUS DAMAS

Nor.— Sentenciad, ¡oh nobles pares!  
(Toca la campanilla, y aparece un paje.)

Los votos ya recoged.  
(Recoge en una urna los votos y los entrega á Norfolk)

Percy.— ¡Dios mío! ¡Qué agitación!  
¡Ana, cuál será tu suerte!

Nor.— (Vaciando la urna, en que aparecen  
muchas bolas negras con algunas blancas.)

He aquí la sentencia.

Percy.— ¡¡ Muerte!!  
(Cae en una silla.)

Nor.— Se levanta la sesión.

(Se levantan todos.)

Percy.— Saciad, bárbaros, saciad  
Vuestra furia: hollad la ley,

Doblad la rodilla al rey,  
Sus pasiones adulad.

Nor.—Reportaos, conde.

Percy.— No:

Acusadme si quereis,

Mi sangre derramareis;

¡Y bien! eso quiero yo.

La grande obra terminad,

Intérpretes de la ley;

Llevad mi cabeza al rey,

Con ella el favor comprad.

Nor.—Basta ya.

Crom.— De su aficción.

Compadeceos: venid.

Nor.—Sí, vamos.

Percy.— Cromwell, cid.

Cromwell, Cromwell, ¡¡ maldición!!



## ACTO QUINTO.

### LA TORRE Y EL CADALSO.

#### PRIMER CUADRO.

Prisión de Ana Bolena en la Torre de Londres: una mesa con un Crucifijo: algunos papeles sobre ella: puerta al fondo, que se supone la entrada exterior: puerta á la izquierda, que se supone el dormitorio de Ana Bolena.

#### ESCENA I.

ANA BOLENA. (apoyada en la mesa.)

¡No dormir, no descansar!

¡Tener fijo el pensamiento

En este horrible momento

Que no se puede olvidar!

Calderón.—3

Doblad la rodilla al rey,  
Sus pasiones adulad.

Nor.—Reportaos, conde.

Percy.— No:

Acusadme si quereis,

Mi sangre derramareis;

¡Y bien! eso quiero yo.

La grande obra terminad,

Intérpretes de la ley;

Llevad mi cabeza al rey,

Con ella el favor comprad.

Nor.—Basta ya.

Crom.— De su aficción.

Compadeceos: venid.

Nor.—Sí, vamos.

Percy.— Cromwell, cid.

Cromwell, Cromwell, ¡¡ maldición!!



## ACTO QUINTO.

### LA TORRE Y EL CADALSO.

#### PRIMER CUADRO.

Prisión de Ana Bolena en la Torre de Londres: una mesa con un Crucifijo: algunos papeles sobre ella: puerta al fondo, que se supone la entrada exterior: puerta á la izquierda, que se supone el dormitorio de Ana Bolena.

#### ESCENA I.

ANA BOLENA. (apoyada en la mesa.)

¡No dormir, no descansar!

¡Tener fijo el pensamiento

En este horrible momento

Que no se puede olvidar!

Calderón.—3

Nada tengo que esperar  
De este mundo, y todavía  
Existe en el alma mía  
La esperanza. ¡Hija del cielo!  
Tú eres mi último consuelo,  
Tú mi sola compañía.  
¡Morir! ¡morir! ¡Es tan dura  
Esta palabra! ¡Dios mío!  
¡Siento al pronunciarla un frío!  
¡Contiene tal amargura!  
¡Conque pronto esta hermosura,  
A quien Londres admiraba,  
Que el cetro de oro empuñaba,  
Será en polvo convertida?  
¡Le diré adiós á la vida  
Cuando todo me halagaba?  
¡Espantosa situación!  
Siento mi frente abrasada,  
Siento aquí una mano helada  
Que me abrumba el corazón:  
¡Oh jueces! por compasión  
No me deis descubrir  
Mi sentencia, si á vivir  
No me destina la suerte,  
Que esperar la horrible muerte  
Es muchas veces morir.  
¡Ay! morir es descansar:  
¡Por qué temer tal momento?  
No sé: pero es un tormento  
Si se tiene que esperar,  
¡Y te atreves á quejar  
De tu suerte, Ana Bolena?  
Sufre tú la misma pena

Que otros por ti habrán sufrido:  
Tomás Morrus, tu gemido  
Hoy en mis oídos truena.  
¡Piedad, piedad, Dios de amor!  
Perdona á esta desgraciada:  
Mírame á tus pies postrada,  
Compadece mi dolor. (Ruido dentro.)  
Llega alguno: ¡qué temblor!  
Acaso el verdugo, . . . sí:  
Aquí está mi cuello, aquí;  
Mas no me hagáis padecer,  
Soy una débil mujer,  
Tened compasión de mí.  
(Se cubre el rostro con las manos, y queda  
así algunos momentos.)

## ESCENA II.

ANA, Sir WILLIAMS KINSTON.

Kin.— ¡Héla allí: pálida, triste,  
Sin amigos, sin consuelo!  
¡Cambio espantoso! Del trono  
Bajar al horrible seno  
De esta prisión: la infelice  
No sabe del parlamento  
La decisión: todavía  
Acaso late su seno.  
Animado de esperanza.  
Yo, yo soy el mensajero  
De su sentencia: ¡Dios mío!  
Dame para verla esfuerzo.

Ana.—¡Ah! ¿sois vos, Kinston?  
Sobre vuestros ojos veo  
Una lágrima; si acaso...  
Hablad: ese aire funesto.  
Ese silencio, ¡Dios mío!  
Todo lo adivino, ¡cielos!  
¿Conque ya no hay esperanza?

Kin.—No, señora.

Ana.— ¡Oh Sér Supremo!

Sostén la flaqueza mía,  
Animame: yo fallezco.

(Se sienta.)

Dadme la sentencia, Kinston,  
Y de una vez apuremos  
El cáliz de los dolores.

¡Muerte! ¡muerte! La merezco.  
No por lo que se me imputa;  
Otros crímenes horrendos  
Se han cometido en mi nombre;  
No los evité pudiendo....

Los autoricé. Decidme,  
¿Ocupabais ya el empleo  
De teniente de la Torre,  
Cuando aquí estuvieron presos  
Rochester y Tomás Morris?

Kin.—Sí, señora. ¿Qué recuerdos!

Ana.— ¿Los visteis?

Kin.— Sí.

Ana.— ¡Desgraciados!

Kinston, ¿no es verdad que debo  
Ocupar el mismo sitio  
Que antes ocuparon ellos?  
¡Dios es justo! Amigo mío,

¿No podré ver á lo menos  
A mi hija, á mi triste padre,  
A mi hermano, á estos objetos  
De mi cariño? Sir Kinston,  
Para mí será un consuelo  
Su presencia. ¡Oh! no es posible  
Deciros lo que padezco:  
¿Los podré ver?

Kin.— No, señora;  
El rey lo ha prohibido. Tengo  
Ordenes tan terminantes,  
Que nadie puede á los reos  
Ver, sin firma del ministro.

Ana.—Hágase en todo, Dios bueno,  
Tu voluntad, y recibe  
Este sacrificio nuevo  
En expiación. Sir Kinston,  
Decid, ¿cuántas horas tengo  
Que vivir aún?

Kin.— Señora,  
Menos de doce.

Ana.— ¡Oh! qué tiempo  
Tan corto! Mi buen amigo,  
¿Es el verdugo muy diestro?  
Yo necesito tan poco  
Para morir; ved mi cuello,  
Es muy fácil el cortarlo,  
Con el golpe más pequeño.  
¿No es verdad, Kinston?

Kin.— Por Dios,  
No me habéis así, os lo ruego.  
Me olvidaba de un encargo,  
Señora; un servidor vuestro

Que está preso en esta Torre  
Quiere hablaros un momento.  
Si lo permitís, al punto  
Le vereis.

Ana.— ¿Quién es?

Kin.— Sméton,

Ana.— ¿Sméton? ese cobarde,  
Ese traidor, que por miedo  
Del suplicio, ha calumniado  
Mi nombre? No quiero verlo;  
Su presencia me irritara,  
Y yo, sir Kinston, desco  
En mis últimos instantes  
Tener otros pensamientos.

Kin.— El mis pasos ha seguido:  
¿Si vierais con cuánto empeño  
Me demandaba esta gracia!  
Vedle, señora, os lo ruego:  
Quiere morir perdonado.  
Sí, llegad, llegad, Sméton.

### ESCENA III.

Dichos, SMETON.

SMETON (se precipita á los pies de la  
reina.)

Señora, miradme aquí,  
En mis lágrimas bañado:  
Quiero morir perdonado,  
¿Cuánto, cuánto os ofendí!  
Oh! perdonad mi flaqueza!

Perdonadme, reina mía,  
Si manchó mi lengua impía  
Vuestra celestial pureza.  
Yo me arrepentí.

Ana.— ¡Traidor!

Os arrepentisteis tarde;  
Vos me amabais, ¡ah cobarde!  
No conocéis el amor.  
¿Y piensan que á mi deber  
Por vos hubiera faltado?  
¡Ah! si á un hombre hubiese amado,  
Más hombre había de ser.  
Tomad lección de firmeza  
De mis otros servidores;  
Ellos no serán traidores  
Por libentar su cabeza.  
A vos reservada estaba  
Esta vergonzosa acción.  
¿Y es tan débil corazón,  
Quien de amarme se jactaba?  
¿Cómo en mi presencia os veis  
Sin espirar de rubor?

¡Hombre vil y sin honor,  
Dejadme, no me insulteis!

Sméton.— ¡Perdón, señora, por Dios,  
O espiraré á vuestros pies!  
Si grande mi culpa es,  
Mucho más grande sois vos.

Kin.— Sí, señora, perdonad.

Ana.— Me olvidaba donde estoy,  
Y que á comparecer voy  
Muy pronto á la eternidad.  
Yo os perdono, ¡desgraciado!

¡Cuánto mal me hicisteis vos!  
Perdone mis culpas Dios,  
Como yo os he perdonado.

Sméton.—¡Ah señora! ¿y es verdad  
Que olvidais la falta mía?  
Es hasta el último día  
La misma vuestra bondad.  
Ya late mi corazón  
Más tranquilo; ya la muerte  
No me es tan dura, y mi suerte  
Sufro con resignación.  
Angel puro, ¿así pagais  
Tanto mal con tanto bien?  
¡Oh! ¿quién os iguala, quién?  
¿Y por mi culpa llorais?  
¡Qué débil, que ingrato fui!  
Y, sin embargo, señora,  
Vuestra imagen seductora  
Era todo para mí.  
Un instante de temor...  
¡Temor infame! Yo diera  
Mil vidas si las tuviera,  
Por olvidar este error.

Ana.—¡Pobre Sméton!  
Sméton.— ¿Derramais  
Lágrimas de compasión?  
¡Oh cuánto á mi corazón,  
Cuánto bien le procurais!  
“¡Pobre Sméton!” ¡Qué palabra!  
Repetidla todavía,  
Y luego la suerte impia.  
El abismo á mis pies abra.  
“¡Pobre Sméton!” ¡Pobre, sí,

Muy pobre, muy desgraciado!  
De una fiebre devorado,  
Siempre gimiendo viví.

Ana.—Basta, Sméton; olvidar  
Debeis ya lo que pasó:  
Ya nuestra hora sonó,  
En Dios debemos pensar.

Kim.—Es tiempo ya de partir.

Sméton.—Por el cielo soberano  
Dadme á besar vuestra mano.

Ana.—Adiós.

Sméton.—Ya puedo morir.

(Vase y Kinston.)

#### ESCENA IV.

ANA BOLENA.

Corre el tiempo presuroso,  
La noche se acerca ya.  
¡Qué pensamiento espantoso!  
Ya tu luz ¡oh sol hermoso!  
Para mí no brillará!  
Si, brillará todavía,  
Pero por última vez,  
En la hora de la agonía,  
En que vuela el alma mía  
Ante su terrible Juez.  
Poco tengo que vivir...  
Unas horas ¡oh dolor!  
¡Morir tan joven, morir!  
¡Ah! yo no puedo sufrir

Esta idea de terror.  
Tú sólo, Dios de piedad,  
Eres la vida y la luz.  
¡Ah! es tanta mi maldad,  
Que ni á implorar tu bondad  
Me atrevo al pie de la cruz.

## ESCENA V.

ANA, PERCY.

Percy.—Ana.

Ana.—¿Quién es?

Percy.—¿Desconocéis, acaso,  
La voz que un tiempo os halagó el oído?

Ana.—¿Sois vos, Percy?

Percy.—Yo soy, y que he venido  
A veros, Ana, en la hora del dolor.Ana.—¿Vos, cuyo nombre en esa lista veo,  
Vos mi juez?Percy.—¿Vuestro juez? no, vuestro amigo:  
¿Ya no me conocéis? Dios es testigoDe que he sufrido tanto como vos:  
Nombróme el rey porque tal vez pensaba

Que una venganza vil fuese mi guía.

Yo acepté por salvaros; la voz mía

Despreciando los riesgos estorcé.  
¿Y vos pensáis que el que os amó tan fino,El que por vos perdiera su existencia,  
Pudo firmar la bárbara sentencia?

Ana, ¿qué mal, qué mal me conocéis!

Ana.—Percy, ¿es posible? ¿Percy, á quieto  
(un día

Yo desprecié por la ambición cegada!  
Vuestra noble conducta me anonada;  
Miradme aquí cubierta de rubor;  
Digna no soy de afecto tan sublime,  
Abandonadme á mi espantosa suerte.  
Percy.—Jamás, Ana, jamás: la misma  
(muerte

Entibiar no podrá mi corazón.  
Cuando sentada en el augusto trono  
Te circundaba el fausto y la alegría;  
Cuando en torno de ti todo reía,  
Jamás con quejas tu placer turbé.  
Yo triste y solo en fatigosa vida,  
Horas pasé de amargo desconsuelo;  
Siempre invocando en tu favor al cielo;  
Llorando siempre mi perdido bien.  
Hoy, que tu dicha se trocó en tormento,  
Y tanto bien en horrible quebranto;  
Aquí está Enrique; enjugará tu llanto:  
Tu llanto es mío, si tu dicha no.  
Ana.—Yo no merezco tu piedad, Enrique!  
¿Qué criminal, qué criminal he sido!  
El llanto que mis ojos han vertido  
No aplacará la cólera de Dios.  
¡Ay! al entrar en esta horrible Torre,  
Por esos calabozos he pasado  
De Morris y Rochester: he temblado;  
Me pareció escuchar su maldición.  
Sus sombras contra mí se alzan airadas,  
Y si á los pies de Dios me precipito,  
Parece que oigo un espantoso grito:  
“¡No hay para ti misericordia, no!!...”  
Y de mis huesos se apodera un frío

Que hasta en mi corazón mi sangre hiela.  
Siento mi frente arder, y todo vuela  
En torno mío en vértigo fatal.  
Y mil recuerdos en tropel confuso  
Hiervén tal vez en mi extraviada mente:  
Lo pasado se mezcla á lo presente  
Sin poder los objetos separar.  
Miro un cadalso, un cetro, una diadema,  
Y una frente con sangre á un tiempo mis-

(mo.

Un alto trono, un espantoso abismo,  
Un regio manto, un mísero ataúd.  
¡Ay! porque nada falte á mi desgracia,  
Mi razón perderé.

Percy.— ; Calla, infelice!  
Alza tus ojos. ; Qué, nada te dice  
Aquel Dios que por ti murió en la cruz?  
Una gota de llanto es suficiente  
Para borrar las culpas de la vida.  
Recobra tu razón, Ana querida:  
Oremos juntos: Dios te escuchará.

Ana.— ; Recuerdas la canción que me can-

(tabas

En el país de Kent? ; con qué ternura!  
; Yo era entonces tan cándida, tan pura!  
Percy.— ; Qué recuerdos, gran Dios!  
Ana.— Aquí, aquí están,  
Parece que despierto de un gran sueño,  
; Sueño brillante á un tiempo y espantoso!  
Y que vuelvo á encontrar aquel reposo,  
Aquella dulce paz que antes gocé.  
En mi sueño también me parecía  
Que era en brillantes himnos celebrada ;

; Pero qué puede compararse, ; nada!  
Con lo que tú cantabas á mis pies?  
Ni el incienso que mandan á los reyes,  
Con aquellos gratismos olores  
Que despedían las hermosas flores  
Con que ornabas mi frente virginal.  
Yo era entonces hermosa: cuando el aura  
De mi semblante separaba el velo,  
; Ves, me decías, ese hermoso cielo?  
No puede compararse á tu belleza.  
Percy.— ; Infeliz! ; A lo menos un instante  
Roban á su dolor las ilusiones!  
; Joven desventurada!

Ana.— Estos salones  
Son de un palacio: vámonos de aquí.  
No, no; son las paredes de una Torre,  
De la Torre de Londres; ; desdichada!  
Estoy á muerte, á muerte condenada,  
Y mañana, ; gran Dios! voy á morir.  
Percy.— ; Infeliz! ; Si pudiese yo salvarla!  
Al rey veré, y acaso todavía  
Esa sentencia revocar podría.  
Yo me siento inspirado. Le veré.)

Calma tu agitación, Ana querida,  
Abre tu corazón á la esperanza,  
Deposita en mi amor tu confianza,  
Procuraré salvarte: veré al rey.  
Ana.— Será inútil, Enrique; necesaria  
A sus nuevos amores es mi muerte;  
Ya resignada esperaré mi suerte:  
Más tranquila estoy ya con tu perdón.  
Ora por mí: por tu virtud acaso,  
Y por mi llanto y largo sufrimiento,

Dios me perdonará y en el momento  
 Del sacrificio me dará valor.  
 ¡Cuánto agradezco tu bondad, Enrique!  
 Por ti sólo tal vez seré llorada,  
 Y en mi tumba de todos despreciada,  
 Vendrás á orar, amigo, alguna vez.  
 ¡Qué injusta fui contigo! ¡Tú me amabas!  
 ¡Cómo conozco ahora tu ternura!  
 Y tu alma franca, generosa, pura,  
 A consolar viene hoy á esta infeliz!  
 Percy.—¡Oh si mi sangre por la tuya diera!  
 Ana.—No, vive, vive, pues vivir mereces,  
 Y á Dios por mí dirigirás tus preces;  
 Nunca se olvide tu piedad de mí.  
 Nada tengo que darte: ha poco tiempo  
 Que estaba de riquezas circundada:  
 Hoy me hallo pobre, sola, despreciada...  
 Ni un anillo que darte me quedó.  
 Guarda ese crucifijo en mi memoria:  
 En él está la fecha en que he nacido;  
 Tú grabarás aquella en que ha salido  
 Esta infeliz del mundo engañador.  
 Ya no veré á mi hermano, ni á mi padre,  
 Ni á mi hija, ¡oh Dios! á esta hija idola-  
 (trada:  
 Aquí á tus pies en lágrimas bañada  
 Te recomiendo, Enrique, á mi Isabel.  
 Percy.—¡Levántate, por Dios!  
 Ana.—Amigo mío,  
 Bendito seas por tu gran clemencia,  
 Tú, sólo tú conoces mi inocencia,  
 Libra de infamia á esta infeliz mujer.

## ESCENA VI.

Dichos, KINSTON.

Kin.—Perdonad, si á pesar mío  
 Vengo á deciros, señor,  
 Que es hora de retiraros.  
 Ana.—¡Ay! ya el momento llegó  
 De perder cuantos objetos  
 Aliviaban mi dolor.  
 Percy.—No perdais la confianza;  
 Todavía espero yo,  
 Con el ruego (ó con el oro)  
 Sacaros de esta prisión.  
 Veré al rey: el cielo acaso  
 Dará poder á mi voz.  
 Mostraos, ¡oh reina! digna  
 Del rango á que os destinó  
 El Eterno: El fortifique,  
 Señora, vuestro valor.  
 Ana.—Nada espero, nada, Percy;  
 Pero en este corazón  
 Grabadas vuestras bondades  
 Estarán, y vuestro amor.  
 Adiós, mi mejor amigo,  
 Mi ángel tutelar, adiós.  
 Percy.—Nos veremos todavía.  
 Ana.—En este mundo ya no.  
 Percy.—Lo espero, sí, nos veremos.  
 Ana.—En la eternidad.... ¡¡Adiós!!

## SEGUNDO CUADRO.

Decoración del acto tercero.

## ESCENA I.

ENRIQUE VIII, CROMWELL.

Enr.—¿Qué falta, Cromwell?

Crom.— Señor,  
Vuestras órdenes siguiendo,  
El conde Rochford y Norris,  
Wáston, Bréretón y Sméton,  
Han sido decapitados  
Dentro de la Torre.

Enr.— Bueno.

¿Y esa mujer?

Crom.— Ya está todo  
Para el suplicio dispuesto.  
Hice venir al verdugo  
De Calé, que es el más diestro,  
Porque la pobre señora  
Tenga que padecer menos.

Enr.— ¡Eres muy piadoso, Cromwell!  
¡Y te negarán tus émulos  
Esta virtud!

Crom.— Es el mundo  
Siempre muy injusto.

Enr.— Cierto.

Crom.— Traigo á V. M.  
Aquel otro documento  
Que esperaba.

Enr.— ¿Cuál?

Crom.— El fallo

Del primado, cuyo objeto  
Es anular vuestro enlace  
Con Ana Bolena: vedlo;  
Se funda la decisión  
En que contrajo en un tiempo  
Ana Bolena esponsales  
Con Enrique Percy.

Enr.— Creo

Que esta decisión no agrade  
A ese bravo caballero;  
Pero á mí me importa: ¡bien!  
Pon allí ese documento.  
¿Qué te parece del drama  
Que representamos?

Crom.— Pienso

Que está cerca el desenlace.

Enr.— Debe terminarse presto.

¿No tendrá segunda parte?  
¿Un ministro, no es un bello  
Personaje?

Crom.— Si, señor,

Con tal que el drama funesto  
Con su muerte no termine:  
Y mejor fuera por cierto  
No ejecutar ya más dramas  
Trágicos.

Enr.— En este has hecho  
Un papel muy distinguido.

- Crom.—Sin embargo, ya deseo  
Que acabe.
- Enr.— Cuidado, Cromwell;  
No sea que en un día de estos  
Haya otro drama, llamado:  
"Muerte de un ministro."
- Crom.— Espero  
Que no lo habrá, porque nunca  
Será el ministro indiscreto.
- Enr.—Está bien; pero ya es tarde,  
Y muchas cosas tenemos  
Que hacer hoy. Haz que apresuren  
Esa ejecución, y luego  
Que se arreglen esos trajes  
De boda: que esté dispuesto  
El altar para mañana,  
Pues mañana mismo quiero  
Unirme á Lady Seymour.  
Que haya un aparato regio:  
Músicas, bailes, convites,  
Espectáculos y fuegos:  
Que la nueva soberana  
Todo lo encuentre risueño  
Y hermoso cual su semblante.
- Crom.—Sereis, señor, satisfecho.
- Enr.—¿Y cómo sabré aquí mismo  
El instante en que haya muerto  
Esa mujer? Es precisa  
Una señal.
- Crom.— El momento  
De su muerte un cañonazo  
Os lo hará saber.
- Enr.— Entiendo.

- Que asista Juana Seymour;  
Este saludable ejemplo  
Puede servirla de mucho:  
Mi hijo natural deseo  
Que también asista, el duque  
De Richemond, porque quiero  
Que se acostumbren sus ojos  
A espectáculos sangrientos.  
No olvidés la ceremonia  
De mañana, conde, y luego  
Que la ejecución termine,  
Lávese la sangre: el suelo  
Cubrid con hermosas flores;  
Que ni el rastro más pequeño  
Quede de lo que ha pasado.
- Crom.—¿Y dónde sepultaremos  
El cadáver? ¿A la vista  
Le dejaremos del pueblo  
Algunos instantes?
- Enr.— No;  
Enterradle en el momento  
De la Torre en la capilla.  
Parte, Cromwell.
- Crom.— Obedezco.  
(¿Qué calma tiene el monarca!  
¿Nunca lo ví tan contento!) (Vase).

## ESCENA II.

ENRIQUE VIII.

¡Anda, Cromwell, que tal vez  
 Tu hora llegará algún día!  
 ¡Y la mía! ¡cielos! ¡la mía!  
 Todos tenemos un Juez.  
 No importa: este pensamiento  
 Es preciso desechar;  
 Debemos vivir, gozar,  
 Mientras llega ese momento.  
 ¡Cuánto tarda el nuevo día!  
 ¡Mañana! ¡oh placer! mañana  
 Serás mía, hermosa Juana;  
 ¡Para siempre serás mía!  
 Y arrobado, embebecido,  
 Contemplando tu hermosura,  
 Hallaré en ti la ventura,  
 Del universo en olvido.

## ESCENA III.

ENRIQUE VIII, UN PAJE, después KINSTON.

Paje.—Sir Williams Kinston espera  
 Para pasar, el permiso.  
 Enr.—¿El teniente de la Torre?  
 Haced que pase.  
 (Vase el paje, y sale Kinston.)

¡Oh mi antiguo  
 Y buen servidor! ¿Qué nuevas  
 Os traen por estos sitios?  
 ¿Venis á darme las gracias  
 Tal vez, porque compasivo,  
 De vuestra querida Torre  
 Cinco huéspedes os quito?  
 Hablad.

Kin.—Vuestra augusta esposa....

Enr.—¿Cuál de ellas? porque he tenido  
 Dos, y espero que mañana  
 Otra ha de ocupar el sitio.Kin.—La infeliz Ana Bolena,  
 Que en este momento mismo,  
 Vuestra voluntad cumpliendo,  
 Camina para el suplicio,  
 Me ha encargado que os trajese  
 Con sus últimos suspiros  
 Un triste mensaje.

Enr.—¿Cuál?

Kin.—Dejadme para decirlo,  
 hacer lo que me mandó.

(Hinca una rodilla.)

Enr.—¿Qué haceis?

Kin.—La reina me ha dicho:

“De rodillas ante el rey  
 Postraos, mi buen amigo,  
 Y decidle que si acaso  
 Alguna vez á su oído  
 Fueron dulces mis palabras,  
 Si un resto, no de cariño,  
 Sino de piedad, conserva,  
 Por acaso en favor mío,  
 Por la memoria sagrada

De sus padres, le suplico  
 Que sobre mi hija no caigan  
 Sus furros; que el delito  
 Que me suponen es falso;  
 Que yo de nuevo lo afirmo  
 En el instante solemne  
 En que á la tumba camino:  
 En fin, le direis que sufro  
 Los más horrendos martirios;  
 Pero que yo le perdono."

Enr.—Gracias. Levantaos, Kinston.

Kin.—No, gran rey; si de la reina  
 El triste encargo he cumplido,  
 Quiero, señor, que escuchéis  
 Lo que yo quiero deciros.  
 Esa joven desgraciada  
 Es inocente: yo he oído  
 Las palabras que pronuncia  
 Cuando se halla sin testigos:  
 He observado atentamente  
 Si en sus frecuentes delirios  
 Se le escapaba un acento  
 Que indicase su delito;  
 Pero en vano, es inocente,  
 Inocente! yo lo afirmo  
 Por mi honor. El sacerdote,  
 Gran señor, que la ha asistido,  
 Lo dice también. Os ruego  
 Que suspendais el suplicio,  
 No caiga luego esa sangre  
 Sobre vos y vuestros hijos.

Enr.—Basta, Kinston: levantaos:

(Se levanta.)

Ya ha decretado el destino  
 La muerte de Ana Bolena.  
 Cúmplase, pues.

Kin.— (¡Qué tranquilos  
 Mandan la muerte los reyes!)  
 (Suenan la campana, que seguirá por inter-  
 valos hasta el fin.)  
 ¡Oh cielos! ese sonido  
 Es señal de que la reina  
 Marcha al cadalso. ¡Ah Dios mío!

#### ESCENA IV.

Dichos, ISABEL PRESTON.

Enr.—¿Quién llega?

Isab.—(Hincándose).

Vedme otra vez,  
 ¡Oh gran rey! á vuestras plantas,  
 Y bien que tan poco influjo  
 Tengan, señor, mis palabras,  
 Ya resistir no he podido  
 El impulso que me arrastra.  
 ¡Señor, por el alto cielo,  
 Por la Omnipotencia santa,  
 Por vuestros hijos queridos,  
 Trocad la sentencia iníatusta  
 De la reina: ¡es inocente!  
 En este instante la arrastran  
 Al suplicio: todo el pueblo  
 Llanto de piedad derrama.  
 Salid á verla, señor,

Salid, tal vez vuestra alma  
Se conmoverá á su vista.  
Oid, oid la campana  
Que los corazones hiela;  
Señor, corred á salvarla:  
¡Es inocente, inocente!  
Que su cabeza no caiga:  
Corred, todavía es tiempo.

Enr.—(Queriéndola levantar.)

Basta, Lady Preston, basta.

Isab.—¡Ah! no, monarca clemente,  
No dejaré vuestras plantas.  
Piedad, señor, piedad piden  
De Ana Bolena las damas,  
Y otros muchos por mi boca  
Vuestra clemencia reclaman.

Kin.—Sí, perdonadla, señor.

Enr.—Ya vuestro ruego me cansa  
Inútilmente: es preciso  
Que muera esa desdichada.

### ESCENA V.

Dichos, PERCY.

Percy.—Enrique, Enrique, es tiempo to-  
(davía:  
Os vengo á hablar en nombre del Eterno.  
Si apreciáis vuestro nombre, si los gritos  
De la conciencia oís, si al Juez severo  
Ante quien parecer debéis un día,  
Algún temor conserva vuestro pecho,

Impedid que esa sangre se derrame,  
Impedid que los siglos venideros  
Maldigan vuestro nombre, y vuestros hijos  
Sufran de la ignominia el duro peso.  
¡Justicia! ¡oh rey! ¡justicia! Vendrá un día  
En que comprar querreis á cualquier precio  
Un momento de paz; ¡será ya tarde!  
Un implacable, atroz remordimiento  
Vuestras entrañas romperá, y en vano  
Demandareis piedad al justo cielo.  
La sangre de esa víctima infelice  
Se alzaré contra vos, y vuestros huesos  
Quemará, y gemireis, y esos gemidos  
Con risa horrible aplaudirá el infierno.  
Enr.—¡Basta, conde, callad! Mi tolerancia  
Vais apurando ya, ¡viven los cielos!  
Temed mi indignación.

Percy.— Nunca he temblado:  
Tiemble sólo el malvado, tiemble el reo;  
Mas yo defendiendo la justicia santa,  
Yo la inocencia y la virtud defendiendo.  
Arrancadme la vida si así os place:  
Dividid mi cabeza de mi cuerpo;  
Temblar no me vereis en el suplicio,  
Mi nombre cubrireis de lauro eterno.  
¡Oh Dios! ¡oh santo Dios! las horas corren!  
¡Ana infeliz! ¡se acerca ya el momento!  
¡Oh rey! jamás un Percy la rodilla  
Ante un hombre dobló; y á tus pies puesto,  
Enrique clama en lágrimas bañado,  
¡Piedad! ¡piedad! concibe mi tormento.  
No derrameis la sangre de una esposa.

Enr.—No era mi esposa, conde, he aquí  
(el decreto

Del primado, que anula el matrimonio,  
Porque con vos contrajo en otro tiempo  
Esa mujer solemnes esponsales.

Percy.—¿Qué escucho! ¡Eterno Dios!  
(¿No estais contento

Con derramar su sangre, y en su hija  
También os vengareis? Pero si es cierto  
Ese motivo, la sentencia es nula:

¿Cómo sin matrimonio hay adulterio!  
¿Mi esposa! si lo fuese, ¿quién osara  
Arrancarla de mí? ni el poder vuestro  
Fuera capaz de tanto, sin que antes  
Pudiera hollar mi desangrado cuerpo.

Si fuese mía, el universo absorto  
Me hubiera visto trastornar un reino,  
Antes que á ella en un cadalso infame,  
Yo hubiera levantado mil guerreros,  
Y ayudado de Dios y de mi brazo,  
Hubiera penetrado á sangre y fuego  
En la ciudad y en el palacio mismo,  
O matando tal vez hubiera muerto.

Enr.—¿Pobre conde, ya el juicio habeis  
(perdido:

De vuestro frenesi me compadezco!

Isab.—Señor, señor, oid esa campana:  
Tal vez, tal vez el último momento

Es de su vida; esos confusos gritos  
Son los tristes gemidos de los buenos.

Acaso sube las horribles gradas.

¡¡Piedad!! (Echándose á los pies  
del rey.)

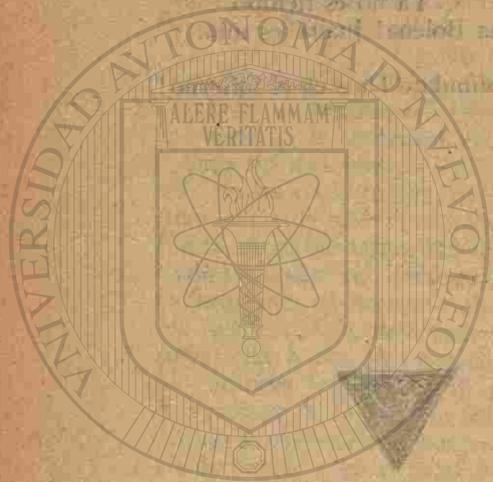
Kin.— ¡¡Piedad!!...

Percy.— ¡¡Salvadla!!.....  
(Se oye un cañonazo, y cae Percy sobre  
una silla.)

Enr.— Ya no es tiempo.  
¿No existe Ana Bolena! Juana es mía.

Isab.—¡Ah!

Percy.—¡¡Confúndate Dios en el infierno!!

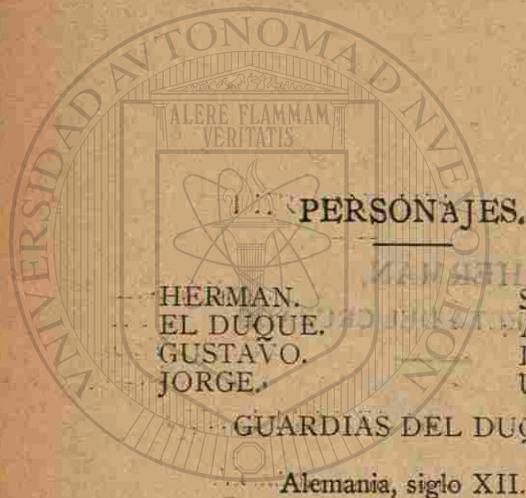


PERSONAJES  
HERMAN,  
O LA VUELTA DEL CRUZADO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





### PERSONAJES.

HERMAN.  
EL DUQUE.  
GUSTAVO.  
JORGE.  
SOFIA.  
ANA.  
IDA.  
UN PAJE.

GUARDIAS DEL DUQUE

Alemania, siglo XII.



### ACTO PRIMERO.

EL PEREGRINO.

Habitación gótica en el Castillo del duque: puerta á la izquierda del actor, que figura la entrada exterior: ventana con reja, á la derecha: puerta en el fondo que conduce al interior.

### ESCENA I

SOFIA; ANA. (La primera: junto á la ventana; la segunda á alguna distancia ventana; la segunda á alguna distancia.)

Ana.—No vuelve el duque; tal vez

Distráido con la caza

Se alejó mucho; ya es tarde.

(Ruido de viento, no muy fuerte.)

Y el ruido sordo que vaga

En el bosque, y esas nubes  
Una tempestad presagian.

Sofía.—Verdad es: ¡oh cuán hermosa  
Es la tempestad!

Ana.— ¡Caramba!

¡Hermosa? ¡Dios nos asista!  
Cuando el viento se desata,  
Y temblar parece el suelo,  
Y el rayo furioso estalla,  
¡Ay Dios mio! estar quisiera  
De la tierra en las entrañas,  
Para no escuchar los truenos.  
¿Y á vos, señora, os agrada?

Sofía.—Sí, Ana, sí; cuando los vientos  
Silban sobre las murallas  
De este castillo, y las nubes  
Rayos á la tierra lanzan,  
Y oigo el trueno que retumba  
En las vecinas montañas,  
Me parece que ese ruido  
La voz del dolor acalla,  
Que en mi pecho á todas horas  
Contra mi quietud se alza:  
Cuando escucho esa armonía  
Salvaje, pienso que me habla  
Dios mismo, que me recuerda  
Que El existe, y que mis ansias  
Tendrán término algún día,  
Ante su presencia santa.  
Pero ¡ay! cuando todo en torno  
En el silencio descansa,  
Cuando nada á turbar viene  
Mi reflexión solitaria,

Sólo á mi deber escucho,  
Y mil memorias amargas,  
Mil ilusiones perdidas,  
De mi vida en la borrasca,  
Vienen de nuevo a mi mente,  
Y mi corazón desgarran:  
Tú la calma sólo buscas  
Porque tu pecho está en calma;  
Pero á mí que tanto sufro,  
A mí el silencio me mata.

Ana.— ¡Pobre señora! y con todo,  
¿Quién al veros no se engaña?  
Esposa de un noble duque,  
De riquezas circundada;  
Hermosa, joven, y llena  
De virtudes y de gracias,  
¿Qué más feliz ser podría?

Sofía.—Ana mía, ¿cuál te engañas!  
¡Pobre niña! estás ahora  
En la edad afortunada,  
En que en dorados ensueños  
Se mece tranquila el alma.  
Yo también, como tú sueñas,  
Soñé ventura, esperanzas:  
También un tiempo á mis ojos  
El horizonte brillaba,  
Puro, esplendente y hermoso,  
Sin la más ligera mancha;  
Pero se alzaron un día  
Las nubes de la desgracia:  
De mis ensueños la flores  
El huracán arrebató,  
Y la realidad ¡ay triste!

Con su mano descarnada  
 Me sacude, y mi destino,  
 Mi horrible destino marca.  
 ¿Piensas tú que de duquesa  
 Esa corona envidiada,  
 Estas joyas que me adornan,  
 Estas esplendentes galas,  
 Estos salones soberbios  
 Con sus techumbres doradas,  
 Y esos vasallos que humildes  
 Se prosternan á mis plantas,  
 Piensas tú que todo esto  
 Puede hacerme afortunada,  
 Cuando el alma gime opresa  
 Por una pasión insana;  
 Cuando una imagen querida  
 Aquí se encuentra enclavada,  
 Sin que el tiempo haya podido,  
 Ni mis lágrimas, borrarla?

Ana.—¿Una pasión?

Sofía.— ¡Sola, eterna!

¡Una pasión cuya llama

Era mi gozo, mi vida,

Mi porvenir, mi esperanza!

Por mi padre moribundo

Yo juré sacrificarla:

Bajo él tranquilo á la tumba,

Y yo cumplí mi palabra

De unirle al duque; cumplíla:

Corrí de Dios á las aras,

Y allí pronuncié unos votos

Que el corazón reprochaba.

Salí de mi estado humilde,

Dejé mi sencilla casa,  
 Y allí la paz deliciosa,  
 Compañera de mi infancia.  
 Llena de joyas y honores  
 Fui á la corte de Alemania,  
 Con la tristeza en la frente,  
 Con el infierno en el alma.  
 Los festines, los torneos,  
 Y la música y la danza,  
 No podían ni un instante  
 Acallar la voz amarga  
 Del atroz remordimiento.  
 En todas parte hallaba  
 De Hermán los airados ojos,  
 Que en mis ojos se clavaban.  
 De Hermán que tanto sufriendo  
 En Palestina, lidiaba  
 Para conquistar honores  
 Que ofrecer ante mis plantas.  
 Y yo del noble guerrero  
 Traicionando la esperanza,  
 Yo, perjura. . . . ¡Dios! ¡Dios mío!  
 ¡Esta memoria me mata!

Ana.— ¡Pobrecita! Y yo creía

Que el amor. . . .

Sofía.— ¡Desventurada!

¡El amor, niña inocente!

¡No conoces cuán amarga

Es la copa en que nos brinda

La felicidad! ¡cuán cara!

¡Ay! una hora de dicha,

Con mil tormentos se paga.

Ana.— Pero ese joven, señora,

Ese guerrero que causa  
Vuestros tormentos, ¿no ha vuelto  
Desde entonces á su patria?

Sofía.—Nada sé, Ana querida;

Entre las paredes altas  
De este lejano castillo,  
¿Qué puedo saber? ¡oh! nada.

Tal vez Hermán habrá vuelto

Lleno de gloria á Alemania,

Y al saber que soy de otro,

Me aborrece, y á otra ama.

Sus laureles eran míos,

Para mí los conquistaba;

Era mío su cariño,

Era mía toda su alma.

Y ahora.... otra.... ¿y yo respiro?

¿Y Dios un rayo no manda?

¡Celos! ¡celos! yo creía

Que ya otro afecto no entrara

En mi corazón marchito,

Que el del dolor.

Ana.— ¡Desgraciada!

Tranquilizaos: tal vez

El tiempo.....

Sofía.— ¡El tiempo! ¡insensata!

Dos años hace que gimo,

Siempre esperando á mañana,

Para ver si el nuevo día

En mí el consuelo derrama:

Para ver si tantas horas

Que sobre mí, lentas pasan,

Me hacen olvidar al menos

Sus facciones, sus palabras;

Pero en vano: aquí, aquí tengo  
Siempre su imagen grabada,  
Y su voz en mis oídos,  
Y su amor en mis entrañas

(Truenos sordos.)

¡Ay! tal vez el infelice

Murió en alguna batalla,

Y sus últimos suspiros

Dirigió á Sofía ingrata.

¡Ah! si es cierto, si ya habitas

En las regiones sagradas

De la luz, de allí dirige

A esta infeliz tus miradas:

Verás que si fui perjura,

Fuí también desventurada.

(La tempestad se aumenta: truenos.)

Ana.—Señora, señora.... ¡Ciel!

Ya la tempestad estalla;

La lluvia cae á torrentes.

¡Ay de aquel que en tal borrasca,

Solo y perdido en los bosques,

En esta noche se halla!

Sofía.—¡Ay de aquel que vaga huyendo

De los terribles fantasmas

Del remordimiento, y busca

La quietud, sin encontrarla!

Ana.—¿Qué será del duque?

Sofía.— El cielo

Con felicidad le traiga

Her.—(Dentro).

Dad asilo al peregrino.

Sofía.—¿No escuchas esa plegaria?

Mira quién es.

Ana.— ¡Imposible!  
 ¡Si la obscuridad es tanta!...  
 Del relámpago á la luz.....  
 Ya... ya le ví.

Sofía.— ¡Quién es? habla.

Ana.— Es un infeliz, vestido  
 Como aquellos que legaban  
 De Palestina.

Her.— (Dentro.) Un asilo

A la caridad cristiana  
 Pide un pobre peregrino.

Sofía.— ¡Desgraciado! Corre, Ana,  
 Dí que se te abran las puertas,  
 Y condúcele á esta sala.

(Vase Ana.)

### ESCENA II

SOFIA

De Palestina, ¡oh Dios! ¡cómo ese nombre  
 Me hace temblar! Tal vez el peregrino  
 De allá vendrá; tal vez alguna nueva  
 Tendré de Hermán, que calme mi martirio;  
 ¿Qué lo calma? ¡infeliz! ¿De qué manera?  
 Que viva Hermán, ó muera, lo he perdido;  
 Un bien sólo me resta, que es la muerte;  
 Un consuelo no más, el llanto mío.

### ESCENA III

ANA, SOFIA, HERMAN.

(Con traje de peregrino.)

Her.— Dios mande paz y salud  
 Sobre la joven be'idad  
 Que abriga tanta virtud,  
 Y á la triste senectud  
 Acoge con tal bondad.

Sofía.— Salud y paz, buen anciano:  
 Las puertas de este castillo  
 El pobre no toca en vano,  
 Y á falta de otra, mi mano  
 Fuera á levar el rastrillo.  
 Aquí descanso hallareis,  
 Y aunque el duque no ha venido,  
 Servido en todo sereis:  
 Ved si entretanto quereis  
 Cambiaros ese vestido.

Her.— Gracias, señora, he jurado  
 No quitarme este sayal,  
 Hasta que un voto sagrado  
 Cump'la.

Sofía.— Será respetado  
 Vuestro voto como tal.  
 ¿Y hacia dónde se encamina  
 Vuestro paso, padre mío?

Her.— Voy á la ciudad vecina.

Sofía.— ¿Y venis?.....

Her.— De Palestina.

Sofía.—¡ Ah!

Her.— ¿ Temblais?

Sofía.— Si, tengo frío.

Her.—(¡ Recuerda con amargura  
Tal vez su primer amor!  
¿ Quién al ver á esa hermosura,  
Creerla pudiera perjura?  
Es el áspid en la flor.)

Sofía.—¿ Habéis sin duda lidiado  
Mucho en Palestina?

Her.— Si.  
Del emperador Conrado  
El estandarte sagrado  
Siguiendo, señora, fui.  
He visto muchas batallas,  
Lidiando cual buen guerrero:  
Asalté algunas murallas,  
Y he pasado fuertes mallas  
Con la punta de mi acero.  
Mas no siempre la victoria  
Coronó nuestro valor;  
Cara compramos la gloria:  
¡ Y yo, infeliz! ¡ oh memoria  
Que me llena de dolor!  
Un fiel amigo tenía  
A quien amé como hermano:  
¡ Ay! su vida era la mía!  
Arrebatómelo un día  
Hierro de enemiga mano.  
Perdonad mi negro afán,  
Señora, ¡ le amé tan fino!  
Sí, sin cesar correrán  
Mis lágrimas, caro Hermán,  
Por tu funesto destino.

Sofía.—¿ Hermán! ¿ Hermán se llamaba  
Vuestro amigo?

Her.— Sí, señora.

¡ Oh qué valor desplegaba!  
Qué mucho si lo animaba  
Esperanza seductora:  
Su premio debía ser  
La mano de su querida;  
Y nadie supo querer  
Como Hermán: una mujer  
Era el norte de su vida.

Sofía.—(¡ Cielos!)

Her.— De la gloria el prez,  
Por ella sólo anhelaba;  
Conmigo más de una vez  
De sus proyectos hablaba.  
¡ Pobre Hermán! ¡ con qué ternura,  
Con qué respeto tan santo,  
La prenda que su hermosura  
Le dió en señal de fe pura,  
Regaba con triste llanto!  
Un bucle de hermoso pelo  
Era esta prenda, señora,  
Que él guardaba con un celo...

Sofía.—(¿ Dónde están tus rayos, cielo,  
Que no me abrasan ahora?)

Her.— Bella joven, perdonad:

¡ Os causa esta narración!

Sofía.—No, no, anciano; continuad.

(Todo el cáliz apurad

Del veneno, corazón!)

Her.—¡ Pobre Hermán! caer le vi,  
De Cristo soldado fiel;

Mi dicha con él perdí;  
El con gloria yace allí;  
Yo vivo á llorar por él.

Sofía.—Y yo, anciano; sí, los dos  
Lloraremos noche y día;  
Por ser vuestro amigo, vos,  
Y yo porque era mi Dios,  
Porque era la vida mía!  
¿Tú no sabes, peregrino,  
Que eres el genio del mal,  
Que te arroja mi destino  
De mi vida en el camino  
Para clavar me un puñal?  
¿Y yo vivo? ¡cielo santo!  
Anciano, ¡qué narración!  
Ana, no te acerques tanto,  
Que te quemará este llanto  
Que brota mi corazón.

Ana.—Calmad vuestro afán, señora,  
Vuestra pena moderad.

Her.—(¿Y llora la ingrata, y llora  
Después que faltó traidora  
A sus votos?)

Sofía.— Perdonad,  
Anciano, este frenesí  
De una alma desesperada.  
¡Le adoraba, y le perdí!

Her.—Mas, ¿cómo, si esto es así,  
Con otro estais desposada?

Sofía.—Sí, pero lo que ha pasado  
No puedes tú comprender;

Con otro me he desposado.....

Her.—Y vuestro amor ha volado;

Amor, en fin, de mujer.  
Si Hermán hoy se levantara  
De la tumba, ¿qué diría?

En vos sus ojos clavara,  
Y terrible os preguntara:  
“¿Dónde está tu fe, Sofía?  
¿Dónde está el eterno amor  
Que al partir me prometiste?  
Te ha cegado el esplendor;  
Tú, tú el sepulcro me abriste,  
Y no el hierro matador.

¿Qué premio diste á mi anhelo!

¿Qué bien pagaste mi afán!

Mira esta prenda, este pelo.

Mírame....” (Se descubre.)

Sofía.— ¡Valedme, cielo!

¡El es, él es, es Hermán!

Her.—Hermán, Hermán que viene á re-  
(clamarte

La pura fe que le juraste un día.

¿Dónde está tu promesa? di: la hollaste.

¿En dónde está tu amor? ¡Responde, im-  
(pía!

¿Tú pudiste llegar hasta las aras,

Y ante un Dios de verdad, le prometiste  
A otro hombre eterna fe y amor constante?

¿A tu esposo engañaste, ó á tu amante!

Del crimen en la senda me pusiste:

Sí, yo era generoso é inocente,

Tú un ángel de virtud que me guiaba;

Hoy está escrito el crimen en mi frente.

Sí, si: tu misma mano aquí lo ha escrito:

Virtud un tiempo el adorarte fuera,

Y hoy el amarte ¡ingrata! es un delito.

Sofía.—;Hermán!  
 Her.—;Ya no recuerdas aquel día,  
 En que de amor y de esperanza lleno,  
 Vine á decirte "adiós," cuando en tu seno  
 Me estrechaste, jurándome ser mía?  
 "Parte, parte á la guerra, tierno amante;  
 Me dijiste llorando, y vuelve luego  
 A recibir de mi amoroso fuego  
 El premio digno de tu fe constante."  
 Y yo partí, colmado de esperanza,  
 Y en tu amor puse la confianza mía!  
 ;Cómo de un ángel desconfiar podía?  
 ;Cómo esperar tan bárbara mudanza?  
 Cuando amor me juró tu boca pura,  
 Cuando mi mano trémula estrechabas,  
 Cuando copioso llanto derramabas,  
 ;Quién te pudiera imaginar perjura?  
 ;Y así se visté la mentira aleve,  
 Con el ropaje de verdad augusta?  
 ;Ah! si en aquel instante me dijera  
 El mundo, el mundo entero, que Sofía  
 Por galardón ingrátitud me diera,  
 Al mundo le dijera que mentía;  
 Y lo estoy viendo ya, lo estoy mirando,  
 Y sueño me parece cuanto veo.  
 Sofía.—Hermán, escúchame si  
 (siquiera.  
 Her.—Es ese mismo el seductor semblante  
 Del serafin que por mí mal adoro;  
 Ese su talle esbelto y elegante;  
 Es ese mismo su cabello de oro;  
 El mismo cuello de marfil, que un día  
 Yo enlacé tantas veces con ternura:

La mano hermosa que estrechó la mía;  
 La boca que me hablaba con duizura:  
 Toda es la misma, y sólo... ¡Desgraciado!  
 Su corazón infiel sólo ha cambiado!  
 Sofía.—Hombre cruel: escúchame á lo  
 (menos,  
 Y condena después á esta infelice:  
 ;Oyeme por piedad!  
 Her.—;Bella duquesa,  
 Habitais un magnífico castillo,  
 Artesones dorados, ricos muebles,  
 Finas alfombras, oro, pedrerías,  
 Timbres soberbios, armas y blasones:  
 ;Cuánto vuestro destino se ha cambiado!  
 Elegisteis muy bien; sois muy prudente.  
 Es mejor este alcázar esplendente,  
 Que la pobre cabaña de un soldado.  
 Sofía.—¡Oh cielos! ;esto más? ;quieres  
 (matarme?  
 ;Quieres que ahogada de dolor espire?  
 ;Ni mi llanto de fuego te conmueve?  
 ;Y ni tu compasión siquiera alcanzo?  
 ;Ah! por enorme que el delito sea,  
 Se escucha al criminal.  
 Her.—;Y qué dirías?  
 ;Qué puede ;desdichada! disculparte?  
 Sofía.—La voluntad de un padre mori-  
 (bundo.  
 Ausente tú, creyó que su Sofía,  
 Soía y abandonada quedaría  
 En el mar borrascoso de este mundo:  
 Y agitado, frenético, llorando,  
 En su lecho de muerte se incorpora,

Y sus rugadas y convulsas manos  
 A mí tendiendo, me conjura y ruega  
 Que al duque Othón me uniese en el ins-  
 (tante;

Yo resistí, grabada aquí con fuego  
 De Hermán la imagen sin cesar estaba:  
 Yo resistí; y el cielo me es testigo  
 De que la muerte preferido hubiera  
 A ese enlace fatal.

Her.— Y bien, prosigue.  
 Sofia.— Pero mi padre en su postrer ins-  
 (tante,

Fijaba en mí sus lacrimosos ojos;  
 Retorcía sus manos venerables;  
 Se arrancaba la blanca cabellera;  
 Y un poderoso esfuerzo haciendo al cabo,  
 Salta del lecho y ante mí se postra,  
 Por mi madre pidiéndome cumpiese  
 Su postrer voluntad. ¡Cómo! ¿Quién puede  
 Conservar su razón en tal instante,  
 Y resistir tan espantosa prueba?  
 Aquel anciano, á quien el sér debía,  
 Esperando á mis pies, desesperado,  
 Llenos de llanto sus hundidos ojos,  
 ¡Oh Dios! ¿qué pude hacer? tú ausente es-  
 (tabas

Un año hacía, sin noticia alguna  
 De tu destino, todo se reunía,  
 Todo contra mi suerte conspiraba.  
 Mi frente ardiendo, mi razón perdida,  
 Mi corazón partido en mil pedazos,  
 Yo á mi padre juré lo que quería,  
 Y en aquel punto el duque apareciendo,

Mandó mi padre que la mano mía,  
 De otros testigos ante la presencia,  
 Se uniese á la del duque, y en los labios  
 Del moribundo anciano, una sonrisa  
 Vagó un momento; levantó la mano,  
 Mi cabeza estrechó contra su pecho,  
 Y me bendijo, y espiró tranquilo.  
 Su alma voló de Dios á la presencia,  
 Y yo quedé para vivir llorando....  
 Her.— Y de Alemania luego allá en la

(corte,  
 De oro cubierta y ricas pedrerías,  
 Envuelta en seda y en incienso vano,  
 Pronto olvidaste el sacrificio horrible;  
 Y el dulce peso de ducal diadema  
 Tu frente refrescó, secó tu llanto.  
 Sofia.— ¡Injusto, injusto! mis mejillas  
 (mira:

Perdieron su color y su frescura:  
 Repara de mis lágrimas la huella;  
 De correr no han cesado un solo día.  
 Dejé la corte y vine á este castillo,  
 La paz buscando en su silencio al menos:  
 ¡La paz, la paz! dos años han pasado  
 Sin que un momento disfrutarla pueda;  
 Tu imagen siempre viva me seguía,  
 Y á Dios iba á rogar que la borrara,  
 Y entre mí y el altar se interponía.  
 ¡Oh! calcular no puedes mis tormentos!  
 Si penetrar mi corazón pudieras,  
 En vez de ese furor que te arrebatara,  
 Sólo piedad de mi dolor tuvieras!  
 ¡Piedad, Hermán! piedad de una infelice,

Aquí á tus pies humilde te lo ruego:  
Ten compasión de quien amaste tanto:  
Oiga yo tu perdón, y muera luego.

Her.—¡Levántate, Sofia!

Sofia.— Una mirada,  
Una mirada de piedad te pido,  
¿Y me la negarás?

Her.— ¡Ah! ¡desgraciada!

Ven á mi corazón, todo lo olvido.

Pero salgamos de aquí,

Salgamos luego, Sofia;

Tú me juraste ser mía,

Díos tu juramento oyó.

Dejemos estos salones:

Sencilla, humilde te quiero,

Como el pobre caballero

A quien le juraste amor.

Tres años en Palestina

Combatí por merecerte,

Por tí desprecié la muerte,

¿Y no me querrás seguir?

¿Qué tiene que ver contigo

Esta frívola grandeza?

¿Necesita tu belleza

Del oro para lucir?

Vamos.

Sofia.— ¡Imposible!

Her.— Vamos.

Sofia.— Recuerda que estoy casada:

Yo moriré desgraciada,

Pero pura moriré.

Her.— Es verdad: tú me recuerdas

Lo que yo valgo, Sofia;

Y yo necio que creía.

¡Ilusión, todo ilusión!

¿Cómo has de cambiar tu rango,

Y tu nombre, y tu grandeza,

Por Hermán, que otra riqueza

No tiene que su valor?

Sofia.— ¡Hermán!..... (Ruido.)

Ana.— Ahí el duque viene.

Sofia.— ¡Santo Dios! ¡eres perdido!

Cúbrete.

Her.— No; ya he vivido

Bastante, y quiero morir.

Quiero, duquesa, mirar

Cara á cara á vuestro esposo;

Le veré.

Sofia.— ¡Dios poderoso!

¡Ya llega; triste de tí!

Her.— Ved que traje mi armadura.

Ana.— ¿De qué os servirá? de nada.

Her.— Tengo aquí también mi espada.

Sofia.— ¡Cúbrete, Hermán, por mi amor!

Her.— ¡Tanto me amais?

Sofia.— Te ido'atro.

Her.— ¿Me seguirás?

Sofia.— Todavía

No puedo... si... tu Sofia

Te jura volverte á ver.

Pero cúbrete, por Dios,

Hermán, después hablaremos.

Her.— En el parque nos veremos

Mañana al anochecer.

Vuelvo á tomar mi disfraz.

Sofia.— Ana, por Dios, el secreto.

Ana.—Si, señora; yo os prometo  
Que nunca saldrá de mí.  
Her.—Conoceré á mi rival;  
Aunque más bien prefiriera,  
Por Dios, que de otra manera.....  
Ana.—Callad, callad: ya está aquí.

ESCENA IV.

Dichos, EL DUQUE, JORGE.

Duque.—Estoy empapado, Jorge.  
Qué tempestad!  
Jorge.— Estupenda.  
Duque.—¿Quién es este hombre, señora?  
Sofía.—Un peregrino que llega  
De Palestina: pasaba  
Por aquí cuando más recia  
La tempestad desplegaba  
Su furor; y yo las puertas  
Del castillo mandé abrir.e.  
Her.—¿Es la señora tan buena!  
Duque.—¿Y qué cosa habeis traído  
De allá? Relaciones nuevas  
De batallas, y reliquias  
De aquella bendita tierra.  
Her.—Sí, señor duque.  
Duque.— Los niños  
Y las mujeres encuentran  
Gran diversión en oiros:  
Contais cosas que las llenan  
De admiración, y en verdad

Os sale muy bien la cuenta,  
Pues así pasais la vida  
Sin trabajar; os respetan,  
Os hospedan, os regalan,  
Y os oyen como si oyeran  
Un oráculo: en verdad  
Es una vida muy buena.  
En fin, llegad en buen hora.  
¿No habeis mandado, duquesa,  
Que le den alguna cosa  
A este anciano?  
Her.— Yo á las puertas  
Del castillo no he llamado  
Para recibir afrentas,  
En cambio del pan que sobra,  
Señor duque, en vuestra mesa.  
Jorge.—¿Así respondes al duque?  
¿Insolente! todos tiemblan  
Aquí de su enojo.  
Duque.— Basta:  
Yo le perdono.  
Her.— ¿Ah! pudiera....  
Mas un soldado de Cristo,  
Que por su gloria pelea,  
Debe reunir, señor duque,  
A su valor la paciencia.  
Busqué un asilo entretanto  
Que pasaba la tormenta:  
Ha calmado ya: las gracias  
Recibid, ¡oh joven bella!  
Voy á seguir mi camino,  
Señor, con vuestra licencia.  
Sofía.— (A Ana).  
Conduce á ese peregrino.

Ana.—Si, señora; yo os prometo  
Que nunca saldrá de mí.  
Her.—Conoceré á mi rival;  
Aunque más bien prefiriera,  
Por Dios, que de otra manera.....  
Ana.—Callad, callad: ya está aquí.

ESCENA IV.

Dichos, EL DUQUE, JORGE.

Duque.—Estoy empapado, Jorge.  
Qué tempestad!  
Jorge.— Estupenda.  
Duque.—¿Quién es este hombre, señora?  
Sofía.—Un peregrino que llega  
De Palestina: pasaba  
Por aquí cuando más recia  
La tempestad desplegaba  
Su furor; y yo las puertas  
Del castillo mandé abrir.e.  
Her.—¿Es la señora tan buena!  
Duque.—¿Y qué cosa habeis traído  
De allá? Relaciones nuevas  
De batallas, y reliquias  
De aquella bendita tierra.  
Her.—Sí, señor duque.  
Duque.— Los niños  
Y las mujeres encuentran  
Gran diversión en oiros:  
Contais cosas que las llenan  
De admiración, y en verdad

Os sale muy bien la cuenta,  
Pues así pasais la vida  
Sin trabajar; os respetan,  
Os hospedan, os regalan,  
Y os oyen como si oyeran  
Un oráculo: en verdad  
Es una vida muy buena.  
En fin, llegad en buen hora.  
¿No habeis mandado, duquesa,  
Que le den alguna cosa  
A este anciano?  
Her.— Yo á las puertas  
Del castillo no he llamado  
Para recibir afrentas,  
En cambio del pan que sobra,  
Señor duque, en vuestra mesa.  
Jorge.—¿Así respondes al duque?  
¿Insolente! todos tiemblan  
Aquí de su enojo.  
Duque.— Basta:  
Yo le perdono.  
Her.— ¿Ah! pudiera....  
Mas un soldado de Cristo,  
Que por su gloria pelea,  
Debe reunir, señor duque,  
A su valor la paciencia.  
Busqué un asilo entretanto  
Que pasaba la tormenta:  
Ha calmado ya: las gracias  
Recibid, ¡oh joven bella!  
Voy á seguir mi camino,  
Señor, con vuestra licencia.  
Sofía.— (A Ana).  
Conduce á ese peregrino.

Duque.—Id con Dios.

Her.— (Que su promesa)

No óvide vuestra señora.

Arrojadme por la reja

La llave del parque.)

Ana.— Si.

(Vase, y Hermán.)

Vamos, Jorge nos observa

Sofía.— (Ya era tiempo, que su arrojo

Temblé que le descubriera.)

Adiós, duque: Dios os guarde.

Duque.—Dormid bien, bella duquesa.

(Vase Sofía.)

### ESCENA V.

EL DUQUE, JORGE.

Jorge.—¿Observasteis, señor?

Duque.—¿Qué?

Jorge.—Vuestra esposa

¿Qué abatida y qué pálida se hallaba

Cuando entramos aquí! y el peregrino

Su ademán altanero, sus palabras!

No sé, pero se oculta algún misterio

En ese hombre, señor. Como clavaba

En vos sus ojos, que brotaban fuego,

O mis sentidos esta vez me engañan,

O he visto en la duquesa algunas señas

De inteligencia.

Duque.—¿Desdichado! ¿calla!

¿Qué osas tú sospechar?

Jorge.—Perdón os pido.

Mas recordad que la duquesa amaba

A un tal Hermán, que estaba en Palestina,

Antes que vuestra esposa se llamara.

Duque.—¿Y qué?

Jorge.—De la duquesa ví en el rostro

De un reciente dolor señales claras,

Y ví que había en sus hermosos ojos

Una gota de llanto.

Duque.— Y bien, acaba.

Jorge.—Ese anciano tal vez alguna nueva

De su amante le trajo... ó se ocultaba

Bajo el disfraz del viejo peregrino

El mismo Hermán.

Duque.—¿Qué dices? ¡Desgraciado!

¡Jorge! ¡si fuese cierto!... No es posible.

¿Qué mortal es capaz de tanta audacia?

¿En mi propio castillo, en mi presencia!

¡Oh! ¡no es posible!

Jorge.— Parecióme que Ana

Con él hablaba al tiempo que salía.

Duque.—Pues bien: sigue al instante sus

(pisa las;

Observa si se aleja del castillo,

O en qué lugar cercano se recata.

Vuela, Jorge. ¡Si fuere...! Jorge, escucha:

Si es él... si se detiene... Observa; nada

Le digas tú... Ven luego á mi presencia,

Que tal temeridad, audacia tanta,

De que ejemplo no ha habido en mis domi-

(nias,

A mí mismo me toca castigarla.

Jorge.—Se hará como mandais.

Duque.— ¡Tiembra, Sofía!

¡Tiembra si eres infiel, desventurada!



## ACTO SEGUNDO.

### LA ENTREVISTA.

Parque en el palacio del duque Othón: reja con puerta en el foro: á la derecha del espectador, un ángulo del castillo gótico con una escalera practicable, que da sobre el parque: árboles y arbustos á los lados: un banco de césped: la luna brilla, alumbrando la escena.

### ESCENA I.

EL DUQUE, JORGE.

Duque.—Jorge, ¿es cierto?

Jorge.— Sí, señor: ®

Yo al peregrino seguí,  
Su armadura descubrí  
De la luna al resplandor,  
Que ya serena brillaba  
Después de aquella tormenta.

Duque.—¿Me engañó, Jorge, y alienta?  
 ¡Oh furor! ¿y me engañaba  
 También Sofía? Por Dios,  
 Que es mucho su atrevimiento.  
 Pero se acerca el momento,  
 Jorge, morirán los dos.  
 Quien así insulta mi nombre,  
 Y así mi furor desprecia,  
 O tiene una alma muy necia,  
 O debe de ser muy hombre,  
 ¿No sabe que el duque Othón,  
 Antiguo y noble guerrero,  
 No trae al cinto el acero  
 Para servir de irrisión?  
 ¿Y aquí han de venir, aquí?  
 Jorge, ¿no te has engañado?  
 Jorge.—Para el parque se han citado;  
 Me oculté, y todo lo oí.  
 Ese guerrero es Hermán.  
 Duque.—¿El amante de Sofía!  
 Jorge.—¿Y robároslo quería!  
 Duque.—¿Robármela? ¿morirán!  
 ¿Dispusiste alguna gente  
 Con armas?

Jorge.—Dispuesta se halla  
 Allí, junto á la muralla,  
 Y á vuestra voz obediente.

Duque.—No escapará ese traidor;  
 Pero es fuerza aprisionarle,  
 Porque de un golpe matarle  
 No le basta á mi furor.  
 Sufra una larga agonía,  
 La horrible muerte esperando,

Y la suerte contemplando  
 De su adorada Sofía.  
 A mis plantas los veré,  
 Temblando, descoloridos,  
 Y escucharé sus gemidos,  
 Y en ellos me gozaré.

Jorge, yo siento un volcán  
 Ardiendo en mi corazón.

¿Han manchado mi blasón!

¿Lo han manchado! ¿morirán!

(Se oye abrir la puerta que está al fin de  
 la escalera que baja del castillo: el du-  
 que y Jorge se ocultan entre los árbo-  
 les, después de sus últimos versos.)

Jorge.—Alguno llega, señor:  
 Ocultémonos aquí.

Duque.—¿Y ella es la primera, sí!

Jorge.—Reprimid vuestro furor.

Duque.—No los podremos oír.

Jorge.—Pero los podremos ver.

Duque.—¿Oh! ¡tiembla, infame mujer!

¡Tiembla, Hermán, vais á morir!

(Se ocultan.)

ESCENA II.

SOFIA, ANA. (Baja Sofía poco á poco  
 la escalera apoyada en Ana.)

Sofía.—Yo tiemblo

Ana.— Valor, señora.

Sofía.—¿Siente una inquietud mi alma!

Parece que de un abismo  
El borde pisan mis plantas.  
¿Segura estás de que el duque  
Tranquilo duerme en su estancia?

Ana.—Si, señora, duerme.

Sofía.— Duerme:

Mientras que yo, desdichada,  
Velo y gimo, y me consumo,  
Sin poder hallar la calma!  
¿Qué noche pasé, qué noche!  
Mi corazón palpitaba  
Con una horrible violencia:  
De una fiebre devorada,  
Me retorcia en mi lecho,  
Maldecía la hora infausta  
De mi nacer, y á la muerte  
Con voz convulsa llamaba:  
Acusaba al cielo, al duque,  
Al mundo, á mi padre....; Ana,  
Tú no puedes comprenderme!  
¡Ay! ¡morir! morir es nada;  
Pero este insomnio, esta fiebre  
Que nos quema las entrañas,  
Este padecer eterno  
Sin alivio ni esperanza,  
Es como un clavo de fuego  
Que el corazón nos traspasa,  
Una maldición horrible  
En nuestra frente grabada.  
¡Un demonio que al abismo  
Lentamente nos arrastra!

Ana.—¿Quién al miraros y oiros  
No siente vuestras desgracias?  
¿Y así la virtud padece?

Sofía.—¿Y cuándo la virtud halla  
Su recompensa en la tierra?  
¿Qué hice yo, desventurada,  
Para que implacable el cielo  
Me abrume así con su saña?  
Yo de la virtud ni un punto  
Dejé la senda sagrada;  
Hoy, Ana, es la vez primera  
Que mi conciencia se alarma:  
Mal hice en venir aquí.  
¿Mas qué medio me quedaba  
Para evitar que el despecho  
De Hermán lo precipitara  
A perder por mí la vida,  
La vida que veces tantas  
Generoso y noble expuso  
Por ser digno de una ingrata?

Ana.—Esto consolaros debe,  
Señora: vuestras pisadas  
El crimen no ha conducido;  
Antes vuestra noble alma  
Hace un esfuerzo inaudito,  
Un sacrificio á que nada  
Es comparable: decirle  
Al hombre que se idolatra:  
"Huye, no vuelvas á verme,  
Huye, que el deber lo manda;  
Déjame aquí sola y triste,  
Sin consuelo ni esperanza."

Sofía.—Sí, se lo diré, y el cielo  
Dará valor á mi alma:  
Se lo diré, aunque el tormento  
Deba matarme mañana

Y así será, porque ahora  
 Que sé que vive, que me ama,  
 Que he vuelto á verle y á oírle,  
 ¡Oh! yo no sé lo que pasa  
 En mi corazón! Al menos  
 Cuando su suerte ignoraba,  
 Me consolaba la idea  
 De que allá en la Tierra Santa,  
 Bajo una tumba gloriosa,  
 La dulce paz encontrara.  
 Que no sufriera cual sufro;  
 Mas ¡ay! que como fantasma,  
 Amado á un tiempo y temido  
 Le ví en la noche pasada  
 Cubierto de honor y gloria,  
 Reclamando mi constancia,  
 Pidiéndome ¡ay Dios! el premio  
 De sus inclitas hazañas.  
 Siempre noble y generoso,  
 ¿Le viste? Mi llanto, Ana,  
 Calmó su enojo terrible,  
 Y me perdonó mi falta.  
 ¿Y hoy para siempre le pierdo?  
 ¿Y vivo? ¡desventurada!

Ana.—¡Sólo Dios puede, señora,  
 Consolar vuestras desgracias!

Sofía.—En medio de mis tormentos  
 Entreveo una esperanza.

Ana.—¿Cuál es, señora?

Sofía.— He sufrido  
 Tanto, tanto, que cercana  
 Debe estar mi última hora.  
 ¿Qué naturaleza basta

Para sufrir lo que sufro,  
 Sin morir? Quizá mañana  
 Me dará el cielo por premio  
 Una tumba solitaria.  
 Esta idea me reanima;  
 Parece que Dios me manda  
 Este rayo de consuelo.

Ana.—¡Callad por Dios! ¡qué palabras  
 Tan tristes!

Sofía.— Ana, ¿te acuerdas  
 Cómo en la noche pasada,  
 Feroz el viento rugía,  
 Las negras nubes bramaban?  
 Todo era espanto; y ahora  
 ¡Mira qué solemne calma  
 Reina en la naturaleza!  
 Todo en silencio descansa.  
 Por el zafir de los cielos  
 Esa luna plateada  
 Camina, sin que una nube  
 Velé su faz: dulce el aura,  
 Apenas las flores mece  
 Que duermen también: las ramas  
 A las aves dan asilo:  
 Todo en la quietud se halla;  
 ¿Y yo entre todos los seres  
 Solamente destinada  
 Estaré á sufrir por siempre?  
 ¡Ah! no, ya Dios me señala  
 El sepulcro como un puerto  
 De mi vida en la borrasca.

Ana.—¡Me haceis llorar!

Sofía.— Padre mío,

He cumplido mi palabra.  
Pronto me uniré contigo;  
Mas qué rumor.....¡cielos!

Ana.— Nada,  
Nada se mueve, señora.  
No temáis.

Sofía.— Si por desgracia  
El duque me sorprendiese,  
¡Cuán criminal me juzgara!  
Sobre la triste Sofía  
Y sobre Hermán descargara  
Su furor! Vuelve al castillo,  
Vela por tu triste ama.  
Yo entretanto aquí á los cielos  
Dirigiré mis plegarias:  
La oración me dará fuerza  
Para sufrir mis desgracias.

Ana.— Sí; nada temáis, señora:  
Tened en Dios confianza,  
Y en mí cuidado.

Sofía.— Ana mía,  
Eres para mí una hermana.

Ana.— Me avergonzais; voy, señora.  
Que la Providencia santa  
Os dé valor. (Tú, Dios mío,  
Su noble proyecto ampara.)

(Vase.)

ESCENA III

SOFIA. (Se arroja al pie de la escalera,  
y levanta sus ojos y sus manos al  
cielo.)

¡Virgen, madre de Dios! ¡Virgen María!  
Tú que miras, Señora, mi agonía,  
Mi profunda aflicción:  
Escúchame piadosa desde el cielo  
Y derrama una gota de consuelo  
Sobre mi desgarrado corazón.  
A aquel Señor que sus divinas huellas  
Estampa sobre el sol y las estrellas,  
Ruega, ¡oh Madre, por mí!  
Por mí, que devorada de tormentos,  
Débil caña, juguete de los vientos,  
Siempre en el valle de la tierra fui!  
Mas yo he sufrido la tormenta impía  
Sin mancharme jamás; siempre mi guía  
Fué ¡oh Virgen! la virtud  
Ante el lecho de un padre moribundo,  
Sacrifiqué los bienes de este mundo,  
Y de duelo cubrí mi juventud!  
En la fogosa edad de las pasiones,  
Sin placer, esperanzas ni ilusiones,  
Sola y triste gemí,  
Cual flor en el desierto abandonada,  
Cual barquilla á las olas entregada.  
¡Nadie ha tenido compasión de mí!

Tú lo sabes, Señora, ¿qué no he hecho  
 Por borrar una imagen de mi pecho,  
 Y olvidar un amor?  
 Inútil todo por mi mal ha sido;  
 Tu Hijo, Maíre de Dios, cerró el oído  
 Al profundo gemir de mi dolor!  
 Agobiada de bárbaros pesares  
 Fui á llorar hasta el pie de los altares,  
 Pidiendo compasión:  
 Y allí abrazada de la cruz, gemía,  
 Y allí por él lloraba el corazón!  
 Tú, Omnipotente Dios, que me criaste,  
 ¿Acaso de la nada me sacaste  
 Para gemir así?  
 ¿Para gozarte acaso en mis martirios?  
 Perdona ¡oh Dios! perdona mis delirios,  
 Mira mi llanto, ten piedad de mí!  
 Y desde tu alto trono de diamante,  
 Dirige una mirada un so'lo instante  
 Sobre mí, sobre Hermán:  
 Dale valor, y á mí la tumba fría:  
 Sí, yo lo espero: el venidero día  
 Mis cenizas en paz reposarán!  
 (Queda algunos momentos arrodillada, cubriéndose el rostro con las manos.)

## ESCENA IV

SOFIA, HERMAN, GUSTAVO.

(Aparecen á la puerta del parque, y contemplan á Sofia.)

Her.—Mira á Gustavo, allí,  
 Como una visión de amor,  
 Como un ángel de dolor,  
 Orando tal vez por mí.  
 ;Y yo de su corazón  
 Pude dudar un instante!  
 Mira en su hermoso semblante  
 Retratada su aflicción.

Gus.—Llega, que es tarde: yo aquí  
 Los caballos cuidaré.  
 Prevenido esperaré.

Her.—Gracias, hermano: por mí  
 Tu vida expones ahora:  
 ¿Cómo sabré agradecer.....

Gus.—Calla, Hermán; es un deber:  
 Llega, que viene la aurora.

(Se retira.)

## ESCENA V.

SOFIA, HERMAN. (Sofía, á los pasos de  
Hermán se levanta, y vuelve la cabeza  
á mirarle.)

Her.—Gracias, gracias, Sofía.

Sofía.— ¡Hermán!

Her.— Te miro,

Te miro al fin, hermosa,

Y mi tristeza olvido, y mis tormentos:

Todo, todo lo olvido

Cuando estoy á tu lado,

Cuando siento el aliento embalsamado

Que tú, mi bien, respiras,

Y al través de tus lágrimas me miras.

Esa inefable, angélica ternura

De tu mirar; tu palidez, tu llanto,

Tienes no sé qué encanto

Melancólico, dulce, indefinible!

Oculto allí, mi bien, te contemplaba,

Tu oración respetando fervorosa:

Sobre tu frente cándida y hermosa,

El rayo de la luna resbalaba.

Jugaba el aura con tus bucles de oro,

Y con tu blanco transparente velo:

Tus ruegos elevabas hacia el cielo

Por mí, por mí, Sofía! ¡Yo te adoro!

La lágrima que tiembla en tu mejilla,

Es la gota de bálsamo que calma

La agitación frenética de mi alma.  
Ven a mi corazón, toca mi frente:  
¡Oh! si vieras, mi bien, cuánto he sufrido!  
¡Pero! te veo, y mi dolor olvido,  
Y sueña dicha el corazón doliente!  
Sofía.— ¡Dicha! ¡dicha! ¿qué dices, desgra-  
(ciado?)

En este valle de amargura y duelo  
¿Qué nos resta, infelices? ¿qué consuelo  
Hallará nuestro pecho desgarrado?  
Condenados los dos á eterno lloro,  
No nos queda siquiera una esperanza.  
¿Qué es nuestro porvenir? horribles penas,  
Vivir eternamente separados,  
Lejos uno del otro, condenados,  
A arrastrar en silencio las cadenas,  
Cadenas pesadimas que pronto  
Acabarán con la existencia mía!  
Her.— ¡Ah! no, jamás! unámonos, Sofía:  
Yo, ser tuya juré; por ti he vivido:  
Y á arrancarte de aquí sólo he venido:  
Ven, abandona esta prisión dorada:  
Dejemos esta atmósfera maldita  
Que te sofoca, y tu beldad marchita:  
Busquemos otra pura, embalsamada,  
Digna de ti, Sofía: de tu frente  
Arroja esa diadema que te humilla;  
La guirnalda sencilla  
De violeta, y jazmín, y mirto y rosa,  
Que mi amorosa mano te ceñía,  
Brillaba más hermosa  
Sobre tu frente cándida, Sofía!  
Sofía.— ¡Ay! verdad es, Hermán; aquellas  
(flores)

No quemaban mi frente cual la quema  
 Esa ducal diadema.  
 Tú no sabes, Hermán, lo que ha pasado  
 En este corazón! gota por gota  
 Ha ido cayendo en él cuanta agargura  
 Puede haber en la vida: ¡oh! cuantas veces,  
 Cuántas pensé que mi razón perdía!  
 Un recuerdo de fuego me quemaba,  
 Mi pecho con mis manos destrozaba,  
 Y tu nombre entre llanto repetía!  
 Llanto, sí, llanto; pero amargo, ardiente,  
 Cuya huella jamás el tiempo borra,  
 Que seca el corazón, ruga la frente!  
 ¡Y tener que ocultarlo, y el contento  
 Aparentar, y parecer en calma  
 Cuando está ardiendo y desgarrada el  
 alma  
 Cuando toda la vida es un tormento!  
 Y la frívola corte sonreía  
 Al verme de brillantes coronada,  
 Y mi suerte tal vez era envidiada,  
 Cuando sangrando estaba el alma mía!  
 Cuando mi traje recamado de oro,  
 Era un paño de muerte que abrumaba  
 Mi débil cuerpo; cuando yo regaba  
 El rico mármol de mi estancia, en lloro!  
 Y tu imagen aquí, sin que un momento  
 La pudiera borrar de mi memoria!  
 Her.— ¡Y yo soñando amor, buscando glo-  
 ria,  
 Sin sospechar siquiera mi tormento,  
 Intrépido al peligro me arrojaba:  
 Un nombre ilustre conquistar quería,

Un nombre que ofrecer á mi Sofía,  
 Cuya ce'este imagen me animaba.  
 ¡Oh! dulces eran para mi las penas,  
 Y leve la armadura:  
 De la abrasada Siria en las arenas,  
 Pensando en la ventura  
 Que tu amor me guardaba!  
 Tus últimas palabras repetía;  
 De mi alazán el cuello acariciaba,  
 Y el noble bruto ufano relinchaba,  
 Y yo mi lanza intrépido blandía.  
 Aprovechando á veces una tregua,  
 Bajo la sombra de una hermosa palma  
 Pulsaba mi laúd, y en dulce trova  
 Mis ardientes suspiros te mandaba,  
 Que en el desierto inmenso se perdían,  
 Y mi laúd con lágrimas regaba!  
 Sofía.— Pero era dulce tu llorar al menos:  
 La gloria te seguía,  
 Una grata esperanza te animaba;  
 Pero yo triste, yo, que ni un momento  
 Gozaba de quietud, que á todas horas  
 Escuchaba una voz que me decía:  
 “¿En dónde está, perjura,  
 La eterna fe que me juraste un día?”  
 Y mis ensueños espantosos eran:  
 Ya muerto en Palestina te veía;  
 Ya llegar á tu patria, y despedido,  
 Mi nombre maldiciendo,  
 Del fiero duque provocar la saña;  
 Y tu acero cruzarse con el suyo  
 En lid horrenda, y salpicada en sangre,  
 En la sangre de Hermán y de mi esposo

Entre tumbas vagar sola en el mundo!

¡Oh Hermán, cuánto he sufrido!

Her.— Sí, Sofía;

Pero ya más felices viviremos:

De nuestra patria lejos estaremos

Cuando luzca la luz del nuevo día.

Que allí mi corcel está

Tascando el el freno impaciente;

Pronto la aurora vendrá:

Ven, su rayo lucirá

Sobre tu cándida frente.

¡Ven, mi vida, mi tesoro!

Ven, adorada beidad,

Ven, enjugaré tu lloro:

No tendrás mármoles ni oro,

Pero tendrás libertad.

Sofía.— ¡Ah!

Her.— De tu esposo tirano

Burlaremos el furor:

Sobre mi trotón lozano,

Mi fuerte lanza en la mano,

Yo defenderé á mi amor.

No temas, hermosa, ven;

¡Quién puede vencerme, quién?

Nadie; la victoria es mía,

Porque defendo á Sofía,

Porque lidio por mi bien!

Sofía.— ¡Infeliz!

Her.— Todo mi adán

Será sólo tu ventura,

Y de mirto y de arrayán

Mis manos coronarán

Tu frente angélica y pura.

A tu canto, la armonía

Juntaré de mi laúd.

Yo seré tuyo, tú mía,

Y un ensueño de alegría

Será nuestra juventud.

¿Mas nada respondes, nada?

¿Desoyes mi ardiente ruego?

¿Vuelves de mí tu mirada,

Y siento tu mano helada

Entre mis manos de fuego?

Temes ¡ay! participar

De mi pobre humilde suerte?

Sí, yo lo debí esperar:

Tú viniste á este lugar

Para anunciarme la muerte;

Porque mandarme vivir

Sin ti, adorada Sofía,

Es condenarme á morir....

¿Lo quieres? Voy á partir....

Sofía.— (Volviendo el rostro anegado en llanto.)

¡Hermán!

Her.— ¡Lloras, vida mía!

Sofía.— ¡Eres, Hermán despiadado!

Mirando estás mi dolor,

Mi rostro en llanto bañado,

¿Y dudas, desventurado,

Del exceso de mi amor?

¿Por quién he venido aquí

Los peligros arrostrando?

¿Por quién ¡ay! tanto sufrí?

Por ti, ingrato Hermán, por ti,

Que estás de mi amor dudando.

Her.— No dudó ya, no, Sofía.

Sofía.— Por ti, Hermán, despreciaría

Los peligros y la muerte;  
Porque mi delicia es verte,  
Tú, el alma del alma mía.  
La humilde cabaña fuera  
Para mi grata mansión,  
Si allí seguirte pudiera,  
Si allí tranquilo estuviera  
Mi llagado corazón:  
Porque no puedo olvidar,  
Porque te amo todavía,  
Porque te amo á mi pesar,  
Porque no puedo arrancar  
Tu imagen del alma mía.

Her.— Angeles que la escuchais,

¿En la sagrada mansión  
De ventura que habitais,  
Esta delicia probais  
Que prueba mi corazón?  
¡Encantadora mujer,  
Si vieras qué hermosa estás!  
Tiene tu llanto un poder  
Que no puedo comprender;

Y dime, ¿me seguirás?

Sofía.— Oye, Hermán; voy á morir,

Que sin ti no podré yo

Por largo tiempo vivir;

Mas no te puedo seguir.

Her.— ¿No puedes seguirme?

Sofía.— No.

Her.— ¿Quién te lo impide, Sofía?

¿Quién te lo impide?

Sofía.— El deber:

Juré.....

Her.— Juraste ser mía.

Ven.

Sofía.— ¿Y criminal sería?

¿Me quieres envilecer?

Un impuro corazón

No fuera digno de ti:

¡Hermán, Hermán, compasión!

De un padre la maldición

No caiga ¡ay Dios! sobre mí.

Hoy puedo por ti rogar

A Dios; hoy puedo mi frente

Sin crimen al cielo alzar;

Hoy puedo, en fin, espirar

Infeliz, pero inocente.

Tú en mi sepulcro vendrás

A colocar una flor,

Y mi virtud amarás,

Y enternecido dirás:

Murió digna de mi amor.

En otra mansión un día,

En otra región de luz,

Inundada de alegría,

Se unirá por fin Sofía

Al soldado de la cruz.

Her.— Es cierto, tienes razón:

No podemos ya vivir

Juntos en esta mansión

De luto y de maldición;

Pero podemos morir.

¡Morir, morir por tu amor,

Y á tu lado, vida mía!

¿Dónde habrá dicha mayor:  
Hacia otro mundo mejor  
Volaremos en un día.  
Siéntate junto de mí:  
Pronto la aurora vendrá:  
Te buscarán, ¿no es así?  
Y vendrá el duque, y aquí  
A los dos nos matará.

Sofía.—No, no; yo tengo valor  
Bastante para morir  
Del fiero duque al furor;  
Pero no quiero ¡oh mi amor!  
Verte á mis ojos sufrir.  
Huye, que ya llega el día:  
Huye el instante, por Dios:  
Te lo ruega tu Sofía.

Her.—¿Y á dónde iré, vida mía,  
Si no partimos los dos?  
¿En dónde vivir pudiera  
Si mi universo es aquí?

Sofía.—Sigue de Dios la bandera:  
Tal vez la gloria te espera.

Her.—No quiero gloria sin ti.  
(Ruido de pasos dentro.)  
Sofía.—¿Escuchas ese rumor?

### ESCENA VI

Dichos, GUSTAVO (Precipitado.)

Gus.—Hermano, somos perdidos;  
Entre esas ramas dos hombres  
Se ocultan.

Her.— ¿Cómo!

Sofía.— ¿Dios mío! )  
Será el duque!

Her.— Nada temas  
¿No estás con Hermán, conmigo?  
Venga el duque, de mi espada  
Probará el agudo filo;  
¿Ni quién vencerme pudiera,  
Si estoy, mi amada, contigo;  
Si me anima de tus ojos  
El fulgor puro y divino?  
¡Al arma, Gustavo, al arma!

Gus.—Morir antes que rendirnos.

Her.—¿Dos no más? ¡desventurados!

Sofía.—Deja que vuelva al castillo,  
Y huye tú.

Her.— ¿Huir? ¡oh! nunca.

Ven, Sofía, ven conmigo,  
Que será cierta tu muerte  
Si ya el tirano te ha visto;  
Logremos ganar la puerta:  
Sobre mi alazán querido  
Te colocaré, y entonces,  
Adiós, hermoso castillo,  
Adiós, prisiones doradas,  
Que ya hemos roto los grillos.

Sofía.—Y adiós, también, virtud santa:  
¿Tras de tantos sacrificios  
Te perderé? ¡No, no, nunca!  
Hermán á tus pies te pido  
Que te salves, y me dejes  
Sufrir sola mi destino.

Huye.

Her.— Contigo.

Sofía.— No.  
Her.— Entonces  
Sálvate tú, hermano mío.

(Arroja la espada.)

Mira, ya no tengo espada.

Morir aquí determino.

Gus.— ¡Ah! no; toma: á pesar suyo

Sálvala: toma, te digo,

Que ya vienen; ya se acercan.

Her.— Salvémosla, pues, amigo.

Gus.— Dos para dos, no hay ventaja.

Sofía.— ¡No sé dónde estoy, Dios mío!

### ESCENA VII.

Dichos, EL DUQUE, JORGE [con espadas  
desnudas].

Duque.— ¡No podeis huir, malvados!

Sofía.— El es, ¡oh Dios!

Duque.— Foragidos,

Que de la noche en las sombras

Ocultais vuestros delitos:

¡No escapareis, no, lo juro!

¡Morireis entre martirios!

¡Y pensabais engañarme,

Y burlar el furor mío

Con la fuga? ¡no, cobardes!

Her.— ¡Cobarde! ¡cobarde has dicho?

Pronto lo veremos, duque.

Paso.

Duque.— ¡Eh, atrás!

Her.— Paso, os digo,

O lo abriré con mi espada.

A ellos, Gustavo.

(Lidia Gustavo con Jorge, y Hermán con  
el duque.)

Duque.— ¡Atrevido!

Ríndete.

Jorge.— ¡Guardias!

(Gritando.)

Duque.— No, calla;

Mire el soldado de Cristo

Que el duque Othón solo basta

Á desarmarle y rendirlo.

Sofía.— ¿Dónde estoy? ¡dejadme, bárba-  
(ros!

Her.— No temas, estás conmigo.

Gus.— (A Jorge que cae.)

¡Muere tú, muere, malvado!

Jorge.— ¡Guardias!

Gus.— Cállate, maldito,

Si quieres que te perdone:

Calla.

Duque.— (Soltando la espada).

Pese al furor mío.

Her.— Duque, ¿quién es el cobarde?

Ya tengo libre el camino.

Pronto á caballo, Gustavo.

Duque.— (Gritando.)

¡Guardias!

Her.— Aún no te han oído.

Sofía (Queriendo soltarse).

¡Hermán, por piedad!

Her.— Marchemos:

A su pesar, del peligro  
La salvo.

Duque.— ¡Oh infierno! ¡Guardias!

Her.— Adiós, duque Othón.

(Se van por el foro derecho.)

ESCENA VIII.

EL DUQUE, JORGE

(Después de un instante aparecen los guardias á la reja del parque, y se van en seguimiento de Hermán.)

Duque.— ¡Malditos!

¡Estais scrdos? ¡Ah! se escapan.

(Salen los guardias)

Corred, y muertos ó vivos

Vengan aquí: pronto, pronto.

Que Hermán toma ya el estribo.

(Se van los guardias.)

¡Jorge, Jorge! Mi caballo:

¡Sigamos á los bandidos!



ACTO TERCERO.

LA REVELACION.

La misma decoración del acto primero.

ESCENA I.

EL DUQUE, JORGE.

Duque.— Si tardamos un instante,

Los fugitivos se escapan.

¡Vive el cielo! no creía

Que tal valor se encontrara

En ese obscuro guerrero:

¡Qué serenidad, qué audacia!

¡Y quién es el otro joven

Que al cruzado acompañaba?

Jorge.— Un hermano menor suyo,

A su pesar, del peligro  
La salvo.

Duque.— ¡Oh infierno! ¡Guardias!

Her.— Adiós, duque Othón.

(Se van por el foro derecho.)

ESCENA VIII.

EL DUQUE, JORGE

(Después de un instante aparecen los guardias á la reja del parque, y se van en seguimiento de Hermán.)

Duque.— ¡Malditos!

¡Estais scrdos? ¡Ah! se escapan.

(Salen los guardias)

Corred, y muertos ó vivos

Vengan aquí: pronto, pronto.

Que Hermán toma ya el estribo.

(Se van los guardias.)

¡Jorge, Jorge! Mi caballo:

¡Sigamos á los bandidos!



ACTO TERCERO.

LA REVELACION.

La misma decoración del acto primero.

ESCENA I.

EL DUQUE, JORGE.

Duque.— Si tardamos un instante,

Los fugitivos se escapan.

¡Vive el cielo! no creía

Que tal valor se encontrara

En ese obscuro guerrero:

¡Qué serenidad, qué audacia!

¡Y quién es el otro joven

Que al cruzado acompañaba?

Jorge.— Un hermano menor suyo,

Según parece: ¡por mi alma!  
Que los dos son muy valientes,  
Y por poco nos despachan!

Duque.—Es fuerza hacerles justicia:  
Manejan muy bien las armas;  
Y burlado nos hubieran,  
Si mis guardias no llegaran.

Jorge.—Y si no es por vuestra esposa,  
La victoria nos costara  
Mucha sangre; pero viendo  
Que la duquesa se hallaba  
En peligro, el mayor dijo:  
“Gustavo, deja la espada:  
La resistencia es inútil,  
No lograremos salvarla;  
Ríndámonos, quizá el duque  
Escuchará mis palabras.”  
Entonces llegasteis vos.

Duque.—Y me rindieron las armas:  
Quizá esperan que sus ruegos  
Desarmarán mi venganza;  
¡Ah! si tal esperan, Jorge,  
Vive el cielo que se engañan!  
El duque Othón sabrá pronto  
Lavar con sangre las manchas  
De su honor. ¿Y qué dijera  
La nobleza de Alemania  
Si esta osadía insolente  
Yo sin castigo dejara?  
No; morirán los traidores,  
Pagarán cara su audacia;  
Pero antes verlos deseo  
En mi presencia, á mis plantas

Arrastrarse, y confundirlos  
Con mis severas miradas.  
Ve pronto, Jorge, y los presos  
Conduce luego á esta sala.

(Se va Jorge.)

Hola... venga aquí Sofía.  
(Llamando á la puerta izquierda.)  
Temblar la veré á mis plantas.

## ESCENA II.

### EL DUQUE

¿Y es esta la mujer? vaso precioso  
De vil ponzoña, de amargura lleno:  
Risa sus labios, falsedad su seno,  
De bien y mal conjunto misterioso.  
¡Oh! quién pensar pudiera que Sofía,  
Con aquel aire tan ingenuo y puro,  
Así ocultase un corazón perjuro,  
Que virtud y modestia así mentía!  
¡Maldito el hombre que su honor entrega  
A una débil mujer! ¡Oh! sí, maldito!  
Un baldón en la frente lleva escrito,  
Y la hora al fin del desengaño llega.  
Y yo la amaba, ¡pérfida! la amaba,  
Y en su amor puse la confianza mía.  
¡Ah! me faltó la infie! ¡tiémbla, Sofía!  
¡Muera la esposa que mi honor manchaba!

## ESCENA III

EL DUQUE, SOFIA.

Sofía.—¿Qué me queréis? ¿Llegó ya  
De mi suplicio el momento?

Libradme de mi tormento,  
La víctima pronta está.

Duque.—Infiel esposa, ¿tu frente  
No se cubre de rubor?

Sofía.—Nunca se cubre, señor,  
De rubor el inocente.

Duque.—¡Inocente! ¿tú, Sofía,  
Cuando os encuentro á los dos

En una cita? Por Dios,  
Tal audacia no creía!

¡Inocente, y de otro dueño  
En los brazos te entregabas  
Cuando á tu esposo juzgabas  
Hundido en profundo sueño!

¡Cuándo con Hermán reías  
De mi necia estupidez!

¡Cuándo mi nombre tal vez,  
Y tu suerte maldecías!

¿Y por qué? ¿qué te hice yo  
Para aborrecerme así?

Riqueza y nombre te dí,

¿Ya lo has olvidado?

Sofía.— (Con firmeza)

No.

Duque.—¿Recuerdas que en orfandad

Hubieras siempre gemido;

Que sin mí hubieras vivido

En profunda obscuridad;

Que yo me compadecí

De aquel tu penar doliente,

Y lleno de amor, tu frente

Con mi diadema ceñí?

¿Y cuál es el galardón

Que tú me has dado, Sofía?

Una mancha en la honra mía,

Sobre mi timbre un borrón!

¡Ah! si no la gratitud,

Falsa y traidora mujer,

Te debieran contener

El deber y la virtud;

Más todo lo has olvidado;

Cubres de oprobio tu nombre,

¿Por qué? por seguir á un hombre,

A un vil y obscuro soldado.

Sofía.—Basta, duque, basta ya,

Que no alcanza el sufrimiento;

Dadme la muerte al momento,

Dios después nos juzgará;

Pero repito, señor,

Que no he sido delincuente,

Y que puedo alzar mi frente

Sin cubrirme de rubor.

Fui á una cita; ¿pero vos

No sabéis á lo que fui?

A decir á Hermán: De aquí

Huye: para siempre adiós!

Duque.—¿Cuánto heroísmo!

Sofía.— Bien sé  
Que crédito no me dais:  
De mi virtud os burlais.

Duque.— (Con ironía.)

¿Burlarme de ella? ¿por qué?  
Digo que estoy convencido  
De vuestra lealtad, señora,  
Y lo vais á ver ahora:  
Injusto con vos he sido;  
Mas un momento de error,  
¿Quién no lo tiene, Sofía?  
Ya vereis en este día  
Cómo pago tanto amor:  
Porque no es posible ya  
Dudar de que me amais, no;  
¿Quién más dichoso que yo!  
Tu esposo te pagará  
Ese cariño.

Sofía.— Señor,

Basta; dejad la ironía:  
Sé cuál es la suerte mía;  
La sufriré con valor.  
¿Creeis que temerá morir  
Quien ha llamado á la muerte  
Tres años, porque su suerte  
Era llorar y sufrir?  
Sí, duque, la vida mía  
Era un eterno tormento,  
Y anhelaba este momento  
Como el fin de mi agonía.  
Y puesto que cerca estoy  
De tocar la eternidad,  
Oye, duque, la verdad,  
Oye, á decírtela voy.

En dichosa quietud, en dulce calma,  
Bajo del techo paternal vivia:  
Un dulce porvenir me sonreía,  
Un porvenir de dichas y de amor.  
Ese guerrero que lamais obscuro,  
Y hoy tenéis en prisiones alherrojado,  
Era un mancebo fioble y esforzado,  
Idolo de mi ardiente corazón.  
Le amé, señor, le amé desde la infancia,  
Fué de mi juventud el dulce ensueño,  
Y juré hacerle de mi mano dueño,  
Como era dueño de mi pura fe.  
Mas para ser más digno de mi afecto,  
Fué á Palestina en busca de la gloria,  
En su pecho llevando y su memoria,  
La imagen ¡ay! de su adorado bien.  
Vos entretanto por desgracia mía  
Me mirasteis, ¡momento malhadado!  
Y de pasión fatal arrebatado,  
A mi padre dijisteis vuestro amor.  
Y el pobre anciano, próximo á la tumba,  
Y temiendo que Hermán no volvería,  
Vuestro amor escuchó con alegría:  
¡Ay! tu cariño ¡oh padre! te cegó.  
Mil veces me propuso vuestro enlace,  
Y mil veces le dijo el labio mío  
Que no era dueña yo de mi albedrío;  
Que era mi corazón sólo de Hermán.  
Él insistió, yo resistí, y un día.....  
¿Os acordais? su vida se apagaba,  
Y ante mis pies, llorando se arrastraba...  
Y... yo juré cumplir su voluntad.  
Sí, lo juré; mas desde aquel instante  
No supe más de mí; yo fui arrastrada

Y ante mis pies, llorando se arrastraba...  
Sin saber lo que el labio pronunció.  
Duque.—¡Oh! ¿no lo recordais, noble se-  
(ñora?)

Jurasteis ante Dios ser sólo mía.  
Sofía.—A la luz de una fúnebre bujía,  
Que alumbraba una estancia de dolor.  
Si, lo recuerdo como ensueño horrible;  
Recuerdo que mi frente toqué luego,  
Y una diadema me encontré de fuego  
Que me quemaba la convulsa sien.  
Y comprendí lo que jurado había,  
Y blasfemé, ¡perdóname, Dios Santo!  
Y fui al altar y le regué con llanto,  
Y á vivir infeliz me resigné!  
¡Ah! vos visteis mis lágrimas amargas,  
Y me cubristeis de diamantes y oro:  
“Al fin, dijisteis, calmará su lloro  
El título pomposo que le doy.”  
Te engañastes ¡oh duque! tus riquezas,  
Las riquezas de un rey, ¿qué fueran?  
(¡nada!

Para el alma que está despedazada,  
Por el recuerdo de un perdido amor.  
Un corazón mis joyas ocultaban  
Por horribles tormentos carcomido:  
Mi habitación magnífica, ¿qué ha sido?  
Una prisión; mi lecho, un ataúd.  
Y sin embargo ¡oh duque! yo lo juro,  
Sofocar este amor he procurado;  
¡Oh! no lo conseguí; mas no he faltado  
Por un instante solo á la virtud.  
Duque.—Calla, calla, mujer; ¿ya no re-  
(cuerdas

Que yo estaba allí oculto, y te veía?  
Que el cruzado tus manos oprimía.  
Que en tu semblante el júbilo brilló?  
¡Oh! yo sé bien que las mujeres usan  
De mágicas palabras que adormecen:  
Que inocentes y puras aparecen,  
Cuando el crimen está en su corazón.  
Mas no me engañarás, no; de tu amante  
Verás rodar primero la cabeza:  
Tú morirás después.

Sofía.— Y con firmeza  
Arrostrar esa muerte me verás:  
Porque soy inocente: porque sólo  
En otra vida mi esperanza fundo:  
Porque un mar de dolor es este mundo,  
Y mi puerto hallaré en la eternidad.  
Pero si alguna vez te fuí querida,  
Escucha ¡oh duque! mi postrer acento,  
Mi último ruego: evítame el tormento  
De ver morir al infeliz Hermán:  
Concédeme, señor, que yo primero  
Baje á la tumba, y en aquel instante  
Yo rogaré por ti, y en mi semblante  
El perdón de tu crimen mirarás.  
Duque.—¡Perdón! ¡perdón! señora, os  
(agradezco  
Tanta bondad; mas no la necesito:  
Vereis morir á Hermán, os lo repito,  
Y en vuestro acerbo llanto gozaré:  
¡Tú no sabes, mujer, lo que sufría  
Cuando en el parque oculto os contempla-  
(ba!  
Mi corazón la fiebre devoraba  
Cuando las muestras de tu amor miré.

Sofía.—Señor, señor, ¿mi muerte no es  
(bastante

A saciar vuestra furia?

Duque.— No, señora.

Sofía.—A vuestros pies una mujer que  
(llora,

¿No hallará ni este rasgo de piedad?

¡Duque.....

Duque.— Dejadme; vuestro ruego  
(irrita

Más y más mi furor; el ruego es vano:

No hay piedad para ti.

Sofía.— Pues bien, tirano,

Sacia, sacia tu bárbara crueldad.

Duque.—¡Oh! ya llega tu amante con su  
(hermano,

¿No palpita tu seno de ternura?

Sofía.—¿Tienes, destino atroz, más amar-  
(gura

Que verter en mi pobre corazón?

No puedo más; las fuerzas me abandonan:

Hasta las fuentes de mi amargo llanto

Agotadas están. ¡Dios justo y santo!

¿No escucharás el grito del dolor?

ESCENA IV.

Dichos, HERMAN, GUSTAVO (con cadenas.)  
JORGE, GUARDIAS

Her.—Aquí está ¡santo Dios! vuelvo á  
(mirarla!

Duque.—Llegad, noble y valiente caba-  
(llero:

Digno soldado de la cruz, miradla:

He aquí de vuestro amor el dulce objeto.

Venid, venid, para enjugar el llanto

De este ángel de bondad.... pero, ¿qué es  
(esto?

¿Tan frío ahora y tan ardiente antes!.....

¿Se ha apagado tan pronto el dulce fuego  
De aquel amor ardiente, inextinguible?...

¿Bajais los ojos y temblais, mancebo?....

¿Un valiente guerrero así se abate?

¿No teneis que decir?

Her.— Que te desprecio.

Duque.—¿Y nada más?

Her.— Que te desprecio, duque:

Que tu ironía y tu ademán soberbio,

Con el que está cargado de prisiones,

Es muy digno de ti. Buen caballero,

Es más diestra tu lengua que tu mano:

Manda, tirano, manda que estos hierros

Me quiten un instante; al campo vamos;

Solos allí los dos, y cuerpo á cuerpo

Nos batiremos, y verás entonces  
 Quién tiemb'la de los dos: ¿así tan presto  
 Has olvidado, duque, que mi mano  
 De la tuya saltar hizo el acero?  
 Te perdoné la vida, miserable:  
 Eres cobarde, duque, y te desprecio.  
 Duque.—A una casualidad debiste el

(triumfo,

A una casualidad, ¡viven los cielos!  
 Si fueras tú mi igual, si fueras noble,  
 Yo lidiara contigo en campo abierto,  
 Y allí la fuerza vieras de mi brazo,  
 Y el filo allí probaras de mi acero;  
 Pero el que entra de noche en mi castillo,  
 Su edad, su nombre y condición fingiendo:  
 El que intenta robarme así la esposa,  
 De la profunda noche en el silencio,  
 Debe morir en un cadalso infame,  
 No cual mueren los nobles caballeros:  
 Sí, morirás, y morirá contigo,  
 De tu pasión el criminal objeto.

Her.—¡Criminal! ¡criminal! ¡oh! no la ul-

(trajes,

Duque; tu esposa un ángel es del cielo,  
 Es la misma virtud: en este instante  
 Solemne para mí, por el Eterno,  
 Juro que es inocente, sí, lo juro:  
 De mi vida en el último momento  
 Lo tornaré á jurar: salva su vida,  
 Sávala, duque, sólo yo soy reo:  
 Yo, sí, que á arrebatártela venía,  
 Porque desde la infancia un juramento  
 Nuestras almas ligó: lazo sagrado,  
 Que tus riquezas, tu poder inmenso,

Un "sí" arrancando en medio de un delirio,  
 Nada bastó á romperle, porque el cielo  
 Grabó el amor en vuestras tiernas almas,  
 Con caracteres de imborrable fuego.  
 Duque.—¡Oh! yo lo borraré! la losa fría  
 De tu sepulcro apagaré ese incendio;  
 Y lo que no ha podido la distancia,  
 Ni el deber, ni el transcurso de los tiempos,  
 La muerte alcanzará.

Her.— No, de la tumba

A la región celeste volaremos,  
 Y allí de Dios en la presencia augusta,  
 De aquel Dios que en nuestra alma está

(leyendo,

De aquel Dios, ante el cual el oro es polvo,  
 Y la grandeza de los hombres viento,  
 Premio dulce hallará nuestro martirio,  
 Y allí por siempre á uniros volveremos.  
 Y tú, Sofía, pura como el ángel  
 Que gira en torno al trono del Eterno,  
 Alza tu frente cándida y sublime;  
 No temas el morir.

Sofía.— ¡Ah! no lo temo:

La muerte es mi consuelo, mi esperanza:  
 Sí, morir juntos, mi único deseo;  
 Pero verte sufrir ¡oh! no es posible,  
 Hermán; no tengo para tanto, esfuerzo. ®  
 ¡Duque! ¡Señor! que caiga á un tiempo

(mismo

La cuchilla fatal en nuestros cuellos.  
 Duque.—¿No te lo dije ya? soy inflexible.  
 Jorge, vuelve á llevar los prisioneros:  
 Que arrojén los negocios de su alma:

Un cuarto de hora sólo les concedo:  
Cuando suenen las once en el castillo,  
Cumpla el verdugo su deber.

Jorge.— Entiendo.  
(Sofía corre hacia Hernán: Jorge y los guardias se lo impiden.)

Her.— Adiós, Sofía.  
Sofía.— ¡Hernán! á mi llevadme,  
Arrastradme con él!

Her.— ¡Pesados hierros!  
¡Ah! si mis brazos estuviesen libres!

Duque.— Separados.  
Her.— Confúndante los cielos!  
Vamos, Gustavo.

Gus.— ¡Oh madre mía!  
¿Quién te consolará?

Jorge.— Vamos.  
Her.— Marchemos.

(Se van.)

### ESCENA V.

EL DUQUE, SOFÍA.

(Se pasea muy agitada: luego se encara al duque, con la sonrisa de la desesperación.)

Sofía.— ¿Estás contento ya?

Duque.— (Con calma.)  
Lo estaré pronto.

Sofía.— Yo también lo estaré, porque los  
(cielos

Harán que alguna fibra se me rompa

Del corazón en su latir violento:  
Si, pronto moriré; pero tú, duque,  
De tu riqueza y tu esplendor en medio,  
¿Gozarás de quietud? no; nuestra sombra  
Te seguirá, y en torno de tu lecho  
Nuestros espectros clamarán: "¡Vengan-  
(za!"  
Y al fin nos vengará el remordimiento.

### ESCENA VI.

Dichos, UN PAJE.

Paje.— Señor: á vuestro castillo,  
Una miserable anciana  
De llegar acaba ahora,  
Y pide que á vuestras plantas  
Arrojarse le permitan.

Duque.— En una ocasión muy mala  
Pide audiencia: despedidla;  
Vuelva otro día, mañana,  
Hoy á nadie escuchar quiero.

Paje.— Es urgente y de importancia  
Lo que tiene que decirnos,  
Según se expresa.

Duque.— Por mi alma  
Que es muy necia esa mujer.  
Haced que pase á esta sala.  
(Se va el paje.)

Oigámosla brevemente.

Paje.— Entrad ya, señora.

Ida.— Gracias.

## ESCENA VII.

SOFIA, EL DUQUE, IDA,

Ida.—Permitid que de rodillas....

Duque.—Levantad, buena mujer.

—¿En qué os puedo complacer?

Ida.—Pronto lo sabreis, señor.

Duque.—Sentaos.

Ida.— Así lo haré,

Porque estoy muy fatigada:

Es muy larga la jornada

Que he tenido que hacer hoy.

Duque.—Sed breve, mujer, que tengo

Poco tiempo de escucharos.

Ida.—Procuraré no cansaros:

Ya empiezo mi narración.

A algunas millas de aquí,

Hace tiempo que existía

Una joven, que vivía

En su tranquila mansión.

Sus padres eran honrados,

Pero pobres; su ventura

Se cifraba en la hermosura

De la hija de su amor.

¡Pobre niña! la inocencia

Sobre su frente brillaba,

Y la risa se ostentaba

En su labio encantador.

Era hermosa como el cielo.

Y como el cielo era pura;

Mas ¡ay! por su desventura

Un señor noble la vió.

La vió, y en su seno ardiente

Latió el corazón malvado,

De un amor desenfrenado,

Y hacerla suya juró.

Y con la risa en los labios,

Un amor puro mintiendo,

Poco á poco seduciendo

Fué su noble corazón.

Duque.—¡Pobre niña!

Ida.— ¿No es verdad

Que fué un infame aquel hombre?

Que fingió su estado y nombre

Para cubrir su intención?

Y ella la pobre, inocente,

Alma de cándido niño,

Aquel mentido cariño

Sedujo su corazón.

Tímida, sin experiencia,

Sin mundo.... ¡desventurada!

Fué por el noble burlada.

Duque.— (Con agitación.)

¡Dios mío!

Ida.— ¡Horrible traición!

No es esto todo; el malvado,

Ya que consiguió su intento,

Huyó, dejando el tormento

En el pecho que rompió:

Huyó, y dejó á la infelice

Con su vergüenza y su luto,

Y en su triste vientre el fruto

De aquel desdichado amor.

(Observándolo.)

¿Temblais, señor?

Duque.— (Con interés.)

Proseguid.

Ida.—La joven desventurada  
 Echó al mundo una mirada,  
 Y vió vergüenza y dolor:  
 En lo pasado, recuerdos  
 De virtud y de ventura;  
 En lo presente, amargura;  
 En el porvenir.... ¡oh Dios!  
 ¿Concebís, señor, la suerte  
 De esta infelice? gemía,  
 Y su nacer maldecía,  
 Y del cielo blasfemó.  
 Una noche.... ¡noche horrible!  
 Las estrellas no brillaban,  
 Los huracanes bramaban,  
 Todo era espanto y horror!  
 La joven en su vergüenza,  
 Loca, ciega, delirando,  
 Huyó, su casa dejando,  
 La casa donde nació;  
 Donde sus padres ancianos  
 Con su cariño vivían,  
 Y otro hijo ¡ay Dios! no tenían  
 Que aliviase su dolor!  
 Donde dormían tranquilos  
 Junto á su hija descansando,  
 Tal vez con ella soñando,  
 Y ella.... ¡miserable, huyó!....  
 Y al despertar los ancianos  
 A la infeliz llamarían;

¡Miseros! no encontrarían  
 Sino el lecho que dejó.  
 El lecho humilde en que un día  
 Tranquilo sueño gozaba,  
 Cuando su alma pura estaba,  
 Sin crimen su corazón.  
 ¿Lloráis?

Duque.— (Con mucha turbación.)

Seguid, buena anciana,

Seguid esa triste historia.

(Es un sueño... ¡oh! ¡qué memoria!....)

Seguid, anciana, por Dios.

Ida.—La pobre joven en tanto,

Sin recursos, sin abrigo,  
 Ni un hermano, ni un amigo  
 En quien hallar compasión:  
 Sus cabellos en desorden  
 Errando á merced del viento,  
 Con el rostro macilento,  
 Devorado el corazón.  
 Lejos de su patrio suelo,  
 De puerta en puerta buscaba  
 Un pobre pan, que regaba  
 Con lágrimas de dolor.  
 En tanto el tiempo pasaba,  
 Y llegó por fin el día,  
 En que dar á luz debía  
 La causa de su rubor.  
 En una triste cabaña,  
 Sin más testigo que el cielo,  
 Llorando, en el frío suelo  
 Un triste niño nació.  
 Y el angelito de hambre

Junto á la madre gemía....

¡Ay! la madre no tenía

Leche que darle.....

Duque.— ¡Qué horror!

Ida.—Y sangre en vez de alimento

Mamaba el niño.

(Se levanta el duque muy agitado: luego se vuelve á sentar.)

Duque.— ¡Dios mío!

Ida.—Hasta que en el suelo frío

La triste madre cayó!

Duque.—Esa historia es espantosa,

Anciana.

Ida.— Sí, y verdadera.

Duque.—Proseguid...¿de qué manera

Decid lo que sucedió.

Ida.—Un hombre, ó más bien, un ángel

Por allí entonces pasaba:

Oyó al niño que lloraba,

Y en la triste choza entró.

Este hombre, este hombre benéfico

Miró á la madre espirante,

Y al tierno mísero infante,

Y todo lo comprendió.

Este hombre de bondad lleno,

Volvió á la vida la madre,

Y al niño sirvió de padre,

Y con la joven se unió.

Dios bendijo las virtudes

Del amable y buen esposo,

Y otro hijo el cielo piadoso

Benigno le concedió.

Pero Dios escrito había

En el libro del destino,

Que la esposa en su camino,

Hallara siempre deber.

Y un funesto, horrible día,

La muerte con mano helada,

A la esposa desdichada

Su bienhechor le robó.

Duque.—¡Infeliz! ¿sabeis el nombre

Que aquella mujer tenía?

Decídmelo.

Ida.— Todavía

No acabo mi narración.

Esta mujer, esta madre,

Halló en sus hijos consuelo,

¡Ángeles puros del cielo,

Dignos de suerte mejor!

Pero hay seres infelices

Nacidos para el quebranto,

Amasados con el llanto,

Marcados con el dolor.

Esta madre desgraciada,

En lo último de su vida

Recibió una nueva herida,

Herida la más atroz.

Aquel noble, aquel malvado

Que la arrastró hacia un abismo,

Él mismo, señor, el mismo,

Sus hijos le arrebató:

Sus hijos, que eran su escudo

¡Sus hijos! ¡mísera anciana!

Ya no los tendrá mañana;

Todo para ella acabó.

Mañana en mísero lecho

Morirá desesperada,

Sin tener la desgraciada  
A quien decirle un adiós.

(Echándose á sus pies.)

A vuestras plantas la pido,  
Contra el malvado que ha sido  
Causa de tanto dolor.

Duque.—Levántate y dime el nombre  
De esa mujer, por tu vida.

Ida.— (Con firmeza.)  
Su nombre, señor, es.... ¡Ida!

Duque.—¡Ida! ¿y dónde está?

Ida.— Yo soy.

Duque.—¡Cielos!

Ida.— Comoceis la víctima;  
Mas no me habeis preguntado  
Yo vengo á pedir justicia;  
Por el nombre del malvado:  
Se llamaba... el duque Othón.

Duque.—¡Calla, calla! ven aquí,  
Déjame ver tu semblante.

Sofía.—¡Gran Dios!

Ida.— Yo fui vuestra amante:

¿Me reconocéis, señor?

Difícil es en mi rostro

Que reconocáis á Ida,

Ya rugada, envejecida

Por el tiempo y el dolor.

Pero soy la misma.

Duque.— Sí.

Y aquel niño ¿oh Dios! será....

Ida.—¿Vuestro hijo?

Duque.— Sí, ¿dónde está?

Ida.—En una obscura prisión.

¡Oh fatalidad horrible!

Su mismo padre inhumano  
Descarga la cruda mano  
Sobre su hijo.

Sofía.— Eterno Dios!

Duque.—(Gritando con la mayor ansie-  
siedad.)

¡Jorge! ¡Jorge! ¡padre inicuo!

¡Jorge! ¡Jorge! ¡horrible día!

¿Será tiempo todavía?.....

¡Jorge!

Jorge.— (Saliendo.)

Mandadme, señor.

Duque.—Vuela, suspéndase al punto  
El suplicio.

(Se va Jorge.)

Ida.— ¿Qué he escuchado?

¿Conque lá muerte condenado!...

Duque.—¡A muerte, á muerte! ¡qué horror!

Pero es tiempo todavía.

No ha sonado la campana.

(Suena un reloj lejano, las once.)

Todos.—¡Ah!

Ida.— (Cae desmayada.)

¡Gran Dios!.....

(Después de un rato.)

Misera anciana,

Todo para mí acabó.

(Gran pausa.)

Duque.—¡Silencio! silencio! ¡oid!

¡Ah! si á tiempo habrá llegado

Jorge!... ¡callad!... se ha salvado.

Miradle.

(Se oyen pasos á lo lejos, que se van  
acercando.)

Ida.— (Cayendo de rodillas.)  
Gracias, señor.

ESCENA VIII.

Dichos, HERMAN, GUSTAVO, JORGE,  
GUARDIAS.

Her.— (Corriendo á sus brazos.)

¡Ah! ¿vos aquí, madre mía?

Gus.— Madre, madre!

Ida.— ¡Hijos! ¡Dios bueno!

¡Ah! ¡lo estrecho en mi seno,

Y lo dudo todavía!

¡Ingratos! ¡dejarne así

En abandono profundo!

¡Dejarme sola en el mundo

Sin tener piedad de mí!

Her.— (Al duque.)

¡Perdón, madre! Y tú, tirano,

¿Por qué suspender ordenas

El suplicio?

Duque.— (Con calma.)

Esas cadenas

A él quitadle, y á su hermano.

(Le quitan las cadenas.)

Her.— ¡Qué escucho! ¿es un sueño? ¡Ma-

¿A vos os debo el vivir?

¡Ah! no; dejadme morir...

(Al duque.)

Barbaro,...

Ida.— ¡Calla! ¡es tu padre!  
(Pausa.)

Her.— (Con sorpresa.)

¡Mi padre!

Duque.— Tu padre.... sí...

¿Lo dudas?

Her.— ¡Mi padre!... ¿vos?

Ida.— Sí, Herman, tu padre.

Her.— ¡Gran Dios!

¿Quereis burlaros de mí?

¿Mi padre?... Es cierto, Sofía?

Sofía.— Sí, Hermán: él tu padre es.

Ida.— ¡Hijo, arrójate á sus pies.

Her.— ¡Perdón!... (¿Sueñas, alma mía?)

(A los pies del duque.)

¡Perdón!...

Duque.— (Levantándose á sus brazos.)

Hermán, ven aquí:

Hijo, ya estás perdonado.

¡Ah! yo también te he ultrajado,

¿Me perdonarás tú á mí?

Her.— ¿Y lo dudais? ¡oh! mi frente

Está sin juicio... abrasada!

¡Oh Sofía desgraciada!

¡Oh padre! ha sido inocente

Vuestra esposa; padre mío,

No es ha faltado, lo juro

Por mi madre; es ángel puro.

Duque.— Dios te bendiga, hijo mío.

Her.— ¡Oh madre! ¿soñando estoy?

¿Qué desdichada es mi suerte!

¡Y mi amor! ¡mi amor! la muerte!

¡La muerte! ¡á buscarla voy!

¡Oh madre! ¡oh Gustavo! adiós!

¡Adiós, padre! ¡adiós, Sofía!  
 Olvidad la pasión mía,  
 Y sed venturosa vos.  
 ¡Oh! yo no debo vivir!  
 Vuélvó á la Tierra sagrada,  
 Y allí una tumba ignorada  
 Hallaré donde dormir.

Duque é Ida.—¡Hijo!

Gus. Sofía.— ¡Hermán!

Her.— A ti confío

Nuestra triste madre, hermano:  
 (De rodillas.)

Dadme á besar vuestra mano.

Ida.—¿Te vas, te vas, hijo mio?

Gus.—¿Te vas?

Her.— Para siempre, sí:

Adiós, padre.... Hermano.... Madre.

(Hermán va abrazando á todos cuando los nombra; va á abrazar á Sofía.... se detiene y dice los últimos versos).

¡Ah!.... tu amor para mi padre,

Y un suspiro para mí!

FIN.

## INDICE.

	Págs.
Biografía del autor.....	v

### POESIAS LIRICAS.

El porvenir.....	3
A Amira.....	5
A una rosa marchita.....	7
La felicidad.....	9
La vuelta del desterrado.....	12
La risa de la beldad.....	15
A mi amada llorando.....	17
La despedida.....	19
A un amigo en mi ausencia.....	21
Los recuerdos.....	22
La soledad (Traducción de la- martine).....	24
Invocación (Idem).....	28
El veterano.....	30
Brindando á las Mexicanas el 16 de Septiembre de 1837.....	33
A la juventud zacatecana.....	34

¡Adiós, padre! ¡adiós, Sofía!  
 Olvidad la pasión mía,  
 Y sed venturosa vos.  
 ¡Oh! yo no debo vivir!  
 Vuélvó á la Tierra sagrada,  
 Y allí una tumba ignorada  
 Hallaré donde dormir.

Duque é Ida.—¡Hijo!

Gus. Sofía.— ¡Hermán!

Her.— A ti confío

Nuestra triste madre, hermano:  
 (De rodillas.)

Dadme á besar vuestra mano.

Ida.—¿Te vas, te vas, hijo mio?

Gus.—¿Te vas?

Her.— Para siempre, sí:

Adiós, padre.... Hermano.... Madre.

(Hermán va abrazando á todos cuando los nombra; va á abrazar á Sofía.... se detiene y dice los últimos versos).

¡Ah!.... tu amor para mi padre,

Y un suspiro para mí!

FIN.

## INDICE.

	Págs.
Biografía del autor.....	v

### POESIAS LIRICAS.

El porvenir.....	3
A Amira.....	5
A una rosa marchita.....	7
La felicidad.....	9
La vuelta del desterrado.....	12
La risa de la beldad.....	15
A mi amada llorando.....	17
La despedida.....	19
A un amigo en mi ausencia.....	21
Los recuerdos.....	22
La soledad (Traducción de la- martine).....	24
Invocación (Idem).....	28
El veterano.....	30
Brindando á las Mexicanas el 16 de Septiembre de 1837.....	33
A la juventud zacatecana.....	34

	Págs
El soldado de la libertad.....	37
El sueño del tirano.....	42
A R*** O*** en sus días.....	46
A la señorita Doña María de los A. Z. G.....	48
A la señora Marieta Albini.....	49
A Hidalgo.....	54
Himno patriótico.....	55
Poesías escritas en los aniversa- rios del Sr. D. Francisco Gar- cía.....	57
Una memoria.....	59
Brindis en un baile.....	62
Brindando á unas señoritas.....	64
Adela (Romance).....	65

## OBRAS DRAMATICAS.

El torneo (drama en cuatro actos).	84
A ninguna de las tres (comedia en dos actos).....	189
Ana Bolena (drama en cinco ac- tos).....	293
Herman ó la vuelta del cruzado (drama en tres actos).....	405

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECA

